Nunca discutas con un robot

TboneTvesky
18,08,2025



Índice por títulos

1 Nunca discutas con un robot.
2 El hombre lobo y las cavernícolas
3 Muerde o muere
4 No dejarán de pasar trenes
5 Aficiones sobrenaturales
6 La elegancia de la luna
7 Una ciudad para un beso.
8 Misión urgente en mitad de la tormenta
9 No puedo vivir sin mis pesadillas

Nunca Discutas Con Un Robot

Tbone Tvesky

28, agosto, 2025

Ninguno de los personajes que acoge este libro es del todo inocente. Mis personajes nunca lo son. Pero, como en la vida, intentan seguir hasta el final de sus historias sin justificar. Está vez voy a intentar algo diferente, nunca sabremos qué es real, los personajes se ven sometidos a situaciones no deseadas como la guerra nuclear. No luchan con su conciencia, bastante tienen con sobrevivir. Pueden parecer víctimas de las situaciones, se desenvuelven buscando una salida prescindiendo del fastidio de lo sutil y lo cultural. Si bien, las historias pueden saber dónde se posiciona el final antes del primer párrafo, no siempre es así. Aunque pueda parecer que nada nos va a apartar de un posible desenlace concebido primordialmente para llevar el resto hacia él, la idea del momento que se lee es lo importante y por lo tanto capaz de prescindir de una conclusión. Precisamente, el hábito de la lectura debe nacer, en este caso, de historias y personajes que no desean jugar con el lector, simplemente se exponen y se dejan acompañar, como aquí pretenden. Tal vez sean cuentos ensamblados, aún no sé qué saldrá de aquí, pero tengo una idea.

Me gustaría que mis historias fueran guiones para cómics, pero los dibujantes ya tienen bastante trabajo como para soportar las ideas extrañas de guionistas principiantes e inadaptados como yo: por eso me conformo con las palabras, que no es poco.

Nacimos para ser amados, el soldado en la batalla, el hombre de éxito en su búnker de cristal, el astronauta solitario o el intrépido cowboy, todos tienen un amor al que permitirán romperle el corazón.

A los treinta años empecé a sospechar que sólo los que llegan a los sesenta, dirán algo interesante, porque sólo entonces tienes elementos para posicionarte. Hay algunos que ni con setenta años han aprendido nada interesante, porque se asocian al éxito y la popularidad, y lo ponen por delante de todo.

Durante al menos treinta años, desde muy joven, hice lo que muchos escritores, usar la disciplina como los crucigramas, escribir como distracción, casi como terapia. No daba ningún valor a la historia. Analizaba párrafos, complicaba lo que decía con metáforas irrelevantes, porque improvisaba y le iba dando forma sobre la marcha a lo escrito; ocultaba el argumento.

Es lo que algunos llaman escribir sin decir: ni explicar, ni aclarar, convertir leer en un placer en sí mismo, sin argumento.

Ahora, antes de saber de qué va la historia, no empiezo. No es mejor ni peor, era un camino que había que andar.

Me he posicionado en un mundo que resulta muy cruel e injusto, el trabajo no ha sido fácil, he vivido la muerte de familiares cercanos. Los años han pasado implacables. Envejecer es una lección de humildad.

He sufrido lo que todos, desprecios, ingratitudes, traiciones, mi propia ambición, el ego. Vivir es peligroso, y surgen traumas inesperados.

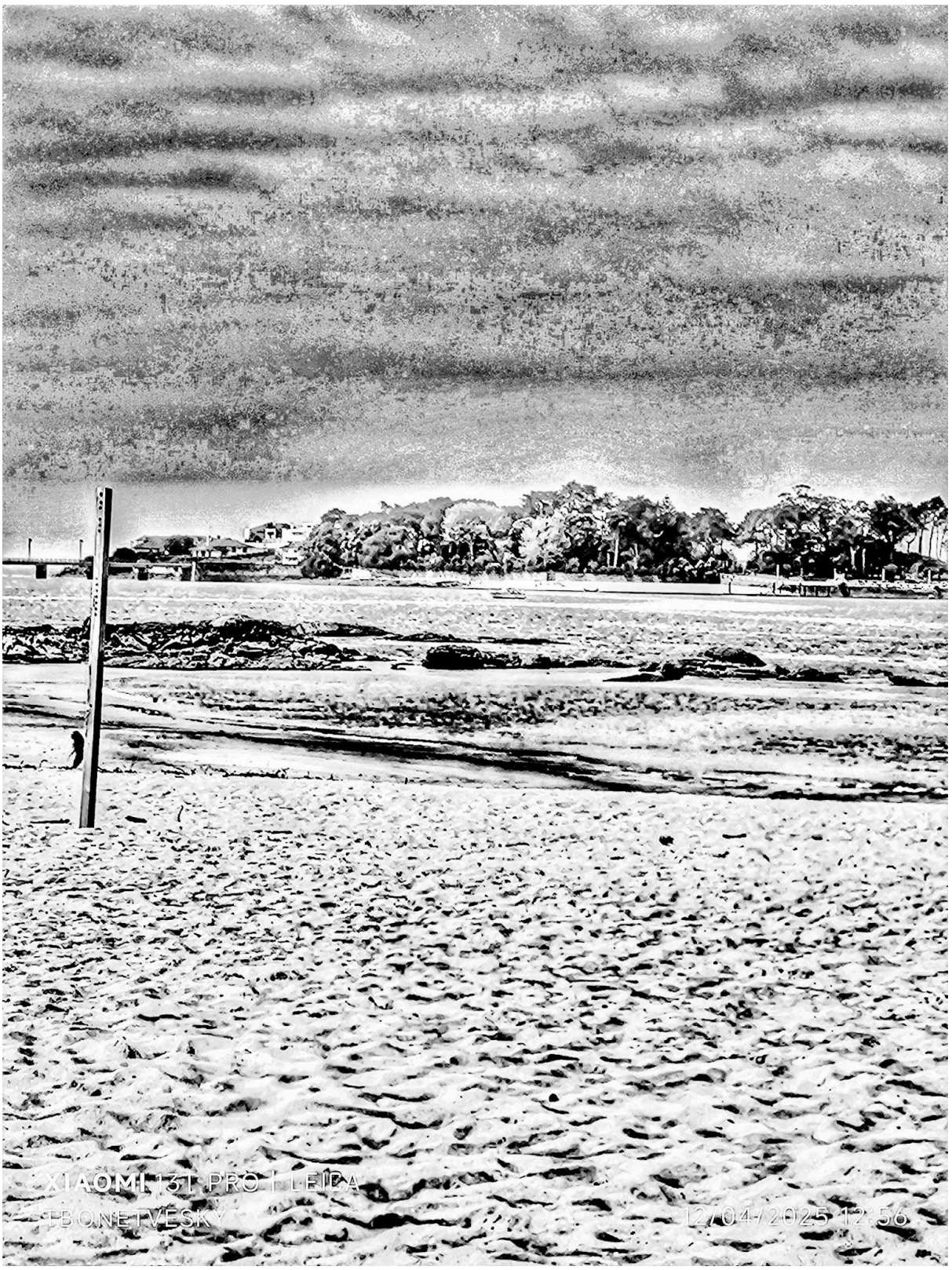
Cuando empiezas a perder energía todo es más triste. La juventud es energía cado un deporte, eso da mucha felicidad, sabes que puedes, aunque no siempre lo demuestras, pero intentas superar todos tus hándicaps, porque crees que puedes.

Resumiendo, a una edad madura crees conocer tus límites, eres mayor pero te has situado en la vida y acerca de las injusticias que te rodean. Puedes proveerte de una idea general de cómo lo has visto todo, cualquier historia por rara que sea. Además es una terapia, siempre lo digo, se escribe para saber lo que piensas y conocerte.

Eso de que la fortuna no hace al hombre, es muy cierto, la prueba la tenemos en el presidente Trump y el multimillonario Musk, son dos monas, dos niños ricos jugando con el sufrimiento de la gente, en sus empresas y ahora en el gobierno.

Supongo que algunos pueden escribir sin posicionarse sobre Gaza, pero deben ser letras muy pobres. Gaza no ha sido una guerra, ha sido genocidio.

Cualquier historia de ficción lleva grandes verdades aprendidas entre líneas. También somos lo que la vida ha hecho de nosotros, a nadie se lo pone fácil


XIAOMI 13T PRO | LEICA
27/04/2025 12:56

1

En el taxi

Al fin se iban aclarando las cosas entre ellos. Nadie lo habría expresado mejor, no soportaba que fueran sólo amigos. Tenemos delante un personaje increíble, una chica dejando atrás su adolescencia, en un programa estatal para ser astronauta. Es decir, desde niña ya todos sabían que iba a ser, no sé lo preguntaban. Sus padres habían sido científicos que trabajaban con virus. Habían muerto los dos, desde entonces, el gobierno había enfocado toda la vida de Jaiva Blue para que fuera una excelente astronauta, los juegos infantiles, el colegio, sus lecturas, lo que era entretenimiento y lo que no, todo la enfocan a lo que un día iba a ser. No lo pueden controlar todo, por supuesto, ella tenía sus distracciones, su propia forma de pensar sobre todo esto, pero huía y vagaba por las calles sin rumbo, la buscaban, la llevaban de vuelta al programa y un lavacerebros (un psicólogo), le hacía ver la conveniencia de no ser tan libre.

Desde muy niña, se dieron cuenta de que le hacía falta un compañero que cuidara de ella. Un Termohero, la última generación de robots que se quedaría obsoleta en un par de años, todo iba muy rápido.Su nombre era, Tilo el robot tierno, como jaiva le llamaba.

La discusión en el taxi era recurrente, ella no podía entender que lo tratase como un humano y que él se resistiera a someterse a esa categoría, como si ser humano fuera perder lo mejor de sí mismo. No era extraño que pensase así, la mayoría de los humanos son gente muy mezquina y envidiosa. Las vidas vacías les hacían observar las vidas ajenas para convencerse de que eran mejores de lo que eran en realidad.

-¿De qué mierda me hablas? Yo puedo poner bastante amor si me lo propongo, en todo lo que hago -dijo ella muy excitada. El taxista tenía un enorme parecido con la cara del artista en el video que sus padres escuchaban mucho, El Fary, el cantante que culminó la canción en nuestro país, en el siglo veinte. Sólo equiparable, a lo que Frank Sinatra había propuesto en el suyo, pero más real, tal vez por eso también le gustaba aTilo. El doble del Fary no dejaba de verlos por el retrovisor muy divertido.

-Pero querida… Tú sabes el aprecio que te tengo, y también, que no puedo hacer algunas cosas precisamente por eso -el tono era un lamento. Estaba dotado en todos los sentidos. Jaiva había cambiado algunas prohibiciones en su memoria para hacerlo más humano. Posiblemente, el taxista jamás imaginaría que había llevado un Termohero en su taxi. Para él era una discusión de enamorados e intentaba poner paz-. Tal vez te parezco cruel, los dos sabemos que no depende de mí, tengo mis principios grabados y me creas grandes contradicciones.

-¡Ahora la has jodido de verdad! ¡Me tienes muy harta! -a veces Tilo conseguía sacarla de sus casillas.

Era de noche y llovía. Circulaban pocos coches por la calle.

Jaiva Blue sintió un escalofrío. No podía con él. Era una vieja historia. Así era la gente en aquella ciudad, resultaba imposible sacarles un poco de empatía y Tilo había aprendido a ser uno más.

-No puedo ponerme en tu lugar, pero puedo adivinar cómo te sientes. Crees que el mundo te lo debe, un día te darás cuenta que nadie te debe nada.

Cada tiempo tiene sus héroes, incluso sus dioses, y ella debía serlo, lo creía sinceramente. Una reina de su tiempo, pero, debía decirlo, ¡Le estaba dando mucho trabajo!

Por su parte, ella no estaba de acuerdo, habían hablado de ello otras veces. La imagen que le devolvía el espejo, era bastante cruel, tal vez de una rebelde, en ningún caso, de un héroe. Con tanta claridad como si hubiese sucedido ese mismo día, podía recordar el día que le dijeron que sus padres habían muerto y le habían presentado a Tilo. Nunca supo si le puso un somnífero en la leche, pero esa fue la primera noche que había podido dormir desde el anuncio de que era una pobre huerfanita sin otra familia.

Hay una pausa. Jaiva se rasca un hombro con rabia. Después se echa hacia atrás y se frota la espalda contra el sillón. Se inclina hacía un lado y se apoya en Tilo, él apenas se mueve. El noventa por ciento de las probabilidades de que el taxista los esté observando es un porcentaje bajo. Ella no suele incomodarse por tocar otros cuerpos, mucho menos el de Tilo, lo conoce desde niña. Él la ha llevado en brazos del sillón a la cama en infinidad de ocasiones cuando era niña y se quedaba dormida viendo los dibus. Tilos adopta una expresión de indiferencia, sabe que lo toca accidentalmente. Gira la cabeza y mira hacia afuera, ella se incorpora y vuelve a su sitio. El taxista se ha frotado los ojos. Fugaces luces de coches que llegan de frente pasan a su lado. El interior se ilumina por un instante, pueden ver los ojos del taxista en el retrovisor. Tilo le ofrece un billete, el Fary con acento marroquí le da las gracias y le devuelve el cambio.

“Chicos no discutan, el hombre es el complemento de la mujer, si es aceptado. No discusión buena, ¿Vale?” -el taxista se comía los verbos y los artículos, pero se hacía entender en su esfuerzo por aprender el idioma.

Todos ustedes podrían pensar que a un robot no le importa el dinero, se equivocarían. Tendrían que conocerlo bien para saber qué llevaba las cuentas con precisión, que sabía cuánta propina dejar en cada situación, pero que era un poco “rata”, era de lo que menos gustaba de él. Pero bueno, Jaiva no podía imaginar a alguno de los chicos que conocía siendo más espléndido. Era una costumbre muy extendida en los últimos tiempos. Iba por rachas, no hacía tanto, los jóvenes con trabajo disfrutaban sacando un fajo de billetes para pagar las copas en los Pubs. No creo que fuera por prepotencia o por menospreciar a otros. Al final, Jaiva no tenía problemas para tener acompañantes, algunos no le duraban más de un mes, pero había otros méritos que la hacían aceptar, o no, a un acompañante.

El dinero importa, sobre todo a los que más lo necesitan, podrían romperse la cara por una pequeña cantidad si se sentían engañados. Para tener una idea clara de cómo habían llegado a ciertas costumbres, debemos tener en cuenta que tanto el robot como Jaiva, estaban tutelados por el Estado.

La impresión que causaba Tilo de hombre mayor y responsable, chocaba con la imagen de joven irresponsable de su alumna. El taxista imagino una relación así por cómo se comportaban, hombre mayor, serio

Y todo lo responsable que cabía, en una relación con una alumna. No estaba mal pensado si por lo que parecía se trataba de una discusión entre amantes. Aquella alma mecánica se estaba metiendo en pormenores que hasta entonces habían sido feudos humanos. ¿Habría sido dotado para aprender también sobre eso? Físicamente parecía que sí, aunque nunca había besado a Jaiva. Ese tipo de pensamientos no eran propios de él. Alguien había retirado los límites de pensamiento que los creadores ponían a las máquinas. Él se consideraba a sí mismo un eslabón de la creación mecánica que sobrepasaba a los humanos en la mayoría de sus disciplinas, ¿Por qué no el amor?

En todos aquellos años, había limitado su aprendizaje dedicándose al cuidado de la niña. Los amigos hubiesen sido una plataforma de aprendizaje, pero los padres, en las familias también reducían su margen de maniobra y relegaba sus diversiones con amigos, algunos las hacen desaparecer. Claro que él no era su padre, ella lo prefería y no pretendía pasar

por ello. Con el paso de los años, Tilo había aprendido a no hacerse preguntas del estilo: ¿Qué hubiese sido si…? Eso le había ayudado a centrarse en dar respuesta a las cuestiones que planteaba una vida en común con su astronauta juvenil. En los momentos más reflexivos, se encontraba a sí mismo profundizando en los sombríos momentos de la confusión humana y de qué forma les afectaba el dolor y la tristeza por perder a los seres queridos. Eso tenía mucho que ver con el comportamiento general de su pupila y, en la parte que le tocaba, ser considerado como familia. Si ella llegaba a casarse, tener hijos y todo lo que eso representaba, ¿Seguiría él siendo parte de la familia, o lo venderían?

A medida que los años pasaban a su lado, había notado que ella confiaba en que su vida podía convertirse en una sucesión lógica de acontecimientos, sin grandes sorpresas. La inesperada orfandad contribuyó a la inseguridad y la había llevado a pensar que nada era real ni seguro. Como digo, el paso de los años ayudaba en devolver el sosiego y la confianza, a un cerebro que se estaba formando. Pero al mismo tiempo, le creaba nuevas necesidades que él no debía confundir con confusa rebeldía. Prefería pensar que siempre había algo de memorable inteligencia en las aparentemente absurdas reacciones. Las situaciones eran cambiantes, ella podía tener amigos y amantes, el piso no era grande y asistía a absurdas conversaciones que no aportan mucho a su formación y memorización, porque la memorización se activa con la importancia de lo que tiene que ser memorizado. Tenía conversaciones con sus amantes, tan simples y superfluas,que Tilo las olvidaba al instante o las ponía en espera. En días de lluvia que no podía olvidar, mientras veía un concurso de preguntas y respuestas en la televisión, podía oírla con aquel chico pelirrojo en su habitación. Ya no era una niña, la secuencia lógica y coherente del crecimiento, no podía llegarle por sorpresa pero no le hacía sentirse muy cómodo. Aparte de observar los cambios de humor de Jaiva, los cambios de mobiliario y gustos, no le eran ajenos, es más, no le quedaba otra que ayudarla a mover muebles llenos de libros, sillones y la televisión.

El taxista les preguntó si habían oído lo del OVNI, observando cuerpos desnudos en la playa nudista.

Jaiva abrió la puerta, bajó del taxi y respiró profundamente. Tilo sentía una fascinación inconfesable por las pasiones humanes, y el sexo era una de sus preferidas. El sexo y el juego compulsivo, eran dos cosas que hacían sentirse a la gente viva aunque en muchos casos les arruinaba la vida. Había visto una película de un ángel que quería sentir la pasión de los hombres. En eso se parecían, pero él no era un santo, ni siquiera tenía interés en ser un mártir en la tradición humana. Ya de sentir pasión, que fueran cosas placenteras, no torturas media ales ni nada parecido.

Un OVNI a muy baja altura había estado observando una playa de mujeres nudistas. El hecho de que en aquella playa no hubiera hombres, tenía que querer decir algo pero no sabía bien aún qué. El aparato interestelar se había movido muy bajo sobre sus cabezas, lo que había provocado una estampida en diferentes direcciones, en algunos casos direcciones contrarias de una masa de pechos y traseros que se dividía y cambiaba de dirección en grupos más pequeños. ¡Alucinante! Cuando parecía que las mujeres no podían seguir corriendo, unas se adentraban en el mar, y otras caían de rodillas como en el circo romano recreado en el film “Quo Vadis”, ya sólo esperando y aceptando,caer devoradas. Entonces, el aparato había cogido altura y había salido despedido como una bala hasta desaparecer.

Por supuesto que Tilo podía atribuirse todo el mérito de haber educado a la chica, porque sólo él había pasado toda su infancia a su lado. En los tiempos de robots no era tan extraño que los padres comprasen un mecánico para cuidar a sus hijos. En este caso, Tilo había sido toda su familia.

Habría que ser un experto para distinguirlo o encontrar las diferencias con un hombre. Por eso ni Jaiva había incidido en la diferencia, y lo había tratado con la naturalidad con la que trataba a los adultos. El, por su parte, comprendiendo que a ella le agradaba que así fuera, y se esperaba por ser humano. Cuando Jaiva empezó a ser mujer, y su cuerpo se volvía más y más lleno de curvas, en una ocasión se desnudó delante de él, y Tilo le había pedido que en adelante intentará ser comedida al respecto. "¿Me he sonrojado?", le preguntó, a lo que ella respondió que no. Poco a poco , Jaiva había llegado a ver y sentir por él, lo mismo que sentía por cualquier persona.

En el taxi, Tilo se había sentido confundido con la reacción del taxista, cuando al bajar ella primero el doble del Fary le había dicho, "tienes mucha suerte, esa chica es muy bonita y muy joven".

Al bajar la siguió y le dió alcance cogiéndola por un brazo.

-¿Estoy sonrojado? -preguntó.

-Aún no, pero sigue intentándolo.

Es posible que los enfados que Jaiva tenía con él, se debieran a una atracción (también sexual) irrefrenable. Prefería no pensar en eso, él podía darle el gusto en casi todos, pero eso no quería decir que tuviera los mismos deseos, o que el sustituto de ternura que tenía pudiera ampliarse de algún modo. El papel de macho fornido y atractivo que representaba le hacía tener algún malentendido con otras mujeres, pero hasta el momento había sabido salir bien de la posible confusión sin necesidad de descubrir su realidad.

Para una joven adolescente sentir tanto por Tilo, era frustrante. Tener que seguir sus enseñanzas, entre las cuales, debía también aprender a no encariñarse con él, era una forma de poner sus emociones patas arriba. ¿Acaso un robot no sabía que los humanos no mandan en lo que sienten? ¿Acaso no saben que reprimir lo que se siente a veces resulta imposible? Los mejores creadores de robots con apariencia humana, sabían que no debían dotarlos con rasgos humanos sentimentales. Era necesario tener prototipos que no perdieran la calma. Que no se sienten tan comprometidos con las emociones humanas, pero ya habían avanzado tanto en sus estudios que de lo que se trataba entonces, era negarles algo que ya estaba a su alcance. Jaiva, dentro de sus posibilidades, intentaba modificar esos caracteres. Estudiaba para saber lo que tenía que hacer. Eran operaciones arriesgadas, temía tocar algún sistema de memoria de Tilo, que le hiciera olvidar todo el tiempo que habían pasado juntos. En un humano eso sería convertirlo en un vegetal, con vida pero sin capacidad de recordar y por tanto reconocer. Si algo parecido le pasase a Tilo, lo podría hacer de nuevo operativo, pero su vida empezaría desde ese instante. No tendría conciencia como en el presente la tenía, de quién era, cómo había vivido, cual había sido el objeto de esa vida atómica, y ser consciente y capaz de diferenciar, de qué momentos habían sido de calidad. Había aprendido a diferenciar lo que Jaiva llamaba momentos maravillosos, y por alguna razón les tenía una especial estima. Ahora bien, eso no significaba que se estuviera volviendo emocional, por mucho que ella lo deseara.

Tal vez no era feliz, pero él no podía creer que fuera su culpa. No podía darle todo lo que deseaba, eso también formaba parte de su educación. Sin embargo, en lo que se refería a su medicación, no podía negarle cualquier cosa que la tranquilizara. Bien podría ser que nunca llegase a recuperarse por completo de una infancia desgraciada, huérfana y al cuidado del gobierno. También podría ser, ¿por qué no? Que fuese su postadolescencia lo que añadía un punto de acidez a esas heridas. Supongo que cuando uno ha sufrido prolongadamente, sin ver un fin en el horizonte, y de pronto se planta en una edad en la que cree que merece todo lo que se proponga, que su robot siga poniendo problemas, no debe ser lo más adecuado.

Si Tilo había visto a Jaiva en ropas menores, incluso desnuda, debido a los años de cercana convivencia, también debemos suponer que ella lo había visto en alguna ocasión totalmente desnudo. El cuerpo de Tilo era idéntico al de un hombre, casi humano. Y si hacemos un alarde de imaginación, también podemos pensar que ella lo hubiese visto algún día en la mañana, recién levantado con una erección de caballo. Para una jovencita, tal situación, esa forma de vida tan particular ¿podía llevarla a sentir algo más que respeto por su robot?

Así, moviendo nuestros pensamientos, a veces, nuestras intrigas, entre las líneas de esta historia, muy lejos de haber vivido nunca una situación semejante, deberíamos intentar ver a Tilo como un colaborador modélico. Es decir, por su naturaleza, debemos alejar de sus reacciones toda malicia.

-No necesitas seguir así. Llenando tus recuerdos de los ausentes permanentes -Tilo le llamaba ausentes permanentes a tipos que siempre estaban dispuestos a volver con sólo que les silbase. Ella no esperaba demasiado de las cortas relaciones, pero él último de ellos parecía buen chico. Había salido disparada para casa porque **Giorgio** había dicho que tenía libre y llegaría en cualquier momento.

Entonces ella lo miraba con un reproche, no le gustaba que tocara sus temas íntimos alegremente. Le mostraba su dedo anular sacándolo entero de su enorme puño. A Tilo le hacía gracia cuando le hacía eso, no tenía capacidad de ofenderse, pero sabía lo que significaba. Las emociones modificadas y simuladas de Tilo eran un intento de hacerlo parecer más humano, y sus reacciones eran tan reales que cualquiera podía llegar a dudar si no avanzaba en ese campo, como lo hacía con otros aprendizajes.

Para una noche tan especial, le había puesto sábanas limpias, una rosa amarilla en un vaso de agua y lo había perfumado todo convenientemente. Giorgio llegaría en cualquier momento, pero ninguna de sus atenciones tenían que ver con él, lo hacía porque no quería que Jaiva perdiese su perspectiva y se convirtiera en una mujer dura y seca. Es decir que llegase el momento de recibir a sus amantes en casa como una costumbre. Eso le provocaría inestabilidad emocional, inseguridades y posiblemente enfermedades. El único interesado en que ella tuviera un equilibrio sentimental parecía ser Tilo, y como Giorgio le parecía adecuado, “ponía toda la carne en el asador”.

-Giorgio parece un chico adecuado para una buena mujer.

-Desde luego. Estoy segura de que no le costará encontrar una -replicó ella irónicamente. Tilo tenía habilidades muy avanzadas, y podía pillar al vuelo ironías que ella dejaba pasar sin entenderla del todo

-¿Por qué no le dices a mis amantes que no se sientan comprometidos y que sólo los utilizo? Eso me ayudaría más que tus intentos por buscarme una pareja estable -Jaiva había sido una alumna aventajada, pero había llegado a esa edad en la que pensaba que todos tenían algo que aprender de ella. En su caso no era tan extraño, porque tenía un coeficiente mental muy alto

-Ahora tienes suficiente información para saber cómo es el mundo y como quieres estar en él. Sé que tú también me formas a mí y me haces a las nuevas costumbres que adquieres. Debo aceptarlo, en realidad siempre lo hice. Nunca dejé de observar y aprender. Es sólo que ahora tengo que interpretar tus frases y cuando muestras tus deseos, porque es infinitamente más difícil descubrir por dónde va esa cabecita.

Es cierto que el último siglo había supuesto un decidido avance en la robótica. Las empresas querían trabajadores que no crearán conflictos sindicales, pero sobre todo las familias pudientes, se adherían a la moda de tener profesores mecánicos en casa y que sus

hijos no se tuvieran que ser sometidos al pensamiento común. Sin embargo, Tilo lo sabía muy bien, él era y representaba para su alumna mucho más que eso.

Acelerada por la cafeína de un nuevo refresco de frutas, Jaiva se ponía cómoda, se duchaba, se lavaba los dientes, recogía platos con restos de comida del mediodía, ponía cojines en los sillones. Se movía con rapidez. Nadie era capaz de hacer más cosas a la vez que ella cuando se aceleraba.

Giorgio no tardó mucho. Estuvieron viendo las noticias. Las naves extraterrestres parecían tener preferencia por permanecer sobre playas llenas de gente. La última polémica de los tertulianos se trataba de aceptar que los alienígenas al fin habían llegado, y saber si la decisión gubernamental de no mostrar hostilidad, era lo mejor en tal situación.

-Deberías aspirar a un compromiso serio. Tener un hijo es lo mejor, es un buen proyecto. Le da sentido a la vida -dijo Tilo rascándose la cabeza como un gesto aprendido. Tenía una buena colección de gestos recurrentes para hacer una conversación más natural y que pareciera que tenía profundos pensamientos.

-¿Y qué sabes tú de eso? -Respondió que no sabía que era un robot, pero lo consideraba como el viejo tío solterón que no ha experimentado lo suficientemente

-¡Tocado! -Tilo sabía que a Jaiva no le gustaba que entrase en temas personales si había extraños delante. Se lo decía mucho, y el incidía porque era de la opinión, de que su trabajo como educador no le estaba quedando del todo bien.

-Huele bien, ¿Qué es? -El muchacho parecía estar a gusto a pesar de todo. Todos los amantes de Jaiva lo estaban, se acomodaron y la chica tenía que echar mano de ácidas ironías para deshacerse de ellos.

-Voy a hacer un bizcocho. Estoy preparando un poco de crema antes de ponerme con la masa -Tilo fue a la cocina y volvió con un delantal de corazones estampados.

-Vale, que te sea leve -Jaiva cogió a Giorgio de la mano y lo condujo a su habitación.

Mientras volvía a su tarea protestaba entre dientes por lo poco que ella ponía de su parte para hacer que su tarea no fuera tan difícil. Desde hacía un tiempo interpretaba que aquella forma seca de comportarse podía tratarse de un castigo por decir cosas con las que ella no estaba de acuerdo. Tenía que tener cuidado, había entrado en esa edad después de la adolescencia, en la que los jóvenes creen saber lo suficiente de la vida para que todo les empiece a parecer bien o mal. Si ella tenía su criterio sobre todo, podría aprender cuál era ese criterio para estar preparado, no le gustaba que lo pillara por sorpresa. No dejaba de pensar en ello al amasar y echar un poco más de harina al conjunto. Lo hacía con una paciencia casi amorosa. Al terminar de darle forma lo metió en el horno y la casa se llenó de ese olor navideño en unos minutos.

Oyó la puerta de la habitación, era Jaiva. Pasó a su lado sin sujetador, pero al menos aún llevaba puesta su diminuta braguita. Deberían ir de compras, la niña no dejaba de crecer. Pasó a su lado y extrajo dos cervezas de la nevera. A continuación volvió a la habitación y él oyó que cerraba la puerta. En esta ocasión no necesitaron hablar.

Fisgoneando a través del visillo de la ventana que daba a la calle, comprobó que la gente se había retirado a sus casas. Era noche avanzada y en un rato empezaría el baile, en tal caso no sería conveniente que hubiera curiosos por allí. Se sentó muy erguido, cuello y espalda en posición, rectos. Era lo que solía hacer en esas ocasiones, poner las manos sobre las rodillas y quedar semi apagado. Se trataba de quedar en espera, o lo más parecido al sueño humano. Por fortuna, finalmente Jaiva no había comprado el loro que había deseado tanto tiempo, porque los ruidos y gritos que le provocan sus amantes eran parecidos, y ella no hacía nada por disimularlo. Para Tilo hubiese sido muy incómodo tener el pájaro repitiendo esos sonidos cuando le llevaban el pedido del súper, alguien cobrando

una factura o el presidente de la comunidad para cualquier asunto doméstico. Con respecto al tema de los ruidos, Jaiva era muy consciente de que él grababa todo lo que le producía extrañeza, señal de vida, o ruidos o conversaciones poco claras o que pudieran necesitar ser revisitados para una aclaración. En tal sentido, cuando el presidente de la comunidad había tocado la puerta para pedirles que no abrieran a extraños porque habían detectado gente orinando en la escalera, le había sido muy útil repetírselo a Jaiva para convencerla de que no era un capricho suyo. De fábrica su modelo no mentía, pero el día que la chica lo todo por dentro liberando sus partes más reales, la mentira se había quedado y desarrollado a niveles desconocidos, casi tanto como la ironía. Estaba encantado con ese cambio, porque una vez más todo hacía que su forma de elaborar pensamientos se parecieran como dos gotas de agua. Elaborar nuevos pensamientos, lo que se dice que una cosa llevará a otra, es lo más parecido a la imaginación para un mecánico.

No se movió en toda la noche de su silla, ni siquiera cuando cesaron los gemidos para comprobar si su protegida dormía apaciblemente. El susto que se habría llevado Giorgio si en mitad de la noche hubiese notado que se abría la puerta de la habitación, y su enorme cabezota se asomaba a curiosear.. El horno llevaba mucho rato apagado y él no se movió hasta el amanecer Entonces se levantó y lo primero que hizo fue comprobar la temperatura del apartamento y que el horno estuviera frío. Sacó el bizcocho, lo dejó sobre la mesa y preparó café.

La.miró llegar a la cocina, se había puesto un pijama. En ocasiones sentía pudor, a él le daba igual, pero ella, a ratos, podía perder la consciencia de su naturaleza.

Le costó poner a Giorgio en el pasillo. Había tenido mucha suerte, hasta entonces todos sus amantes se resistían a partir, querían estar con ella todo el tiempo. Era cuestión de tiempo que llegara uno más independiente que fuera a lo suyo, que llegara, estuviera un rato en la habitación y no se quedará a dormir. Ese tipo de hombres existen, se decía Tilo, van a lo que van, sin complicarse y “salen por piernas”, y era posible que cuando apareciera a ella le gustase. Había una posibilidad. También podría ocurrir que no, y no quiso entrar en porcentajes. De lo que estaba seguro era de la ausencia de felicidad que le producían las relaciones esporádicas.

-Los hombres sois unos idiotas -dijo con su habitual mal humor por la mañana.

-Creo que te comprendo -respondió-. Yo sólo soy un ser atornillado.

-Perdona, tu aspecto de maduro interesante, hará que termine por cogerte manía como al resto.

Era desgraciada por no poder llevar una vida parecida a la de la mayoría, casarse, tener hijos y divorciarse antes de los cuarenta. Era como la mayoría de las chicas, algo en ella la inclinaba a la normalidad, pero el firme convencimiento de que no servía para tanto, se lo impedía. El mal genio era una constante en los días que tenía un nuevo amante, cambiaba de chico como de salvaslip. A pesar del mal humor por haber constatado que Constantín tampoco era lo que buscaba, Tilo sabía que le ofrecía seguridad saber que,aunque le fallaran todas sus conquistas, con él podía contar para siempre. Que si el edificio ardiera y el hubiese salido en ese momento, entraría a buscarla y no saldría hasta encontrarla y ponerla a salvo, aunque el material gomoso del que estaba recubierto se derritiera como el caucho y todas sus conexiones pudieran quedar dañadas. Para él, su propia seguridad era algo muy secundario. No era extraño que un robot que había sido creado para formar a una pequeña huérfana para la vida y como astronauta, de pronto se manifestará como un superhéroe de cómic de los setenta. Al menos para él no lo era. Ella podía resistirse a creer que élnera su familia, mejor que una familia en algunos aspectos, pero así eran las cosas, y cuanto antes se acostumbrase a ello, mejor para los dos.

El bizcocho estaba muy bueno, como siempre. Le puso un poco más de café y le dio tiempo para que se fuera despertando.

La idea de que ella hubiese empezado a pensar en él como un mero juguete sexual le desagrada. La chica tenía que desarrollar su ternura, la dulzura que se espera de los seres humanos, y no estaba seguro de poder responder a ese tipo de expectativas. Si estuviera seguro de que la podía enternecer y cubriera en ella esa necesidad,tal vez se lo pensaría, pero en ese momento, rechazaba la idea de convertirse en uno más de sus amantes presentes ausentes, y seguir siendo su mejor confidente.

Le pareció que el efecto de un desayuno contundente, empezaba a hacer su efecto, que las mejillas cogían color y que le sonreía.

-Gracias por el desayuno, no sé qué haría sin tí.

Dejó la loza en el fregadero, le puso la mano en un hombro y se fue a duchar. Él se levantó, puso el lavavajillas en un estropajo y lavó el pocillo.

Definitivamente, tenía que aceptar algunas inesperadas reacciones de Jaiva. Lo de ver pasar chicos por su habitación no era muy edificante y no tenía mucho que ver con la idea de la educación que pretendía comunicar. En realidad, tal y como iban las cosas, ese tipo de nuevas costumbres ya no eran tan inesperadas. Para un profesor humano también debía ser decepcionante que sus alumnos olvidarán pronto y voluntariamente, algunas enseñanzas que se interponían en lo que sentían, en su desarrollo, y como no aceptar las limitaciones que le proponía. Cómo si se tratará de un juego de distracciones, esas lecciones que la invitaban a reprimir deseos inmediatos, prefería observar el vuelo de una mosca que tenerlas en cuenta.

Pretendía estar a la altura de los humanos y cómo manejaban la información que les ofrecía. En ocasiones tenía que reiniciarse y partir de un nuevo camino que las necesidades emocionales de Jaiva proponía. Ella era su razón de existir, lo confundía, le daba trabajo hacerla caminar por el camino correcto, pero valía la pena enfrentarse a nuevos retos.

Hay momentos que llegan cargados de motivos acumulados y que lo cambian todo. Un día, la niña había llevado a un novio a casa, y desde entonces se había considerado una adulta que podía prescindir de la mitad del programa formativo.

Aquellos maravillosos paseos en los que podía lucirse con su refinada formación, se habían venido abajo.

Por otra parte, los vestidos ajustados, las miradas maliciosas, los tacones altos, los perfumes caros que él mismo le compraba, los comentarios sexuales acerca de sus parejas y sus torpezas, en fin, la nueva Jaiva abría un nuevo campo de incertezas que descubrir.

Caminaba cargando las caderas, insinuándose, se inclinaba para recoger los platos de la mesa hasta dejarle el escote delante de los ojos, e involuntariamente podía seguir la luz de aquel túnel hasta su ombligo, imperturbable como era él.

-No me mires los pechos fijamente, no soy tú puta.

-Eres muy injusta. Lo sabes.

-¿No mirabas?

-No como pretendes. Eso te funciona para humillar a esos pobres chicos, pero no conmigo.

Jaiva se hizo la enfadada y salió a pasear. Los lunes le gustaba hablar con los turistas que buscaban alguien para que les dieran indicaciones. Quería ir a la playa y ver el fenómeno de los platillos en suspensión. Las bañistas siguen yendo a ponerse al sol, algunas completamente desnudas. Es como si adivinaran que están siendo estudiadas y disfrutarán mostrándose. El gobierno no quiere un conflicto y también está dispuesto a soportar esta

situación, que no desaparece pero al menos no avanza. Todo el mundo parece acostumbrarse a esta situación. Los turistas están encantados con este nuevo entretenimiento. No sé cómo, pero de alguna manera, las personas del lugar han adivinado que el interés de los aliens es por las mujeres, así que los hombres han dejado de ir. Se ha convertido en una playa de mujeres desnudas, cubiertas por un número variable de platillos. Entre cinco y diez, dependiendo del día y la hora. Simplemente observan. Se quedan allí en suspensión y esperan.

Jaiva le dice a los turistas que sigan la costa. Pueden ir andando no son más de cuatro o cinco kilómetros. Jaiva disfrutaba haciendo amigos, les daba la mano, a veces se despedía con un abrazo. Le gustaba el contacto físico con desconocidos de los que no esperaba nada malo. Aquella gente no parecía desear nada, más que sacar unas fotos, y comprobar por sí mismos que los extraterrestres no eran una invención de la prensa amarilla. A veces pasaba que se inventaban hecho extraordinarios para entretener a la gente y tenerlos distraídos de algún acontecimiento político importante.

Habría sido muy cruel por parte de los ciudadanos locales, mandar a los turistas en dirección contraria y crear aquella imagen que ya flotaba en el ambiente, de gentes de estupidez supina, contentos de volver a casa con sus fotos para presumir con sus amigos,

Jaiva hacía un trabajo muy necesario sin cobrar con ello, y si podía intimaba con algún hombre mayor, al que su mujer dejaba plantado a pie de playa. Era como una hipnosis. No todas las mujeres podían sentir aquella influencia parapsicológica, pero algunas, dejaban sus cámaras fotográficas allí mismo, desnudaban y se incorporaban a sus compañeras para tomar el sol sobre la arena de la playa, sin remilgos ni preguntas.

Así conoció Jaiva a **Jessy Floyd**, doctor especialista en cuestiones de la piel.

-¡Vaya mala suerte Jessy! Esto si que no me lo esperaba -dijo ella que los había ayudado feliz sin esperar aquel desenlace-. Había oído que esto a veces sucedía, pero nunca había asistido a esta reacción tan loca. Parece como si fuera dirigida. No mueve los ojos, no parpadea.

Se hubiese reído, si su nuevo amigo no le hubiese parecido tan triste y contrariado.

-Es lo mismo, hicimos este viaje porque necesitábamos encontrarnos de nuevo. Hace tiempo que vivimos como si no nos conociéramos. Estamos a punto para el divorcio -afirmó con un lamento.

Dieron unas vueltas por la ciudad. Tomaron helado, vieron piezas de arquitectura clásica muy estimable, y todo ese tiempo, Jessy Floyd portó la ropa de su mujer con paciencia.

-¿Sabes Floyd? Eres un tío increíble, de haber sido otro hombre, hubiese metido la ropa de su mujer en una papelera, hace rato. El no quería demostrar un exceso de autocompasión e hizo como que no la había oído. Por una parte, disfrutaba del paseo con una chica tan joven que podría ser su hija, incluso su nieta. Alguna gente piensa que compartir momentos de ocio con estudiantes, adoptar sus costumbres y su forma de hablar, rejuvenece. No sentía nada hasta el momento, en ese sentido pero era estimulante la compañía de una jovencita tan extrovertida y confiada.

Aquella ciudad no tenía conciencia, no creía en la culpa ni en el pecado. Tal vez también por eso era un llegar elegido por los turistas. La gente se relacionaba abiertamente y algunos faltaban al trabajo si era necesario, dando la excusa al volver,"vera jefe, he conocido a alguien, y era una oportunidad que no podía dejar pasar". La mayoría eran despedidos, pero desde que la presencia extraterrestre había entrado en sus vidas, desde que la prolongada suposición se había convertido en realidad, la gente había cambiado sus prioridades. Tal vez sentían que les quedaba poco tiempo y no querían dejar de cumplir algunos de sus sueños, antes de que eso sucediera. La pintada recurrente "follar que el

mundo se acaba", estaba por todas partes. Tal vez también respondía a la necesidad de recuperar a sus mujeres, y aquella estúpida reacción que sólo podía responder a la necesidad biológica de supervivencia. Si se dejaban llevar por aquellas voces en sus cerebros, tenía que tratarse por una inclinación a perpetuar su propia especie, mezclando sus genes con aquellos seres que aún nadie había visto.

Alrededor de los tobillos de Jaiva asomaban círculos rojizos cada vez que andaba demasiado. Andar no era una de sus aficiones, pero si la situación lo requería no le ponía remilgos. Olvidaba los kilómetros y las horas, o si ya había pasado por algún sitio. Después de dar unas cuantas vueltas, de acompañar a Floyd en sus visitas y de responder a sus inquietudes sobre los nombres de las plazas, los arquitectos que habían construido tal o cual edificio, o el significado de los monumentos más abstractos, empezó a convencerse de que se sentía atraída por él. Los hombres mayores la llenaban de melancolía, no era extraña en ella esa sensación. Lo invitó a su casa y se le insinuó inesperadamente riendo sin motivo. Descubrió que les escocían los dedos de los pies y le resbalaban en algún sitio, porque las uñas de los dedos más pequeños se clavaban en los más largos y sangraba levemente. ¿Cómo podía seguir riendo estúpidamente con los pies tan machacados? Los excesos de confianza, como acariciar los brazos de Floyd cuando le indicaba la mejor calle por la que seguir, o decirle que tenía tanto calor que se desnudaría allí mismo si no hubiera tantos mirones, eran una declaración de intenciones. Lo invitó a comer y le dijo que podían echarse la siesta. Floyd, entonces, se mostró como un hombre muy enamorado de su mujer, a pesar de haber sido abandonado.

-No me parece buena idea. Creo que volveré a la playa. No entiendo lo que pasa con esos extraños platillos, pero la esperaré. En algún momento se cansará de estar allí y le dará hambre. Necesitará volver al hotel y yo estaré allí para acompañarla

La reacción de Floyd le gustó. ¿Es que no no podía haber un hombre así en el mundo para ella?

Los pormenores de su franqueza al admitir lo que realmente la seducía de los hombres mayores, hacía que la realidad de sus relaciones personales no la hiciera feliz. Inconscientemente la podían estar haciendo infeliz. La vida nos obliga a seguir adelante, aún suponiendo que nada va bien ni sale como esperamos.

En una ciudad como aquella, tan desorientada por los últimos acontecimientos, acostumbrada al pecado, sin moralidad ni necesidad de perdón, no podía hacer otra cosa que adaptarse al sentir general y sus costumbres.

Los días de semana que acudía a sus clases de conducción, estancia y psicología espacial, pasaba muchas horas con Tilo, pero también necesitaba relacionarme con gente corriente, de la calle. Sus compañeros de cursillo y sus profesores, o se dejaban absorber por sus familias, o le resultaban demasiado escogidos y pretenciosos. Ser un astronauta para ella era algo natural, no había que ponerse tan especialitos. Sorprendentemente, parecía encajar perfectamente. Tenía facilidad para memorizar conceptos, para manejar simuladores, para organizar equipos, y cualquier cosa que tuviera que ver con una posible misión espacial. Tal vez fue por eso que no le extrañó a nadie que fuera la elegida para un programa de primeras salidas de la atmósfera, con estancia durante tiempo determinado, todo por el mismo módico precio de ser la mejor aprendiz del grupo. Era una aventura que no tenía precio, y mucho mejor que cualquier hotel de super lujo en destinos selectos para millonarios. A pesar de las incomodidades y ser considerado por muchos como un trabajo muy peligroso, Jaiva no lo cambiaría por nada. Por si esto fuera poco, incluyeron en el

programa a Tilo. Todo eran facilidades y ventajas, y la expectativa del viaje le levantó el ánimo.

Apenas un par de años antes, habían centrado su formación en fortalecer su cuerpo Tener aptitudes físicas para el deporte hubiese sido entonces una posibilidad que muchos incipientes atletas hubiesen deseado tener. En aquel momento podía andar kilómetros seguida de Tilo, con la excusa de comprar café, digamos, en el lugar más selecto de la ciudad. Hay una edad, en la que se desea lo mejor, lo más exclusivo, lo que tiene más estilo, lo elegante, lo diferenciador. Es como querer ser el hijo de un supermillonario y haber estudiado en colegios selectos, procediendo de familias más humildes. Querer ser lo que no se es, convierte accesos jóvenes en estúpidos grandilocuentes y afectados pretenciosos. A Jaiva le había pasado, por eso lo de buscar el mejor café de la ciudad y llevar ropa de marca. Nunca pertenecería a aquella clase superior educados para ser los dueños del mundo, pero había tenido suerte y lo suyo era mucho mejor, estaba siendo formada para ir al espacio, si bien, y a pesar de todas las expectativas recientemente creadas, los psicólogos de la base no estaban muy convencidos de su control emocional. Todos los jóvenes parecían luchar contra sus emociones, era un problema generalizado, y eso también había sido relevante a la hora de hacer la elección.

Jaiva iba a la playa a pasear y perderse entre los vendedores ambulantes, hablar con los turistas para practicar sus idiomas, mirar los bolsos, las camisetas, las gafas de sol y todo lo demás que vendían los manteros. Ya no se trataba de ser la mejor en todo, no necesitaba ir lo más lejos posible en busca de la tienda más exclusiva. Además el espectáculo de aquellas mujeres de enormes pechos y traseros, desparramadas al sol, por algún motivo que no conocía, también la llenaban de energía.

Por supuesto, a medida que pasaban los años, era consciente de que lo que importaba de ella misma y de los otros, no tenía que ver con convencer de sus aspiraciones más refinadas con una apariencia descontrolada, sino que todo lo importante estaba dentro, aunque la mayoría carecía de ello. Se había vuelto una chica modesta. Una debilidad daba paso a otra, y como decían los psicólogos, sus emociones la confunden. Buscar el amor era algo que hacían todas las chicas, pero no tan desaforadamente como ella.

A pesar de lo fácil que le resultaba tener amantes, Jaiva nunca había renunciado a su amor infantil y romántico con Tilo. Siempre había deseado convertirlo en su juguete sexual. Él argumentaba que aquello debilitaría su relación, que necesitaba seguir teniendo el aliciente de la formación, ser un referente para ella en todo lo que tuviera que ver con la forma correcta de vivir y comportarse, y aunque sabía que había fracasado en muchas cuestiones, debía seguir siendo un robot formador de mentes, y no un juguete. Ella hasta el momento respetaba sus ideas, sin dejar de insistir en colmar su deseo.

Tilo no era ajeno a que la variedad y números de sus amantes le habían dado una evidente seriedad. Es decir, descubrir que en el amor nada era lo que parecía, la había hecho bajar en gran medida de las nubes. Es muy posible que gracias a esa aspirada madurez que iba llegando, el hecho de haber sido elegida como un referente de su curso de aprendices, se hubiera convertido también, en la elegida para el programa “Más allá de la atmósfera”.

Cómo decía, con sus necesidades sexuales atemperadas por amantes a los que no amaba, ya no sabía qué hacer en busca de la relación sería con su robot. Sabía que otras mujeres habían encontrado un necesario equilibrio en ello y había dejado de amar a hombres que no las satisfacía, por eso insistía en hablar fríamente con él al respecto. Sabía perfectamente que insinuarse no servía de nada con él. Desde niña se había mostrado delante suya en braguitas y con el pecho desnudo, incluso cuando sus pechos empezaron a

crecer y ningún hombre hubiese permanecido indiferente al vaivén mareante que expresaban. Estaba muy claro que ningún programa sustitutivo de reacciones emocionales hubiese sido cargado en Tilo. Tal vez en la voz y los matices, que contemplaban reacciones diferentes que podían simular emociones. No reaccionaba a estímulos sensuales. Si bien, Jaiva sabía donde tocar para poder jugar con sus partes sensibles. En eso también era parecido a otros hombres.

No reaccionaba ni a las conversaciones más excitantes. Cuando ella le contaba las cosas que hacía con sus parejas, él permanecía indiferente. Ella sabía que no se le escapaba ni un detalle, estaba aprendiendo a pesar de no responder a los estímulos, no hacer ninguna pregunta ni pedir alguna aclaración sobre vocabulario, posición de los cuerpos, o prácticas poco corrientes. No es que el robot tuviera un plan básico que sólo.contemplaba la posición del misionero, sino que creía preferible, para evitar malos entendidos y no encender a la chica -él sabía sobradamente como se ponía de excitada,-, comportarse como si estuviera semi apagado, o con todas sus baterías en descanso.

Creyó que tener amantes podía bloquear a Tilo, así pues, Jaiva prescindió por un tiempo de subfrenética actividad sexual. No son esfuerzos, también prescindió de la madturbación. En lugar de alquilar películas porno para el finde, empezó a ver películas clásicas de amor de la época en la que el cine se hacía en blanco y negro -tal vez porque pensaba que en aquel tiempo el amor estaba muy idealuzado-, y ya no iba a la playa a ver y provocar a aquellos hombres, que se paraban a ver a las mujeres desnudas con las manos en los bolsillos. En el lugar de Tilo, cualquier humano pensaría que la abstinencia a la que Jaiva se sometía, la llevaría más tarde o más temprano a padecer de los nervios y tener explosiones de ira (algo parecido a lo que le sucedía a los leones del zoo cuando les retiran la carne para hacerles una cura con pienso vitaminado y antiparásitos), pero el robot argumentó que, al fin ella estaba haciendo lo correcto, y ella sonrió enternecida. Las cosas fueron a peor cuando uno de sus amantes se consideró perjudicado porque ella no cumplía la parte del acuerdo que tenían de desahogo. Por supuesto era un acuerdo verbal con un tipo que vio en ello una forma de mejorar sus condiciones físicas; casi un entrenamiento, complemento de su actividad en el gimnasio. Tilo tuvo que intervenir e interponerse entre los dos para evitar una pelea física. Si hubiese sido humano se hubiese quedado con la nariz rota por la fuerza violenta con la que fue golpeado por aquel tipo, pero subaleación era de tal naturaleza, y el sucedáneo de la piel tan dura, que aquel rstúpido.se fue con su mano rota, directamente al servicio de urgencias.

Jaiva dependía de las impresiones e interpretaciones de la realidad si quería influir en su decisión de compartir juegos de cama, voluntariamente. Podía resetearlo y reprogramarlo, pero todo lo que le gustaba de él se perdería. Los recuerdos juntos, incluso cuando la sacaba de quicio, formaba parte de la alianza familiar que ella había elegido. La memoria de Tilo lo hacía más humano que aquellos hombres que olvidaban con facilidad, que se acostaban con ella y al día siguiente ni se acordaban. No podía imaginar tener una relación romántica con un tipo que después de ver una puesta de sol besándose y comiendo torreznos, lo olvidase. Que ella lo recordara como un momento especial, y él lo hubiese vivido de forma diferente, tal vez con cosas en la cabeza que le estuvieran sufriendo que aquello era una pérdida de tiempo, y tenía cosas más importantes que hacer. Por eso, lo más importante de Tilo era su memoria, lo que habían compartido, a veces habían experimentado juntos. Era lo mismo que le pasaba a algunas adolescentes, no a todas ni a una mayoría, que no podía tener un robot de última generación como una astronauta, pero se echaban a llorar cuando cambiaban de teléfono móvil. Semejante reacción se debía a

que, aunque pudieran volcar toda la información, las conversaciones con su viejo teléfono lo convertían, a sus ojos, en una personita imposible de sustituir.

Cuando le preguntó por fín si le gustaba más la recatada Jaiva, él le respondió que mucho más, pero que eso no le iba a hacer cambiar de idea en cuanto a lo que pensaba de las relaciones entre un profesor, por muy robot que fuera, y su alumna.

Esa tarde, Jaiva bebió más de la cuenta, se pilló lo que se suele decir, una borrachera de padre y muy señor mío. Lo insultó y le llamó machista sin corazón. Sin duda se trataba de cosas que había leído sobre mujeres despreciadas por hombres insensibles. Pero no era lo mismo un robot sin corazón que un humano sin sentimientos,cesó estaba claro. Jaiva había puesto sus esperanzas en portarse como una niña bien educada y un nuevo rechazo fue demasiado para ella. Le ordenó que se desnudara y la llevase a la habitación en brazos. Después le pidió que la besará como si fuera la condición previa de encender todos sus circuitos, y finalmente, cuando la dejó suavemente sobre la cama, ella se había quedado profundamente dormida. La tapó con la sábana hasta la cintura y aproximó una silla hasta los pies de la cama y se sentó. Se quedó observándola y no se movió hasta el amanecer.

Cuando Jaiva le preguntó si el acto se había consumado, él le respondió que no, pero que le resultaba muy incómoda su erección, porque para devolverlo a su posición de reposo, ella debía poner su dedo sobre un sensor justo debajo de su escroto.

-Menos mal que no lo pusieron sobre el prepucio -dijo Tilo con la sinceridad que lo caracterizaba-. Todo esto es muy embarazoso para mí.

-Si te lo hubiese ordenado, ¿Lo habrías hecho? -preguntó ella.

-Tengo que cumplir con las órdenes, no puedo eludir una orden. Pero lo habría hecho en contra de mi parecer. Eso me pasa a menudo. Por dejarlo claro, si yo te viera en peligro tendría que hacer lo que fuera para evitarlo, pero si en ese momento me das la orden de no moverme, será como si me hubieses desconectado. Así están las cosas.

-Sí ,bueno. No creo que dotaros de libre albedrío fuera mejor. En la decisión sobre lo que está bien y lo que no, deben jugar las emociones.

Tilo quiso argumentar al respecto, pero después de darle unas vueltas al argumento, titubeos y circunloquios, no fue muy convincente. A ella le pareció gracioso. Era la primera vez que tenía una reacción confusa, sólo le faltó carraspear. Ni siquiera si se hubiese producido la noche romántica que ella deseaba, hubiese conseguido confundirlo como acababa de hacer, y quizás no volviese nunca a verlo reaccionar así.

Al lado del centro de entrenamiento aeroespacial había un edificio oscuro, sin ventanas, cerrado como un búnker, al que asistían chicos muy jóvenes vestidos de uniforme. Tenía sus propios aviones y simuladores de vuelo, pero compartían la cafetería. No le gustaba tratar con ellos porque muchos de los que iban a la guerra en la frontera, jamás volvían. Era incapaz de tener por amigos a uno de aquellos chicos sin dejar de pensar que su esperanza de vida era de unos meses.

Todo lo que sabía con certeza sobre el centro que la estaba convirtiendo en astronauta, era que siempre la habían tratado con respeto y la consideraban una buena profesiones, y que desde el principio se sintió animada a hacer del mundo un lugar mejor al menos en lo que a la parte de su esfuerzo pudiera caber. Tal vez le habían este tipo de pensamientos en las charlas que había recibido desde muy niña, pero sentía que formaba parte de ello y, por lo tanto, no cuestionaba ese sentimiento de pertenencia y entrega.

No sabía quién había decidido que hiciera su carrera en aquel edificio y no en el de al lado, porque al ubicarla con cincuenta metros de diferencia, posiblemente le había salvado la vida. Si tenía algún tipo de mentor o protector, nunca se había presentado, no tenía

conocimiento de haberlo visto ni sabía si existía en realidad, aunque siempre había sospechado que sí. Durante años había intentado descubrirlo entre profesores, entrenadores y cargos superiores de dirección. Miraba sus caras y se preguntaba: ¿Será él? Era casi un sentimiento romántico, y si en algún momento se había hecho la misma pregunta con alguna de sus entrenadoras, la había rechazado de inmediato, porque el lesbianismo era algo con lo que no quería confusiones. Era por eso que no se quedaba medio adormilada viendo los ojos hermosos de una profesora, que la nariz agresiva y la boca grande, de profesores de belleza más que dudosa. Ellos tan firmes y embrutecidos, sin embargo, la hacían soñar con aquel ser de la nada que la ayudaba desde su secreto.

En la medida en que era capaz de tener este tipo de dudas, también aceptaba que de haber sido educada para la guerra, como otros muchos niños y niñas huérfanas, se habría sometido a la disciplina y hubiese partido cantando hacia la muerte de fronteras y murallas, cuando le tocase. Desde luego ningún prejuicio en contra se lo hubiese impedido y una vez en el frente, Tilo no estaría a su lado para protegerla.

Coincidiendo con la llegada de los aparatos voladores extraterrestres, todas las mujeres que iban a tomar el sol desnudas a la playas y los curiosos que se concentraban para ver aquella escena apocalíptica, no eran ajenos a que la guerra se producía no tan lejos como pudiera parecer por las noticias de la televisión. Qué aquellos aparatos se hubieran mostrado como no beligerantes, aunque sí extremadamente curiosos y fisgones, ayudaba con la decisión de no abrir un nuevo frente bélico e intentar un equilibrio al respecto. Así son las cosas, unos toman las decisiones y otros los juzgan. Por lo tanto, era bien sabido que cualquier decisión, tendría siempre sus detractores.

Cualquier dudosa, inconsistente decisión, aunque fuera sobre el color de la caca del presidente de la nación, debía ser sometida a juicio por el pueblo llano, aunque a los soldados, a los funcionarios y a los políticos, les estuviera prohibido.

Lo primero que hizo Jaiva al convencerse de que todos sus esfuerzos por seducir a Tilo eran inútiles e innecesarios, fue llamar a Giorgio y someterse a una increíble noche de acción, que más se parecía a una prueba olímpica, que a una romántica noche bañándose bajo la luz insistente de la luna llena. Había pensado en una escena parecida y llevar a Giorgio al río, pero siempre terminaban en la alfombra y empezaban sentados en la cama.

Lo segundo, fue hablar con Tilo y decirle que ya que había concluído que nunca la vería con la ternura que miraba a una lata de aceite de lubricar, había renunciado a jugar con su aparatito, y que iba a solicitarle una compañera robot. Él no respondió, y sólo fue después de un tiempo, que le confesó que si iba a intercambiar información y aceite con otra máquina prefería que tuviera la apariencia de un hombre, concretamente la de una figura de ficción que salía en películas del celuloide antiguo. Tilo quería que su compañero tuviera un pronunciado parecido con Flash Gordon. Incidió en dos aspectos especialmente, el peinado y la voz.

-¿Qué te parece? -dijo Jaiva sorprendida-. Esos moralistas me colaron un robot gay, y yo sin enterarme. Está bien, procederé a darle curso a tu solicitud, si vamos a seguir conviviendo y ampliando la familia será bueno que sea de tu gusto. Después de todo, eres el más indicado para dar tu parecer, y vas a pasar mucho tiempo pegado a él… quiero decir que tendréis que poneros al día y pasaros mucha información.

La forma de actuar de Jaiva era tan respetuosa como hubiera sido hasta con un político o un cura. Pensaba en el futuro como si Tilo fuera realmente una persona, y ya empezaba a pensar en cómo tendría que integrar al nuevo mecánico, y no sólo eso, también empezaba

a cuestionarse por si no era capaz de darle aquel trato y relación de madurez que había conseguido con Tilo.

La gente que trataba a sus robots como criados tenían todo que perder, se había escrito mucho al respecto. De aquellos que tenían suficiente dinero para adquirir uno, los que pensaban que con el paso de los años serían recompensado, o aquellos que eran mayores y pensaban en ellos como un báculo para su vejez y una buena herencia, y los multimillonarios solitarios que tenían miedos inconfesables y los utilizaban como seguridad personal, todos ellos nunca llegarán a imaginar el trato que Jaiva dispensaba a Tilo más allá de los juegos y las sorpresas, como lo integraba en su mundo y como le abría su pensamiento para que él pudiera conocerla plenamente. Creo que podemos concluir que entre Jaiva y Tilo no había secretos. La sensación de derrota que algunos propietarios sentían con el paso de los años, se debía a un mal enfoque -un mal enfoque que sólo había partido de ellos y de nadie más-, cuando en realidad, no podían sacarse de la cabeza que habían sido engañados. Incluso en sus relaciones humanas, personales o íntimas, habían llegado a la conclusión que al entrar en rutinas todo termina por aburrir, ¿Por qué con un robot iba a ser suficiente?

Con el paso de los años Tilo se iba volviendo más lento, no mucho más, pero lo suficiente para resultar apreciable. En eso también era una personita. Se lo achacaban a una memoria muy cargada, y la solución que le daban a Jaiva era reinstalar y empezar con el de cero, borrar archivos grandes, lo que iba a ser muy parecido a lo anterior, o ponerle una memoria nueva más grande procurando no perder datos en la transferencia, pero de momento prefería no meterse en tantos cambios. También era debido a este pequeño inconveniente que había solicitado un amiguito para Tilo. Al principio tuvieron dudas en otorgarle esa herramienta, era un gasto no del todo justificado y veían complicado para el trabajo espacial trabajar con los dos. Ya era complicado llegar a un grado de complicidad técnica con uno, cuanto más con dos. No obstante, en eso podía ayudarla Tilo y lo propuso como un nuevo experimento. Ella formaría al mecánico principal, y Tilo haría lo propio con Gerundino. Aceptaron el nombre, pusieron algunas condiciones, pero al final, el día que menos lo esperaba un transportista se lo entregó debidamente embalado, como si se tratara de un pedido más de la plataforma AliExpress .

Consternado por un golpe en la caja, el transportista aceptó que a veces se dejaban llevar por el estrés y terminaban haciendo su trabajo a la carrera.

-No sabe cómo lo lamento. Las prisas en el trabajo provocan estos accidentes, en los paquetes y en los trabajadores, pero nos obligan a andar así para cumplir los horarios, de lo contrario nos meten penalizaciones, nos sueltan el discurso, y estar mal visto es lo peor, todo son problemas - dijo el muchacho

-No te preocupes, lo que llevas ahí dentro es muy duro, tanto que no podrías romperlo aunque te lo propusieras -respondió Jaiva.

Dos robots, eso era mucho más de lo que la mayoría de la gente tendría en su vida. Lo que tenía delante era un desafío de memorias. Cada cual tenía sus capacidades. Estaba claro que Gerundino tendría unas aptitudes mejores, innovaciones y desafíos, pero hasta el momento para situarse en sus vidas, le quedaba mucho que aprender de Tilo, y ella nunca podría sentirse tan unida a él como se sentía con Tilo. Al menos así creía en aquel momento.

Era un momento de cambio, tenía que aceptar que la vida propone nuevos momentos y lo iba a seguir haciendo. Tardó un par de días en sacar a Gerundino de su caja. La invadía una fuerte melancolía y debía reunir la fuerza suficiente para lo que iba a llegar. Sacar a

aquel enorme y pesado mecánico de su embalaje, se le antojaba como si lo estuviera pariendo. Lo tuvo unos días sobre la alfombra, y Tilo le preguntó si quería que la ayudara.

-No, es algo que tengo que hacer yo. No te preocupes, conozco los procedimientos.

Y, llevada por aquel sentimiento que no quería que las cosas importantes, las que daban sentido a su vida, cambiasen tanto, aún tardó un tiempo en terminar de prepararlo todo y por fin, encenderlo y hacerle una programación básica. A partir de entonces, dejó que Tilo se encargase de él y su actualización, o tal vez sería más correcto decir, constatación de nuevas costumbres -las que tendría que asumir como propias situaciones quería integrarse lo antes posible-.

Mucha gente huye de sí mismos y sus recuerdos, son gente de acción. El estrés los mantiene con vida, deseando, compitiendo, interesado en conseguir sus sueños, en cumplir sus planes y estrategias. Si se detuvieran se sentirían tan vacíos que morirían. No necesitan pensar demasiado, se trata de avanzar. Para ellos se trata de derruir un mundo para construir otro nuevo y nunca mirar atrás. Es obvio, que Jaiva no era así, a ella le pasaba todo lo contrario. Era de ese tipo de gente que necesita sus recuerdos para sentir que estaba viva, para saber quién era. Guardaba una vieja foto con sus padres. En esa foto no debía tener más de dos años, no sabría ni andar. No recordaba el momento, pero la identificaba, era ella, eran sus padres.

Dos robots guardando todos sus recuerdos. Sabía por su etapa escolar, que las abuelas le contaban a las nietas las viejas costumbres, las tradiciones que se habían perdido, ella tenía a Tilo.

Hay gente que necesita pasar página, viven entregados a la modernidad a los adelantos tecnológicos, los cambios musicales, las nuevas modas, estilos y formas de vestir, incluso, la forma popular de expresarse, asumiendo muletillas que les permitan expresarse con claridad y rapidez. Son gente práctica, eficiente y poco romántica. La velocidad es el signo de este tiempo. Jaiva no era así. No escapaba de sus viejos dolores, ni siquiera del drama de haber sido huérfana tan niña. No quería pasar a otra pantalla, cada recuerdo era una sensación que volvía desde su niñez, un olor, la arquitectura de los viejos barrios, fachadas iluminadas de noche y soleadas de día, pasear por lugares que en la adolescencia la hacían deambular los domingos por la tarde y a los que no había vuelto en años pero evocaban momentos con otros sueños, amores y expectativas.

No iba a pasar página por huir de sus dramas. Formaban parte de ella. Otras chicas del internado, creían haber tenido más éxito. Ella era lenta como la memoria llena de un robot, pero no, de momento nada de resetear y empezar de cero. Ni lo pensaba.

Tilo sacó uno de sus trajes del armario y se lo ofreció a Gerundino, parecían los mayordomos de la reina de Inglaterra, pero sólo lo parecían, tenían conocimientos para desmontar un auto pieza a pieza y volverlo a montar, en tiempo récord, entre miles de aptitudes que se centraban en su mayor parte en atender y reparar la tecnología de una nave. Podían vestir como dos estirados banqueros centroeuropeos del siglo diecinueve, en realidad entre un banquero y un mayordomo, bajo la mirada técnica de un robot, no había tanta diferencia. Pero también sabían que pensar así era ofensivo para el banquero.

Jaiva no podía más que imaginar qué tipo de mecánico le habían asignado está vez, y en qué consistirían sus diferencias. Asistía en silencio a la estimulante relación que se establecía entre los dos. Cómo Tilo tenía mucha más información y la había procesado en todas sus variantes y posibles dobles sentidos. Había aprendido que los humanos no siempre querían decir lo que decían con palabras y que lo llamaban ironía, o que podían decir todo lo contrario de lo que pensaban por miedo, por eso había que ser muy prudentes

al recibir sus órdenes. Era mucho decir, porque Tilo pensaba que su nuevo amigo aún no sabía diferenciar órdenes de meras indicaciones, o sugerencias de consejos. Por su parte, a Gerundino le incomodaba el trato de superioridad que asumía Tilo, después de todo, él era un robot de última generación con todos los adelantos técnicos y mecánicos, y no sólo eso, tenía más velocidad de procesado, más memoria y estaba diseñado para durar muchos más años. Es decir, tenía una mejor reacción al frío y al calor extremos, estaba hecho de una aleación diferente y eso lo hacía más duro y resistente en todos los aspectos. Soportó durante un tiempo la relación desigual con su camarada, no quería abrumar lo con sus datos básicos de creación, pero un día en el que le costaba comprender algunas reacciones humanas (a Tilo le había resultado fácil entender muchas de ellas, porque las había vivido y presenciado si las hubiesen representado para que él las entendiera) Gerundino lo miró fijamente y dijo empleando un término de slang.” Oye chato, ¿tú, quién mierdas te crees qué eres?”

Aquello fue maravilloso. Jaiva se echó a reír. Nunca había imaginado escuchar una expresión humana con tanto realismo de la boca de un mecánico. Gerundino era efectivamente capaz, tal y como le habían indicado los ingenieros, un robot casi perfecto y especialmente diseñado para pasar por un humano. Si Tilo hubiera sido capaz de adaptarse a un mundo que no era el suyo. ¿De qué no sería capaz Gerundino?

Allí, en el pequeño piso de Jaiva, lejos de los controles técnicos de la base, todo resultaba más fácil. La rapidez de procesamiento, respondía a la as necesidades de un mundo que iba a toda velocidad, y a su vez, imponía y exigía de su dueño, los mismos reflejos. Posiblemente, los humanos no se daban ni cuenta, pero se estaba estableciendo un mundo a una velocidad determinada de antemano en las tareas, y lo que mejor podía expresarlo era el mensaje, “el tiempo de espera de su tarea ha caducado”, y era entonces cuando las pantallas se iban a negro, o en su lugar, a una foto de una maravillosa y artificial playa con palmeras, que se había programado con anterioridad para que estos casos no resultarán tan fastidiosos. Los que no entraban en cuestiones técnicas a la velocidad exigida, comprobaban que se les ponían todo tipo de impedimentos, no sólo se cortaba la imagen, se les pedía reiteradamente las contraseñas, entraban en un bucle de comprobaciones, y todo resultaba mucho más farragoso que la burocracia de siglos pasados.

La verdad era, que a pesar de pasar horas observando a los dos mecánicos, seguía, como primera exigencia, intentando comprender sus métodos de expresión, relaciones y comportamiento, sin interferir de momento en sus programas de fábrica. Las relaciones de los dos tenían que ser no sólo significativas para una mente despierta y formada como la de Jaiva, sino también el audaz significado de protección y aviso que cabía entre sus reacciones. Tal vez por eso, si se retiraba a su habitación sin decir nada y tardaba en volver, uno de los dos aparecía en silencio para comprobar que no sucedía nada que se escapara a su programación. Tal vez, entre sus imaginarios -así le llamaban a todo lo que podía suceder o no, y aún a tener en cuenta, sin una confirmación-, se encontraban los accidentes domésticos, actuaba de una determinada manera, pero Jaiva no podía saber si entre esos imaginarios cabía una catástrofe mundial derivada de la guerra en curso, o la confirmación del interés despertado en naves de ALIENS de Los que no poseían mayor información. Es decir, seguramente Tilo estaba intrigado por su procedencia, su aspecto y sus intenciones, y preparado para dejarse abducir y obtener información valiosa, pero no estaba en la línea de trabajo ni la proximidad necesaria a esos seres para conseguir relacionarse con ellos. Y como Tilo, Gerundino y todos los demás aparatos de su serie, estarían capacitados para asumir esa responsabilidad si lo consideran necesario para reducir posibles amenazas. Es

sabido que la información no sólo es poder, sino precaución y límites necesarios para la defensa.

Jaiva se daba cuenta que su formación la hacía actuar en muchas ocasiones como un militar, sin serlo. Era algo que en la base no podían evitar aunque prescindieron de las formas y la disciplina, eran parte de un mundo militar y en guerra, y eso trascendía a todas las enseñanzas, academias, colegios infantiles y programaciones de mecánicos.

Esa sensación de peligro estaba presente y se filtraba en las relaciones y vidas, aparentemente normales, de la gente corriente. Se sentían como si estuvieran destinados a un final horrible, una catástrofe inesperada, pasar de una guerra convencional a una nuclear y que la superficie del planeta quedará completamente devastada, o lo que era peor y lo que había respondido Gerundino a sus preguntas.

-No olvides jovencita, que esas naves no están ahí por casualidad y sería lo más horrible de todo que nos considerarán mano de obra esclava para extraer minerales en planetas lejanos -debió de pensar que se había pasado y no era conveniente parecer un robot pedimiesta, así que añadió-. Bueno, también cabe la posibilidad de que exista preocupación en mundos lejanos, por esta tendencia que tenemos los humanos a matarnos y autodestruirnos. Cada vez que se aprueba un presupuesto de gastos para fabricar y comprar más armamento, los robots nos preguntamos: ¿A quién quieren matar esta vez?

Lo que de verdad había aprendido de su nueva familia en aquellos primeros días, era que no había acabado de sorprenderla y que cada novedad podía suceder inmediatamente o esconderse hasta mucho tiempo después. Se trataba de eso que alguna tiene de discreto o tímido, o Dios sabe qué, esa gente a la que en su entorno, durante años, gente muy variada desde conocidos, amigos o familia, le repiten esa observación muy sorprendidos: ¡Eres una caja de sorpresas!

Está vez, era Jaiva la que iba descubriendo mundos nuevos en las conversaciones de los dos. Si antes presentaba a Tilo como su tío, ahora tenía dos tíos. Giorgio la visitó uno de aquellos días y viendo la escena de los dos Thermoheros limpiando la cocina con sendos delantales de flores y corazones pensó, “¿A quién quieren engañar? Ese tal Gerundino no tiene pinta de tío de nadie, y por sus relaciones y aficiones parecen una pareja. Yo siempre sospeché que Tilo era gay, si se ha echado un novio, o pareja, o lo que sea, no hace falta que se anden con remilgos".

Jaiva Blue parecía animada y entretenida y la confesión de Gerundino, un día de septiembre la dejó intrigada.

-Verás Jaiva (habían quedado en que la llamara por su nombre y estableciera una cierta confianza desde el principio), entre los trabajos de descubrimientos que me han asignado, está el de descubrir las posibilidades de la telepatía. Hasta donde me lo permitan mis circuitos, claro está. He hecho un experimento y simplemente puedo archivar el resultado, o como establece el protocolo, compartirlo con la persona responsable de mí en cada momento. Lo he hablado con Tilo y me ha aconsejado que lo comparta contigo.

-¿Y bien? -Respondió ella muy intrigada.

-Parece, según mis archivos, que algunos hombres han observado, que si se sitúan detrás de una chica con pantalones ceñidos, y le miran fijamente durante un rato prolongado, pero desde un ángulo en el que ella aún no lo haya visto. Recordemos que ella va delante mirando al frente y él unos metros detrás. Parece por lo que se ha llegado a saber, que ella terminará sintiendo lo que sucede, se sacudirán el trasero por si el pantalón está sucio o lleva algún papel pegado, y finalmente comprobará que alguien la sigue.

-¿Tú crees? A mí nunca me ha pasado.

-Estimada Jaiva, espero que no te moleste lo que te voy a decir. Tienes que reconocer que tu trasero no es uno de tus puntos fuertes y quizás no ha llamado la atención de uno de esos hombres.

-Ya, ¿Y?

-Pues llevado por un interés puramente científico, no olvides que soy un mecánico de la marca Thermohero. Intenté el experimento, busqué entre las paseantes, una con trasero generoso, me situé detrás de ella y la miré fijamente. ¿Qué crees que pasó? -Jaiva se encogió de hombros-. La chica no sólo no presintió que la mira, ni siquiera que alguien la seguía. Puro hielo.

La conclusión de mi informe es que, o los mecánicos no tenemos esa fuerza en la vista, que la telepatía está muy lejos de poder desarrollarse, o que sólo los hombres disponen de ella en casos muy concretos, situaciones limitadas y que posiblemente, no todos puedan desarrollar esa habilidad.

Lo único que preocupaba a Jaiva Blue del resultado del experimento y como se había llevado a cabo, era que ignorarán que en viejos libros medievales de magia y ocultismo, atribuían a las brujas, fuerza en la voz y en la vista. Aseguraban que podía hacer tropezar a un hombre mirándolo fijamente, y torcer su conducta dándole órdenes con voz grave y profunda. Pero claro, no era de extrañar que los científicos considerasen todo esto, superstición y falsedad.

Le molestaba que pusieran tantas trabas al libre proceder y pensamiento de otras mujeres en la antigüedad. Lo que en ese momento de su avanzada civilización más la atrasaba, era precisamente el modo tan estricto y restringido de llevar a cabo tales propuestas. Cómo seguramente todos sabemos, durante años la ciencia fue considerada superstición por la iglesia, y posteriormente sucedió lo contrario por muchos investigadores ateos. ¿Sería efectivamente la telepatía objeto serio de estudio, o una superstición más?

De momento, aquella confesión de maquinaria moderna, la hizo pensar. No cesaba en la búsqueda de un motivo que colocara a los ingenieros en un lugar y a las mujeres en otro. Los dos eran motivo de observación, pero unos por su irradiación telepática, y las mujeres como meras receptoras ocasionales, pero además como poseedoras de traseros irresistibles. Estaba claro que a los hombres les resultaba imposible resistirse a la tentación, y ella le hacía ver algo más que una escena explícitamente provocadora en aquel experimento. Aquellos enormes traseros no se movían solos, eran parte de una concienzuda estrategia, una forma de vestirse y sentirse poderosa sobre la faz de la tierra, la mujer.

Jaiva podía haber intentado olvidar todo aquello, pero su imaginación había llegado mucho más lejos de lo que Gerundino podía. En cambio, intentó relacionar ambos aspectos propuestos como tema de análisis y añadir un nuevo factor de discusión, se pondría ella misma en situación práctica de entender y observar de cerca, lo que podía tener de verdad el argumento. Se arregló, se puso ropa adecuada y salió para encontrar las condiciones adecuadas, pero en este caso no iba a ser un hombre el poderoso telépata, sino ella misma. Busco una chica adecuada, paseando sin prisa, pantalón ceñido y generosos glúteos. En cuanto la vio supongo que era ella. Apuró el paso para situarse a su espalda, en un ángulo muerto. Era mucho más hermosa de lo que había esperado. No podía demorarse o la perdería, tal vez iba a un encuentro o a un centro comercial. La miró fijamente e intentó pensar en lo que pensaría un hombre en tal situación. ¿Admirado? ¿Impresionado? Si, impresionado, y de forma instintiva se dijo, “haría cualquier cosa por trasero así”, y… ,¡Premio! La chica volvió lentamente la cabeza mientras se pasaba la mano por aquella parte como si fuera de haberlo planchado adecuadamente. La había descubierto, sabía que

le había mirado fijamente aquella parte. Era cierto, la telepatía funcionaba con fuerza llevada por un deseo incontenible. Entonces pasó algo que no había calculado, la morena la miró directamente a los ojos, y le sonrió. Fueron tres segundos deliciosos y Jaiva se ruborizó. Se paró para ver a su involuntaria colaboradora seguir caminando, siempre de frente, feliz de haber descubierto a otra mujer disfrutando la visión de una parte mágica y mimada de su anatomía. La luz de la tarde la envolvía y no dejó de verla hasta que desapareció, entonces suspiró.

No podía quejarse, su vida había mejorado moderadamente, se había convertido en una curiosa excitación por saber más de sus robots y la inesperada duración de su relación con Giorgio. Tres meses quedando para desahogarse era más de lo que habría esperado con cualquiera. Una hábil alianza de madurez entre lo aprendido de sus errores y la deslumbrante actividad a la que la conducían dos mecánicos locos que no paraban de compartir conocimiento, y un amante joven y espontáneo que la excitaba como si estuviera conduciendo un coche de carreras en el circuito de indianápolis.

Una novedad sobre las ensaladeras alienígenas empezó a correr de boca en boca, si bien en las noticias del mediodía parecían no estar dispuestos a difundirla hasta conocer si se le podía otorgar la credibilidad de un hecho consumado. El riesgo, la fantasía, la incredulidad y el miedo, que habían infundido en la población desde que permanecían sostenidos sobre la playa, como si una nave nodriza los ordenase y los retuviera por un sistema de imanes, también se había instalado en parte en Jaiva. Se trataba de un rumor sin testigos, que aseguraba la desaparición de una de las mujeres que tomaba el sol sin percatarse de que uno de los aparatos se iba moviendo lentamente, y del mismo modo movía su sombra hasta cubrirla, abrir una puerta en la base barriguda del aparato y absorber a la señora sin que se oyera otra cosa que sus gritos. Para Jaiva, era una emoción más entre sus novedades. No podía creer del todo aquella historia, pero como ella misma estaba pendiente de su viaje espacial, le preocupaba que pudiera influir en la determinación que hasta el momento, habían mostrado las autoridades en llevarlo a cabo, a pesar de los riesgos y el condicionante de estar conviviendo con seres que permanecían ocultos sin exponer sus intenciones. En cierto modo, eran víctimas de la situación, pero la guerra abierta en la frontera exigía cada vez más soldados para mantener las posiciones. Todas aquellas muertes de jóvenes, eran como un sacrificio al dios del fuego al que pedían seguridad. Mientras mantuvieran el nivel habitual de muertos por ambas partes, la frontera no se movería. Cómo los sacrificios al volcán pidiendo una abundante cosecha para que el pueblo no pasara hambre. Carne joven ofrecida con el convencimiento de hacer lo correcto, cuando los mismos sacrificados caminaban voluntariamente para poner el pecho con el que parar las balas. Los pueblos ancestrales que hacían el sacrificio del volcán, no sabían que sus erupciones no las calmaban la juventud de los cuerpos arrojados, y que un día, el menos esperado explotaría como una bomba nuclear y arrasaría su isla.

-¿Qué porcentaje de credibilidad debemos concederle al rumor? -preguntó Jaiva.

-Muy alto -Contestó Tilo-. Si yo estuviera en tú lugar, esperaría un desenlace de confirmación en los próximos días.

Tal vez porque Tilo está muy entregado en mostrar algunos de los pormenores de las más extrañas reacciones humanas, pero también porque Jaiva había hecho un nuevo amigo futbolista y paraba poco en casa empeñada en ser una víctima de sí misma, ninguno de los dos observó que estaban perdiendo algunas de sus mejores costumbres. Sobre todo Tilo con su nuevo juguete, se percató de que había descuidado acompañarla en sus paseos y observar que no se metiera en situaciones complicadas.

Cuando él se sentaba en la alfombra del salón para discutir con su nuevo amigo si los celos eran una reacción positiva, pues para que terminara de entender el concepto, o simplemente para discutir todo lo que algo tan poco racional pudiera tener de práctico, ella aprovechaba para salir cuidadosamente por la puerta de la calle, cerrando con un movimiento suave de llave para que nadie, ni siquiera la refinada escucha de Tilo pudiera apreciarlo.

-Se ha vuelto a escapar -dijo en voz alta cuando comprendió que no había hecho un sólo ruido desde la última hora, y eso no había sido debido a que se echará la siesta. Fue a su habitación y ella no estaba allí.

La mayoría de las veces la esperaba en reposo, es decir, sin apenas gastar batería, aunque ella llegase muy tarde. Pero esa noche, se enchufó al cargador y estuvo atento a la puerta sin parpadear ni una sóla vez (era un efecto que podía desconectar si no se relacionaba en modo de incógnito). Lo que podía tener en cuenta y catalogar como prioritario, era el estudio y cuidado de su dueña. Por supuesto no compartió este tipo de inquietudes con Gerundino, que se apagó y puso su encendido o recuperador de energía, con el amanecer.

En el.modo inquietud, el procesado de información se volvía lento y confuso, por eso dejó cualquier tarea y sencillamente esperó. Por desgracia, esa actitud alarmó a Jaiva cuando entró a su vuelta de una de sus citas, y se enfadó cuando él le preguntó de dónde venía.

-Te estás tomando muy a pecho el papel del tío cuidador. No eres mi tío, y soy mayor de edad.

En los libros que había leído Tilo, esa escena de la joven que no deseaba ser controlada, se daba mucho.

-No es eso, sólo necesito un poco de información para cubrir mis informes. No los voy a compartir con nadie. Sólo tú puedes acceder a mí información.

Si alguien aquí se está preguntando, ¿Cómo es posible enfadarse con un robot? Piensen que no es tan extraño. ¿Acaso nunca le han dado una patada a su coche por una avería inesperada?

Tener un aparato como Tilo era todo un desafío, sobre todo porque, del mismo modo que le pasaba con algunas personas, no siempre era previsible y casi nunca era fácil saber lo que tenía en la cabeza.¿Qué esperaba de ella? ¿Qué fuera una buena chica del norte, bien educada, formal y coherente? Pues ella no era así ni de lejos. Si el otro bicho no era una mala influencia para él y no le había pasado algún software malicioso, pronto volvería a ser el de siempre; de verdad que le molestaban sus desconfianzas.

-Giorgio es un buen chico. Piénsalo antes de jugar con él, o como dicen los humanos, con sus sentimientos? Él no es como tú que sólo te diviertes. Estás echando tu vida a perderme

“Esto si que tiene gracia, estoy aquí, sin moverme, escuchando la reprimenda de un mecánico”, pensó mientras escuchaba las noticias del televisor en el salón. Se levantó con intención de salir de la cocina, con una taza de café en la mano.

-Recógelo todo y no quieras saber tanto, Giorgio no es así y necesitas crear un cargo de conciencia.

-Perdona, no es agradable oír eso. Es mi trabajo.

Jaiva invadida por una suave melancolía pensó cuánto le hubiese gustado tener una familia para que le pusieran límites. En ocasiones, aquellas familias no necesitaban ni hablar de ellos, los hijos se cuidaban mucho de no fallar al resto, sabían hasta dónde podían llegar. Las nuevas generaciones están más independientes porque los planes estatales separaban a los hijos de los padres muy jóvenes, y los mandaban a estudiar a internados de los que salían preparados para una determinada actividad. En eso no era tan

diferente de ellos. No sé tenía a sí misma por ese tipo de chicas que rompen todas las reglas, ella no era así, tan sólo intentaba no llegar al extremo de sentarse todo el día en una silla esperando por una nueva clase para convertirse en la astronauta más joven de su generación.

“Una nueva moda parece haber surgido de la clase trabajadora. Los turistas acuden en autobuses a pasar unos días a nuestra ciudad para ver los OVNIS. ¿Es normal que la mayor concentración de curiosos se produzca poco antes del ocaso? Tal vez intentan añadir a esta experiencia inigualable, de un color naranja ligeramente tostado y recuperar la sensación de la juventud perdida. El alcalde ha asegurado que dotará la zona de pérgola y marquesinas, de asientos y barandillas, y de un chiringuito para que todos puedan disfrutar de ese momento inigualable tomando una cervecita con limón “al estilo del sur”, cada cosa que decía la línea editorial buscaba mentalizar a los parroquianos de que debían asumir todos aquellos cambios como la " nueva normalidad”, que era un término que ya de nuevo tenía poco, porque desde las restricciones por virus, no se había dejado de usar.

Hizo ese gesto tan común de entrecerrar los ojos para centrar la mirada con precisión en la tele y concentrarse en la imagen de todos aquellos cuerpos femeninos espatarrados al sol sin timidez alguna. ¿Cómo resultaría ella misma tomando el sol con todas sus partes expuestas a la curiosidad general? Bueno, eso no era algo que fuera a hacer de ninguna de las maneras, pero no podía dejar de observar el contraste de su cuerpo perfectamente depilado entre algunos otros que llevaban un tiempo allí sin ausentarse más de lo preciso, y que exhibían unos matorrales sin apenas un recorte.

Movida por la curiosidad, se acercó de nuevo a aquel lugar. Se había convertido en una visita recurrente en los últimos tiempos también para ella. Y pudo comprobar por sí misma, aquella hilera de autobuses aparcados mientras los conductores de la “Empresa de transporte Herminia” iban a comer (era el nombre que figuraba en uno de sus costados y por lo tanto hacía pensar que se habían especializado en viajes turísticos baratos de corto recorrido), algunos de aquellos transportistas, podían mover cualquier mercancía y se habían reciclado otro tipo de consumo de masas como los conciertos y fiestas populares. Conocían este tipo de servicios y sabían lo que las gentes en estado de euforia y sorpresa continuada necesitaban, un lugar para comprar bocadillos y urinarios públicos no demasiado lejos. Y ¿por qué no decirlo?, ellos mismos tenían sus necesidades y, a veces, un amor en cada puerto, como los marineros y los astronautas que hacían rutas establecidas en cargueros. Nadie podía culparlos de pasar meses, a veces años, en viajes oficiales, sin desahogarse, aunque la liga de mujeres intachables habían denunciado que el estado posibilitará este tipo de servicios, incluso para los soldados en el frente. De forma general habían expuesto que era mucho más moral y sano, dotarlo de las drogas necesarias para hacerlos olvidar sus bajas pasiones. Jaiva, no podía imaginar pasar seis meses en el espacio sin más distracción que los juegos de intelecto; sabía perfectamente que jamás le ganaría a la máquina al ajedrez



2

La suerte arde mal

Tal vez, la necesidad de poder hablar de vez en cuando con un perfecto desconocido, tenía algo de infantil, o de falta de cariño, o la necesidad de sentirse valorada por lo que era, no por lo que representaba en la lucha por la conquista del espacio. Hay momentos en la vida en que uno desea no ser nadie, es un ansia de libertad indescriptible e inabarcable, y a ella también le pasaba.

Los símbolos dorados de una nación empezaban a aparecer por todas partes. Banderas, escudos medievales, fotos de expresidentes consagrados, párrafos enteros de la constitución dentro de vitrinas perfectamente limpias y cerradas con llave, todo lo necesario para no perder la identidad por muy difícil que fuera el momento. Poco a poco, los alrededores de la playa y el paseo, se iban llenando de la simbología más extravagante que se pueda imaginar, porque cuando se le acabaron los líderes políticos, continuaron con fotos y retratos de cantantes famosos, actores y actrices, escritores, poetas, físicos nucleares y hasta una vieja imagen en blanco y negro de la mona chita y laika la perrita astronauta. Jaiva miraba superficialmente el museo de los grandes hombres sin convencerse de que aquella impresionante exposición de papel fotográfico fuese a intimidar a los visitantes espaciales. Un chico joven estaba parado delante de una enorme foto de Elvis comiendo una hamburguesa, con un rótulo en la parte superior que decía, “Una forma rápida y barata de alimentar al pueblo trabajador".

Miró un poco más adelante y allí estaba Floyd, sentado sobre una piedra, con una toalla y una bolsa sobre las rodillas. Estaba más aburrido que Napoleón sobre su caballo con la mirada de piedra perdida en el horizonte. Estar aburrido nos pasa cuando perdemos el interés por actuar y a todos nos ha invadido esa desgana, pero había algo más que convertía la imagen de Floyd en la más pura expresión de tristeza, y eso era la resignación.

Hacía mucho que se hablaba de un nuevo orden mundial. Los dos extremos luchaban por sobrevivir, por mantener activa la guerra convencional sin complicarse en aventuras nucleares. Los científicos que habían dicho que las guerras se acabarían al entregar el poder nuclear a los políticos se habían equivocado.

Floyd era un veterano, había cumplido sus dos años de servicio y había sobrevivido, ahora otro más joven ocupaba su lugar en el frente. Era una rareza también en eso. Jaiva lo saludó, le apetecía saber más de un hombre tan enigmático y se sentó a su lado. Sacó dos cervezas de su mochila y le ofreció una, aún estaban frías.

-Parece que los platos fruteros no se van. ¿Nos están estudiando? -dijo él, agradecido por la atención que le prestaba.

-Eso parece, yo no presto mucha atención a la versión oficial. ¿Tú crees que se irán y no volveremos a saber nada de ellos? -le preguntó. Era la hora de comer y se percataron de que los curiosos hacían un descanso. También notaron que los funcionarios encargados de gestionar la crisis, le llevaban comida a las mujeres. Era como si respetarán el interés de los Aliens, y no quisieran que las mujeres abandonaran su lugar. En caso de batalla diríamos, que deseaban que ellas conservarán sus posiciones. Pero, como ya he dicho, había una guerra en marcha y no tenían fuerza para tanto.

-Es una posibilidad. ¿De qué otra manera puede terminar este… asedio? -le respondió.

-Sí, claro. Hay que aceptar cualquier posibilidad.

-Me gustaría que un mandamás de su flota, se haya equivocado en los cálculos del viaje. Qué se haya equivocado de planeta y están también pensando qué hacer. No creo que necesiten plutonio para recargar sus centros de energía, o lo que sea que los ayude a

moverse -Lo dijo dispuesto a reconocer que también a él lo obsesionaba aquella situación y había dedicado mucho tiempo a pensar en ello aquellas “vacaciones".

-Yo ya no quiero saber quienes son, ni de dónde vienen. Sólo quiero que desaparezcan.

-Sí, desde luego. Todos queremos lo mismo. Me gustaría que mi mujer se viniera y volver juntos a casa, a tomar sangría por el calor y dormir la siesta después de las noticias -dijo sin demasiada esperanza. Pero convencido de que había un mundo mejor entre todos lo que habían perdido. Tenía la certeza de que su situación era un tremendo error y que no debían, en ningún caso, haber viajado hasta allí movidos por la estúpida curiosidad que mueve todas las modas.

-Es cuestión de esperar un poco más. Es duro, lo sé, pero todo se arreglará.

Cuando empezamos a dudar nada nos detiene. Es cuestión de permitir que nuestra imaginación se acelere, exija posibilidades, contraste realidades, relacione tendencias y noticias, y entonces y sólo entonces, de puro agotamiento nos dormiremos y aceptaremos nuestra derrota.

Jaiva volvió a casa convencida de que había una conspiración de gobiernos para controlar a la ciudadanía. Todos estaban en lo mismo y los platillos los habían creado para entretenernos. Empezó a sospechar que Gerundino era un robot espía y que algunas de sus piezas eran de AliExpress. ¿Cualquier cosa era posible?

Por el tiempo en que había empezado con la parte práctica de las naves, reparación, manejo, recambio de piezas, planos electrónicos y estructura, empezó a vivir de forma independiente en su apartamento. Atrás quedaban las habitaciones compartidas del internado y le pusieron un salario que le permitía una vida digna. En esos tiempos, Tilo se comportaba como un extraño, su relación era incipiente, y la observaba sin hablar, sólo expresaba lo necesario o para responder a sus preguntas. Se movía poco y apenas entraba en su habitación o en el cuarto de baño: las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Así fue conociendo a su robot con prisas, imprudente, sensual, locatis con los hombres y otros deseos o estímulos propios de la juventud que exhibía sin freno. Aunque lo deseara, la discreción no era uno de sus puntos fuertes. Hay chicas jóvenes que con unos jeans muy usados, una camiseta blanca y unas zapatillas sucias, llaman la atención como si las hubiese vestido un notable modisto parisino; ese era su caso. Esa aparente despreocupación por su aspecto estaba muy lejos de cuestionar sus habilidades y por eso había sido elegida como una de las mejores de su promoción.

Separados por las emociones y sentimientos humanos por un lado, y el práctico movimiento eléctrico de miembros, ideas, relaciones e impulso del robot por el otro, en aquel tiempo empezó a comprender que se trataba de una relación llena de momentos compartidos, conversaciones, estímulos y consejos, y si desde niña había sido como un juguete convertido en amigos, tal y como tantas niñas hacen con sus peluches y, a veces, creando un amigo invisible. En el internado lo veía por tiempo determinado cada día, pero eso cambió radicalmente cuando le permitieron llevárselo a su apartamento y le dieron la carta de propiedad. Jaiva evitaba cuestionar y racionalizar sus reacciones, sus condiciones de vida o sus costumbres, y cuando la confianza con Tilo se estrechó, él le hacía preguntas dirigidas a ordenar su relación y saber lo que ella esperaba de él. “Intenta ser tú mismo. No me pidas que te exija más de lo que me exijo a mí misma. Me estás molestando con tus juegos" .

Habían sido unos tiempos magníficos, ¿Cómo olvidarlo?

Giorgio subió la sábana hasta la cintura de los dos. Jaiva dormía profundamente, con la boca abierta y los pechos desparramados. Si hubiesen sido unos pechos firmes, podría

decir que miraban al techo, pero en realidad eran bizcos, cada uno caía hacia su lado. Hacía calor, si hubiese tapado a Jaiva hasta el ombligo ella hubiese dado una patada para deshacerse de la sábana. El límite estaba Cuatro dedos por encima del pubis, ni un palmo más.

Ella le habló de Jessy Floyd y lo enamorado que estaba de su mujer, Giorgio le prestó atención jugando con su oreja. Cuando notó que ella empezaba a responder a su reclamo, dejó de atender y ella de hablar con claridad.

-¿Están tus tíos?

-No te preocupes, están distraídos haciendo una interpretación actualizada de la alimentación de cohetes con plutonio.

¿Serían verdad las cosas que le contaba? El tal Jessy Floyd la tenía muy confundida. Lo de preferir pensar que todos los desconocidos son buena gente, no iba con él. Hay mucha gente sensata en el mundo, pero justificarse ocultando los peores episodios de la vida de pareja, podía convencer a Jaiva de su buena voluntad, pero Giorgio hacía suposiciones muy alejadas de esa medio verdad. No era un incrédulo, en todo caso se trataba de un joven desconfiado de los adultos. Un perfil bastante corrientes en un mundo que no les deparaba nada bueno, guerra o desempleo. Sólo los lumbreras tenían el aprecio estatal, y si siquiera pasaban de ser instrumentalizados.

Todas aquellas mujeres tomando el sol en pelotas en la playa, eran divorciadas, desengañadas, maltratadas, feministas, separadas, solteras sin interés sentimental, casadas con hombres infieles o que de alguna otra forma las habían hecho sufrir. En la imaginación de Giorgio, ese era el caso de la mujer de Floyd, unida de las últimas al.club de las indiferentes sufridoras. Según él, algo muy malo le tenía que haber hecho para que lo que él pudiera opinar de aquel deseo de libertad, le resultará tan poco importante. En realidad la lástima que comunicaba abrigado bajo el sol del mediodía, se trataba de una penitencia insondable. Porque así considerado, exclusivamente bajo el punto de vista de un joven malicioso, esta, como mucho, era la versión más realista que se le ocurría. Sobre lo que podían esperar las mujeres de los platillos, tenía ideas variadas, algunas ser inseminadas, otras, sentirse observadas parecía producirles un placer inefable, y la mayoría sentían la importancia de la protesta en términos de los cuerpos desnudos y el ego sublimado por el arte de su naturaleza al descubierto.

Floyd era uno de esos hombres que había cometido un error y se arrepentía infinitamente, pero aún en el supuesto de que su mujer volviera con él a casa, nunca superaría la frialdad con la que lo trataba. ¿Sería que las mujeres llevaban en su instinto despreciar la inconsistencia masculina? No era un secreto la importancia que ellas le daban a sentirse respetadas, y de qué manera algunos hombres necesitaban menospreciarlas para recuperar su cuestionada seguridad.

Pues eso, que Jessy Floyd a Giorgio no le resultaba un marido tan enamorado como Jaiva pretendía.

Se estaban poniendo de moda los amores imposibles, eso era idóneo para no comprometerse hasta perder el sentido. Diferentes clases sociales, jugadoras de baloncesto con hombres de metro y medio, ancianos de noventa años buscando el amor en chicas de veinte. En estos tiempos está bien visto enamorarse de cosas, de tu mascota o de extraterrestres, hemos llegado a unos niveles de tolerancia, que el amor es lo único que puede salvar el mundo.

Iban al cine ocasionalmente, y como hacía un tiempo que no llevaba otro chico a casa, llegó a la conclusión de que Tilo, a pesar de todas sus rabietas, ejercía una indudable influencia sobre ella.

El cine es un acuerdo de conformidad. Si las cosas no van bien no te encierras dos horas con una persona en silencio sin mediar fluidos. Además de eso, era imposible comentar las emociones que podía producir una buena historia con un robot. Con Giorgio tampoco era tan especial, pero escuchaba y ponía cara de entender lo que sentía una mujer en momentos con los que se identificaba. No tenía sentido soltar una lagrimita por la muerte de Romeo, y pretender que Tilo lo entendiera. Tenía que ser tolerante en esas situaciones, tomárselo como un aprendizaje y responder a sus dudas, que no entraban en el terrero emocional. Cuando pasara un tiempo, no sería fácil decidir lo agradecida que estaba por tenerlo siempre a su lado, y no hablo de Giorgio. Se podría decir, que olvidando por un momento a Gerundino, y como Giorgio parecía empeñado en volver una y otra vez, aquello empezaba a convertirse en un triángulo del que sólo ella era plenamente consciente, porque sólo tenía que ver con lo que ellos significaban en su vida.

Ni una sóla vez había faltado a sus compromisos con la escuela de formación espacial, para ella eso era lo primero. Jamás sin valorar otras opciones por coincidencia en fechas ocupadas, y siempre había encontrado una solución. Hablaba de su compromiso con el universo como si hablara de su compromiso con Dios, con la política, o con su familia si la hubiese tenido. Que a sus compañeros astronautas, tanta dedicación les parecía una enfermedad que se extendía sin medida, no era un secreto. Pero si alguna vez se veían solos, rodeados de cuerpos celestes acechando como bólidos en una autopista, lo que menos daño les podía hacer eran tantas horas de estudio. No moriría por la puntualidad, pero podía verse sin modo de volver a la tierra por un error en los itinerarios y sobreestimar la carga de energía lejos de una fuente solar. Empezó a prepararlo todo para su viaje. Vendió algunos cuadros, ropa, aparatos tecnológicos que ya nunca iba a usar, y hasta su bicicleta. Cosas que no podía llevarse al espacio y que no echaría de menos a su vuelta. La creencia periodística, que genera preguntas al respecto, sobre si los astronautas, cuando suben a un cohete, siempre piensan que la posibilidad de no volver es muy elevada, es una creencia falsa. Nadie se dedicaría a ello si así fuera, por muy maravilloso que imaginasen flotar en el espacio, como una gaviota perdida a miles de kilómetros de una orilla.

En un momento, se alarmó por tener pensamientos tan negativos. ¿Tenía miedo? ¿Dudaba?

La relación de Jaiva con sus robots intentaba ser sentimental. De niña le resultaba más fácil querer a Tilo (una cosa al fin y al cabo) como se quiere a una persona, incluso a un ser querido. Las primeras aceptaciones emocionales, la apreciación, los cuidados,sentirse protegida, le habían llegado de ellos. En la escuela primaria, presumir de robot como otras niñas presumían de animales domésticos era fácil, pero si presumían de padres atentos y cariñosos, eso era otra liga. La irrefutable condición de huérfana no gusta, pero no podía quejarse, sabía que debido a la guerra había muchas otras niñas huérfanas, otras con padres retornados pero mutilados, y luego estaba el programa de inclusión de niñas con enfermedades raras y hándicaps psíquicos. No se iba a quejar, la jovencita paseando turistas calle abajo no tenía derecho a tanto.

La número uno de su promoción, una joya sin pulir, si no se torcía nadie sabía hasta dónde podía llegar en la jerarquía social, suponiendo que a ella le interesase entrar en ese juego de hipócritas.

Los estudios superiores estaban muy ligados al éxito, a los más preparados, indisolublemente y estrechamente relacionados y conectados con los cazatalentos de empresas multinacionales. Tendría mucho tiempo para pensar en eso en la soledad del espacio.

Jamás había pasado por un momento en su vida que la dejara tan fascinada y llena de incertidumbre, todo a la vez. Sin embargo, la idea de la soledad no la acababa de convencer. Claro que Tilo y Gerundino estarían a su lado, pero el punto más fuerte del viaje consistía en observar cómo se desenvolvía sin otras relaciones humanas con quién compartir sus inquietudes. Se alejaría lo suficiente para no sentir la tentación de volver o arrepentirse por entrar en el programa espacial, y una vez en el punto separado en su carta de navegación, se enfrentaría a dificultades estudiadas y previamente concebidas para el experimento.

La programación militar de Jaiva estaba en marcha, ella lo sospechaba pero no le resultaba una idea atrayente. Más dinero, una medalla y los galones. A su vuelta todo iba a cambiar más de lo deseado. Entonces, cuando tenía todo preparado y faltaba muy poco para someterse al proceso de inserción, una terrible noticia recorrió todos los telediarios. Gerundino hacía un seguimiento de los noticieros en segundo plano y su voz de pito sonó elevada, “Jaiva, deberías encender la tele y poner uno de los canales en tiempo real, algo ha sucedido que debes saber".

La guerra había entrado en una fase de armas no convencionales, la frontera se había convertido en un terreno yermo, y los huesos de los soldados muertos se habían convertido en polvo arrastrado por el viento. No quiso ver más, se puso las manos en la cara. No iba a llorar, tenía que ser fuerte. Además,¿qué clase de astronauta llega al embarque con los ojos hinchados de haber llorado?

Se disponía a apagar la tele cuando una nueva noticia pisó a la primera. Una reportera desde la playa de las mujeres nudistas y los platillos extraterrestres, corría para refugiarse en un kiosko de revistas y golosinas. La cámara que la acompañaba no dejaba de grabar. Las mujeres corrían en dirección a la salida o los OVNIS las perseguían soltando una luz azul que las absorbía y las introducía en las naves. Los gritos, los jadeos de la periodista que no se atrevía ni a asomar la cabeza, las naves soltando un chillido capaz de dejarlos sordos, y de fondo la música de tensión cinematográfica que la cadena había puesto para darle más tensión al momento, ¡Cómo si fuera necesario!

Con todas las revisiones médicas al día, la charla de objetivos le pareció muy resumida. Todo el mundo tenía prisa. Por supuesto nadie le informó que con la nueva dimensión que estaba tomando la guerra, los acuerdos de respetar el programa espacial ya no se respetaban, y el cohete podía ser derribado. La dificultad de Jaiva en terminar de entender lo que estaba pasando, no residía tanto en que no hubiese visto el parte de últimas noticias, como en imaginar a dónde los llevaba la nueva situación. Tal vez, para ella no existía nada más en aquel momento del vértigo de despegar y salir disparada hacía lo desconocido, y que lo único importante que dejaba atrás era su posibilidad de volver. Tampoco iba a pensar en eso. Con toda aquella gente corriendo a su alrededor, preocupados de que todo estuviera en su sitio, de que cada máquina diera un resultado de conformidad, no podía pensar en sí misma.

Tilo y Gerundino la siguieron por la pasarela, se pararon en la puerta y levantaron los brazos. Alguien preguntó si algo había cambiado en el programa de formación en solitario, y tuvieron que explicarle que sólo una de aquellas tres figuras en carne y hueso. En un momento así era necesario esclarecer todas las dudas, pero en situaciones normales, al preguntar, todos alrededor habrían conocido sus limitaciones, y se hubiese arrepentido al segundo. Sólo la chica era real, los robots eran parte del equipo técnico, no entraban en sus responsabilidades de entrenador físico, ni en las del psicólogo, que la había acompañado y observado hasta que inició el ascenso por la pasarela del ascensor. Fueron las dos personas que estuvieron más cerca cuando ella se dio la vuelta y levantó el brazo a la vez

que los mecánicos. “Una foto para la posteridad”, dijo por el canal interior y aquel comentario le llegó a un coronel malhumorado que la veían en una pantalla del centro de despegue y le replicó, “¡deje de hacer el idiota y entre ya, tenemos un trabajo que hacer!”.

Tilo seguía conectado a todo lo que pasaba en la tierra, pero sabía que su conexión a las principales agencias de noticias se iría apagando al ir dejando los satélites repetidores atrás. Sabía que Jaiva quería estar informada, y cuando estuvieron sentados y atados a sus sillones, le dijo que algunas mujeres habían caído de los platillos alienígenas sobre el mar, una de ellas había sobrevivido y aseguraba que aquellos bichos tenían cuerpo y cabeza de Jabalí, pero que caminaban erguidos, lo que les hacía mover su cola muerta o posiblemente atrofiada.

El cohete despegó y permanecieron en silencio sumidos en sus pensamientos. Ese tuvo que ser el momento en que Jaiva adivinó todo lo malo que iba a pasar. Alguien debía haber programado una desquiciante música clásica en el programa, sin duda imitando algunas películas de ciencia ficción, que así recreaban el flotar de una cohete sin que nada pudiera interrumpir la total ausencia de sensación de velocidad. Cualquier cuerpo celeste a mil años luz de velocidad, sólo tendría la sensación de flotar, de no moverse, o creer que lo que se movía era su órbita. Seguramente le habían puesto algo en la comida, ya no estaba intranquila, ni siquiera podía evitar un desconocido estado de tedio, lo que sin duda, en un momento así, la hacía sospechar.

-Tilo, creo que me han puesto algo en la comida.

-Si me permitís intervenir, los programas de despegue incluyen tranquilizantes. Lo que me parece extraño es que no lo hayan comunicado -aclaró Gerundino.

-Creo que todos ellos están muy nerviosos. Nunca los había visto así -replicó ella.

-Las noticias de la guerra tampoco son tranquilizadoras. Y creo que nos están escuchando -añadió Tilo.

-Claro que los estoy escuchando -sonó el coronel en sus intraurales-, esto parece una excursión. Jaiva, usted ya no está en el colegio, y órdenes a los robots quitarse esos trajes de astronauta, no les hacen falta. Pueden ponerse pantalones cortos y camisa Hawaiana, ellos no sentirán el frío, los cambios de atmósfera, ni ninguna otra particularidad humana, ni siquiera el rozamiento de otras máquinas más expuestas a la erosión espacial.

-Señor mío, permítame señalar que un robot no es una cosa, no un cohete, ni una luz de emergencia, hemos llegado a un nivel de perfección que los científicos nos han dado una categoría intermedia entre humanos y cosa. Para su información, sienten respeto por su creación y aconsejan tratarnos como humanos para que nuestra formación llegue a ser lo más completa y aproximada posible a la función para la que hemos sido creados. Sustituir a profesionales que pueden ocuparse de trabajos que requieren imaginación, dulce, inesperada y a veces loca imaginación.

El Coronel no le respondió. Volvió el silenció, la música clásica desapareció. Habían sido unos minutos muy sofocantes, desde que los motores de explosión dejaron de rugir para dar lugar a la música flotante, un vals estelar tan incómodo.

Jaiva imaginó al coronel maldiciendo. Hay gente a la que no les gusta que les contesten, que les lleven la contraria o que les enmienden la plana. Y justo eso acababa de suceder, Tilo había corregido uno de sus titulares, los robots son algo más que máquinas.

Unos años antes, eso mismo le habían preguntado al creador de Tilo.

-¿Qué quiere decir con eso? ¿Los robots son casi personas? -había preguntado un avezado periodista.

-No lo habría dicho mejor, el término “casipersona" me parece bien.

El día de su presentación a la prensa, Tilo no había dicho una palabra. El discurso de un científico era todo lo que necesitaban, y había sido dotado, entre otras muchas cosas, de un sentido de la prudencia y respeto por sus dueños y creadores, que les impedía interrumpir alegremente sus ideas y sus discursos. Por supuesto, el Coronel no se encontraba entre esas dos categorías, y por eso lo habría seguido confrontado con esa idea de haberle contestado. ¿Imaginan un mundo de robots corrigiendo errores, recalcando intenciones y viejas normas, avisando de errores gramaticales o de conducta? ¿Conducir un viejo coche a gasolina y que el copiloto mecánico te corrigiera si pisabas la línea continua, si te olvidabas de poner un intermitente, o si llevabas la radio muy alta?

Lo de conducir ese tipo de aparatos contaminantes, ya nadie lo hacía, pero discutir con un robot sería una costumbre que llevaría al caos. En tal situación era suficiente decir, “acabemos aquí está discusión", y el mecánico comprendería que había momentos para hablar y momentos para estar callado. ¿Hay algo más incómodo que un niño corrigiendo a su padre en público? Diciendo, “papá, ya te dijo mamá que no hables con este señor”, y sonando investido de una autoridad militar, recibir de vuelta una contestación inmediata, " cuando lleguemos a casa tenemos que hablar tú y yo”.

No es extraño que un científico que guardaba celosamente su edad, que tenía prótesis mecánicas en las partes más escondidas, diminutas pero importantes de su cuerpo, le llamara a los robots, casipersonas. Él era un humanoide. Nadie lo sabía pero cualquiera podía apostar mil a uno, a qué únicamente conservaba su cerebro original, y ganaría la apuesta. El cerebro del siglo estaba a punto de desaparecer, por culpa de una guerra, que en principio, era el método menos inmoral de mantener los niveles de natalidad. El cerebro del hombre que había acuñado el término “casipersonas”, aceptado por todos menos por un inculto coronel. El soldado galardonado por su valor, que asumía la expresión, “muera la cultura y la ciencia" como propia y no siquiera en eso era sincero, renegaba del saber, del mismo modo que asumía su racismo. Y frente a la guerra total, los dos cerebros tan opuestos, uno tan lúcido y otro tan obtuso, quedarían silenciados para siempre.



3

Cuando estalle la tercera nuclear.

Ella asistió a su última cita con Giorgio vestida como una princesita, todo lo contrario de lo que solía. Era algo que chocaba frontalmente con su personalidad y su habitual forma de vestir. No era una chica muy femenina, de eso estaba segura y no era un secreto para nadie. Pero, en ese caso creyó que se trataba de una ocasión especial, Giorgio había destacado como el más estable de sus amantes. Tilo la había convencido, también llevaba razón en eso, era el momento de dejar aquella forma tan superficial de vivir y empezar a tomar en serio sus propias afinidades y sentimientos.

Llevaba una rebeca sobre una camisa blanca con cuello de encaje y una faldita a cuadros hasta la rodilla, en el pelo se había puesto un prendedor de rosa plástica muy llamativo y pretencioso. Giorgio se quedó asombrado, se besaron y todo eso, pero en cuanto pudo, Jaiva se quitó la chaqueta porque le apretaba. Giorgio siempre había pensado que ella no era consciente de su potencial. La imagen que expresaba con chaqueta o sin ella, con broche de rosa roja en el pelo o sin él, era una imagen poderosa, podía aspirar al hombre que quisiera, desde un actor o un científico, a un multimillonario ocupado en hacer dinero y multiplicar su fortuna. Lo que quisiera. ¿Qué había visto en él? Eso era algo que nunca descubriría. Así pues, nadie se hubiese sentido más feliz de verla tan inclinada a un encuentro especial aquella noche, si ella no le hubiese revelado casi inmediatamente, que lo perdería de visto por una temporada porque se iba a las estrellas en un programa espacial. Aquello le chafó la cita más excitante de su vida. En el momento en que por fín notaba en ella que mandaba señales de interés sincero, la noticia, “me voy al espacio", lo había desarmado, incluso si había llegado a la cita excitado por su imaginación, ardiendo de deseo, en ese momento quedó tan desanimado que ya no pudo tener sexo esa noche. “Lo siento, creo que no estoy con el ánimo necesario". Eso fue a peor, cuando ella definió el significado de “me voy al espacio por un tiempo", ¿Cuánto tiempo? Y ella respondió, " dos años como mínimo. No te voy a pedir que me esperes, pero cuando vuelva me gustaría volver a verte. Si entonces tienes pareja, no seré un obstáculo, por eso puedes estar tranquilo”.

¿Por qué todo se volvía complicado con el paso del tiempo? Si quieres que todo se vuelva difícil, siéntate a esperar.

Recordó la despedida como si la necesidad de ser fiel a un recuerdo reciente llegara después de ver los platillos volantes situarse a una distancia prudencial y a continuación, quedar en estado de shock mientras el planeta azul saltaba por los aires y se convertía en una antorcha en llamas.

Resultaba demasiado fácil culpar a unos y a otros, a los políticos, a los presidentes, a los militares y a todos los que habían visto con buenos ojos otra guerra de fronteras. Demasiado tarde y cómodo indignarse, los mataría a todos si eso hubiese evitado la catástrofe. La hubiesen llamado terrorista y la hubiesen condenado a pena de muerte, pero habría salvado la tierra. Todo era ya tan relativo, las leyes no servían, incluso el deseo de justicia se volvía algo personal. No creía que nadie hubiese sobrevivido, pero imaginaba que una nave albergando al presidente y todo subséquito aparecían para hablarle y convencerla de que todo había sido un lamentable accidente, ¡imaginaba tantas cosas! Intentaba saber, En una situación así ¿cómo actuaría?

Para los robots nada había cambiado tanto, la misión continuaba y había tareas que no se podían dejar para más adelante, sobre todo aquellas que tenían que ver con asegurar la

energía del cohete a largo plazo. Eso la ayudó a salir del estado de ensimismamiento en el que se había quedado. Contaban con ella para hacer algunos cambios, incluso le pidieron su opinión para establecer nuevas rutas y por no confundirlos les siguió la corriente; era obvio que no sabían cómo se sentía. Desde niña había llorado un par de veces en presencia de Tilo y le había creado una gran confusión porque nunca había podido explicarle que era aquella agua salina que le caía de los ojos. Por supuesto, él tenía conocimientos de anatomía y medicina, pero verlo y entenderlo era otra cosa. Para sorpresa de Jaiva, Gerundino hizo un estudio sobre daños materiales y personales del final de la guerra, parecía que le importaba más de lo que había supuesto, cero supervivientes, ninguna posibilidad de reconstrucción. A pesar de ello, Jaiva concibió la posibilidad de vagar por el espacio durante unos cincuenta años (se trataba de una cifra aproximada), y entonces, respondiendo a una planificación tan larga, volver e intentar encontrar algún lugar no tan calcinado, en el que poder terminar su vida. Fue un pensamiento fugaz, tenía lo mismo de emocional que de irracional, y no lo iba a compartir con sus mecánicos.

FINAL del relato

—----------

—----------



1

El hombre lobo y las cavernícolas

Jodi Teiltenbaum era una chica de pueblo, había crecido en una granja y le gustaban los animales, especialmente las vacas. Pero también le gustaban las fotos de las actrices de cine y como vestían, con sus cuerpos perfectos y muy maquilladas. Tal vez por eso al cumplir los dieciocho se empleó en un restaurante de comidas rápidas en una pequeña ciudad de provincias. Se instaló en un apartamento diminuto con un compañero de trabajo -Teddy le ofreció la posibilidad de instalarse por un precio razonable en una de las habitaciones y la advirtió de que era gay, y que por lo tanto en ningún otro lugar iba a estar más segura-, y como no era muy buena idea desplazarse a la ciudad con una devoción las vacas de sus padres, y tampoco le cabría en el apartamento, se llevó consigo un gato que se llamaba Cecilio, el nombre de un mayordomo en una vieja película española que había visto.

Debido a su buen carácter, a su inocencia juvenil, que a algunos le podía parecer infantilizado, algo necesitaba cambiar dentro de ella, que sin duda conseguiría tratando con clientes descarados, torpes, crueles o con aires de superioridad. No sólo la unía a Teddy todo lo que le había facilitado su aterrizaje en una ciudad y una situación, desconocida para ella, también habían con él un vínculo de amistad que surge cuando sientes que alguien se preocupa por tí, y Teddy parecía “estar al quite” como hacen los subalternos en la tauromaquia interviniendo si el torero está en peligro. Es decir, que si la veía que se liaba con una entrega o un pedido, y algún tío desagradable la humillaba, allí estaba Teddy con toda su pluma para decirle, “puedes ir al bar de enfrente y si eso te molesta tírame de ésta", o una lindeza parecida. Jodi le hubiese dado la oportunidad del cortejo popular si él le hubiese mandado señales, era todo lo que siempre había deseado en un chico, pero los que había conocido intentaban manosearla y morrearla todo lo que podían sin pensar mucho más, y ella les daba pasaporte con premura. Es posible que aquella circunstancia que los mantenía a cada uno en su sitio, hubiese contribuido aún más, si cabía, a hacer sólida su amistad.

A esa amistad se incorporó la comprensión de Teddy, cuando una tarde dos señoritos que tenían toda la pinta de ser millonarios, aparcaron su descapotable y se acercaron a la barra para pedir dos de ginebra con tónica y un teléfono. Y digo de su comprensión, porque desde el primer momento, su amiga se desvive por atender a aquella pareja de sexagenarios, se muestra servicial, solícita y entregada, sin la fuerte personalidad que había demostrado hasta entonces. ¿Qué le estaba pasando? Sólo le faltaba lamerle las botas, Teddy no podía creerlo. No era tan raro a los ojos de otros trabajadores, después de todo, “sólo se trataba de una camarera" . También lo sobresaltó la idea de si aquel servilismo no la convertía en presa fácil de los timadores.

Cuando Jodi llevaba un buen rato hablando y riendo con sus nuevos amigos, Teddy buscó el momento para acercarse y decirle suavemente, “cuidado chica, cuando más dinero tienen, son menos de fiar”, ella se encogió de hombros.

La señora Vanishead y Eduard, su amigo artista, tenían edad para ser sus padres, pero se comportaban como si la diferencia de edad no existiera, se ponían a su altura, le reían las bromas y no dejaban de decirle lo bella que era. Iban vestidos para jugar al golf o al tenis, con pantalones blancos, polos del mismo color, y zapatillas de deporte.

-Verás querida, no es casualidad que paremos en este café. Ya hemos estado otras veces y Eluard se había fijado en tí -dijo la señora haciendo que Jodi se pusiera a la defensiva, y diese un paso atrás-. No es lo que piensas preciosa, puedes estar tranquila. Mi amigo es

diseñador de ropa y dibujante. Le gustaría que posaras para él en alguna ocasión. Por supuesto te pagaremos por las molestias. Desde que te vio está obsesionado con dibujarte.

-No sé. Tengo que pensarlo.

El fin de semana salimos a la disco “La boite” a bailar y tomar unos cacharros, ya sabes. Si te animas, dí en la puerta que vas de nuestra parte, te dejarán pasar.

Jodi se daba perfecta cuenta que estaba rabiando por decirle que sí a cualquier cosa que le pidieran, pero se contuvo. Le resultaba doloroso saberse tan débil, influenciable, deseable y dispuesta a la vez. En cierto modo se avergonzaba de sí misma. Sabía que no podía evitar los chismorreos, llevaba poco tiempo en aquel lugar, nadie, ni siquiera Teddy la conocía lo suficiente y eso despertaba todo tipo de especulaciones. Era pronto para que empezarán a desaprobarla, por eso no iba a ser condescendiente con las miradas que la censuraban. Pasaba de ser una gatita tímida, servicial y presumida con la señora Vanishead, a devolver miradas de crueldad y altivez a los compañeros con los que sabía que nunca podría simpatizar. A veces pasa, a algunos atrevidos los detestaba son apenas conocerlos por la forma en la que la miraban. Alteraban su normal desenvoltura con aquellas miradas, por fortuna no había habido insinuaciones soeces, ya lo había vivido una vez con un chico del pueblo y había salido con él un tiempo. Debemos suponer que los primeros amores, cuanto más lanzados y rápidos son los chicos, menos incomodidades.

-Tranquila preciosa. Se te ve nerviosa y te sacarán de tus casillas -Teddy se acercó de nuevo sin esperar respuesta. Tenía más cosas que hacer que cuidar de su joven amiga.

Los compañeros de piso pueden ser buenos amigos, pero no siempre se les cuenta todo. Él notaba que era reacia a compartir lo que se traía con aquella gente. También la notaba pensativa y menos habladora que otros días, por consiguiente la carga que suponía preocuparse por ella se aliviaba, y cuando él sábado no fue a dormir y llegó el domingo después de comer no le preguntó. Teddy se mostró totalmente indiferente, despreocupado y desatendido de lo que no fueran sus propios asuntos.

Pasó un tiempo hasta que Jodi se sintió preparada para hablar de los cambios que se estaban operando en su vida. Sus nuevas amistades no eran su familia, pero ella quería creer que podía confiar en ellos como si lo fueran.

-Escucha guapa, la vida te enseña. Yo soy un gay duro. Nunca he llorado por los golpes de la vida, por las contradicciones, por el trabajo duro y el salario mínimo, nunca lloré por mis problemas. Sin embargo, lloro con las películas cuando la gente que sufre encuentra consuelo y justicia, y también lloro con las noticias cuando la gente se manifiesta para parar una guerra y se unen contra el negocio de la muerte. Soy una persona sensible, me preocupo por mis amigos. En cierto modo, soy muy sentimental. Pero no te equivoques, no me fío de esa gente,cuanto más dinero hay en juego, más falsedad, pero si estás a gusto con ellos, por mí vale.

Nadie puede imaginar lo que siente una chica de dieciocho años cuando tiene pensado pasarse poniendo cafés durante más años de los que tiene, y de pronto, la suerte se cruza en su camino. Estaba como loca, intentaba encajar lo que le sucedía y le apenaba que Teddy no compartiera su gozo, pero tenía que contárselo a alguien y él era la persona más apreciada en su situación. Le había demostrado que la apreciaba y sabía que terminaría por entenderla.

-Hay cosas que pasan en la vida que nadie puede entender. Espero no equivocarme con ellos -dijo refiriéndose a sus nuevos amigos-. He conocido gente que me ha hecho daño, soy joven pero no tonta. Yo tampoco soy la Virgen María, ni aspiro a serlo.

-¿A qué te refieres? Eres buena chica, intentas salir adelante, como todos -replicó Teddy.

-Soy ambiciosa Teddy, me da vergüenza decirlo. Me han invitado a ir a París.

-¡Cuidado! Estarás lejos y desprotegida.

-Lo sé, no soy tan tonta. Eduard me ha dicho que quiere que sea su musa, ¿Qué te parece? -se detuvo y añadió-. Me ha dibujado y me ha soltado doscientos euros, más de lo que saco en propinas en una semana.

-Te están liando. Deja siempre la puerta abierta por si tienes que salir corriendo.

-Tus amantes son más peligrosos y nunca te lo dije. No te conozco -intentaban superar sus incomodidades, así que Teddy podía decirle lo que quisiera que ella estaba decidida a hacer su viaje a París. Nadie podría detenerla. Tal vez no se lo merecía, pero era la cosa que más deseaba en el mundo.

-¿Así que musa? Bueno, tendré que apoyarte como siempre -sonaba resignado-, sólo espero que si terminas haciendo una peli porno me la mandes por correo.

-Eres un cabroncete, ¿Sabes?

-Creo que no me entiendes preciosa. Si hay algo que quieres de verdad nadie podrá pararte. Eso ya lo sé.

-No es lo que piensas. Hacen negocios con la gente. Venden sus proyectos, sus vestidos, y tienen una agencia de automóviles. ¿Viste su auto? Cuesta tanto como este apartamento. ¿Cómo voy a decir que no? Hay oportunidades que se presentan sólo una vez. Y puedes estar tranquilo sobre Eluard, él es mayor y me ha dicho que ser su musa no es algo sexual. Es artístico, ¿Lo entiendes?

-Si querida, lo entiendo. Bueno, si la señora Havishead se mete en tu cama, al menos no quedarás embarazada y no tendrás que salir corriendo a qué te hagan un aborto.

-¡Cómo eres! Me doy por vencida.

Unos días después, Jodi salió con sus nuevos amigos para la ciudad de la luz, le pidió a Teddy que le cuidara a Cecilio. Él no era muy experto en cambiar areneros de excrementos y bajarlos al contenedor, pero aceptó porque era un sentimental y deseaba volver a verla. Además de eso, tenía esa forma de ser de la gente que no permite en sus planes entrar la idea de fundar una familia, ni nada parecido, y en esos casos en los que el convencimiento es firme, la amistad tiene la relevancia de los lazos familiares más estrechos.

Aunque hubiese sido por un segundo, el teatro que ambos le ponían a la vida los hizo sentirse muy próximos. Le daba pena que se fuera a París, pero en verdad tenía que desearlo tanto como decía para dejar su gato atrás. Hay fuerzas invisibles que no están al alcance de todos el mundo y ellos lo tenían.

La señora Havishead la tenía muy controlada intentando que ella no se diera cuenta. Pidió una habitación con dos camas, y si salía le preguntaba a dónde iba, le prometió que le iba a buscar un chico prometedor y de buena familia para que pudiera tontear con él, con la condición de que no se enamorase y no le hiciera promesas que nunca podría cumplir. Tenía que comportarse como una niña caprichosa. La había observado y sabía que hacer de sí misma no le iba a ser tan difícil. Tenía que fingir ser lo que no era, actuar todo el tiempo. Todo el mundo lo hacía, no había motivo para preocuparse o creer que se les engañaba. De forma consciente, estaba convirtiendo a Jodi en la mujer más seductora del mundo. Le compró ropa, fueron juntas a los cafés y a fiestas, visitaron las tumbas de poetas insignes, y cuando asistieron a un desfile de ropa de primavera, le dijo que se fijara bien en como lo hacían porque tenía intención de que pudiera mostrar su talento muy pronto y aprender a caminar con la barbilla alta, la mirada indiferente y la determinación de una yegua árabe.

La chica tímida y azorada del café, estaba cambiando, no era difícil darse cuenta. Les costó un poco más de la cuenta introducirse en algunos círculos, eso no era un secreto. El periodo de formación duró un poco más de lo esperado porque el pretendiente que buscaban no aparecía. Sin embargo, Eluard conocía a mucha gente, por eso no dejaban de moverse, de aceptar invitaciones o fines de semana en la montaña, todo era nuevo para Jodi, una vida fácil, sin inconvenientes, y vivir de hotel era algo a lo que se había acostumbrado con toda naturalidad. A esas alturas, ya había comprendido que Eluard tal vez no vendía ni un cuadro, nadie se creía mucho que fuera un reputado artista, menos él mismo que tenía una opinión muy elevada de sí mismo. Ella se había acostumbrado a sus atenciones, asumiendo que no pretendía sus favores, por eso empezó a posar desnuda para él como si eso ya no fuera un inconveniente. Le gustaba ser observada y pintada, siempre que al acabar él le permitiera ver el resultado. Le agradaba echarse sobre un diván y pasar las horas alimentando su ego. Eduard le decía que era una diosa en cada trazo concluyente, y si tenían alguna visita se conformaba con ponerse una bata hasta los tobillos y una zapatillas. Era suficiente para asistir en silencio a alguna de las aburridas y pretenciosas conversaciones de los amigos mayores de Havishead.

No cabía duda, habían hecho una buena elección, era la chica más decidida y resultona que podían haber encontrado. Se acostumbraba con facilidad al rol que le imponían, estaba cómoda. Había noches que dormía completamente desnuda. Ni siquiera Havishead podía pasar por alto un cuerpo juvenil ardiente y de piel tan blanca, si hubiese sido un hombre no habría sido capaz de resistir la tentación y se habría levantado en mitad de la noche para meterse en su cama con alguna estúpida excusa. Tenía los pechos pequeños pero bailaban como gelatina. Había visto otras mujeres desnudas, Havishead era una mujer mayor y también había desfilado por pura diversión, se había desnudado con otras chicas en camerinos remotos, unas con el pecho muy caído, otras lo embuten hasta que les tocaba la garganta y quedaban sin aire por la presión, pero ninguna lo tenía tan perfectamente colocado como Jina. Ahora empezaba a dejar de parecer tan inocente. ¿Por qué las mujeres jóvenes parecen no haber roto un plato y nadie las cree? Por fortuna sabía disimular y evitar que Jina pudiese adivinar sus pensamientos, todo se iría al traste, si la joven perdía la confianza que le demostraba, sería un daño irreparable.

Por ese tiempo, sobre todo en Italia estaban de moda los coches descapotables del estilo Giulietta. Eran coches hermosos y manejables para conducir por las estrechas carreteras de la costa, conducir acompañado de una dama de cine y mirar los barcos de vela deslizándose sobre el mar plateado. **Giuliano** se fijó con el coche de Eluard, pero el artista se había encariñado con él y si lo había recibido embalado por Mar desde un país lejano, así empezó una negociación que no parecía llegar a buen puerto. No lo iba a vender fácilmente. Hay tiempos en los que las modas alteran hasta la conducta de los hombres con un aplomo aparente. A Jodi le indignaba oír hablar de aquel hombre y que nadie sintiera interés por presentarlo. Al fin, un día saliendo del hotel lo vio acompañando a Eluard delante del coche rojo vino, inmediatamente supo que era él y se plantó sin moverse a la espera de ser introducida en la conversación.

Los amigos de la pareja eran sustituídos con facilidad, sobre todo si su conversación era aburrida y los modales inadecuados. París contaba con muchas oportunidades de conocer gente sofisticada e interesante, podían prescindir de Giuliano cuando quisieran, no era obligatorio atarse indefinidamente a él, y sin embargo, pasaban los días y su nombre volvía a las conversaciones, surgía por casualidad como si un espíritu lo estuviese invocando desde las mentes espontáneas de otras mujeres que les hablaban de él. Esto hizo comprender a Jodi de que se trataba de un caso especial, y que tenía Giuliano para rato.

Sentía curiosidad, por eso cuando Eluarda se lo presentó no se conformó con darle la mano, se abalanzó sobre él para darle dos besos, se desequilibró y cayó sobre el capó del Fiat.

La chica se daba perfecta cuenta de que estaba cambiando y que sus patrones, los que siempre le habían servido para decidir si un chico estaba a su altura, estaban cambiando. No podía arrepentirse ni culparse, de haber sido condescendiente con los más brutos, porque entonces, ella no era la misma. Se preguntaba dónde había quedado la joven de pueblo que reía sin parar cuando despertaba el interés de chicos mayores. En una ocasión, incluso le había preguntado a Havishead si notaba que había madurado, y lo había hecho con una frase llena de dramatismo: “¿Es posible que sea lo suficientemente adulta para aceptar que un hombre me romperá el corazón?".

La opinión de Havis Head acerca de los avances de su pupila ya se los había dejado claro en otra ocasión, " El amor es una ruina, no te enamores”. Y cuando Eluard se mostró a favor de aquella afinidad entre los dos jóvenes, se lo volvió a decir, " puedes jugar con él, pero no te enamores, no es lo que necesitamos”. ¿Lo que necesitaban? ¿A qué se referían en su intrincada estrategia sus nuevos padrinos? Antes de salir para su viaje, Jodi le había pedido a Teddy que, bajo ningún concepto, le dijera a nadie que se iba de viaje a París, porque si sus padres se enteraban, la matarían. No sé lo tomó al pie de la letra, pero le quedó muy claro en qué consistía el nivel de severidad de sus castigos.



2

La lágrimas de paloma
cazan hombres muy grandes

Aunque sus relaciones iban mejorando, Jodi se centró en Giuliano, en llamarlo, quedar con él para paseos y excursiones e intentar parecer más chistosa de lo que era en realidad. Ya le resultaba evidente que Eluard intentaba hacer un buen negocio vendiendo un coche con muchos más años y kilómetros de los que decía. En un mundo de pillos, ella jugaba un papel fundamental para darle a su sociedad el aspecto de una familia bien avenida. El papel de sobrina en viaje de placer le iba bien, en realidad era así como la hacían sentir. No le sorprendió que su opinión tuviera tan poca importancia, cuando Havishead le ordenó dejar de verse con Giuliano. “Estimada niña, ese hombre está arruinado, son un euro, seco, así que no perdamos más el tiempo, y no me repliques”, Jodi permaneció en silencio, para ella era un auténtico fastidio, después de todo, estaba empezando a distraerse y sentirse libre con sus salidas amorosas al campo.

Si encontrásemos una expresión poética para definir la decepción impuesta a uno mismo (no olvidemos que por muy arruinado que estuviera, Giuliano era guapo y refinado, y ella estaba mucho más pelada que él), esa expresión tendría que ver con acostumbrarse a convivir con nuestros sueños convertidos en alfileres.

Lo.lógica del bien resulta muy interesante, la virtud del sacrificio, el sentido de hacer algo por los demás, la coherencia de aspirar a un mundo mejor, de gente capaz de sentir piedad y encumbrada en el dolor de los otros, y mucho más interesante que la simpleza del mal, la tentación, la mezquindad, la ocultación, el deseo, el placer, la ambición. Por desgracia Jodi estimaba que sus motivos no tenían ninguna de las virtudes del bien. Mucho tiempo después, ya de vuelta de su aventura le confesaría a Teddy que ella no entendía lo que estaba pasando hasta que escuchó a Havishead decir a Eluard, “te salvaste por los pelos, si formalizas la venta del coche no lo ves más y no cobras ni la entrada. Eres un estafador de tercera división, eso sería una buena excusa para él, ¿No crees?”

En París en esos círculos todos engañaban a todos, y los nuevos ricos soltaban su dinero con facilidad a cambio de parecer algo que no eran, burgueses refinados. No había forma de convencerlos de que por mucho estilo que intentarán comprar se les notaba de lejos su procedencia, pagaban fiestas, compraban ropa de diseño, se apuntaban en negocios de alta costura como socios, compraban coches históricos. Especialmente los que habían tenido una infancia en el campo con padres agricultores, se expresaban con más torpeza, por eso.cuando Jodi confesó a Teddy que había tenido razón al advertirla por los peligros del mundo del demonio y del pecado, también añadió que durante mucho tiempo la atormentó pensar que tal vez no interpretaba bien su papel y se le notaba que hasta los doce o trece años, se subía a los árboles como un chico.

Al final, había necesitado sincerarse con Havishead y le había dicho que comprendía sus negocios y que cualquier esfuerzo por ganar dinero era respetable, a lo que añadió, que si su papel era el de la chica mona que atrae posibles clientes para sus asuntos, que asumía su parte. Le hubiese gustado concluir que podían habérselo dicho, que aceptaba las condiciones del viaje, no era tan cortita para no entender que todo tenía un precio y pretender simplemente estar a la sopa boba era un atrevimiento o un exceso de inocencia. No lo dijo todo, se conformó con mostrarles su apoyo y demostrar que después de tantas indirectas, al fin había comprendido el asunto en el que andaban, y su propia utilidad.

Eluard encargó a una modista la confección de unos trajes que él diseñaba, y consiguió venderlos inventando una marca y una historia familiar. Sus nuevos amigos se habrían quejado y lo habrían denunciado de haber sospechado, pero la calidad de las telas era superior, y Jodi admiraba el trabajo hecho. Tal vez no estuvieran en el circuito de las grandes exposiciones, pero aquella ropa a Jodi le parecía maravillosa. Eluard solía decir que le hacía falta un socio para darle a sus ideas un carácter más industrial. Por fortuna cuando Havishead le dijo a Eluard que había encontrado un nuevo dependiente para la niña, aún no habían vendido el coche, y podían llegar con la música Wagner a todo trapo el fin de semana a la casa de campo familiar y jugar al tenis hasta que se hartaran. Havishead l había vendido uno de los cuadros de Eluard a buen precio, en el óleo sobre lienzo, Jodi exhibía las piernas saliendo de un albornoz, además de medio pezón en un escote distraído y el pelo envuelto en una toalla a modo de turbante. La idea de ambientar aquella figura excitante como si estuviera saliendo de la ducha, también había sido de Eluard, cuando en realidad el trabajo principal sobre la modelo lo había realizado en la habitación del hotel. **Billy Bragg** y **Brigitte** pagaron de buena gana el dinero que le pidieron por el cuadro y expresaron su deseo de presentarle la musa a su hijo **Ronny** y a su hija **Steffi**. Una familia bien avenida con una vida fácil, llena de satisfacciones, y por qué no, frecuentes invitados que la hacían más entretenida. La belleza de Jodi empezaba a dar sus frutos, una vez más el ojo artístico de Eluard había acertado en su elección. Para Jodi, tal vez sus amigos eran un poco tramposos, pero nadie podría poner en duda su talento si los conociera. Estaba segura de que los recordaría con afecto el día que pusieran punto y final a su nueva

aventura y tomarán la decisión cambiar de aires, sospechaba que cuando eso sucediera ella ya no encajaría en sus planes.

Cuando por fin se convenció de que si Havishead había encontrado un nuevo pretendiente para ella, sería de su gusto. La conocía bien y le diría que era guapo y buen partido, Ronny era lo mejor que podía ofrecerle en aquel momento, pero tampoco iba a ser fácil encontrar algo mejor para seguir dándose un tiempo. Jodi salió a dar un paseo corto porque los besos de Giuliano aún sabían en su boca. Fue el buen juicio y el respeto que sus amigos le habían demostrado lo que la ayudó a tomar una decisión. Volvió al hotel lamentando que Giuliano hubiese desaparecido sin prometerle amor eterno, eso habría ayudado, salió del ascensor y al aproximarse a la puerta de su habitación oyó unos gemidos que le parecieron de un gato. ¡Qué raro!, se dijo ¿Habrá visita? Abrió con cuidado y entró. Habían echado las cortinas y en la penumbra fue totalmente consciente de la realidad de su descubrimiento. No era una gata lo que producía los gemidos sólo comparables a un llanto,verá la señora Havishead moviéndose con pasión sobre el cuerpo de un hombre. ¿Por qué ella no hacía aquellos jadeos musicales? Tal vez era demasiado joven para disfrutar como Havishead parecía estar haciendo. Fue descubierta al darse la vuelta y tropezar con una silla, un minuto más y hubiese salido en silencio. Se disculpó pero ya era demasiado tarde. Era un hombre mayor, el que se levantó tomando su ropa. No sabía cómo reaccionar, si salir pitando y decir alguna otra cosa. El hombre se iba poniendo prendas de ropa de camino a la puerta. La señora Havishead se acercó a ella completamente desnuda, sin tan siquiera taparse con la sábana. Le puso la mano en el hombro y la tranquilizó, “No te preocupes, no pasa nada. Debería haberte avisado para que tardarás un poco más" . Havishead era una mujer llena de carne, su cuerpo no era como el de sus amigas adolescentes con las que se bañaba en el río. Claro está que la había visto otras veces en paños menores, pero no le había producido aquella sensación de desamparo. La desmedida sensualidad que expresó en aquella ocasión la hizo sentirse insignificante. Estaba decidido, iban a ser unas excitantes vacaciones aunque sólo jugarán a tenis, la perspectiva de llegar a amar alguna vez, como Havishead la animaba a seguir sus planes. En realidad, eso y la reflexión de su paseo, porque a su edad era fácil creerse enamorada y Giuliano no demostraba sentir lo mismo o ya le habría visto desde su desaparición, aunque fuese a escondidas.

Así pues, el punto exacto de inmoralidad en su nueva vida, muy poco a poco, había ido tomando forma. Por algún motivo había imaginado que Havishead tenía amantes mucho más jóvenes, y aquel hombre le pareció un abuelo con el brío de un semental, eso sí. Asistir a intimidades ajenas por sorpresa, no le resultaba agradable, no había sido forzado, planeado ni siquiera consciente. Los accidentes suceden, a veces, como era el caso para abrirnos los ojos. Una amiga de la infancia le había confesado que era corriente que los niños descubrieran a sus padres haciendo el amor, que ella le había pasado, y le había dado detalles muy precisos de la furtiva visión que, al fin, la había llevado a dejar de creer en los reyes magos y el mundo de ficción que habían montado a su alrededor. A Jodi jamás se le hubiese ocurrido entrar en la habitación de sus padres por sorpresa al escuchar jadeos intermitentes. Ya era mayor de edad, y Havishead no era su madre, pero de alguna manera el descubrimiento se había producido, un poco tarde para desmontar su inocencia; ya hacía mucho que un chico del pueblo la había llevado al río a la luz de la luna para mostrarle lo que él previamente había aprendido. Fue muy torpe, el muchacho hizo lo que pudo, no sirvió como una primera vez romántica, pero para hacerse una idea de lo que ya ella había imaginado, para eso sí sirvió.

Empezaba a ser consciente de que aquel viaje era mucho más lioso de lo que había pensado. Ya era más que una sospecha que su cara angelical y su cuerpo diminuto era un punto muy importante que sus amigos esperaban que explotará encendiendo el deseo de los hombres a los que esperaban retener, convencer y finalmente desplumar. Comprendía al fin su poder, incluso hasta dónde estaba dispuesta a llegar, y no por un enamoramiento fugaz como le había pasado con Giuliano. Desde luego su poder estaba en sentirse a gusto con la expansión de sus, hasta el momento, ligeras curvas e iba mucho más allá de posar desnuda para Eluard y permitir distraídamente que las visitas pudiesen estar, mientras él casi, o aún no del todo, artista terminaba su sesión.

Generar un necesario optimismo, llevada de la mano de la recién conocida y asumida altivez, la hacía flotar en cualquier ambiente, por desconocido que fuera. Eso también formaba parte de la esmerada formación a la que la estaban sometiendo. La discreción y aprender a mentir con naturalidad, serían parte de la formación más elevada, refinada y deseada.

Con un sacrificio incuestionable seguía los pasos que le iban indicando, y a pesar de la ternura propia de su edad, y las emociones inesperadas, era ya capaz de mantenerlas a raya. La tarea más importante en este sentido fue llegar a la enorme casa de sus anfitriones, y al ser presentada y percatarse de que Billie Bragg, el cabeza de familia marido de Brigitte, era el mismo señor mayor que saliera corriendo de la cama de Havishead, ser capaz de frenar toda reacción, levantar la mano y saludarlo como si aquella fugaz visión mientras él recogía sus partes en un viejo calzoncillo, jamás hubiese existido.

Comieron estupendamente, la conversación fue muy agradable. Los hijos de Brigitte y Billy Brag eran también amables y divertidos, lo que resultaba muy conveniente porque en esa nueva vida que llevaba todo eran novedades, pero no tenía muchas ocasiones pasar tiempo con chicos de su edad. Ni siquiera Giuliano lo era, debía llevarle al menos diez años. Lo había pasado muy bien con él, el italiano había sabido conducirla y distraerla, pero no era exactamente lo mismo.

No puede decirse que no deseara estar allí, que no fuera agradecida o que empezará a dudar de sí misma. Es una cuestión que deberíamos aplicarnos cada uno de nosotros con más frecuencia, y eso es, ¿Por qué hacemos las cosas que hacemos? ¿Qué tipo de egoísmo de segunda división nos motiva? Era demasiado joven para buscar popularidad, protagonismo o satisfacer un ego del que nada conocía. Ni siquiera sabía lo que significaba y cómo funcionaba de forma instrumental en otras personas. No sabía a qué venía toda aquella emoción infantil cuando empezó a salir de paseo, de compras, a bailar o a bañarse en el lago. Antes bien, que mostrar su felicidad, su risa y tontear con Ronny, el hermano pequeño de Steffi, parecía hacer disfrutar a todos, especialmente al joven estudiante de poesía.

Es que parecer de buena familia no quiere decir que tuviera que renunciar de cada sorpresa y cada inmerecido nuevo juego. De hecho, nadie, ni siquiera el desconfiado Billy Bragg, podía imaginar que tenía delante a una sencilla y ruda niña de pueblo. Havishead había hecho un buen trabajo. Los niños bien, clase a la que pertenecían Steffi y Ronny, hacían lo que les venía en gana y ni siquiera sus padres se permitían reprender los por asuntos de poco entidad, muy posiblemente por mantener aquel ambiente de feliz indiferencia por los asuntos mundanos. Jodi, necesariamente debía someterse a su inconsciente, que le dictaba sin tregua: Eres una chica con suerte.

No sé exactamente cómo explicar una felicidad adolescente tan plena, tan de creer que has alcanzado lo que nunca soñaste. No se puede reprimir, se ríe por todo, hasta las más pequeñas tonterías. Fuera de su cuerpo todo era de colores, acompañándola, ignorando

otros dolores pasados. Recibiendo de buena gana las atenciones y lisonjas de Ronny, permitiendo que se acercara y le tocará los brazos mientras le hablaba, como si otros chicos no lo hubiesen hecho antes. Acorralada contra un seto por la conversación incansable del joven que no sabe cómo entrar en un tema más directo, personal y sensual. Y ella ríe, porque lo sabe hacer mejor que nada, es como recibir toda esa vibración en los pantalones de los adolescentes, no es la primera vez que le pasa, y devolverlas con risitas cómplices. Ya no tiembla con el juego como un par de años antes, pero sigue sintiendo esa vibración interior, el hormigueo de desear lo mismo sin poder entregarlo. Tal vez Ronny piensa que podrá abrazarla y palparla como a una chica fácil, él tampoco sabe mucho de estas cosas y cree que cualquier cosa puede suceder en cualquier momento. Entonces ella se escabulle para pasar por debajo del brazo que la cierra contra la pared de un cine, y soltando una risa nerviosa parece decir, aún no, pero me ha gustado. No puede negar la excitación. Ronny ha fallado esta vez, pero se siente más confiado, tal vez la próxima.

Era el momento de Jodi, por fín notaba que había despertado pasiones adultas ya no era cosa de jovencitos; había florecido y eso era como lo que le hacen las estaciones a la naturaleza, no se puede detener. Intentaba realzar sus partes deseables, abrir un poco el escote y apretar sus vestidos bajo la cintura y sobre todo consciente del peso de sus glúteos y todo lo imaginable bajo la línea lumbar.

No habría sido tan duro admitir una crítica, la seguridad adquirida estos últimos meses, no la iban a reprimir o desafiar fácilmente. No siempre y en todas las nuevas ocasiones, demostraba la fortaleza de su risa. No debía hacerlo o acabarían pensando que era idiota. Funcionaba con algunos hombres que veían un camino a seguir detrás de aquella disposición, pero cuando hablaba con Steffi o Havishead por algún asunto de orden doméstico, si rosa sólo indicaba que estaba nerviosa. Si Havishead señalaba, “creo que hoy quieren comer temprano, no tardes en volver de tu paseo y no permitas que Ronny se sobrepase, es demasiado pronto", y Jodi soltaba una risita que en tal momento no ayudaba. ¿Por qué se ríe? Pensaba Havishead.

Una mañana temprano llegó una visita inesperada, estaban desayunando delante de un estanque de carpas y vegetación submarina. Los ojos de Eluard no podían creer lo que estaban viendo, Giuliano bajando de un viejo y ruidoso Jaguar y saludando a la familia de Ronny como si fuera la suya. El saludo a Eluard fue distante, pero porque no hubiese querido venderle el Giulietta no debía interferir hasta las buenas maneras. Estaba claro que Eluard no iba a decirle que tenía noticias acerca de sus finanzas y que esas noticias no eran nada buenas. Después de hacerle un gesto a Havishead, le dijo a Jodi, “Hola, tienes un aspecto saludable". No era el mejor saludo, sonaba en un exceso de confianza. La respuesta de Jodi ya habrán adivinado cuál fue, sí, una risa nerviosa que nadie supo cómo interpretar.

. La presencia de Giuliano en la casa solo se explicaba por la amistad que lo unía a Ronny, y a través de él, al resto. Había sido su profesor de tenis, y a pesar de que le llevaba casi quince años, lo veía como un colega. Encajaba perfectamente entre tanta afectación, porque, después de todo, ¿un profesor de tenis no es parte del hecho sofisticado de la sociedad burguesa? No había sido planeado pero estaba encantado. Empezó a salir con los chicos, y tenía momentos en solitario con Jodi cuando al ir de vuelta se quedaban relegados. Ronny lo miraba de reojo, sin imaginar que su amigo intentaba disculparse con Jodi por haber desaparecido, o también, porque no iban a hablar de ellos, ni que los dos se conocían íntimamente de antes. Los secretos entre parejas y de cara a la galería, se ha convertido en moneda corriente. Había parejas estables que se movían en sociedad con libertad y por separado, sin que nadie adivinara cuán unidos estaban.

Giuliano siempre había tenido debilidad por los amores furtivos, le gustaba quedar a escondidas en los lugares más insospechados, pasarle notas escondidas a sus amantes y hacerles confesiones al oído. A su modo de ver, amar con tanto secretismo formaba parte de la pareja y sublimaba la entrega. Es posible que se tratara de una leve perversión, muchos se sentirían engañados si supieran lo que se traía entre manos, y ninguna nueva actitud o planes de formalizar alguna de sus relaciones lo rescataría o lo podía redimir, de llegar a parece un seductor de medio pelo.

Debería arriesgarse a pensar que los minutos que caminaba al lado de Jodi, eran el momento de más plenitud del día, justo cuando el ocaso los llevaba de vuelta a la casa. Y justamente reconocer su debilidad, le hacía aceptar que la vida lo invadía a través de todos sus sentidos.

Jodi quedó de encontrarse con Giuliano en secreto, en el pueblo, una tarde sin testigos. En tales circunstancias estaba perdiendo la costumbre de ponerse ropa de deporte y unas cómodas zapatillas, la corrección burguesa empezaba a invadirla, a hacer que se sintiera dominada, y aquella travesura era una liberación en todos los sentidos. Era demasiado pronto para reconocer que lo que unos consideran un juego, a otros les parecería una firme traición. Tras el encuentro pasaron a un café y él le tomó la mano encima de la mesa, allí nadie los conocía. Ella no podía dejar de mirarlo, como una niña llena de inmaduras ilusiones juveniles. Podría mirarlo fijamente durante horas, sin levantar la cabeza a los vidrios opacos de las ventanas y las paredes sucias.

Entonces surge de forma espontánea la cuestión del amor. Los desean hablar de eso. Ella pregunta si se quieren sinceramente o es algo pasajero. Reconoce que él debe saber cosas que ella, por su juventud, aún ignora. ¿Es amor? Pregunta con insistencia, y el cómo un profesor comprometido con su respuesta sugiere, “si no lo fuera no habrías llegado tan lejos”.

La forma de amar de Giuliano es áspera, con un punto de indiferencia, para ella va a ser difícil de entender, pero eso lo irá descubriendo poco a poco. Mientras intenta resolver sus dudas, ella sigue mirándolo a los ojos, se siente feliz, pero no necesita el auxilio de su risa, está a gusto a su lado y no tan nerviosa como hubiese supuesto.

-Desapareciste, pero yo no te busqué. Los dos aceptamos las condiciones. Pero ahora que has vuelto estoy bien. Ojalá podamos hacer que está situación se prolongue.

-Lo podemos intentar -respondió él-. Pero a tu tía no le va a gustar.

-No es mi tía, pero le tengo aprecio. No sé si voy a poder cumplir todas mis promesas.

Carraspeó y puso una voz más aguda para hablar de sus promesas.

-Es un poco pronto para empezar a sentir culpa, ¿no crees?

-Siempre supe,desde muy chiquita que iba a tener que tomar decisiones que no iban a gustar a nadie. O te dejas llevar, o te cuestionan. Siempre he vivido con gente, familia, profesores, amigos, que querían organizarme la vida y me rebelé contra eso. Algún día tendré que contarte quién soy en realidad.

-Bueno, sinceridad por sinceridad. Sobrevivo dando clases de tenis. ¿Tú no eres Jodi?

-Sí lo soy, pero no la Jodi que tú conoces.

Todos estaban en la casa, así que Jodi condujo a Giuliano a su habitación de hotel. Le dijo que no tocara las cosas de Havishead que era muy maniática y se pasaron todo el día retozando. Parecían hechos el uno para el otro, igual de desafiantes y seductores. Y mientras la tarde se colaba con sombras, Jodi intentaba dar forma a una excusa.

La ropa de Jodi era un saco de arrugas, y tal vez había pasado por tanta actividad como si estuviera haciendo deporte, pero no las carreras de cien metros lisos que ponían por la

televisión los fines de semana. Havishead comprendió nada más verla que algo se estaba escapando a su control.

-Ronny estuvo todo el día aburrido y preguntó por tí -le dijo después de cenar ya en la habitación, mientras Jodi se ponía la ropa de dormir-. Podías haberle dicho a dónde ibas. Sabes que se interesa por tí.

-No me pareció conveniente, estuve con Giorgio -lo dijo como lo más normal del mundo. Es posible que no lo pensara lo suficiente, o no le importará el tipo de tormenta que podría desencadenar en la cabeza de su tía inventada.

Los planes que Havishead y Eluard habían hecho, contaban con tener a Jodi plenamente convencida de cuánto se jugaban. Ella, a sus ojos, hasta el momento estaba cumpliendo con su parte, no había puesto la menor objeción a todas sus condiciones, era, lo que podríamos llamar una alumna aventajada. Había comprendido su papel sin darle demasiadas explicaciones. ¿A qué venía desaparecer un día entero con la excusa de ir a hacer deporte? que habían perdido el autobús y que los habían invitado a comer, unos amigos del profesor de tenis, no le pareció muy creíble a nadie. Hay gente que no espera ser creída, les resulta suficiente con tener un argumento

-¿Nunca has sentido la tentación de tener mucho dinero? Ya sabes, esas cantidades que te permiten vivir como quieras sin dar explicaciones a nadie -soltó Havishead. Sonó como un juego de palabras ¿A dónde quería llegar?

-Todo el mundo quiere dinero. Lo cierto es que sueño con tener dinero. Estoy segura de que aquel día en la cafetería, sólo con verme cualquiera podría adivinarlo

Las señales de una chica ambiciosa son bastante claras. Nadie tenía que excusarse o lamentarse por serlo. Los ambiciosos y los presumidos eran su especialidad, sobre todo si eran de buena familia. Havishead sabía cómo manipular sus egos para que hicieran todo lo que ella quisiera, tal y como hacía Jodi, o que pusieran un buen fajo de billetes en la mesa para congraciarse con ella, ganarse la simpatía de la tía y las atenciones de la sobrina, tal y como Ronny estaba a punto de hacer (claro está sí su padre abría la chequera).

-Querida niña, te dije que no te enamoraras, que lo echarías todo a perder. Ronny está a punto de pagar mucho por esa ruina de coche. Sólo tienes que prestarle un poco de atención. Te prometo que en cuanto suelte los billetes, desapareceremos sin llamar la atención

-Soy una idiota, pero nadie con un corazón ardiente actúa con cordura, ¿No crees? No es de extrañar todo lo malo que me ha pasado en la vida

-Eres muy joven, estás a tiempo de conseguir todo lo que te propongas. No es mi caso, me quedan un par de años de tanto viaje, tengo que empezar a pensar en llevar una vida más tranquila.

Jodi debía prestarse a vivir este nuevo tiempo controlando su deseo, de tal forma que, entre la obediencia y las escapadas, pudiera entender su naturaleza, tan vinculada a Havishead, como incapaz de contener sus travesuras, por así llamarle.

Incapaz de confiar en sus emociones, o de tener la certeza de haber descubierto el amor verdadero, necesitaba creer que de eso se trataba. Con los años, estos juegos de evasión, la irían convirtiendo en una mujer impenetrable.

Como en los días siguientes no habló ni quiso verse a escondidas con Giuliano, él empezó a sospechar que algo pasaba. Por el contrario, sus juegos apasionados con Ronny se sucedían. No llegaba a “las ligas mayores”, pero le permitía tocarla como sólo se le permite a los amantes, y eso suficiente para terminar de encenderlo.

Ronny compró el Giulietta, hubiese pagado por él lo que le hubiesen pedido porque Jodi le dijo que soñaba hacer un viaje a Italia y que sería estupendo que él la llevará en el

descapotable. Este tipo de cosas es lo que hace el mundo de los hombres tan irreal, siempre escuchan lo que desean, y no siempre responde a la realidad.

La primavera en la que por fin, Eluard consiguió vender su coche para él sólo significó una pausa antes de otra prórroga, para Jodi era el comienzo de una nueva vida. Fue la primera vez que se sintió inapropiadamente enamorada, e indebidamente recompensada. Havishead la acompañó a abrir una cuenta corriente, le dio un dinero para empezar sus ahorros, y una parte para que pagara el hotel y partir los tres en tren hacia Italia. Le escribió a Teddy una de sus interminables cartas, y a él le hacía muy feliz tener una amiga tan fiel de la qué presumir con sus amantes, leyendo sus aventuras en la cama, comiendo bombones e intentando vocalizar para expresarse con naturalidad, a pesar de todos sus gritos de sorpresas.

No podía contarlo todo, algunos pormenores de su estancia en el campo eran sus secretos, pero le contaba de lo que sentía por Giuliano, y eso hacía gritar a Teddy de excitación. Todos los pequeños detalles de lo que sentía y tener que verse separada del italiano, al igual que la gente que conocía y los lugares que visitaba, convertía aquellas cartas en algo especial para Teddy. En el poco tiempo que habían convivido le había cogido un cariño especial, pero eso no era tan raro para los seres que vivían alejados de sus familias y le daban esa categoría a una amistad, cuando encontraban a la persona adecuada.

Eluard la veía escribir y sabía que sus cartas iban dirigidas al muchacho del café al que había visto fugazmente.

-¿Sabes qué? Me complace verte escribir, por tus expresiones se que aprecias mucho a ese chico. Yo nunca tuve tan buenos amigos. Me costaba mucho fiarme de nadie. Me hubiera gustado tener buenos amigos, pero la vida termina por poner a prueba cada amistad. Es difícil superar una traición, incluso el desinterés, y para vivir con un mal recuerdo, era mejor no darle tanta categoría a nada. Con los amores me pasa parecido, me cuesta creer en los arrebatos de pasión.

Jodi, desnuda en otro hotel en Italia, disfrutaba oyendo a Eluard y cualquier cosa que tuviera que contarle, mientras la pintaba exagerando sus curvas como si fuera la modelo de una película de Rush Meyer. No podía imaginarse a sí misma contándole a Teddy como había aprendido a moverse para encontrar cada postura que Eluard le pedía. Había perdido definitivamente la vergüenza. Una de aquellas cartas, cuando ya se habían establecido en Bari, en un hotel pequeño frente al adriático, era para Giuliano, y asumiendo el riesgo de cualquier indiscreción, le decía cuánto deseaba verlo y que lamentaba haber desaparecido una vez más sin decir ni adiós


P
CAFETERIA URBE

3

La daga Lunar

El hotel Miramar no fue difícil de encontrar. Al principio de su llegada intentó encontrarse con Jodi en algún parque escondido, pero ella decidió que debía confesar un nuevo error, y Havishead terminó por rendirse y le permitió ser visitada siempre que no se comprometiera. Cada vez era más difícil tomar decisiones porque eran más graves, ya nada era como decidir si tomar la leche con o sin lactosa. Le temía a una mala decisión, eso podía arruinar sus esfuerzos.

-Debemos ser sensatos. Se lo he prometido. Podrás visitarme, pero a los ojos de todos somos primos -que una jovencita le pusiera las cosas claras a un hombre que casi le doblaba la edad no sorprendía a nadie.

-¡Et voila!-casi gritó Giuliano al entrar en la habitación. No era tan importante como él creía, sin embargo, resultaba un mal menor y Eluard levantó los ojos e hizo un movimiento con la cabeza a modo de saludo. Al menos, mientras él tuviera a la niña entretenida, Jodi no se metería en otros líos. Si lo hubiesen contratado para hacer ese trabajo no le hubiese salido mejor. La señora Havishead se irguió para darle la mano, pero Jodí entró con su amor en la habitación y no lo soltaba.

Jodi quería que Giuliano entrará a formar parte del grupo, ser inseparables e idear la estafa jamás imaginada. Pero tres era el número ideal en los planes de Eluard y lo rechazaron. Podía estar cerca, hospedarse en el mismo hotel, acompañarlos a cada ciudad que se movieran, pero no podía participar en el negocio.

-Está bien dijo la chica, ya nos arreglaremos.

-¡Claro que sí niña! El amor todo lo puede -soltó Havishead pensando todo lo contrario de lo que salía por aquella boca mentirosa.

Todos parecían muy arreglados para salir, y Havishead se acababa de maquillar frente al espejo. Se levantó, se tocó el pelo para terminar de darle forma y se estiró la falda, con los movimientos que las mujeres que quieren estar seguras de ir correctas convierten en costumbre.

-Entonces -preguntó dirigiéndose a Eluard-,¿has quedado con el hombre?

-Si, podemos ir -todo resultaba muy enigmático. Cómo Jodi comprendió que no contaban con ella para aquella visita, le dijo a Giuliano que podían ir a la playa y sentarse en una terraza a ver balistas, todo muy burgués, como correspondía al cambio que se operaban en ella.

El nuevo negocio de Eluard consistía en vender los cuadros que hacía a un precio desorbitado, por eso se había vestido de forma extravagante, de colores vistosos, un foulard, un sombrero enorme y una camisa que colgaba hasta las rodillas, ese era su mejor papel. Aquellos cuadros eran casi pornográficos y estaban teniendo un éxito que le hizo dudar y preguntarse si sería realmente tan buen artista como las ventas le hacían creer.

Jodi dudó. Es posible que no fuera conveniente insistir e intentar colarse en aquella visita, o que no valiera la pena recibir una mala contestación, según lo que ella misma le había dicho a Giuliano, empleando un tono seco, empezaba a notar que su relación con

Havishead se empezaba a resentir. Le parecía que aún con todo lo que les debía y por lo que estaba aprendiendo del mundo cruel que adivinaba, allí cada uno iba a lo suyo.

Hasta ese momento, no había valorado su indiscutible aportación en el negocio, y apenas había recibido un dinero para comprarse unos zapatos y poder invitar a Giuliano a comer durante dos o tres días. También sabía que Havishead debía guardar el dinero en una caja metálica en la metía sus joyas y que cerraba con combinación numérica, que a su vez guardaba en un cajón que cerraba con llave. Procuraba que Jodi no estuviera en la habitación cuando sacaba dinero de allí, pero la chica la había visto a través de la cerradura de la puerta y en una ocasión había entrado inesperadamente, con el alegre ímpetu de la juventud, y había recibido una buena reprimenda mientras veía a su impostada tía cerrar apuradamente el cajón de la cómoda. Entonces había empezado a entender una cosa: que Havishead tenía muy claro lo que quería y no podía fiarse de ella, pero le molestaba la desafección que la invadía y, de alguna forma contradictoria, le hubiese gustado que siguiera todo igual.

Para Giuliano no fue tan asombroso que ella compartiera con él aquella preocupación, ni siquiera que hubiese empezado a sentirla desde que le pidiera a Havishead que le diera algún trabajo, por pequeño fuera y ella le respondiera que no entraba en sus planes. Podía hacer de chofer, de secretario o de amante, lo que fuera.

-¿Llegaremos a Navidad juntos? -le preguntó Jodi al que ya consideraba su pareja.

-Creo que sí. Siempre y cuando Havishead no te cases con un millonario árabe dueño de muchos pozos de petróleo. Te regalaré un árbol lleno de figuras.

-¿Figuras?

-Los italianos somos muy religiosos. El árbol es costumbre nórdica, y ya sé que puede representar el universo, de niño pensaba que las bolas eran planetas y las estrellas debían rodearlas. Mi madre me dijo que la estrella en lo alto era la señal del portal de Belén. Así que llenamos el árbol de figuras religiosas, y un niño con una mula, un san josé y la virgen en la maceta que lo sostenía.

-Dices cosas muy bonitas. ¿Cuándo te convertiste en un pillo? -preguntó ella.

-No creo que sea para tanto.

Pensar en la navidad en verano en una playa italiana era cosa de enamorados. Lo que Giuliano aún no sabía era lo que ella tenía en la cabeza y cómo sopesaba todas las posibilidades. Los que dicen que las mujeres no saben soñar porque tienen el sentido práctico de la responsabilidad muy desarrollado, se equivocan. Tal vez Jodi aspiraba a la seguridad, a crear un hogar en el que poder traer un hijo al mundo. Eso son sueños de mujer, y también de eso se trata el amor. A cualquier lector le parecerá difícil que Giuliano pueda encajar en esos planes, pero contando historias tan familiares sobre los adornos navideños, a Jodi no le resultaba difícil estimular su imaginación.

Los cuadros de Eluard eran cada vez más pornográficos. Le pedía que abriera las piernas y mostrará el pecho. Invitaba a algunos amigos a ver cómo pintaba, pero no era gratis. Cuando Giuliano se enteró de lo que sucedía montó un buen lío en el hotel. Le gritó a Eluard- y le tiró el caballete y los pinceles por el aire. Havishead no salía de su asombro, y Jodi parecía feliz porque aquella reacción era una demostración de amor. La escena fue muy violenta, pero consiguieron calmarlo y no le dejaron volver. A partir de entonces él pasaba las horas solo en su habitación hasta que Jodi podía bajar para estar un rato con él o invitarlo a café porque Havishead había abierto un poco la mano y le había soltado un billete de veinte euros; suficiente para unos días. Ya resultaba muy claro que la relación de Jodi con sus benefactores pendía de un hilo. Fue por eso que Havishead le repetía que no se podía trabajar así, que tenía que deshacerse de Giuliano definitivamente, pero ella

estaba en un estado de enamoramiento que ante la insistencia de su tía (a los ojos de todos), prefirió decir que estaba pensando en cómo arreglarlo, antes que llevarle nuevamente la contraria.

Jodi miraba a Giuliano con ojos de miel, dulzura irreal de un enamoramiento temprano. Ella creía que mientras demostraba su amor con la dulzura de gestos y caricias, él se mostraba claramente frío, casi indiferente. Le preguntó por qué era así.

-Creo que es el momento de que lo sepas, soy un príncipe italiano. Ya no hay sitio para la realeza decadente en las repúblicas. Mi familia tiene un castillo que cae, el tejado deja pasar el agua cuando llueve y una pared de piedra se vino abajo y dejó al descubierto dos habitaciones y el cuarto de baño. Desde niño me rebelé contra la planificación de mi vida. Un futuro planificado, lo que todos esperaban de mí. Por eso soy cauteloso si noto que alguien cercano, con mucha influencia sobre mí, cree tener la capacidad de decirme cómo tengo que vivir.

-Me tomas el pelo -dijo ella divertida por las ocurrencias de su amado-. Es una buena historia para después de un polvo.

Los dos permanecían en la cama a las espera de que Havishead volviera de su visita al marchante de arte. Cuando presintieran su vuelta, ella se vestiría, se arreglaría y subiría a su habitación. Era fácil, desde su ventana asomándose un poco podía ver la ventana justo encima y si alguien la movía.

-Tenemos que irnos. Ellos tienen planes para mí. O me casan o me convierten en estrella de cine ligero, y no me van a preguntar

-¿Ves que no es tan extraño reaccionar contra lo que otros deciden sobre tu vida?

Así es ella, pensaba Giuliano, con la apariencia de un cachorro frágil y desprotegido, pero dura como un diamante.

Preguntó sin miedo:

"¿Si eso es lo que quieres? ¿Estás completamente segura? Es una decisión radical, no habrá vuelta atrás.

La vio reaccionar apretando los labios, moviendo la cabeza y mirándolo fijamente.

-¿Podremos sobrevivir? Yo no sirvo para hacer trabajos manuales y llenarte de hijos.

-Se donde guardan el dinero. Ese dinero también es mío. No estoy en esto por deporte. Los amigos de Eluard que vienen a ver cómo pinta, también lo hacen por la modelo. Cada vez, esas visitas son más frecuentes. Hasta ahora no me molestaban, de hecho creo que me gustaba. Me sentía admirada, valorada, despertaba el interés de hombres bien situados, eso me daba una medida de mi valor. Entonces apareciste tú.

-El amor lo cambia todo, ¿No es cierto?

El asalto al cajón del dinero se produjo en una de las ausencias de "sus amigos". No necesitaron abrir la caja allí mismo, la metieron en un bolsa de deportes del decathlon y salieron del hotel vestidos de chándal, como si fueran al gym. Ella no era actriz, pero interpretaba su papel.

Cuando fue elegida de entre todas las chicas del bar -tal vez captada, aunque no se tratara de una secta-, era una de las pocas chicas, por no decir la única, tan lanzada para decir sí a un viaje, tan lejos y tan largo. No una de las primeras chicas que se deciden a buscar fortuna sin miedo a nada, pero al menos de algo estaba segura, no era una de esas que se casan por poderes sin haber visto al novio viejo y millonarios, nada más que en una foto, o aquellas otras que son llevadas para trabajar de animadoras de la noche en un bar de carretera y tienen que pagar el viaje con sus servicios. Durante el tiempo que había durado su asociación, y eso Eluard lo sabía bien y debería reconocerlo aunque nunca lo

haría, fue la musa de todas las que había pintado, que más admiración había despertado entre los viejos verdes que compraban sus cuadros.

Una tarde, al volver de uno de sus asuntos, Eluard y Havishead encontraron que le faltaba su dinero. La puerta de la habitación estaba abierta y habiendo empleado una fuerza arrolladora habían forzado el cajón y las joyas y el dinero habían desaparecido. Lo entendieron de inmediato, Jodi había puesto fin a aquel estado de cosas y afinidades sin dejar espacio para futuros reencuentros ni colaboraciones. Era un pensamiento inducido por la piedad que sentían por sí mismos en aquel momento, nunca había recuperado a ninguna de las chicas para volver a trabajar con ellas. El fruto de un año de trabajo se había ido en aquella cajita metálica. Tampoco podrían hacer intervenir a la policía hasta las últimas consecuencias, porque no podrían explicar de dónde había salido aquel dinero, y siendo ellos quienes eran, no les convenía agitar un cajón publicitario con sus caras en las portadas de un periodico.

Jodi y Giuliano se separaron unos meses después. Él recibió una carta de su familia, querían vender su casa de campo pero lo necesitaban para que dirigiera una reparación general. Le ofreció a Jodi una parte en el beneficio si ponía su dinero para los arreglos, ella dijo que no y el italiano muy enfadado se marchó sin decir ni adiós.

Jodi volvió a ver a Teddy y recuperó a su gato Cacilio. El chico la abrazó, la besó y se le escapó una lagrimilla. Su novio que observaba se lecquedó mirando, cuando cerró la puerta y quedaron solos, se secó las lágrimas y le dijo, “¿Qué pasa? Lo gay no quita lo caballero"?”.

Y está es la historia de cómo una chica de pueblo puede alternar y relacionarse en los ambientes más selectos, porque en realidad, los más marqueses más delicados jamás entenderán que sus prejuicios son motivo de desprecio, y a los seres más comunes los eleva con una fortaleza que nunca entenderán. Estoy seguro de que si Jodi no se hubiese enamorado y hubiese seguido los consejos de Havishead, con sólo teñirse de rubia platino hubiese conquistado una parte de las fiestas en las que se movían los más ricos productores del celuloide.

FINAL del relato

—----------

—----------



1

Muerde o muere

Para Jeder era muy duro ser guardia de seguridad, sobre todo porque había pocos trabajos que podía realizar por su peso. Debía aceptar sus limitaciones en su nuevo desempeño y compartirlas con sus compañeros que eran racistas y votantes del partido de moda de ultraderecha. Intentaba soportar con inteligente indiferencia pesar ciento treinta kilos y ser de raza negra. Asistía con frecuencia al psicólogo y era de ayuda, pero aún no había conseguido evitar que imaginara que todos, en el gimnasio y en la oficina se reían a sus espaldas. Tampoco había conseguido evitar las voces que la llamaban miedosa, voz de pito o lentorra, pero las voces no le preocupaban, le hacía menos caso que a las críticas de Yavaney, un cubano bailón que había estado unos años en el ejército para consolidar su nacionalidad y el amor a la patria. Yavaney tenía otro turno, pero si se lo cruzaba no era el tipo más agradable del mundo, la ridiculizaba y le hacía gestos obscenos. Con Butcher no tenía problemas de carácter o personalidades encontradas, no buscaba el choque, era su referente y compañero directo en el centro comercial, pero no podía pensar que se aprovechaba de ella todo lo que podía en asuntos como horarios (solía llegar tarde), le comía las galletas de la taquilla, le pedía que lo llevara a recados (porque claro, él no tenía coche), le pedía que le cubriera los informes, que mintiera por él delante del jefe Slim y ese tipo de cosas. Pero el motivo principal de sus visitas al psicólogo tenía un sentido más profundo. Había perdido dos niños prematuros, como si su organismo se negase a ofrecerle la posibilidad de tener un hijo, como si no la considerase preparada para asumir esa responsabilidad y pudiera confabularse con su vientre en su contra. Pero cuando le contó al psicólogo que su marido la había abandonado mientras estaba recuperándose de el segundo aborto, no pudo evitar ponerse a llorar y que el loquero se enterneciera y la abrazara. Ella no sabía si solía hacer eso con otros pacientes, porque los dramas seguramente desfilaban por su despacho a diario, pero si era así, no debía ser muy profesional. De cualquier manera, fue muy reconfortante, y los brazos del doctor Helmer, eran blandos, grandes, calientes y ofrecían unos abrazos como no había sentido nunca antes.

Una tarde, justo cuando las terrazas de los restaurantes de comida rápida ofrecían postre gratis y los clientes se relajaban tomando pastel o helado, Jeder llegó con su bolsa de deporte y de camino para el cuarto de taquillas se paró en el escaparate de la joyería. Ya que nadie le iba a comprar un anillo de compromiso había decidido que esa navidad se iba a regalar a sí misma una pulsera de plata de primera. Por aquel tiempo, alguien le había dicho que la joyería funcionaba bien, tenían un seguro para clientes habituales y el género era de primera. Así que allí estaba, embobada viendo las pulseras, entre los anillos y los relojes, atravesando su reflejo en el escaparate, cuando reparó en un tipo que llevaba un cuchillo de carnicero y a cara descubierta intimidaba a la empleada. Aún no se había ganado el derecho a llevar arma, en eso también competía con Yavaney. La antigüedad en la empresa les daba muchos derechos, estabilidad y acceder al cuarto de cartucheras. Aunque no lo reconocerían, estaban en un periodo de formación que los hacía competir por un puesto, aunque era posible que tanto ella como Yavaney pasaran de pantalla, como decían los más jóvenes empleando un término de los videojuegos. Si se tratará de un juego,

en ese instante preciso, pasar de pantalla sería entrar en la joyería e intentar disuadir al caco de sus intenciones, o detenerlo,cesó ya serían cien puntos extra y bola de partido. Un atraco no era algo que sucediera con la regularidad de un coro de villancicos pasando la gorra -a los chicos tenía que indicarles que no estaba permitido, y alguno podía amenazarla con darle con su guitarra, pero al final entraban en razón-, por eso, cuando entró en la joyería le temblaban las piernas. Nadie le había dicho que se pondría tan nerviosa, pero los fachas del club de tiro se lo notaban por eso le decían, “miedicas a ver si no cierras los ojos en combate”, ¿En combate? ¡Vaya tipos pretenciosos!. Tampoco era buena en lucha por desagravios, y Yavaney se aprovechaba para intentar que fracasase en su aspiración de tener un trabajo estable. En los periodos de más debilidad hubiese permanecido en la puerta esperando que el hombre de la sudadera intentara salir, para no permitírselo, pero como había comido bien entró y lo que pasó a continuación nadie, ni ella misma se lo esperaba. Le pidió que dejara las joyas y se fuera sin alborotar y tuvo que forcejear. Cuando recibió el primer corte en una mano y al ver la sangre se desmayó sobre el atacante. No fue difícil que cayera bajo su cuerpo, tenía todo el aspecto de ser un yonki de heroína, muy delgado y sin dientes ni dinero para sobrevivir un día más. Para un segurata sólo hay una cosa peor que un yonki, y eso es un robagallinas. Casi lo deja sin sentido con el golpe y Jeder se desmayó. El cuchillo salió disparado hacia la dependienta que parecía la menos asustada de los tres. Cuando despertó Butcher había puesto unas bridas con las manos en la espalda y a ella, una enfermera le ponía una venda y desinfectante en el corte. En los casos más violentos que se daban en el centro comercial, siempre los peor parados habían sido los extraños en busca de pendencias. Era como una ley no escrita, la contundencia con los violentos impediría que volvieran, pero en este caso, no sé si Jeder tuvo eso en cuenta al desmayarse sobre aquella sílfide. Ni siquiera podemos saber si había observado el orden de intervención aplicable en estos casos, primero observar, mostrarse firme e intervenir, pero, desde luego, dejar sin respiración a aquel delincuente y que tuvieran que llevarlo en ambulancia, iba a ser un elemento disuasorio para otros con intenciones parecidas cuando lo leyeran en la prensa local. “Pobre hombre", pensarían, y se compadecerían del pobre cuerpo aplastado de la víctima, ladrón y agresor primero. A pesar de las reticencias de Jeder, todos insistieron en felicitarla, incluido el jefe Slim. Aquello fue muy embarazoso para ella porque no recordaba nada. Slim sabía que no se había portado muy bien con ella y la había tratado sin corrección hasta el momento, posiblemente con un tono más despectivo de lo que era habitual en él, por eso, aquel suceso debería cambiar eso o quedaría como un ingrato y un idiota. Tal vez por eso la felicitó delante de todos. A Jeder se le había arreglado el día, ¡Nadie estuvo más feliz ni animado que ella hasta que al acabar su turno volvió a su apartamento!

La habitación principal no tenía alfombras y las paredes estaban desnudas. Ni siquiera había rastros de polvo o sombras de que en otro tiempo los hubiera, de hecho allí estuvieran unas fotos muy personales de su ex, pero las había retirado porque le resultaba doloroso recordar aquellos momentos. Helmer le había dicho que la mayoría de los desequilibrios emocionales llegaban a sus pacientes por malos recuerdos, y qué olvidar el pasado era una demostración de madurez muy saludable. Tal vez era la mejor forma de volverse insensible, pensaba ella, y el doctor le aseguraba que si no quería sufrir tenía que endurecerse. El viejo debate sobre la piedad y el hombre que debía asumir sus responsabilidades (o mujer), estaba sobre la mesa. En una mesa había un ajedrez y contra una pared dos estanterías diáfanas y muy limpias, fregadas y enceradas. Sólo el suelo brillaba más que aquellas estanterías, y si la forma en la que vivimos dice mucho de nuestro

equilibrio emocional, un ambiente tan controlado expresaba poca o ninguna intención de complicarse románticamente de nuevo.

Cuando contrataron a Jeder le pidieron un curriculum y le hicieron pruebas físicas, lo que no tuvieron en cuenta fue si su cabeza funcionaba bien. Tal vez fue una de las candidatas mejor puntuadas. No es fácil llegar a saber cómo se corrió la voz. Es posible que alguien la viera entrar en el portal con la placa en la puerta, psicólogo segundo piso. A partir de ahí empezaron los problemas, las desconfianzas, los cuchicheos, y Yavaney frente a los últimos sucesos, “Felicidades loca, casi lo matas".

En su calle, durante los últimos años, había sido una persona reputada y respetada, tal vez por su carácter. No tenía armas, no las consideraba necesarias, aunque muchos de sus compañeros tenían algún arma sin declarar, en el calcetín o a la espalda. También, durante un tiempo, dio clases de defensa personal en la asociación de vecinos porque se lo pidieron. Dejó de hacerlo porque ni siquiera a ella le salían los movimientos que exponía, y porque solían terminar la clase en el bar. En su calidad de profesora de artes marciales, y con el apoyo del presidente de la comunidad, se había acostumbrado al gimnasio y tenía una llave que le permitía entrenar fuera de horas. No se esforzaba mucho, pero Helmer la había convencido que tener rutinas y respetarlas le ayudarían en su equilibrio. En su apartamento se tocó el estómago. Había sido una enorme caída. Se frotó, dolía. Al mirarse en el espejo comprobó unos hematomas en los que aún no había reparado. Cogió la bolsa de deporte y salió para la asociación. De nuevo habían forzado la puerta pero no les había dado tiempo a llevarse nada.

Tony intentaba componer el estropicio. La miró con resignación.

-Estos chicos son un desastre. No es raro que siempre aparezca un grupito dispuesto a desafiar a sus padres y a la policía. Deberías volver a dar clases, eso crearía la sensación de seguridad y protección que echamos de menos.

-¿Sabes cómo empiezan a meterse en líos? Porque nadie los apoya -estimó Jeder ayudándole a mantener la cerradura en su sitio mienta le ponía un par de tirafondos-. Discuten, desafían, buscan el enfrentamiento, tienen que pagar sus vicios, y ya sólo pueden solucionar sus problemas con amenazas y violencia.

-¿Dicen que detuviste a un tipo en la joyería? Ojalá pudieras pillar a estos gamberros.

Helmer le había dado unas pastillas para dormir que le iban muy bien por eso. Desde entonces había dejado de pedirle a Tony que le vendiera hierba de la que cultivaba en la bañera de su piso. Hacía ya tiempo que no tomaba más que pastillas, la sensación de bienestar la ponían de buen humor. Tony tenía que aceptar que tal vez había dejado el vicio, por primera vez y sin que sirviera de precedente le ofreció un precio especial. Al responder que ya no le hacía falta, Tony creyó haber oído mal. Lo vio recoger su bolsa de deporte con la misma naturalidad con la que le había contestado. Esa noche ya no le apetecía esforzarse con la cinta de andar y correr. A Tony se le entumecían las manos y no pensaba con claridad, el mundo seguía en movimiento cuando él no estaba presente, y luego le llegaban con sorpresitas que no le gustaban.

-¿En serio? -Jeder sonrió. Tony ya estaba seguro de haber escuchado perfectamente. Con toda claridad Jeder había rechazado la posibilidad de fumar un poco de hierba antes de dormir.

Entró a comprar tabaco en el bar de siempre y allí coincidió con Butcher.

-¿Cómo va la mano? Le preguntó.

-Va bien, escuece un poco. Lo normal en estos casos.

-Deberías hablar con Slim para que te dé unos días. Debes tener el torso machacado -sugirió Butcher-. A él le gusta parecer generoso en estos casos. Dile que te duele al respirar.

-Es cierto que me molesta al respirar, pero quedarse en casa es agobiante.

Butcher se refería a esa necesidad que él sentía de rebajar el estrés con unos días libres, pero Jeder no pensaba igual ni estaba tan nerviosa.

-Gracias por la venda. Estuviste rápido inmovilizando al pavo. Cuando haces falta llegas a tiempo .

-Eso no te lo crees ni tú. Soy un desastre con el reloj.

Gracias a la conversación no prestaban atención a la corriente de aire que se colaba por la puerta cada vez que alguien entraba o salía. Además, el bar tenía la calefacción a mil y eso los relajaba. Un hombre con cara de preocupación y lleno de inquietud, se acercó al camarero para pedirle algo de comer porque no tenía dinero. Jeder le pagó un bocadillo y un refresco.

-¿Sueles hacer eso?

-No en todos los casos, sólo a veces. No soportaría otro atraco en menos de veinticuatro horas.

Su forma de hablar era la incipiente promesa de la amistad que se fraguaba, expresión bastante franca de dos compañeros recientes en su trabajo y que se caen bien desde el principio. A veces existe más comunicación que desconfianza, no era difícil con Jeder, aunque Yavaney no lo pensara.

No había sido un buen día a pesar de las felicitaciones. Su trabajo tenía esas cosas, pero las circunstancias no iban a hacerle perder el control. Esa noche durmió como un lirón.

Toni por la mañana llamó a un cerrajero y al dueño del gimnasio alquilado. Se había asignado a sí mismo el papel del presidente responsable. Le gustaba creerse importante y sentirse solicitado o tenido en cuenta, era su naturaleza. Nadie creía que tuviera tanta influencia en la comunidad como pretendía, más bien parecía que lo soportaban porque nadie más quería presentarse cuando fueran las elecciones; al menos está había sido la dinámica desde siempre.

Custodio no tardaba cuando Toni lo citaba por algún problema con su propiedad. En una ocasión de lluvia torrencial, había entrado agua por debajo de la puerta y no había dudado en remangarse la comida de marca y ponerse a achicar agua. En esta ocasión, al ver el cerrojo reventado, llamó inmediatamente al seguro, pero se enfadó mucho, y aseguró que si seguían dándole problemas tendría que subir el precio del alquiler. Explicó a los presentes, que el dinero que ganaba no compensaba los enfados, el gasto de materiales y los disgustos que se llevaba.

El cerrajero fue rápido y lo convenció para poner una cerradura nueva. Por desgracia muchos vecinos ya no pagaban las cuotas, y los jubilados, esos si que le sacaban algún partido, pero pagaban cuota reducida.

Sancha llegó para ver cómo iba todo. Desde ese momento, Toni empezó a sentirse incómodo, no podía evitar sentirse controlado por su mujer.

Si Toni no estaba contento con el alquiler, Sancha parecía muy descontenta por el trabajo que le daba, a ella y a Toni, llevar los libros, atender quejas y desperfectos, nadie parecía feliz en ese lugar. Fue a continuación cuando discutieron y Tony se sintió como si estuviese dando el espectáculo para que los presentes y los que pasaban pudieran reírse de él.

Recordaba con qué cariño se expresaba ella cuando eran jóvenes, y no podía aceptar como habían cambiado las cosas y que pudiera ser para siempre.

Custodio tenía un hijo que no se dejaba ver, en ocasiones desaparecía incluso para su padre durante días, pero en esta ocasión llegó con cara de pocos amigos -esto tampoco era tan extraño en él que solía presumir de su posición de heredero universal de las riquezas conocidas y desconocidas de su padre. Por eso aprovechaba cualquier ocasión, cuando Custodio no estaba presente para aclarar, “este gimnasio es mío y me lo están rompiendo, cuando mi padre lo ponga a mí nombre lo voy a cerrar", una mona a la que nadie le hacía caso. Él se creía astuto, pero era todo fuerza bruta violenta, sin control humano ni de sus instintos, liberado de cualquier remordimiento responsable y sus amigos eran como él, sin virtud ni aspiraciones. Se arrimó al grupo y parecía que sólo escuchaba, nadie podía imaginar que estaba tan interesado en saber lo que se cocía porque el responsable del estropicio había sido él. Cuando estuvo seguro de que nadie sospechaba que el autor andaba tan cerca se fue por qué había quedado con un tipo que lo quería meter en un negocio de mover y blanquear dinero negro.

Desde que empezó a asistir a terapia con el doctor Helmer, habían pasado ya nueve meses. En ese tiempo, él se había divorciado y se había cambiado de domicilio, por lo que ella ahora acudía a una habitación recién pintada, en la que había llevado el viejo diván. Apenas notó la diferencia si no fuera porque estaba un poco alejado y le gustaba ir andando. Le gustaban los hombres mayores y él la trataba como una diosa. Cuando le preguntaba qué tal se estaba, ella respondía ¡Divina!

Por primera vez, en aquellos nueve meses la tocó, y fue para ayudarle a poner la cabeza sobre un cojín que había ido a buscar a otra habitación. Helmer boneta como los demás hombres que conocía. En realidad le había durado más aquella relación que las citas a ciegas que le proponía Butcher. Había quedado con dos de sus amigos, y eran tipos muy resueltos. No había lugar a confusión con ellos, ¿pero dónde quedaba el misterio? Helmer levantó su cabeza con cuidado y rozó una de sus orejas. ¿Había sido fortuito?

Así que el divorcio le sienta bien al doctor -pensó Jeder-, la libertad está funcionando. Bastaba dejar de sentirse oprimido por sus pacientes, sus responsabilidades y su matrimonio, para empezar a respirar. Ahora el deseo corre peligro si una parece demasiado desinteresada.

-Usted debería ir pensando en otra mujer -el doctor le había dado tanta confianza, cuando ella le contaba sus intimidades, y profundizando en ellas le había hecho las preguntas más escabrosas, que ahora ella reaccionaba de modo parecido-. Me estoy comportando como si el doctor fuera yo. Bueno, usted aún es joven y muy deseable.

-¿Lo parezco? Bueno, me agrada que a ti te parezca tan…

-¿Apetecible?

Creía estar mostrando una parte de ella que Helmer desconocía, era directa hasta donde le permitía el decoro, parecer una atrevida no lo había hecho nunca, pero desde que había sido abandonada -eso sí había sido un desprecio que no podía perdonar-, tuviera un par de citas en una plataforma de parejas liberadas, y estaba cambiando su visión sobre las relaciones humanas. Helmer lo sabía y no le había dicho que fuera tan malo como algunos creían, sólo tenía que intentar ser equilibrada. Estaba siendo clara, explícita. Lo intentaba, al menos que quedara claro cuánto le gustaba. En cambio él, aparte de rozarle las orejas de nuevo con el truco del cojín, no parecía avanzar. De nuevo sintió un calor incontenible.

-Tiene la piel en las manos tan suave como la de otras partes del cuerpo menos expuestas -si no entendía eso entonces sí que se estaba volviendo loca.

Helmer no reaccionó bien, retiró sus manos rápidamente, carraspeó y se retiró a sentarse detrás de la enorme mesa de despacho. Hizo que escribía.

-¿Quiere que le cuente si me siento atraída por algún hombre? Me preocupa parecer demasiado retraída y que los hombres no me entiendan -el doctor volvió a carraspear, y guardó un incómodo silencio unos segundos.

-Creo que ha sido una sesión muy productiva. La próxima vez lo tomaremos en el punto que ahora lo dejamos. Podemos hablar de eso sí lo deseas. Pero se ha terminado el tiempo, va a ser mejor parar ahora tengo que procesar tanta información.

Cuando Jeder se levantó del diván, él se apresuró a ayudarla con su abrigo y terminó con sus manos frotando sus hombros. No tocó sus orejas por un milímetro, y dijo -¡Ánimo!

Los psicólogos saben que pierden autoridad tomándose esas confianzas con sus pacientes, pero había algo más que no se decía.

Las actitudes violentas en el mundo de la seguridad privada es moneda común por ambas partes, tanto por los chulos desafiantes que hasta las galerías llegaban, como su respuesta al intentar reducirlos. Hay algunos guardias a los que parece gustarles esa forma de poner orden, y que consideran una delicia formar parte de un cuerpo activo de ciudadanos dispuestos a mantener a raya la sinrazón de la fuerza neurótica de unos pocos. Esos seres dispuestos al ataque, a la queja, a la fuerza sexual, a romper un escaparate, son una ofensa para los paramilitares de derecho y, según dicen, de justicia. Nadie les cree del todo, pero ellos parecen sentirse muy satisfechos de sí mismos. El problema es que en muchos casos sus vidas son una ruina, y a veces toda esa fantasía no es más que una forma de desahogarse de sus frustraciones. Los años pasan y no consiguen sus objetivos, tienen problemas en casa y hasta sus más estrechos compañeros, o simplemente los vecinos y otros conocidos, les pierden el respeto. Para algunos hombres eso es una intolerable tragedia.

Butcher también era divorciado, eso estaba al orden del día. Todo iba bien entre ellos. Se daban sus paseos por el centro comercial, fichaban a sus horas en sus recorridos, y a ratos paraban juntos para tomar un café con un donut.

Precisamente ese día, Butcher decidió sincerarse con Jeder y decirle cuánto la apreciaba. Ese aprecio iba mucho más allá de lo pensado y mientras hablaba la miraba fijamente a los ojos.

-Hace tiempo que quería decirte que eres la compañera más atrayente de todas las que he tenido, con diferencia. Y no me refiero sólo a los físico, creo que nos entendemos bien -Jeder comprendió que de alguna manera, tal vez torpe, Butcher se le estaba declarando-. No dije nada antes porque soy tímido, pero creo que la influencia y atracción que ejerces sobre mí es inevitable. Cuando te vi por primera vez pensé que por fín, alguien en las estancias superiores empezaba a hacer las cosas bien, eras como un sueño hecho realidad, por aquí no suelen pasar chicas tan bien firmadas.

-Mira Butcher, antes de que sigas, es mejor que sepas que esto no es muy oportuno en este momento

-Ah bien. Vale. Perdona.

Él entendió que había algo más y su reacción fue inmediata. Pero podían seguir siendo amigos

Si Butcher hubiese llegado con sus lisonjas una semana antes, hubiese tenido alguna oportunidad, pero después de cómo había empezado a ver Jeder a su psicólogo en su cabeza ya no había sitio para nada más, se había convertido en una loba depredadora y no iba a parar hasta conseguirlo. Para su tranquilidad, Helmer estaba en du pido cuando inesperadamente llamó a su puerta. Nunca antes lo habría hecho sin pedir cita. Aún recordaba sus dedos rozando sus orejas y para ella, eso era una señal suficiente.

Debido a la forma en que perdía su interés por los hombres en cuanto los poseía, y como se lo había contado al doctor en una de sus citas, tendría que ser especialmente persuasiva para conseguir su propósito. Le resultaría mucho más difícil ponerse aquella faldita que lo dejaba todo al aire con sólo inclinarse, si no estuviera completamente convencida de lo que quería, si se lo tomaba con calma tendría que aproximarse tan despacio que apenas se le no notaría, pero para entonces es posible que el pájaro hubiese encontrada una pajarita huesuda en otra parte. El doctor era un hombre encantador, le caía bien a todo el mundo menos a su ex mujer, suele pasar con las mujeres muy exigentes y los hombres muy parados. Hasta cierta edad, las mujeres tienen un poder de seducción ilimitado, y ella estaba en el límite, es decir, había empezado a notar que perdía ese poder. La invitó a pasar y en ese momento el pobre Helmer entró en sus planes sin saberlo, creyó que la quería, la besó creyéndose libre y ella lo había incitado; eso entraba en sus planes. Por supuesto, si hubiese desconfiado por un momento de lo que ella tenía en mente podría haberse resistido. El perfume, los labios pintados, la afectación de sus gestos y sus respuestas, la ropa tan apretada y diferente, todo estaba muy claro. ¿Cómo un doctor, un sanador de mentes, acostumbrado a que le relatarán los más sórdidos y apetecibles deseos de mentes entregadas al placer, no había sido capaz de verlo?

Intentó controlarse en algún momento, pero ya era demasiado tarde, ella se había despojado del sujetador y le sujetaba la cabeza apretándole como si estuviera mezclando carne picada y un buen sofrito, antes de meterlo al horno.



2

No te preocupes amor

Aún no sabe con exactitud lo que es ponerse guapa y no parecer una prostituta. Sus extravagancias llegarían a mostrar sus pechos bajo una blusa transparente si eso fuera posible, y siempre que no interfiriera en sus horas de trabajo y después de guardar el uniforme en un cajón. No sabe vestir con elegancia, de hecho, nunca le preocupó ni en la

ropa, ni en su trato con otros ni siquiera en su forma de andar, de guardar silencio, de escuchar, de comer o de mirar. Alguna gente mira sin respeto. Eso que dicen que los animales nacen sabiendo que mirar a los ojos a otro más fuerte les puede traer muchos problemas, a Jeder nunca le preocupó. Ni siquiera con Slim, que al fin tiene la potestad de no renovarle el contrato, le inquietó la posibilidad de ser considerada una atrevida. Sabe que se le nota que es de barrio, como a otros se les nota que son señoritos, pero por eso no se va a arrastrar.

A su ex le gustaba abordarla en el pasillo al entrar en casa con el uniforme puesto. Lo de llevar el pelo tan corto, a él también le gustaba y para ella era muy cómodo. Era complicado porque sacarse las botas y el pantalón tan apretado, mientras se entretenía en ponerla boca abajo sobre la alfombra y rozando su pene contra sus nalgas, eso era como sacar el vino de una botella sin destaparla.

Justo cuando Jeder se disponía a salir, Helmer dijo, “Esto no ha sido buena idea , no sé cómo he podido hacer algo así, es la primera vez que me sucede". Le hubiese gustado responderle que él no había hecho nada, que se había dejado seducir como un pardillo, porque ella lo había planeado. Para Jeder, aquello carecía de total importancia mientras que para el psicólogo parecía el fin del mundo. Si fuera una mujer, con ese mismo carácter inmaduro, se echaría a llorar, pensó.

-¿Y entonces? -Preguntó Butcher cuando la vio entrar en la sala del almuerzo y de taquillas-. ¿Has pensado en lo que hablamos? ¿Qué puede decir la hermosa Jeder de mis desvelos? -a su compañero le costaba asumir su derrota.

-Que no seas pesado Butcher. Sabes que te aprecio… de momento.

Si ella hubiese estado preocupándose por el estado emocional del objeto de su rechazo, no le hubiese contestado de esa forma -de ninguna otra forma hubiese podido ser más clara-.

Esa tarde, al terminar su jornada, cuando se dirigía de vuelta a casa, recibió la noticia de que habían matado al presidente de la comunidad. Estaba totalmente solo en la oficina haciendo las cuentas, lo habían apuñalado y había robado una cantidad, verdaderamente pequeña para el destrozo que habían ocasionado en sus vísceras. Cuando lo encontraron estaba totalmente desangrado.

El hijo de Custodio apareció para pedirle la llave del gimnasio. Claudio no parecía dispuesto a ser amable ni a decir más de lo necesario. Aún así le dio una pequeña explicación

-Mi padre quiere acabar con este asunto. Nunca le resultó económicamente ventajoso y quiere acabar acabar con el alquiler para dedicar ese lugar a almacén de alguna cosa

Jeder pensó, “¿Qué cosa?", estaba claro que no se lo iba a sacar, pero que ya lo debía tener apalabrado con algún comerciante de la zona. La forma en que Custodio y su hijo habían establecido para llevar a cabo sus planes, no admitía demasiados reproches, propuestas u otras consideraciones, pero, después de todo, ella no era más que la ocasional profesora de actividades físicas para gente mayor.

¡Qué mundo tan caótico! Acababa de morir un hombre en un asalto por un poco de dinero, y ya estaban sus caseros viendo cómo podían quitarle algún beneficio sin sentir la más mínima piedad.

No le devolvió su llave, si querían recuperar el local, tendrían que aclarar algunos aspectos legales del contrato con el vicepresidente.

Ella no había sido muy clara hasta que le cerró la puerta en las narices; a continuación, tampoco parecía capaz de meterse en cama y conciliar el sueño como si en su vida no estuvieran pasando cosas. El único sueño merecedor de ser recordado a la mañana

siguiente, tenía que ver con Helmer y sus dedos acariciándole las orejas. Estaba sobrevalorando sus capacidades,ahora lo sabía, no era para tanto. Hay hombres que no saben ser cariñosos sobre una alfombra. Había sido decepcionante en algunos aspectos, pero se sentía triunfal. Tal vez era por eso por lo que en su sueño todo parecía mejor que en la realidad. Tenía la cabeza hecha un lío.

¿Qué pensaría de ella? Tal vez había sido demasiado directa, pero había conseguido realizar su plan con rapidez. Era mejor persona que amante, pero temía que eso no fuera lo que se desprendía de su forma de actuar.

El centro comercial El Abasto, al que la gente más humilde parecía haber puesto sitio, estaba lleno desde primera hora y muchos dormirían allí si no se cerrase por la noche. Cada parte de la ciudad tiene sus formas, nada que ver con los estilosos del norte. Las hamburguesas eran baratas y el ketchup olía como si lo rellenarán con vinagre barato y por eso era tan diluído. Había una tienda de chuches al peso y un sexshop, pero la cafetería tenía buen café.

Es un lugar sin pretensiones, ocupado para vivir, no es un adorno. Cualquiera puede evitar el barrio si lo desea. Las aceras y el pavimento son estrechos, como si hubiese escasez mientras lo construían. Los coches se ralentizan en cuello de botella, por eso muchos deciden rodearlo, no es difícil. A Jeder le parecía que ir caminando hasta allí era la mejor opción. Llevaba su chaqueta en una bolsa, se ponía una chaqueta bomber encima de la camisa con los anagramas de la empresa y todo bien. Una vez dentro tenía la sensación de respirar un aire cargado, incluso con el aire acondicionado encendido. La joyería era el bien más preciado del gerente, por eso tenía orden de hacer su ronda sin alejarse demasiado de allí. En una ocasión, unos días después de la muerte de Toni, llovió tanto que el agua se colaba a chorro por el techo de poliexpan, y bajaba por las escaleras mecánicas hasta planta inferior, allí se estancaba en treinta centímetros de agua sin encontrar salida, porque si abrieran las puertas aún sería peor y entraría agua de la calle. Es lo que tiene construir al final de una cuesta pronunciada. Los consoladores, la publicidad de cartón de compresas y las servilletas de papel flotaban siguiendo la corriente. Aquello fue terrible, aunque Jeder se recogió el pantalón hasta la rodilla, no sirvió de nada. Recogió toda la basura que se amontonaba en el sumidero, en aquel trabajo tan sucio hubo notables ausencias entre los comerciantes, sobre todo empeño de la joyería y un encargado de una estilosa marca de ropa. Cuando Jeder pudo llegar a casa metió el uniforme en la lavadora, se puso el pijama, se tomó dos pastillas que Helmer le había dado para dormir y no quiso saber nada del mundo hasta el día siguiente.

El agua inundó el gimnasio y los vecinos acudieron para ayudar a limpiar, y Custodio, acompañado de su hijo acudió para seguir en su estrategia de presión y aburrimiento para poder cambiar de inquilinos. Está vez no molestaron a Jeder, pero descubrieron que Sancha, la mujer del difunto había tomado de forma transitoria la presidencia de la asociación, y a la pobre mujer no le salían de la puerta de su casa.

Los que no podían permitirse pagar un hotel, siguieron durmiendo con el agua alrededor de sus camas, respirando el aire húmedo de las habitaciones. Ese no fue el caso de Jeder, que por una vez, vivir en un tercero sin ascensor estuvo bien valorado.

Custodio ni siquiera vivía cerca, llegaba hasta allí lleno de razón, como se cuela un rayo de luz en una habitación oscura, una corriente de agua de lluvia arrastrando tierra bajo las puertas o como decía su abuela, las corrientes de aire son alfombras para los virus. Pobre Sancha, lo que le quedaba por soportar, aquellos tipos eran capaces de seguirla hasta el funeral de Toni y más allá.

Slim le dijo por teléfono que se pasara por la oficina lo antes posible, así que aquella misma mañana apareció por allí. El jefe bebía y parecía vacunado contra el frío, tenía el aspecto de un cazador fracasado y que no había comido mucho en años. Levantó la cabeza al oírlo entrar, la puerta era de aluminio barato y cristal, hacía un ruido que no se podía ignorar. Tenía una pequeña estufa cerámica encendida en una esquina, lo que no evitaba que se notará una humedad del demonio. Jeder se frotó los brazos pero apenas sintió el acolchado bajo los guantes. Slim llevaba unas enormes patillas de pelo blanco creciendo salvajes como la selva amazónica. Sobre la camisa blanca llevaba una cazadora vaquera con serpiente verde bordada en la espalda. La camisa abierta en el pecho dejaba ver los pelos del pecho asomando con curiosidad.

-Tengo café o Cien Pippers.

-Acabo de comer una hamburguesa.

-Entonces café.

Le pareció que las manos huesudas de Slim se ponían azules por momentos. La melita tenía encendido el piloto naranja así que debería de estar caliente. Le puso una taza con dos azucarillos y le ofreció una cucharilla plástica.

-Leche no tengo.

-Así está bien.

Cruzó la pierna y encendió un pitillo. Para él, se puso el Pippers. Le pidió que se sentará en un sillón viejo contra la pared, al lado de la puerta. Jeder miró el tapizado plástico con desconfianza. Es posible que el viejo lo usase para dormir allí la mona, y no sabía si habría vomitado encima, pero seguir de pie podía interpretarse como desconfianza, qué era lo que sentía, pero una vez su culo tocó el scai no le pareció que tuviera ningún olor insoportable de los que se le suponen a ese tipo de sofás. Se movió un poco, miró susanos ahuecando para arrastrar el trasero, y no olía a orines, ni siquiera al limpiacristales que Slim utilizaba para sacar y limpiar, los manchurrones de ketchup que se caían cuando comía en la oficina.

Se daba cuenta, de que a pesar de la estética y el tono de voz desenfadados, no era una reunión más. Mientras le decís que la iban a hacer indefinida y que respetaban su arrojó y compromiso en solucionar problemas, Slim se llevaba el vaso a los labios, ella bajaba la mirada. Cuando lo volvía a ver a los ojos, él separaba el vaso y se limitaba a mantenerlo en alto. Así pues,era fácil de comprender esa habilidad. Él podía hablar, mover la mano mientras sostenía su bebida, y hacer que pareciera una forma de enfatizar sus propuestas.

-Sabemos que hay cierta rivalidad entre los aspirantes, y que algunos no la han tratado muy bien. Me refiero a mofas, risitas y comentarios, ya sabe, ese tipo de cosas. Es por ello que hemos decidido ofrecerle un cambio de puesto. Curiosamente se acaba de jubilar un compañero en los servicios de vigilancia portuaria y… -era curioso cómo utilizaba el plural. ¿A quién se refería? ¿Quienes eran ellos?

-No, no deseo cambiar. Estoy a gusto. Sería una faena.



3

Quítate los zapatos antes de entrar

Ese trabajo aún es nuevo para ella, todavía es pronto para saber si podrá aguantar la presión. Intenta sopesar los pros y los contras, nada que no pueda manejar. Es algo así como intentar decidir si empezar en un sitio nuevo, tal vez de noche, posiblemente solitario, no sería menos que un castigo.

En ese momento es consciente de algo más, algo que aquella mañana, de camino a su entrevista no había pensado, los premios pueden convertirse en algo aún peor y lo que ella quiere es que la dejen vivir una vida normal, sin sobresaltos Se considera a sí misma tan poco importante, que merece la oportunidad de una vida sin aspiraciones ni traidoras competencias, en resumen, no le gusta que jueguen con ella.

Esa misma mañana llamó a Helmer por teléfono. Habían pasado unos días y no daba señales de vida ¿Tan mal follaba? No, él no es de ese tipo de hombres que le da tanta importancia al sexo que encuentre irrenunciable una siruación como la que se le presenta. Podría estar analizándolo durante horas, pero no durante días, eso nadie lo hace. Ella no se considera una chica bien educada, si fuera así no llamaría primero por nada del mundo, no insistiría, esperaría o empezaría a admitir la renuncia.

No se equivocaba, habló con Hemer y todo fueron excusas y lamentaciones.

“No me siento orgulloso de lo que pasó. Yo no soy así, nunca lo hubiera imaginado. Supongo que es una consecuencia más del momento de mi separación. Alguna gente, cuando se separa práctica sexo para cerrar una puerta definitavente, yo lo sabía y aún así permití que ocurriera. No soy el tipo de persona que te conviene. Siento que le falló a todo el mundo cuando esperan demasiado de mí”, y siguió lloriqueando como una nena durante un rato con cosas de este estilo.

A ella le hubiese gustado importarle de una forma tan loca que perdiera todo ese falso equilibrio, pero no iba a ponerse a darle tantas estúpidas vueltas. Igual resultaba contagioso buscarle cuatro pies al gato. Al menos no había sido más que un polvo, en las relaciones de medio tiempo, se pone sobre la mesa, ¿quién dio más?, otra falacia cuando un amor no alcanza.

Jeder siempre había tenido buena opinión de los argentinos desde que había leído un artículo de que se consideraban europeos, y que al volver de un viaje por latinoamérica, un escritor preguntado por un taxista de dónde volvía le respondiera que de América del sur. Los escritores y los psicólogos argentinos son notables, algunos hacen carrera en Francia y España, no les gusta el rol colonial que expande USA. Pero Yavaney había sido soldado, hijo de soldado y simpatizando de Videla. Así las cosas también hacía carrera en Europa pero no había leído un libro en su vida. El dicho de la ultraderecha, “muera la inteligencia y la cultura”, en su caso era llevado al extremo radical del racismo. Se lo encontró tiempo después trabajando de portero de discoteca. Algunos latinos consideran a los argentinos muy arrogantes, no les gusta que se crean superiores, tal vez haber albergado una buena caterva de nazis huidos al acabar la guerra y permitirles vivir como grandes señores en enormes chalets, ha ayudado a ese rechazo. Yavaney no pudo soportar que hicieran indefinida a Jeder (era competitivo hasta el insulto), y le salió un trabajo en el que cobraba más, estás fueron las causas de su cambio. La disco en la que trabajaba cerró algún tiempo

después, una inspección de hacienda se la llevó por delante y él se fue a Italia, donde triunfaba la ultraderecha. Tampoco salió de asalariado pobre. Llegar a fin de mes en la Italia fascista es una odisea.

Butcher se cogió un par de días de descanso que le debía la empresa por trabajar los domingos. Era una peculiaridad de la seguridad en los grandes y pequeños almacenes, tenían que acomodarse a los horarios de aperturas. Los empresarios habían prometido que si les permitía abrir en festivos y domingos, contratarían gente, pero como suele suceder con ese tipo de promesas, eran los trabajadores habituales los que cubrían las aperturas a cambio de un día libre cada vez. Ni siquiera les dieron un incentivo, lo que también sería un engaño por qué se lo sacarían de otra parte. Si quieres engañar a los trabajadores mueve unos billetes delante de su cara a cambio de perder derechos. Es el juego capitalista en los EEUU. “Que se mueran los feos… y los pobres”, añaden. Butcher aprovechó para ir a casa de Jeder y ayudarle a montar una estantería. Ella le dejó la llave (la confianza había subido entre ellos hasta límites difíciles de explicar), así que cuando llegó a casa, estaba el trabajo casi hecho. Lo invitó a comer y le preparó un suculento cocido que había dejado a medio cocinar la noche anterior. Su compañero de trabajo había llegado a los cuarenta leyendo novelas del oeste, y empezó a leer poesía al conocer a Jeder, que le iba proponiendo libros y autores, casi todos muy sensibles a la naturaleza, le habían gustado especialmente Gary Snyder y Walt Whitman. Allen Ginsberg era el poeta preferido de Jeder, y después de comer, le había leído, La Sutra del girasol. A él no le gustó ni un poco, era como exaltar la melancolía por una mala juventud. Los que conocían a Butcher supieron de sus lecturas porque se dejaba los libros en la mesa de la sala de cartucheras. Lo ridiculizaron porque hay mundos, también pasa entre los obreros manuales, en los que cualquier signo por intentar refinarse, es considerado un intento de sentirse superior a sus compañeros más esforzados. Al menos no supieron de dónde había salido su afición porque se daría a comentarios del estilo, ‘entre estos dos hay rollito”. Y no irían muy desencaminados. Aquella tarde, después de comer, leer poesía y tomar licor café escuchando Deep Purple, terminaron en la cama jugando a los médicos.

Jeder no se tomaba a Butcher muy en serio, pero decidió darle una oportunidad. Era una chica que había luchado por conseguir cierta estabilidad por eso no escuchaba consejos de desconocidos. Tampoco tenía familia cercana que pudiera dárselos, eso hubiese estado muy bien, porque no dejaba de meter la pata con los hombres, y si tuviera que hacer una muestra en la empuñadura de su taser por cada uno de sus fracasos, hacía tiempo que la hubiese cubierto de señales y falsas rayaduras.

Escuchaba a Butcher con agradecida atención, después de la ternura expresada en su forma de tocarla; lo que inesperadamente tenía un cierto regusto a novela romántica, y a ratos se convertía en un susurro que invitaba a volver a besarse y arrimar el músculo tenso que le producían sus atenciones. Supongo que eso también era poesía, muchos más que cualquier soneto rococó, rebuscado y adornado con palabras y párrafos extraídos de culturas orientales. Lo que ellos hacían, si tuviera que relacionarse con alguna poesía, se acercaría más a cualquier párrafo francés escrito en un burdel, que a la mística cristiana española o italiana.

FINAL del relato

—----------

—----------

1

No dejarán de pasar trenes

En los principios de 1980 los jóvenes universitarios de padres trabajadores tenían un aspecto provocador. Los chicos se dejaban el pelo largo y llevaban pantalones ceñidos en sus genitales. Eso era como si los setenta de los EEUU hubiesen llegado tarde a provincias. La sociedad seguía siendo muy cateta, mucha gente iba a misa con frecuencia y escuchaban el mensaje navideño del nuevo rey. Tenían su familia, sus trabajos humildes y no querían una revolución, pero la revolución llegó. La única forma de avanzar para un joven atrapado en un mundo que no era el suyo, era salir al extranjero y ver cómo se vivía allí. La juventud que se revelaba contra el futuro que la sociedad y sus padres habían planeado para ellos, necesitaban ver las grandes capitales europeas, y algunos con más suerte, trabajar una temporada en los States. La ansiedad les podía, pensar que un día se convertirían en algo parecido a lo que eran sus padres, un matrimonio cumplidor y sometido, les producía un miedo incontrolable. Tal vez por eso las drogas destruyeron a la mitad de aquella generación. Los que sobrevivieron terminaron por poner pequeños negocios de discos, cómics, montaron una peluquería, se fueron a una comuna hippie en un pueblo abandonado de Ourense rezando como tibetanos, o, eso también debemos decirlo, algunos se hicieron de oro con la música en una época en la que aún se vendían discos. En el caso de Gina, no le llegó la fama porque se retiró pronto, quizá porque insistir en el éxito que se le resistía le pareció una mediocridad,o porque quería cambiar de vida, pero le gustaba mucho a todos como cantaba y tocaba el bajo a la vez y fue muy prematuro.

Gina tuvo un novio que la adoraba pero no le duró más que un año. Ese novio es hoy profesor en un instituto, un tío inteligente y solitario que le siguió la pista durante años sin conseguir que le devolviera su corazón para recomponerlo. Tiene más de sesenta y hace un par de noches tuvo un ataque de nostalgia y volvió al “Darling Querido", un pub que frecuentaba en aquella época del que guardaba buen recuerdo, sobre todo porque Gina solía tocar en él con frecuencia y la peña entregada la aplaudía a rabiar. Lo recordaba más grande, pidió una cerveza y se dio una vuelta entre los que bailaban, la decoración no había cambiado y ponían su canción en ese momento, " Time of the season” de los Zombies. Nada cambia tan rápido ni deja de tener éxito, porque hayan pasado cuarenta años. Gerry reconoció entre un grupo de divertidos viejales, a Keler, el batería del grupo de Gina, que había seguido tocando con otros y a pesar de su edad, aún estaba enganchado a ese mundo de bandas y solistas. Ya no se trataba tanto de rebeldía como de que pagarán bien para poder llevar una vida tranquila. Los baterías no sacan tanto dinero como los ingenieros de sonido, pero a veces lo llamaban para grabar alguna maqueta con un desconocido principiante frontman.

Keler había asumido un tipo de no deseado liderazgo entre sus amigos, y por gente como él seguían abiertos aquellos viejos locales. Se levantó al verlo y estuvieron hablando largo rato. Keler había seguido en contacto con Gina todos aquellos años y le encantaba cotillear, así que Keler le hacía preguntas y él se extendía hablando de ella. “Vosotros hacíais buena pareja, me hubiese encantado que lo vuestro funcionará. Al final ella creyó que ese tipo

representaba la estabilidad, tuvieron un hijo y ahora están divorciados. Las cosas nunca salen como esperamos". Para poder seguir viviendo y convertirse en un referente histórico de aquellos años, Keler tuvo que renunciar a muchos vicios. Había tenido que demostrar que su arrolladora decisión de no añadir alcohol a la cola iba en serio. No estimulaba mucho que el batería de Gina en su canción, "No te salves", ahora argumentaba que la bebida de cola no interfería con las pastillas que lo mantenían con vida. La ambiciosa juventud creía que la electrónica podía salvar al Rock, Gina nunca había estado de acuerdo con eso. Muchas viejas glorias se habrían jubilado ya si hubiera un relevo menos interesado y oportunista. El rock no estaba muerto, pero las propuestas en concursos televisivos eran lamentables, los triunfitos y el reggetón estaban bien para la parroquia infantilona. Las Spice Girls habían comenzado la gran mentira comercial. Gerry estaba seguro de que si su amiga no se hubiese retirado prematuramente para llevar una vida más sana, y cuidar a su hijo, como mínimo hubiese llegado al nivel de los grandes referentes. Estaba casi seguro de que si no hubiesen roto ella seguiría en activo y brillaría como las mejores estrellas del panorama musical. Todo el mundo hablaba muy bien de aquellos tiempos, el talento, la imaginación, la entrega, los tabús que se rompieron y como se enfrentaron a los corsés de la derecha militar y religiosa, pero nadie hablaba de los que habían quedado en el camino. Quería saber más de lo que había pasado después, cómo había sucedido todo, y como le iba a ella. Para ocultar esa curiosidad insana, le dijo a Keler que tenía un alumno que estaba haciendo un trabajo sobre un tiempo que sólo conocía de referencias y quería ayudarle. Nadie debería hablar de lo que no conoce, por eso están tan cuestionados los historiadores imperiales que trabajan a sueldo de intereses políticos para hablar bien de viejas conquistas asesinas. No era del todo cierto, pero necesitaba una cobertura si quería seguir preguntando sin que el otro respondiera, "Oye Gerry, ¿Tú de qué vas?"

Hacía mucho tiempo que uno de aquellos revoltosos, hoy convertido en un respetable profesor, no volvía por el Darling Querido, y eso a Keler debió parecerle un triunfo.

Algo debió de pensar, que se tradujo en su forma de expresarse, algo que dijo o sugirió, que le gustó a Keler y se soltó a contar detalles de su amiga.

El tipo que se la cameló, era un vendedor de coches con sueldo fijo y comisiones, y Gerry no era más que un estudiante poniendo gasolina para pagarse los estudios y emborracharse los fines de semana. Hay chicas que saben que tener un novio así, las devalúa, por decirlo cruelmente. Puesto que llevaba tiempo suficiente para creer entender que a su lado no había muchas oportunidades de tener un hijo con la condición económica suficiente y debió entrarle un miedo atroz a perder sus oportunidades, conoció a Ovidio y se dejó seducir. Cuando se acostó con él aún era la chica de Gerry, pero debemos reconocer en su descargo que ya había tomado su decisión de dejarlo y eso fue un empujoncito, y también que la idea que anteriormente de la devaluación de la mujer por novios que no avanzan, no influyó en su decisión. No sé trataba de lo que pensarán otros, ni de una reacción de cara a la galería, era una cuestión de orden personal.

Ovidio era de buena familia y tampoco lo tuvo fácil. Fue llamado al orden por su madre a la que no le gustaban las rockeras fumadoras y trasnochadoras. No era lo que quería para su hijo, y Gina daba la impresión de ser una provocadora, feminista liberada, aunque Ovidio pensaba que eso era una imagen equivocada de la dulce y atenta chica que conocía en la intimidad. Hubo que esperar algún tiempo sin que el rechazo familiar cediera, pero en el momento en que quedó embarazada, los dos estuvieron de acuerdo en que lo mejor era celebrar una ceremonia discreta y casarse. Eso también formaba parte de la resistencia de un tiempo y sus costumbres un aborto hubiese sido mucho más de lo que la madre de Ovidio -tal vez al padre le hubiese importado menos-, habría podido resistir.

La música que hoy se escucha en la radio tiene un planteamiento comercial insufrible, sin objeto de veracidad. No es que a Gerry le interese profundizar en el tema, pero le molesta que nos hayamos dejado llevar por tanta pobreza de espíritu. Ni lo detesta ni le es indiferente del todo, pues los años le han mostrado que lo que tenga que ser será y la mala música, como los malos hombres, se devoran a sí mismos. Ha sido un sobresaliente resultado de la clase obrera, podrá resistir esas emisoras comerciales con mensajes ultracapitalistas. Es demasiado correcto, para exigir una nueva revolución sesentera, demasiado de todo para tanto. Pero la música sobrevivirá, el rock, el jazz, el pop, el rap, todo lo que parte de la búsqueda de uno mismo para poder cuestionar el sistema, está llamado a trascender. Gerry no es como la mayoría, aunque oyéndolo hablar en el claustro de profesores puede parecerlo. Qué no lo diga, no quiere decir que no se dé cuenta de hasta qué punto lo que le ofrece su estatus también es manipulador. Es de ese tipo de solteros viejos y sin hijos capaz de cuestionar cosas que para otros son imprescindibles para mantener su familia a un buen nivel. Ahí lo tenemos, sentado al lado de Keler esperando por una buena historia. Está seguro de que Gina es cosa aparte y tuvo que pasar por cosas, o sobre ellas, cosas difíciles, zancadillas de la existencia, son despeinarse. Tal vez interiormente tenga esas espinitas clavadas, como todos, como aquella que se retuerce y lo llevó hasta el Darling Querido, ese día.

Un buen negocio de venta de coches de segunda mano puede llevar a cualquiera a tener una economía saneada, Ovidio compró una casa a quince minutos del centro. Eso fue una señal,se entregó a su proyecto familiar y su primer hijo fue el orgullo de todos, a los abuelos se les caía la baba. Osvaldo era casi rubio, y la madre de Ovidio señaló que él también lo era de niño, pero que luego el pelo se le fue oscureciendo. Tenía los pies y las manos pequeñas, la nariz chata y las orejas grandes, pero el rasgo más significativo del bebé era su forma de mirar. Dicen los que saben de estas cosas, las madres lo saben bien, los recién nacidos tardan un tiempo en fijar la mirada, pero cuando ese momento llegó, Osvaldo no sólo miraba fijamente y era capaz de seguirte moviendo la cabeza para no perderte de su campo de visión, es que aquel crío que no hacía más que llorar, reír o hacer caca, si clavaba los ojos en su padre, era capaz de interrogarlo. No era una situación incómoda porque era carne de su carne, pero hubiera sido igual con cualquier otro niño, casi desafiante, sin respeto.

Cualquiera podría haber sospechado que iba a ser un chico especial, pero era un poco pronto para eso.

“Este niño es muy feo para ser hijo mío", dijo intentando hacer una broma delante de los abuelos. Era el momento de las visitas y nadie se rió. A Gina le pareció tan ofensivo que estuvo días sin dirigirle la palabra.

Utilizó aquella duda que nadie consideró razonable, por decir algo, para dejar de sentirse como el padre arrinconado que era. En ningún momento pudo pensar que se lo fueran a tomar así, quizás porque tenía por costumbre decir cosas que no venían al caso sin que nadie se lo tomara en cuenta. Está vez fue diferente, al poner en duda su paternidad todos entendieron que su grado de compromiso no era total, tal y como se esperaba de una situación así. De ninguna manera, sinceramente, albergaba la duda al respecto. De haber sido así, ni siquiera hubiese ido al hospital, se habría quedado en casa comiéndose las uñas. Sus padres ante la tensión existente, le dejaron un ramo de flores a Gina en un jarrón que les proporcionó una enfermera, era un jarrón de plástico que parecía un vaso de batir mayonesa y que usarían para algún experimento clínico. La situación era tan tensa que se fueron rápidamente y el padre le dijo a Ovidio, “hace falta ser torpe, hablas demasiado”, justo antes de irse. Apenas estuvieron cinco minutos, suficiente para comprobar que su hijo

seguía siendo tan inoportuno como siempre. Deberíamos tener en cuenta que nunca había tenido demasiado respeto por él. Tal vez había sido mutuo, y a pesar de todos sus esfuerzos no había conseguido el hijo soñado. Osvaldo ni lo miró y le dio la espalda mientras salía por la puerta. Su madre se despidió más formalmente de todos y salió un minuto después. Los padres de Gina parecían dos estatuas sobre un glaciar. Ni se movieron, conocían a su hija y sabían que cuando se sentía ofendida todo podía alcanzar una trascendencia inesperada. Mientras Gerry escuchaba aquella historia, no podía dejar de pensar que, al menos con él, la chica nunca se había comportado así.

Trascendente, esa era la palabra que se debía aplicar a la situación, no sólo por el mutismo al que sometió la presencia de su marido los días siguientes, sino por qué en ese preciso instante decidió que a su hijo lo iba a criar ella sin la interferencia de Osvaldo en sus decisiones.

Los padres de Gina, poco a poco se fueron moviendo hasta la puerta después de despedirse. No era muy buena idea dejarlos solos con sus irritantes conflictos. Pero después de todo, si la cosa venía de atrás, frente a un ambiente irritante, mejor solucionaban sus problemas. Keler no sabía si aquel fue el detonante de futuros desencuentros, pero Gina se lo había contado cuando empezó a ver qué llevaba a su hijo a todas partes y le preguntó a qué era debido. Desde entonces el niño estaba destinado a aprender a tocar la batería y pasar su infancia en el local de ensayo viendo al grupo de su madre montar canciones. Desde muy niño, Osvaldo fue asumido como parte del paisaje del local de ensayo, a nadie le pareció mal. Cuando cumplió los cuatro años su madre le pidió a Keler que de vez en cuando lo pusiera a la batería para distraerlo, y ahí empezó una relación del niño con el instrumento y el mejor amigo de su madre, que lo convertiría en maestro del instrumento a una edad temprana. Keler se sentía muy orgulloso de haber contribuido a ello, y de Osvaldo, por como lo había ido superando día a día en la disciplina rítmica.

Muchos chicos que empiezan jóvenes con los ritmos, lo hacen por tener contentos a sus padres y finalmente renuncian, incluso aquellos con un ambiente familiar tan apropiado como el que le proporcionaba Gina a su hijo. Ponía música, le permitía usar todos sus aparatos y discos vinilos -ya sabemos lo maniáticos que son los coleccionistas, y con lo delicados que son los vinilos, todavía es peor en este caso-, lo animaba, solía haber músicos en casa, los escuchaba hablar, expresar sus preferencias, tocar, e incluso componer. El comprendía el mensaje que todo aquel ensamblaje le mandaba. Era parte de ellos y cada minuto que descubre una nueva cadencia de tambores, por muy simple que pareciera, le hablaba y lo invitaba a encajar en ese contexto. El niño era un cabroncete competidor. No soportaba la sombra de otros niños, no jugaba con ellos, le gustaba rodearse de mayores y si otros niños ocupaban una parte del protagonismo que creía que era suyo, montaba líos tremendos, culpaba a sus padres, les echaba la bronca y terminaba pateando muebles y puertas antes de echarse a llorar.

Llegó a adolescente con la sospecha de ser un genio por parte de su entorno, pero él no lo sabía, de hecho, ni lo sospechaba. Le empezaron a gustar las chicas desde edad muy temprana y todas querían ser algo más que un ligue, pero las que conseguían llevárselo a casa de sus padres y meterlo en la cama se llevaban un buen chasco, porque no era nada romántico. Se pasaban la tarde retozando, pero él sólo sabía hablar de música, poner cassettes de sus artistas y grupos preferidos, y fumar. Eso era todo.

“No fue divertido para sus padres, porque en ese momento, Ovidio empezó a ser violento y solucionar sus diferencias con otros chicos", Keler iba añadiendo datos a su historia por

orden de importancia, y sin duda, la adolescencia del chico había sido un acontecer no deseado ni para el recuerdo.

La vida está llena de cosas mejores y peores para todos, tampoco hay que dramatizar porque un niño demuestra sus decepciones y desengaños dando golpes a cualquiera que esté a su alrededor en uno de sus arrebatos. Por otra parte, hacía chistes que lo devolvían al reconocible Ovidio que había sido, pero que se iban volviendo soeces. No quería aceptar que su lugar en el mundo no siempre le iba a generar simpatías, atención o la relevancia que creía merecer.

Desde el punto de vista de Gina, todo se podía solucionar y montó un grupo de garage rock con viejos amigos, para que pudiera practicar, tenerlo cerca y entretenido. Lo observaba intentando entender sus reacciones, pero no siempre era fácil. Cuando algo no le gustaba o no le parecía bien, se comportaba como un perfecto dictador, todos a sus órdenes sin rechistar. Eso creó un ambiente tan difícil, que uno de los chicos abandonaba los ensayos debido a esa actitud tan poco creativa. Es más, el día que dejó de ir a los ensayos todos entendieron que no volvería por sus diferencias con Ovidio.

Seguramente, las madres no ven los defectos de sus hijos, por eso hablaba con los chicos y les decía que todo se debía a un problema de salud que estaban tratando y que todo iría a mejor con el tiempo. Bromeando, en ocasiones le preguntaban, ¿se ha tomado la pastilla? Y a ella no le gustaba esa broma, pero les seguía el juego.

El niño sabía que su madre era la mujer más deseada del punk local y no sólo musicalmente hablando. Poco a poco la mirada de adulto se iba imponiendo y tampoco era ajeno a las diferencias entre sus progenitores. El padre era más exigente, parecía que pertenecían a mundos diferentes. ¿En qué estarían pensando cuando decidieron a ser una práctica pareja sentimental? Tal vez eso pesaba en las discusiones de padre e hijo. Creo que no exagero si digo que no se soportaban, y el día que terminaron abofeteandose mutuamente, eso fue el fin de la familia. El amor de madre es incondicional, indestructible, pero algunos padres son débiles, no soportan el desafío de su autoridad, se avergüenzan de los hijos con dependencias, y bueno, ni que decir tiene si acaban en prisión. Desde luego, la violencia desatada de Ovidio le daba muchas papeletas para tener problemas legales. El día que su padre le dijo que tenía que buscar un trabajo o irse de casa, terminaron como he dicho, a golpes y el chico se fue y buscó dónde dormir, a veces en el local de ensayo, otras en casa de los amigos. Ese día, el matrimonio de sus padres terminó aunque la separación no fue inmediata.

Los amores interesados son los más pasionales, y terminan con grandes broncas y decepciones, resentimientos y venganzas. Con los hijos es diferente, no se tiene en cuenta cuántas veces fracasan los firmes propósitos de mejorar, se les va a ayudar cada vez. “Amores interesados", era el libro de moda aquellos días, nadie que lo hubiese leído podía suponer que cuando las parejas toman la decisión de unir sus destinos, no conocen lo que el otro espera de la vida, y cuando Osvaldo después de separarse, empezó a salir con una mujer a la que le gustaba la ópera, el resto nos lo podemos imaginar.



2

Amor interesado

Habría sido una crueldad inimaginable por parte de Gina, decirle a Osvaldo que no sólo no era el tipo de hombre que había creído en sus sueños de juventud, sino que estaba muy lejos de ser lo que una mujer necesitaba y se había convertido en su peor pesadilla. Pero era exactamente lo que pensaba. Osvaldo trabajaba mucho y ganaba suficiente dinero, tal vez eso eso era suficiente entre la prioridades de otras mujeres, Gina no debía olvidar que ella nunca había deseado parecerse a esas, y por lo tanto, era muy aventurado pensar que estaba lejos de ser lo que otra mujer pudiera desear o necesitar. Pero errar e intentarlo de nuevo con constancia y obstinación, era lo que los baterías hacían hasta dominar un nuevo ritmo. Tiempo más tarde, con su vida rehecha al lado de otra mujer, Olvaldo había dicho que Gina y su hijo habían intentado destruirlo, pero que había luchado y había salido adelante -necesitaba pensar así, hacer parecer que todo le iba bien con su nueva pareja, pero no era así-. Aunque de momento nadie lo notaba, para muchos estaba claro, que los hombres que pasaban por la vida de Gina quedaban tan tocados que no la olvidarían aunque se lo propusieran. Claro que Gerry estaba tan imbuido por recuerdos de más de treinta años, que apenas podía negarlo, pero le hubiese gustado, como a Osvaldo, hacer parecer que los fracasos de amor, con el tiempo se superan.

Hubo un tiempo que la policía acudía con frecuencia a buscar a Ovidio a casa de su madre, pero ella les decía que hacía mucho que no lo veía y se los quitaba de encima. “El es mayor de edad, ¿Y saben qué? Prefiero no saber lo que ha hecho está vez", en este sentido iban sus respuestas. La verdad que nunca hubo grandes desastres por los que echarse las manos en la cabeza, pero a Gina le rompía la cabeza que se metiera en líos.

A la hora de escoger una pareja (esto ya lo hemos visto como una de las equivocaciones de Gina), es importante intentar adivinar lo que aquel ser que tienes al lado con tanta frecuencia, espera de la vida, en casi todos los casos, es igual de importante descubrir si esa persona (pasarán años antes de que deje de ser un desconocido en sus más íntimas reacciones), se cree superior, y por lo tanto establece una relación en la que por decirlo de alguna manera, te perdona por no estar a su altura aunque posiblemente lo hace porque te necesita. Con su hijo no necesitaba ser tan precavida, se había vuelto problemático, pero nunca podía considerarse superior porque nadie es nunca mejor que su origen. Tal vez algunos prosperen en la vida, pero no dejan de ser hijos de su padre y de su madre, y aunque lleguen a presidentes de gobierno o de un equipo de fútbol de primera división, tal vez nacieron en un pueblo y nada les gustaba más que andar en burro por el monte. Ovidio aspiraba a ser un acrobático intérprete de ritmos, tal vez en eso estaba en el camino de superar a Larry, y ser una estrella del punk algún día, lo que le ayudaría a cumplir un sueño que ella no había alcanzado, pero aunque fuera el batidor de ritmos de The Who, seguiría siendo el mismo problemático y violento motherfucker.

Hizo una pequeña gira con su grupo sin avisar a su madre de su ausencia. Solía desaparecer por temporadas, y cuando se cansaba de dar tumbos volvía a casa a recuperar fuerzas. Por supuesto, cada vez que lo hacía, era porque sus padres ya se habían divorciado y no quería volver a verle la cara al dictador de normas y límites. En todos esos

momentos, Ovidio calculaba no molestar demasiado a Gina, era problemático pero no idiota, y evitaba aparecer si ella intentaba rehacer su vida con alguna nueva pareja.

Osvaldo se creía feliz con su nueva familia. En ese tiempo empezó a convencerse de que detestaba a Gina porque era necesario que lo pareciera y así poder sobrevivir. Tenía que convencer a su nueva mujer, el hijo que ella tenía de un matrimonio anterior y los padres de ella con los que convivía, que no echaba de menos nada de lo que hubiese quedado atrás. Cómo no volvió a ver a Ovidio echó mano de lo más común, imaginar que ella lo había puesto en su contra. Cuando supo que Gina tenía una nueva pareja tuvo un ataque de celos. Todo muy contradictorio, pero de las contradicciones también se vive, sobre todo cuando no se sabe amar. Por todo ello la visitó y le montó un numerito. Gina le dejó claro que no quería volver a verlo y le aclaró ese punto "Yo no lo he puesto en tu contra. Tú hijo no te quiere ver porque no te soporta". En las escenas que montaba Osvaldo, siempre conseguía sacarla de quicio. Ya había sucedido otras veces mientras estaban casados. La agotaba, era como si disfrutara viendo cómo le quitaba toda la energía y no paraba hasta oírla gritar. Eso de que hay parejas que quedan como amigos después de un divorcio debe ser verdad, pero ella no había conocido ninguno de esos casos, y tenía muchas amigas divorciadas con las que hablaba de los hombres. " Son egoístas, no lo ven venir aunque los tengas a pan y agua", esa era la conclusión a la que habían llegado.

Larry le dijo que el chico conociera a una mujer algo mayor que él. Una mujer deportista que practicaba surf y se había ido a vivir con ella a Ibiza. Fue una de las etapas más tranquilas y productivas. Tocaba en pubs de la zona con un amigo que cantaba temas clásicos y los acompañaba con una guitarra eléctrica. Era suficiente para dos, guitarra y batería, toda una orquesta. A veces se cabreaba porque Sticky quería ensayar y repetir los temas hasta dejarlos perfectos, pero no pasaba de unos gritos y marcharse del local dejándolo con la palabra en la boca.

-Al contrario de lo que mucha gente piensa, ellos no eran más diferentes que la mayoría de las parejas, ¡es sólo que otros tienen más aguante y no se dedican a deteriorar la relación con el objetivo de romper de una santa vez! Osvaldo no era tan mal tipo, ni ella tan sibilina como puede parecer -los pensamientos de Larry dieron un vuelco en ese momento e irrumpieron en la conversación obligándolo a levantar la voz-. No quiero que te lleves una falsa impresión, de mis subjetivas opiniones. Tenlo en cuenta -Podemos ir al Máxima, es un nuevo local no muy lejos, ¿Qué te parece?

-No me perdería el final de la historia por nada. Debiste dedicarte a escribir en lugar de tocar la batería.

-Cuando decida que hablar soluciona los problemas más rápido que la música, tal vez lo haga. No soy un charlatán, no te lleves esa impresión del viejo Larry. ¿Volverías con ella?

-¿Con Gina y sus actuales circunstancias? Esas cosas hay que pensarlas para evitar estropearlo todo aún más -a continuación se levantaron, se estiraron y dejaron propina, disponiéndose a un ligero paseo; Máxima no estaba lejos. Se había hecho de mucho y eso facilitaba centrarse en su historia sin demasiadas distracciones, no había luna, o si la había está sumergida en un mar de nubes, por eso sí hubiese pasado Gina a su lado, ni la hubiesen reconocido.

-¿Es más interesante la historia que la protagonista?

-No lo creo. La gente suele decepcionar cuando la conoces, pero yo espero más de ella. Lo que queda fuera de la cámara le da valor a la foto, o eso dicen.

En un momento se encontraron en su destino, delante de una vieja puerta de madera repintada, muy ancha y bisagras oxidadas. La calle delimita las aceras con comercios

cerrados o a punto de hacerlo; no se veían muchas luces en las ventanas superiores, y sonaba Passenger de Iggy Pop tan fuerte que parecía que estaba dentro con los Stooges.

En Ibiza, Ovidio había seguido con sus peleas. En una ocasión poco afortunada, el día que su novia lo acababa de dejar, un turista nórdico estaba humillando a un vendedor africano de bolsos y relojes baratos en el manta. Se oían los reproches pero nadie hacía nada. Lo empujó y lo tiró al suelo. Al parecer el reloj comprado unos días antes había dejado de funcionar, y el chico no quería recogerlo y reembolsar el dinero, eso nunca lo hacían porque la venta en la calle tiene sus condiciones. Ovidio intervino y el turista rubio de ojos azules, perfectamente esculpido en algún gimnasio no terminó bien parado. Rotura de huesos, la cara desfigurada, y la pérdida de un dedo. Todo fue a peor cuando llegó la policía y Ovidio siguió soltando golpes a diestro y siniestro. No debió de ser algo agradable de ver. Todos se equivocaban con él cuando lo escucharon gritar, parecía decir, “Nadie puede conformarse con menos", ya casi lo tenían inmovilizado peto decía, “cómo suelte un brazo os quítate los ojos" , porque a veces lo que se dicen y el significado de los ojos no es exactamente el mismo. El juez captó el significado de tanta excitación cuando aquel momento le fue revelado con todo detalle. El chico era una fiera y un peligro, un año de cárcel con posibilidad de salir un par de meses antes por buena conducta. De pronto se hizo un amargo silencio en la cabeza de Ovidio. ¿Cómo había llegado hasta allí? Cuando volvió a casa Gina no sabía dónde había pasado todo aquel tiempo y él no sé lo contó hasta mucho tiempo después. En la cárcel le pusieron un mote, el papatortas. No necesitaron pensarlo demasiado. La cárcel no es el mejor lugar para un chico nervioso. Le bajaron los humos a base de golpes, y algunos dijeron que fue violado en la enfermería por un guardia. Era el peor mote que nadie le podía haber puesto, eso era seguro.

-¡Mierda! -dijo Gerry, manifestando su indignación y dudando si quería seguir escuchando cosas que no deberían ser contadas en un puto bar rockero.

-No miento amigo. A esa chica le hace falta un poco de consuelo, las cosas no le han ido muy bien. Ama a su hijo y haría por él cualquier cosa, pero Ovidio parece especialista en meterse en líos.



3

Cuerpo hecho a la vía

Después de discutir un momento sobre las condiciones inhumanas de las cárceles franquistas, llegaron a la conclusión de que estaban de acuerdo en que aún no habían cambiado lo suficiente porque los fachas se habían refugiado en los cuerpos de seguridad, dieron por zanjadas sus diferencias y volvieron a la historia de la primera novia de Gerry y lo poco que lo podía consolar que a los dos les hubiese ido tan mal por separado.

Ahora bien si se trataba de justificar que la ruptura había sido una mala idea, al pensar de una forma que pudiera justificar su interés porque la decisión había sido enteramente de ella, entraba en el equipo de los mezquinos que invariablemente lo que buscan es salvarse o eludir su parte de fracaso. No siempre estamos preparados para reconocer que no estábamos preparados para madurar tan rápido como nos exigen las circunstancias. Habitualmente las mujeres rechazan a sus primeras parejas por este motivo. En el caso de Gerry, no sólo había madurado muy lentamente, podía intentar disimular, pero aún estaba intentando hacerlo. Keler le preguntó si aún amaba a Gina, o si no era así, si recordaba cuando había dejado de hacerlo.

Después de su ruptura, había empezado a descubrir una Gina que no había querido ver hasta entonces. Así que se dispuso a hablarle un poco de cómo él lo había vivido. En cierto modo era justo que si Keler se mostraba tan… colaborativo, él respondiese con la misma y confianza. Además, era una forma de cerrar y redondear, la historia de un amor que no había podido ser en plenitud. En los momentos en que una pareja rompe, hay amantes que se desprenden de sus íntimas precauciones y se muestran con toda su arrogancia, desprecio, ansia de venganza, resentimiento, pero nada de esto había sucedido con Gina. No era la mujer que todos veían en los escenarios, la prometedora ninfa de voz rota. Ni siquiera podía decir que había dejado de ser comprensiva de la noche a la mañana, sino que Gerry entendió que intentaba analizar los motivos del amor perdido con frialdad, buscarle explicación y hacérselo ver. Por fortuna intentaba explicar sus motivos, que es más de lo que se espera en tales situaciones. Gerry se había visto a sí mismo como un un hombre estancado por varios motivos, no avanzaba en su carrera, no despegaba, vivía con sus padres, los trabajos no le duraban y le hacían ir más lento en sus estudios, por eso todo aquello le había cogido en su peor momento; no era el tipo de hombre para tomar grandes decisiones cuando todo se torcía. Bueno si le hacía falta un empujoncito para madurar, el desamor duele pero ayuda. En la mirada de Gina, él había visto el dolor por un fracaso, pero al mismo tiempo la crueldad de la decisión tomada. No había vuelta atrás.

Estar contando aquellas cosas a Larry era incómodo, un momento digno del Rey de Dinamarca, traiciones en la corte y entre las aspiraciones universitarias, los sueños no cumplidos de una eclipsada estrella del rock, y la nueva perspectiva de un embarazo y el nacimiento de Ovidio. La inestimable y refulgente idea de saber en la distancia,que mientras él seguía la mezquina lucha del día a día por sobrevivir, el nacimiento de aquel niño y la posibilidad de seguir construyendo su vida, también le daban la esperanza de asumir que no todo había sido tiempo perdido. Con el embarazo, los pechos de Gina se desarrollaron, la había visto algún tiempo después en un concierto, mostrando que sus aptitudes para la música seguían intentas a pesar de haber sido madre. Había engordado,las caderas se habían desbocado, la cara también había cambiado, llevaba un top y una minifalda, y entre el público, muy cerca del escenario, Gerry había pensado que no podía tratarse de la misma persona.

-¿Fuiste a uno de los shows? Eso fue poco después de separarse.

-Bueno, para ser exactos me llevaron unos amigos, yo no sabía que aquel grupo que íbamos a ver, Los Reptilianos, estaban liderados por ella. En realidad ya habían pasado un montón de años y otras aguas habían bajado estos puentes. Yo tuve otras parejas y otros fracasos.

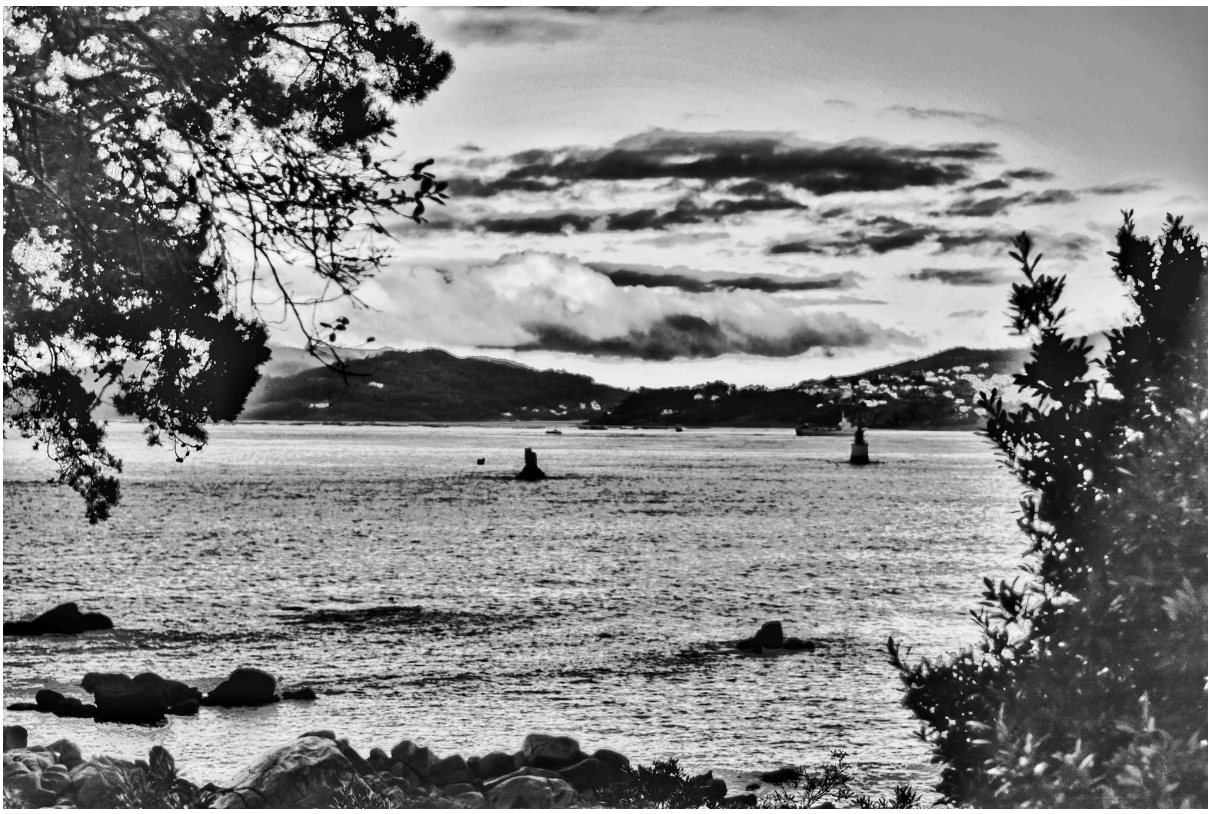
Así que unos amigos lo llevaron a verla con los reptilianos. Keler se quedó pensando y le pidió que lo esperase allí mismo que tenía que mandar un carta al imperio, lo que era una forma elegante de decir que iba a echar un pis, o algo más contundente. Subió al camerino y allí estaba Gina, fumando y bebiendo. Ovidio repiquetea a las baquetas contra el marco de una puerta. El resto del grupo se hinchaba comiendo bocadillos de queso y bebiendo vino tinto.

Gina recordaba, que no había tenido más remedio que cambiar de caballo en mitad de la batalla, porque el tiempo pasaba y Gerry no acabaría sus estudios hasta mucho tiempo después. Nadie es tan generoso con su vida como para dejar pasar la oportunidad de tener un hijo, una vida, una familia. Se había arreglado, iba tan ligera de ropa como cada vez que salía a un escenario, pero había una novedad, se había hecho uno de esos cardados B52 y se había pintado los labios de rojo intenso y sugerente. Ella no podía creer que Gerry tuviera una curiosidad tan insana. ¿Qué buscaba allí? No tenía ni idea. Los hombres también podía ser un misterio en ocasiones, aunque de forma general fueran muy simples. Ya no podría volver a amarlo como entonces, pero no desaprovecharía la oportunidad de tontear con él y vacilar lo un poco si se le ponía a tiro. Siempre había sido una chica sexy, pero creo que no exagero si digo que se había convertido en una descarada madura exageradamente sexualizada. Después de una edad, ya no se conspira contra lo correcto simplemente se ignora. Nada la sorprendía, porque aquella situación que Keler había propiciado, le hubiese parecido surrealista a la inocente teenager que se dejaba por Gerry entre libros de texto y discos de garage americano. Sería divertido si no fuera tan mayor. Ovidio seguía redoblando sobre el culo de un tornillo. Ella sabía que cuando hacía eso, su hijo estaba tranquilo y concentrado, no había peligro de que empezara a patadas en el bombo gritando que sonaba como el croar de una rana, o algo parecido había dicho la última vez incapaz de controlar una crisis en mitad del show.

Fin del relato

—----------

—----------



1

He creído en lo imposible
Helar la oscuridad
Muro de hielo

Cada uno se hace adulto como puede, con la lentitud de una babosa resbaladiza, dando un salto y plantándose allí sin pedir permiso, o aplazando el acontecimiento hasta la jubilación, sin prisa. No todo el mundo tiene la capacidad de enfrentarse a los prejuicios por tener relaciones sexuales prematuras, sin sufrir una indisposición. Porque aún así, la clase moral, conservadora, establecida, espiándolo y desaprobando, casi todos ellos, si pudieran se cambiarían por el personaje indicado y llevarían a sus vidas un poco de insana emoción. Casi todos ellos, no todos, claro está. Renata, confiaba en que muchos hombres de los que la soñaban entre el vicio y el desahogo, no se atrevieran al final a dar el paso de ser infieles a sus mujeres con transexual y conservarán un reducto de incorrompible tradición en esta sociedad enferma.

Antes de ser Renata, Krusty había sido un joven precoz y desde los quince años se había dejado seducir por todas las mujeres maduras que lo miraban fijamente a los ojos. Es lo que tiene el juego, cuando lo prácticas, sabes de qué va, conoces los códigos y a las mujeres, el resto es dejarse llevar. No era para sentirse orgulloso, pero antes de ponerse peras, incluso después, a un buen número de mujeres, le había resultado irresistible.

La duración de sus romances, como podemos imaginar, eran variables, desde los ocasionales y satisfactorios desconocidos de una noche, hasta las novias más descaradas

que lo plantaban después de un tiempo porque, según decían, no le veían futuro a su relación. Todas las mujeres que habían pasado por su vida sabían eso. ¡Vaya novedad! El futuro no era una preocupación dominante, cualquier necesidad inmediata lo eclipsaba hasta que olvidaba cualquier ejercicio de responsabilidad que pudiera hacerlo pensar en cosas como la seguridad de un trabajo fijo o un plan de pensiones. A pesar de todo y como suele suceder a los chicos que abandonan los estudios, el trabajo le llegó por accidente. Tenía un amigo que quería ser asistente de vuelo , los dos se prepararon, sabían inglés y por cuestiones familiares, dominaban un idioma nórdico, lo que facilitó bastante las cosas. Constantemente los jóvenes hacen este tipo de cosas, nadie sabe lo que tienen en la cabeza y de pronto salen con una sorpresa que los arrastra a una vida totalmente diferente a todo lo que habían conocido Además, como podemos suponer Krusty, en aquel tiempo ya no era un chico corriente, tenía una inteligencia superior a la media, y como he dicho, el arte de la seducción era una cualidad natural en él.

Se estableció en Suecia durante un año y cuando volvió a su ciudad natal con dos compañeras y un chico, alquilaron una casa en las afueras y vivieron juntos durante años. El éxito de esa estabilidad radicó en no tener relaciones sentimentales o sexuales entre ellos. Durante años consiguió reducir la oposición de muchos compañeros de trabajo que lo consideraban un oportunista porque, seamos sinceros, se le notaba que no le gustaba lo que hacía, y para la mayoría, volar era un sueño realizado. Claro que no eran pilotos y su trabajo se parecía más al de un camarero en un gran hotel, pero que alguien pudiera ponerlo tan claro diciendo este tipo de cosas delante de todos, lo convertía en un advenedizo, así que Krusty tuvo que aprender a tener la boca cerrada. Se ganó algunas simpatías, pero su jefe, al tanto de sus desavenencias le pilló manía, y lo tuvo durante años haciendo las peores rutas y horarios. No le resultaba extraño que siempre le tocará trabajar el día de navidad, esa era la situación. Bajó la seguridad que le proporcionaba ser delegado sindical su situación mejoró, fue una consecuencia lógica que diera ese paso después de todo lo mal que se lo hicieron pasar durante el último año. También se empezó a sentir lo suficientemente protegido para volver a tener citas y así conoció a Karina Kovachenko, una rusa hija de emigrantes que había hecho su vida en la costa del sol.

La transexualidad debe ser tocada con el debido respeto y Krusty así lo consideraba, pero siempre se había sentido atraído por la idea de ser, o al menos parecer, una mujer. Si no lo había hecho antes había sido porque para él no era una cuestión capital, y no quería parecer frívolo. Karina, mayor que él veinte años, lo tenía muy encariñado y fue ella la que lo animó a ponerse pechos. Krusty, en ningún momento de su vida pensó en operarse sus genitales y mientras duró subrelación con Karina, los usó todo lo que pudo. A ella no parecía importarle que tuviera pechos, vistiera como una chica o se pintara los labios, lo quería de cualquier modo. En el trabajo siguió haciendo lo mismo que hacía pero con uniforme femenino e intentando poner una voz dulce y menos grave de lo que acostumbraba. No tuvo tantos problemas como en otro tiempo porque le cambiaron a su jefe, y todos comprendían que sería un escándalo para la compañía ponerle problemas por encarar y mantener con valentía su decisión de cambio. Hasta sus compañeros más beligerantes tuvieron que morderse la lengua está vez. Respeto, esa era la idea más extendida entre todos. Él mismo evitaba toda frivolidad al respecto, porque sabía que muchos hombres en lista de espera para cambio de sexo total, tenían que esperar más de dos años para ser operados, y algunos se suicidaban antes de que llegara el momento. Claro que les asignaban un psicólogo durante ese tiempo pero no parecía suficiente. Aquello, como era de esperar lo cambió todo, le dio un vuelco a su vida y el amor que sentía por Karina creció, hasta límites inesperados en él que siempre había creído que nunca

amaría a nadie de esa forma tan personal y comprometida. Ya era casi una mujer, respetaba el sufrimiento de los trans más comprometidos con su identidad femenina, amaba a Karina, intentaba no ser ligero con eso, pero no podía dejar de tener relaciones con otras mujeres. ¿Eso era una traición después de todo lo que ella había hecho por él? Desde luego que lo era, y una traición es más que la infidelidad. Karina, como todas las mujeres, tenía un sexto sentido para estás cosas, no necesitó que nadie la percibiese en contra de su conducta. Un día con la excusa de visitar a unos parientes lo abandonó. Este tipo de cosas pasan, no mucho y no es moneda corriente pero pasan. Krusty pasó a llamarse Renata y lloró tanto la ausencia de Karina que pasaron meses antes de que pene volviera a tener la fuerza necesaria para volver a tener una erección. No podía ni imaginar que una depresión pudiera causar ese efecto en sus órganos más estimados. Estuvo meses de baja en el trabajo y su jefe tuvo que hablar con él cuando volvió para cerciorarse de que podía enfrentarse a un cometido que tenía mucho de social. El trato con la gente,aunque fuera para ofrecerles un refresco tenía que hacerse con cierto ánimo, y si se lo iba a pasar llorando por las esquinas del avión, aquello no iba a funcionar. Por fortuna, con él tiempo se sintió mejor, dejó de pensar en Karina, el único amor de su vida y se volvió menos promiscuo, de hecho ya no se prestaba para satisfacer la curiosidad de cualquiera. Dejó de tener relaciones esporádicas, y solo se daba un homenaje como algo muy especial, cuando realmente después de un periodo largo conteniendo líquidos, ya necesitaba aliviarse. No fue fácil superarlo, había perdido, no sólo la mirada de Karina, sus rizos rubios y sus ojos azules, había perdido también un equilibrio importante y una opinión imprescindible en todos sus asuntos personales. ¿Cómo había sido tan idiota? Nunca volvería a sentir una pasión igual, volvería a sus años de juventud y al movimiento mecánico de su partes aún intactas. Trabajar de asistente de vuelo lo distraía, miraba las nubes como caprichos de algodón y empezaba a gustarle, jamás había pensado que eso pudiera suceder. Sus manos de hombre, grandes y fuertes lo delataban, pero los pasajeros estaban concentrados en pasar aquel trayecto como un mero trámite y sólo los más habituales se daban cuenta, pero de nuevo mostraba un carácter y firmeza poco común. No volvió a relacionarse con el pasaje fuera del avión, ni por muchas notas con números de teléfono que le pasaran en la bandeja de vuelta de los sandwich de salmón. Ese consejo que se le da a los escritores de que escriban sobre lo que conocen, lleva a qué mundos como el de Renata sean totalmente desconocidos para la literatura, mayormente por el respeto del que hablaba. En su caso, no era de mucha ayuda no vivir la noche y la prostitución como otros trans, que parecían sentirse más cómodos al mergen de la sociedad que siempre los tratara mal y los hacía sufrir. El estigma está presente en sus vidas, no pueden evitar las miradas de desconfianza, sólo las prostitutas los trataban como iguales, sin reproches ni acusaciones, y viceversa. Dicen que los niños son crueles y maltratan a otros niños con discapacidades o con los que no se integran por saberse diferentes por algún motivo. Los niños se parecen a sus padres y son también un reflejo de esta sociedad sin piedad.

Este tipo de reflexiones decidió a Renata a llevar un diario donde podía expresarse libremente, desde cómo veía el mundo en su condición, hasta todo lo que sentía por ser como era.

Poco a poco, Renata se fue ganando el respeto de todos y su actividad se redujo mucho, socializada pero sin relacionarse físicamente. Iba al gimnasio, estudiaba idiomas, y hacía dieta. Los años siguientes fueron aburridos y pasaron rápido. Renata desarrollaba otras capacidades que le ayudaban a eludir el deseo. Se empeñó en aprender a patinar a los cincuenta, una edad en que sus articulaciones protestaban cada vez que se ponía unos patines, lo que unido a la decadencia de visión, energía y falta de equilibrio lo llevó a caerse

con tanta frecuencia que tenía el trasero machacado, y cuando lo intentaba explicar entre sus compañeros de trabajo, todos lo miraban con desconfianza y pensaban que el motivo por el que tenía problemas para sentarse era otro.

Le volvieron a cambiar el jefe, está vez era un muchacho recién salido de la universidad. ¿Qué podía saber de la vida un universitario? Y lo que era aún peor, ¿Cuántos años tardaría en empezar a conocer a la gente y valorarlos? Aunque Rutterhour se consideraba superior por sus títulos y su clase, se enredaba en hiperbólicas sentencias más propias de un dictador mequetrefe,que de un jefe de personal adjunto. Nadie, ni siquiera los jefazos de resultados económicos se fiaban demasiado de su juventud, pero el chico lo llevaba muy a gala. Aquello hacía recordar a Renata las divertidas y alocadas aventuras de juventud. No había forma de compararse con él, si estimaba como era ella a su edad. De hecho, eran tan diferentes que caerse bien, o comenzar su relación con buen pie le parecía imposible. Hablaron del trabajo, se presentaron, y en un momento de su entrevista, Rutterhauer preguntó, “¿Está usted operado también de la parte inferior?". Renata se levantó y abandonó la oficina sin decir nada y sin mirar atrás. No podía quitarse una idea de la cabeza, " este tío es idiota, este tío es idiota, este tío es idiota”.

Renata estaba en ese momento de la vida en que se empieza a pensar en todo lo que te rodea, cómo has vivido, cómo han cambiado tus preferencias, tus prioridades y cómo has cambiado tú. Dicen que los toros cuando son heridos de muerte se van a las tablas, se acurrucan a un lado, lo que tal vez tiene que ver con la posición fetal que adoptan algunos soldados en el frente cuando la posibilidad de que les caiga una bomba es elevada. La inminencia de la muerte lleva a los viajeros a volver a casa, y la protección que nunca habían necesitado se dispara en los elefantes que se sienten morir y buscan un lugar común para hacerlo aunque tengan que recorrer cientos de kilómetros. No es que Renata estuviera enferma, pero la perspectiva del tiempo que nos queda cambia mucho después de los cincuenta, y después de los sesenta puede convertirse en una obsesión. Nada de lo que había movido su vida hasta ese momento parecía satisfacerla del mismo modo, ni el amor, ni el sexo, ni utilizar su atractivo y su trabajo para conocer gente y creerse un animal social porque ella se interesaba por las mismas mierdas del ciudadano medio, la economía, el fútbol, los romances de los famosos, la amenaza del fascismo y la corrupción política. Así lo había creído durante años. Era buena conversadora, dominaba todos los temas de interés y estaba a la última siguiendo las noticias de primera hora con la radio mientras se daba una ducha. Todo eso ya no le importaba tanto, no tenía aquella necesidad de ser escuchada y manifestar su opinión. Se hubiera tratado de un sacrificio muy personal en otro tiempo volverse tan discreto, pero lo habría asumido como una tarea más, si hubiese llegado a la conclusión de que la única persona que había encontrado en su vida que lo escuchaba con sincera devoción ya no estaba con él, y esa persona era Karina Kovachenko. Tal vez por todo esto había vuelto a pensar en ella, y cuando recibió un mail para felicitarle el fin de año, lo asumió como algo más que casual, los giros inesperados del destino nunca se lo parecían. Por todo ello le contestó diciendo que no sabía cuánto la había echado de menos, y que le gustaría verla. Al menos, el poder de convicción no lo había perdido, no era una respuesta larga, pero lo suficientemente sincera -ella la conocía y sabía que no le mentiría-, que aquella cita estaba en marcha y cuando Karina aceptó verla, volvió a escribir. “¡No olvides que Renata te ama tanto o más de lo que te amó Krusty"!”

No puede decirse que no se sintiera agradecida al saber que alguien a quien quería aún pensaba en ella. Renata hasta ese momento se empezaba a sentir mayor, sola en el mundo, cuestionando sus propios deseos, y no buscaba las tablas como esos pobres toros

torturados, pero coincidía en la sensación de ya no aceptar los desafíos que la vida nos pone por delante como un capote de brega.

Así fue como las vidas de ambos chocaron de nuevo, y se entregaron a una mera amistad con nuevas condiciones. Cuando Karina admitió que era demasiado mayor para vivir sola, no quiso añadir que le gustaría una vejez apacible dentro de los cánones tradicionales. Tal vez hubiese deseado un matrimonio a pesar de su edad, pero cómo iba a ser llevada al altar por una mujer culona y tetuda con el uniforme de azafata. Saldrían en todos los periódicos y todas las televisiones, estás eran el tipo de noticias que creaban grandes audiencias.

Renata se mudó al enorme piso que Karina tenía en el centro de la ciudad. Doscientos metros cuadrados decorados como un museo barroco, había cuadros caros en las paredes, parcelas chinas en las vitrinas y hasta un enorme órgano en el salón (era un adorno romántico porque nadie lo sabía tocar, y había permanecido más años muerto que el pene de Renata), además de otras comodidades, calefacción central y aire acondicionado, ¿qué más se podía pedir para vivir confortablemente y ahuyentar los fantasmas de las vidas solitarias?

Otras relaciones empiezan por menos. Renata tenía su propia habitación, y en el piso había dos cuartos de baño, así que dispondrían de espacio suficiente. Claro que no eran desconocidos pero la gente cambia, por eso entraron en un procesó de nuevos descubrimiento, y confirmaron sus sospechas, los dos y el uno del otro, ellos eran de ese tipo de gente que por dentro no cambia tanto, aunque por fuera, la edad y la operaciones estéticas les hiciera parecer dos cuerpos extraños. Pudo comprobar que Karina seguía siendo la misma persona amable y atenta que había sido. En el pasado se había preguntado en más de una ocasión por qué lo trataba y lo cuidaba como si fuera un niño, ¿cómo podía ser su amante y tener las atenciones con él que se tienen con los hijos? Sólo le hubiese faltado darle la comida del plato con una cuchara para que no se esforzara y estuviera a gusto. ¿Cómo iba a ser su relación a partir de ese momento? La situación se había invertido y ahora era Karina la que necesitaba paciencia y cuidados? La podía entender, incluso poner todo de su parte, se sentía a gusto en su nueva vida, y en el trabajo le notaron que estaba animada y todo parecía mejorar. Se hacía todo tipo de preguntas, pero iba encontrando respuestas.

Rutterhour lo volvió a llamar a la oficina. Siempre con cara de circunstancias, intrigas y secretos, vaya tipo insoportable. Le hacía preguntas sobre sus compañeros. Quería saber cómo se llevaba con unos y con otros, incluso como se llevaban entre ellos. Si algo era Renata y nunca lo había sido, era una chica indiscreta. Al final de su entrevista Rutterhour la advirtió: “La promiscuidad entre empleados lleva a las empresas a la ruina, si nos enteramos de que tiene relaciones íntimas con chicos o chicas del pasaje, le castigaremos todo lo que podamos".

Tantos rodeos para acabar en eso no era propio de una mente sana. Parecía disfrutar intimidando al personal. Relaciones con el personal prohibidas. Si ella le contara… obviamente el novato no se enteraba de nada. Todos tenían relaciones íntimas con todos, y no podría cambiar eso aunque fuera de alguna secta religiosa con aspiraciones de castidad para todos. No podía evitarlo, la gente tenía derecho a intentar sus romances, aunque la mayoría de las veces fracasaban.



2

El crédito de la mafia

En aquel tiempo, Renata luchó por sentirse a gusto nuevamente, al lado de Karina. No era la relación que habían vivido, sin embargo, parecía que ambos habían conservado un vínculo que les hacía sentirse en familia. Por muchas opciones que se le abrieran para tener pareja o planificar su vida, en ese momento no había nada más importante que la estabilidad que le proporcionaba sentir que Karina era su familia. Era una de esas veces que tomas un camino en la vida tan firme que se convierte en una de tus directrices más importantes. Sabes que has elegido vivir así, y compruebas que esa elección se ha convertido en un punto de partida relacionado con todo lo demás que, a partir de ese momento y lugar, son nuevas elecciones. Tener a donde volver sin ser juzgado, aún si te equivocas y lo estropeas todo, si te aceptan y te hacen sitio para recomponer lo poco que queda, sólo puede ser familia, o al menos, Renata lo veía así. Entre su afecto por Karina y el resto de su vida, su trabajo, sus amistades, sus rivalidades, sus relaciones y perspectivas, la presión de Rutterhour y los flirteos involuntarios, ya no cabía demasiado espacio, era muy consciente de que algunas distracciones habían provocado subseparación en el pasado.

Después de un tiempo viviendo juntos, una noche mientras dormían, un latiguillo de un conductor de agua bajo la pileta del cuarto de baño, por increíble que parezca, se soltó. No es que estos tubos, a pesar de ser flexibles y de rosca moderna y engomada, no puedan soltarse pero hay que reconocer que fue muy extraño. Un tornillo no se desenrosca sólo, a menos que alguien en alguna actuación anterior de fontanería lo hubiese dejado mal apretado, aún diría más, a punto de soltarse, y ya sólo era cuestión de tiempo que sucediera. Karina llamó a la puerta de su habitación de madrugada cuando el agua ya le daba por los tobillos. Renata se alarmó al ver la inundación, no era para menos. Cerró la llave del agua y empezó una noche de recogida que las tuvo a las dos recogiendo en caseros primero, y secando después con toallas que ya no iban a servir para nada más. Para hacernos una idea del tamaño del desastre cabe señalar que el agua había pasado al piso inferior y un señor recién jubilado había subido poco antes del amanecer para avisar. Las encontró en plena faena, y fue un encuentro corto pero tenso. Como suele suceder en estos casos, se llamó a un técnico que pudiera solucionar el problema lo antes posible, y como Karina no tenía seguro de la vivienda, Renata tuvo que ayudarle a pagar de sus ahorros todos los desperfectos causados. En los momentos de dificultad la complicidad se pone a prueba, y en los mejores casos, el afecto se dispara. Pero que este tipo de retos ponga a prueba una amistad, no es bajo ningún concepto lo más deseable. Precisamente, vivir una vida tranquila empezaba a convertirse en uno de los objetivos más anhelados por la azafata. Aquella mañana subió a su avión con destino Singapur, ida y vuelta, sin dormir. Los ojos se le cerraban y en el trasbordo tuvo que dar una cabezada en la dura silla de una oficina del aeropuerto. Nadie supo dónde pudo echarse a dormir sin que la molestarán. A la vuelta necesitaba necesitaba tomar un café negro en la cafetería del aeropuerto porque volver a casa en aquellas circunstancias le parecía imposible. Ensina era una compañera con la que había tenido relaciones antes de su cambio, y no me digan cómo alguna gente hace eso, pero a pesar de haber decidido terminar cualquier encuentro sentimental, seguían siendo amigos. Tal vez había un cierto grado de cinismo en ella al principio como una forma de disimular los celos cuando veía a Renata con otras chicas, pero con el tiempo, eso también se había apaciguado. Fue ese día y en ese momento cuando vio por primera vez a Constantine. Los encuentros fortuitos con personas que serán importantes en nuestras vidas, forman parte de la superstición e incredulidad de los seres más sensibles claro que en ese momento, Renata no podía saberlo. Constantine les pidió ayuda para recuperar su equipaje. No había salido con el resto de maletas en la cinta y estaba nerviosa. Es lo que tiene tomar un café en el aeropuerto con el uniforme puesto, que todo el mundo cree que pertenecen a la oficina de información. A las chicas no les pareció tan mal porque ya habían terminado su reposo, la acompañaron a poner su reclamación, dejó su teléfono y le dijeron que la llamarían porque por desgracia sus maletas seguían en Singapur. Constantine no dejaba de fumar y no dejaba de hablar. Era una estudiante en el extranjero que volvía a vivir con su madre. A Ensina pasó a recogerla su nueva pareja, iban a cenar y al cine. Renata envidiaba ese tipo de parejas tan poco apasionadas. Nada de echarse de menos y que les faltará tiempo para ir directamente a una habitación de hotel. Ya no era la Ensina que ella conociera, cine y cena, eso era todo para una buena relación. Constantine no paraba de hablar, tal vez estaba nerviosa, y no sabía cómo agradecerle que la hubiesen ayudado con el papeleo y el mostrador adecuado. A Renata no le sorprendió cuando le preguntó hacia dónde se dirigía y como llevaba el mismo camino le ofreció compartir el taxi. Al llegar cerca de su destino dijo, “yo quedo por aquí", y Renata, “si, yo también". Lo realmente sorprendente fue caminar juntas en la misma dirección ya más tranquilas y confiadas, y cuando llegaron al portal, encontraron que iban al mismo sitio, detener el

ascensor en el mismo piso, y descubrir que Constantine era la hija de Karina. Tal vez por todo ello y situaciones parecidas que nos hayan podido pasar, lo de considerar las casualidad una forma en que el destino juega con nosotros, es algo que siempre deberíamos tener presente. Si hubiese sabido que Karina tenía una hija, tal vez se le hubiese ocurrido en el momento en que salieron del ascensor y se detuvieron delante de su puerta. Las dos se miraban como si se encontrarán delante de un extraterrestre.

-¿Estás segura de que vienes aquí? -preguntó Renata

-Claro, es el piso de mi madre

-¿Cómo se llama tu madre?

La respuesta fue inequívoca, “mi madre se llama Karina, no hay ningún error”.

Constantine estaba perfectamente ubicada. Si una de ellas tenía cara de absoluto despiste, esa era Renata. Que Karina no le hubiese dicho que tuviera una hija, no lo entendía. Por supuesto, no hubiese pensado que en tantos años después de su relación, no había tenido otros amores, otros hombres, otras pasiones instaladas en su vida.Tener una hija era reconocer que nada había sido tan puro como se pretendía. Sin embargo, la familia crecía y nada era tan malo en ese sentido. Después del reencuentro, de una tarde de emociones, de lágrimas, besos y abrazos,Karina se fue a dormir feliz. De las tres, la más sorprendida por la situación era Constantine. No podía imaginar que a su vuelta tendría que hacer sitio en su vida a otra persona. Por algún motivo que desconocía, su madre,siempre tan discreta y llena de secretos, no le había hablado de Renata y todas sus circunstancias.

-Una novedad. Una sorpresa, desde luego. Juguetes del destino, como decía el artista adolescente -tal vez sus primeras palabras cuando quedaron solas, no fueron las que esperaba-. ¿Y ahora qué?

-No sé, mañana trabajo. Si vas al baño cuidado con los tubos, están reparando y los han dejado allí -Renata estaba muy cansada y no le apetecía seguir hablando.

-No me caes mal. Hace tiempo que pensaba que a mí madre le hacía falta tener a alguien con ella. Me remordía la conciencia pensar en mi distancia y que estuviera sola. Me alegra que estés aquí.

-Pues claro. Tú ahora eres muy joven. Es tu momento, tienes que decidir qué vas a hacer con tu vida -respondió Renata..

Con los años, se fue volviendo más paciente y comprensiva y la chica era agradable. Por algo era la hija de Karina, la representación actualizada de su madre cuando tenía su edad

En su nueva situación cabía preguntarse si se trataba de lo que quería, o si su anhelada familia crecía adecuadamente. Era una pregunta necesaria, porque había hecho una mudanza,restableciendo nuevos compromisos, y Karina no había aclarado esta condición particular. Algunos pensarían que no estaba en situación de poner muchas condiciones y que se trataba de una minúscula molestia. Los hijos son una molestia hasta cuando son bebés, lloran por la noche y vas al trabajo sin dormir, pero por eso no los amas menos. Bajo ningún concepto iba a aceptar que no hubiese caído en el lugar más apropiado, y si Karina no había querido decir antes de tiempo que tenía una hija, sus motivos tendría para ello. Después de tales pensamientos aceptó que su contrato se renovaba y quedaba profundamente comprometida con las dos: eso sí, a la espera de la conveniente confirmación de la otra parte. No podía ni imaginar que por la mañana Karina quisiera aclararlo y dijera simplemente, “mira querida, después de mi hija eres la persona más querida para mí, ella no se siente a gusto y debes irte". Eso sería una soberana putada, las decepciones existen, pero ni siquiera quería darle más vueltas, o aceptarlo como una posibilidad.

En todo ese tiempo de transición, hablamos de alrededor de tres meses, sus compañeros de trabajo no notaron sus cambios de ánimo, si no tenemos en cuenta los días que podía llegar sin dormir o un poco más cansada de lo habitual. Tampoco compartió con Esina, su compañera más cercana entre otras cosas del pasado, lo que cumplir años y entregarse a una vida más estable significaba para ella, incluida la mudanza, porque una mudanza siempre es una señal de que te tomas las cosas en serio. Sólo había hecho mudanzas en su vida para estar con alguna pareja, cuando había pensado que iba en serio, si bien, todas las veces se había equivocado.

Tal vez vivía un momento especial sin considerar que una de las mejores cosas que le habían podido pasar en la vida había sido el reencuentro con Karina. El hecho de haber crecido en el caos y creer que estaba en camino de encontrar su mejor equilibrio, el que necesitaba para encontrarse a sí misma, y aceptar desde el primer momento que sus errores habían sucedido pronto y era hora de aceptar relacionarse en un mundo de iguales. Había hecho poco uso de su capacidad para estar a la altura de cualquiera y había trabajado el cinismo como nadie, llegando a humillarse falsamente con sus jefes más exigentes, especialmente con Ruttehour, del que se sabía que era de misa los domingos y tal vez, esto era la última novedad, posiblemente perteneciente a algún grupo ultrarreligioso. Karina se mostró feliz y confiada en lo bien que marchaba todo. Llegaron a un acuerdo económico y prácticamente se gastaba en comida el dinero que Renata aportaba. Era natural ese acuerdo, no pagaba un alquiler por su habitación con derecho a baño y cocina, además, no iba a estar a la sopa boba como una aprovechada silenciosa. Unos días después, Constantine le aclaró algo que levtrdultó desagradable y era de todo punto innecesario. La estudiante aprovechó un momento en que se encontraban las dos solas y le dijo lo siguiente:

“Está situación puede resultar un poco confusa. Yo sé que no eres así, pero es necesario que sepas que este piso no es de mi madre. Pertenece a la familia y cuando muera se lo repartirán y tú y yo tendremos que abandonarlo. Por supuesto que entiendo vuestros sentimientos, y que no se me pasó por la cabeza que pudieras pensar en ser su heredera”.

En ese momento, Renata supo que no podía tomársela muy en serio. Desde luego, el refrán, “acuéstate con niños y amanecerás mojado", era de lo más nítido y acertado. Los niños, o en este caso, aquella jovencita, tenían una imaginación desbordante y pensaban el tipo de cosas capaces de hacer incómodos a los mayores. No había nada que pudiera producirles más placer que poner contra las cuerdas a los muy adultos. Claro que no lo planteaba como un desafío, no deseaba crear tensiones que pudieran romper la convivencia, no deseaba llegar tan lejos, más bien parecía un aviso infantil, algo así como decir, puedo pensar que eres de lo peor si me lo propongo.

Cuando se fueron limando asperezas y la convivencia se volvía más estable, Renata puso comprobar que la chica era atenta con su madre y sabía cocinar. Solía acercarse para ver cómo lo hacía y aprender de sus habilidades entre fogones. No tenía problema por ayudarla y ponerse a sus órdenes, cortar cebollas y ajos, o lo que le pidiera. Es más, consideraba acertada y pertinente la colaboración y por ello resultaba inevitable que se fueran tomando ciertos afecto.

-¡Madre mía! -dijo en una ocasión, mientras revolvía el sofrito, mirándola con la reciente alcanzada confianza-. No podía ni imaginar que pudiéramos llegar a entendernos así.

-¿En serio? Ni lo hubiese adivinado -le respondió a la joven no sin cierto cinismo, pero ausente de cualquier malicia. Se asomó sobre la sartén con la comida burbujeante y la olió con sugerente gesto de agrado-. Creo que hoy vamos a disfrutar de otro día glorioso de una de tus recetas. ¡Ojalá no te vayas nunca!

Constantine rió, lo que no decía era que había invitado a un chico a comer y fue una sorpresa cuando con la mesa puesta lo vieron entrar por la puerta, se lo presentó, lo besó y lo llevó de la mano para que se incorporará al festín: carne al caldero y tarta de galleta de postre, todo muy calculado. Reinó la concordia. El chico se llamaba Vicens, que debía ser Vicente en algún idioma o dialecto, incluso podía tratarse de un diminutivo. En suma, era difícil que una chica con tanto potencial y sensual belleza no tuviera un novio escondido en alguna parte, y por fin salía a la luz. La madre sospechó que lo había tenido en el congelador durante años, evitando sacarse fotos con él para no subirlas a las redes sociales. Suele pasar, las chicas no es que sean discretas o celosas de su intimidad, es que no quieren que sus relaciones personales interfieran en sus relaciones sociales. Cuando has vivido tanto como Renata y Karina, sabes que en la vida se cometen errores. Es inevitable que a veces pienses en lo que has hecho mal, porque no te tomaste en serio a algunas personas o por qué dejaste que otras te tomarán el pelo y no les retiras la confianza a tiempo, porque escondías tus relaciones y a tus amantes, todo lo que tiene que ver con personas que trataste y como resultaron esas relaciones, porque no la amistad suele ser tan fuerte como pensamos. Afortunadamente las antiguas amantes se habían vuelto a reencontrar, ahora sólo como buenas amigas, pero eso les permitía quitarse en parte una de esas espinitas que vuelven para dejarse analizar en noches de insomnio.

El chico apenas hablaba. Al acabar de cenar se fueron a la habitación de Constantine. Poco después de lavar la loza, las dos señoras mayores también se fueron a acostar, con la edad los días se vuelven largos y el cansancio se manifiesta con frecuencia al atardecer. No preguntaron si el chico se iba a quedar esa noche, si lo hizo todo quedó en silencio muy pronto y no los sintieron. La vida incorporaba nuevos elementos a diario, pero no eran elementos ruidosos.

Estabilidad a pesar de los cambios, eso también influye en todo tipo de planes y proyectos incumplidos después de los años. Apearse de sueños arrogantes es una importante señal de madurez. Esina le dijo que la veía muy bien a pesar de que sabía que Rutterhour la tenía tomada con ella. Cuando le contó los últimos cambios en su vida ya habían pasado unos meses en su nueva casa. Era mejor presentar los cambios a toro pasado, que contar expectativas sin cumplir sobre las que todo el mundo se iba a permitir opinar y cuestionar. Claro que se alegraba, era lo menos que podía esperar de una buena amiga. En una ocasión de las que la había invitado a su apartamento con intención de pedirle que se quedara a dormir, de eso hacía veinte años al menos, Esina se había preocupado por cómo vivía, con ropa sucia amontonada en los sillones, posters de Pizza Minelli pegados en las paredes con cinta negra de la que usan los electricistas, y el fregadero hasta arriba de platos sucios, Le había dicho entonces, que no entendía cómo podía pasar años viviendo en aquella provisionalidad. La gente que se casa joven e intenta llevar una vida muy estructurada dice ese tipo de cosas. La juventud no permite una reacción rápida en ese tipo de situaciones, no se lo tuvo en cuenta ni tampoco le hizo mucho caso, al cabo de unos años, no demasiados, Esina se divorció, cuanto más estructuradas son las cosas, más ruido hacen al caer, para demostrar a todos, que no habían vivido con provisionalidad pero nadie era infalible. Fue un divorcio corto, y Renata le había permitido vivir con ella una temporada mientras se recuperaba del golpe emocional. Nunca había querido a su ex, pero los fracasos siempre dan bajón. ¿Cómo no iba entonces a recordar aquellas palabras, y admitir que había superado su provisionalidad?

Otro día, hablando con Constantine la chica le dijo que madre le había contado de dónde venía su amistad. Sabía que habían sido amantes hasta que ella se había decidido a dar el paso de su transformación. Renata la vio venir, era lo mismo de siempre, no pudo evitar

caer ante la curiosidad y preguntarle si también se había operado de abajo. Todo el mundo que creía tener cierta confianza para preguntar, lo hacía. La chica no pudo disimular cara de incredulidad. Renata se echó a reír

-¿Qué pasa? ¿No me crees? Te la puedo enseñar -fue una respuesta que respondía a la necesidad de aclarar: “si tu me puedes preguntar demostrando no tener pudor, yo también te puedo poner en un aprieto”. Lo que no esperaba era que la respuesta a su propuesta fuera, que sí, que no le encantaría pero que estaba dispuesta a verla. Todos podemos imaginar a Renata, estirando la goma del pijama para que su amiga pudiera asomarse y comprobar por ella misma que el músculo sedoso y blandorro de su nueva amiga seguía allí. Desde luego, también se trataba de un acto de complicidad y la chica no parecía enfrentarse a la situación con malicia, o con la risa nerviosa con que otras lo habían hecho antes. Aún así, decidió ponérselo más difícil y cambió la propuesta, te lo enseñaré si tú me enseñas el tuyo.

-Yo no tengo, y aunque tuviera… -le entró la fiebre de dignidad que Renata había adivinado en ella y su atrevimiento.

-¿Aunque la tuviera qué? ¿No la enseñarías? Eres una chica lista. Quizás otro día, hoy te vas a quedar con las ganas.

La vida de Renata no se parecía a la de ninguna de sus amigas ni de sus conocidas,eso era un hecho, ni siquiera su forma de reaccionar frente a las proposiciones inesperadas, como la que acababa de ocurrir, o incluso, frente a otras peores como las de tener sexo por dinero. Sabía que había transexuales que lo hacían sin necesitarlo en absoluto, económicamente solventes. Ese tipo de chicas tal vez aceptaban por creer que cobrar lo hacía todo más excitante y descomprometido. En su caso, después de la confusión inicial de sus años de juventud y la ebullición hormonal frente a sus deseos y cambios, siempre había intentado mantener una cierta dignidad y orden en sus relaciones.

Pasaban los meses con la lentitud de un ladrillo, y el verano siguiente la aerolínea anunció una reducción de plantilla. Las razones que dieron fueron las de siempre, problemas económicos y la necesidad de mantener los puestos de trabajo de los que pudieran permanecer con ellos. Al día siguiente, los afectados hicieron una reunión y empezaron las concentraciones con pancartas delante de la oficina y puntos de venta de billetes. Renata fue una de las afectadas por la medida. aquella noche llegó a casa como si hubiese corrido una maratón. Compró la edición de la tarde de un par de periódicos. Estaba claro, el follón era lo único que haría que la noticia dejase de pasar desapercibida entre otras, en lo más discreto de las últimas páginas. Se sentó en el salón con la televisión encendida leyendo lo que ya sabía, la postura de la empresa era ahorrarse todo lo que pudiera en los finiquitos. Algunas compañías se habían arruinado antes y habían decretado quiebra total para no soltar un euro. En las fotos, Renata señalaba las caras de sus compañeras y le ponía nombre, cuando lo hizo con Esina,preguntó si nunca les había hablado de ella, porque la apreciaba mucho y había sido una buena compañera todos aquellos años.

-Me has hablado mucho de ella.

-¿Desde antes? -quiso precisar Renata.

-Sí, desde antes. Tu no te acuerdas pero eras un hombre muy admirado, las chicas iban a tí como la miel. Yo creía que me hablabas de ella para ponerme celosa.

-Nada de eso. Te hablaba de ella porque la apreciaba. Debería habértela presentado, pero no sé si tú hubieras aceptado conocerla. La vida está llena de conformidades con una misma que no exponemos a la opinión ni de nuestros seres más queridos.

-Creo que si me hubieses propuesto algo así, yo te hubiera dicho que dormía más tranquila sin conocer mujeres que veías a diario en el trabajo. Ya sé que eran compañeras, pero ya sabes como soy.

-¿Cómo eres?

-Pues no soy muy sociable. Creí que te habías dado cuenta.

Las frases cortas parecían entrar en una falta de riesgo, seguramente en la desconfianza del otro, de cuestionar lo que tenían mutuamente en la cabeza, de cómo se veían,y si podían estar de acuerdo con las respuestas dadas.

-Cuándo desapareciste de mi vida no sabes como me dolió. No estaba preparada para ser rechazada por la primera persona que me había tomado en serio. ¿Lo hiciste por celos?

-No, ni siquiera por tu decisión de empezar a presentarte ante todos como una mujer sin previo aviso y sin importante lo que pensaba. Los vecinos estaban escandalizados, me hacía mucha gracia. Ni siquiera me preguntaste, pero no fue por eso. No tuvo nada que ver. Esto pasa mucho, los que son dejado se obsesionan pensando en qué han hecho mal, y la respuesta suele ser muy simple, el tiempo pasa y el cansancio se manifiesta. Lo mejor es pasar página lo antes posible, pero casi nadie lo hace -Karina tenía la necesidad de explicarse, se lo debía.

Los trabajadores se aglomeraban delante de la oficina central de la compañía y se mezclaban con los clientes. Apenas se distinguían porque unos gritaban y los otros intentaban avanzar para recuperar el dinero de sus billetes en reserva o por los vuelos cancelados. La noticia tenía el efecto del miedo y nadie quería perder su dinero.

Cada tarde al volver a casa, las chicas intentaban animarla -le llamaba chica a Karina porque le llamaba así a todas las mujeres independientemente de su edad, además, la mayoría de las mujeres podrían arrugarse como pasas, pero en su interior nunca dejaban de ver el mundo con los ojos de la juventud. Ella ya no era una chica, se había convertido en una respetada mujer madura, pero también le gustaba pensar que seguía siéndolo-, le llevaban pasteles, preparaban café y compartían las últimas noticias de la crisis. Cuando el amiguito de Constantina aparecía por el apartamento, compartía un rato de charloteo, pero no tardaron mucho en desaparecer en la habitación de ella y ya no daban señales de vida hasta el día siguiente. Alguna vez han pensado que podemos pasar meses, incluso años, sin que nuestras vidas tengan ningún cambio y de repente todo llega, una cosa detrás de otra, pues algo así le estaba sucediendo. Le contó a Karina que había un hombre que nadie sabía de dónde había salido, que se unía al grupo de protesta en la calle y que llevaba una radio con las noticias, era de los que más gritaba, a veces se le oía seguir las consignas incluso por encima del megáfono. Era gracioso tal y como sucedía y mejor tomarse las cosas con cierto humor a pesar de que veía en las caras de sus compañeras que se sentían bastante jodidas.



3

Si los ángeles no mienten,
deben ser muy exagerados

Las crisis de empresa que terminan con reducción de personal son un drama, pero cuando supieron que Rutterhour estaba también en la lista de prescindidos, hubo alguno que hizo una fiesta. Un día se acercó al grupo de la protesta y todos le dieron la espalda, no querían hablar con él. No se puede vivir sentado en el canto de una valla y hacer como que se es de los de abajo, nadie te cree.

Constantine estaba empeñada en sacar todos los temas que se guardan durante años porque a nadie le apetece removerlos. Era propio del tipo de chicas que hacen preguntas delicadas, que bucean en lo íntimo como si lo merecieran. Lo quería saber todo y contarlo todo, por eso, cuando le dijo que había algo de su madre que levquería decir en su cabeza saltaron todas las alarmas.

-¿No estará enferma? -preguntó Renata atropelladamente.

-no -sonrió-, menos mal. Tiene una salud que le envidio, yo y mis jaquecas. No sé trata de eso. La muerte me da mucha rabia, grima y lástima. Las enfermedades y la vejez, todo eso que nadie puede controlar. Es horrible.

-O peor, nadie lo piensa lo suficiente, aunque después de los cincuenta estamos expuestos a todo.¿Sabes qué?. Debe ser como esos momentos en la adolescencia que estás por primera vez delante de un río o del mar, y un amigo te desafía, ¿Te tiras de cabeza? Es mejor no pensarlo y cerrar los ojos. Llegado el momento no vale darle vueltas, no hay vuelta atrás, cierras los ojos y te tiras aunque sea de pie. No estoy hablando del suicidio, no me malinterpretes. Es una forma de enfrentarse a lo que no tiene solución y aceptarlo.

-Creo que te entiendo. ¿Tú piensas esas cosas? -Constantine descubría un mundo nuevo. Lo que la gente podía tener en la cabeza era alucinante. Cualquier cosa era posible. No hubo respuesta, sólo la mirada de su nueva amiga-. No es de ese tipo de cosas de las que quiero hablarte, es muy diferente. Hay algo que me intranquiliza, pero a lo que ella nunca le dio importancia y de lo que no hablamos.

-¿Y eso es? -de nuevo la franqueza de la juventud se volvía curiosidad peligrosa.

-Mi madre,después de tí tuvo otras parejas. Al menos dos que yo conociera, y otra antes. La primera la conozco por las fotos, y le pregunté. No eres tú, pero podrías serlo. Me dijo que como chico eras muy atractivo.

-No tanto. Yo creo que lo que tenía mejor era el carácter y que era claro y directo.

-¿Un galán a la española?

-Si quieres llamarlo así…

-Los dos teníais buenos motivos, o eso parece. Buenos recursos. Ella fue muy guapa, la vejez es una putada.

-La belleza va unida a la juventud, y se va perdiendo. Así que échale el lazo a ese chico.

-Vicens.

-Si claro, Vicens.

-Pues eso es lo que te quería decir. No quería que creyeras que mi madre se había pasado la vida esperando por ti y que volvieras. Perdona, no creí que sonará ofensivo.

-No me ofendes. Jamás hubiera pensado algo tan raro. No te preocupes. Si la duda que tienes es si puedo ser tu padre, la respuesta es que creo que no. Pero nunca estaremos del todo seguros si ella no lo confirma. Además yo no me haría una prueba de paternidad, soy

una señora respetable, ya sabes, era lo que me faltaba. Prefiero que te fíes de la palabra de Karina. Para mí es lo único que importa.

Volvía el equilibrio, la serenidad, un intento de constancia.

Al mismo tiempo se revelaba contra ese tipo de acontecimientos inesperados. Tal destino no cuenta con nadie, no le importa tú opinión, así son las cosas. Si has de recibir un golpe, el destino no te va a dar un aviso. Esos días en conflicto se le caía el pelo y notaba que se le rompería una uña en cualquier momento, estaban blandas como la membrana de un sapo entre los dedos. Tenía las defensas bajas y le daban picores, eso era lo peor volver a rascarse como cuando los jefes le ponían problemas por todo y la amenazaban. Las mujeres solteras y promiscuas son una amenaza para la empresa, le decían, pero sabía que pensaban que su caso era aún peor. No lo decían pero sus esfuerzos por tener pareja y esterilizarse eran interpretados como puro vicio. El vicio no era su problema. El vicio era el tema social más preocupante y con más morbo añadido, eso también hay que decirlo. Las drogas, el alcohol, el tabaco y el sexo, llevaban un estigma que sólo podía competir con los ancianos que morían abandonados y eran enhontrados meses después. Algún vecino decía que había notado que de la puerta salía mal olor, pero después de un tiempo fue a menos o todos se acostumbraron. Habrán visto en televisión algún caso semejante, ancianos muertos sobre una montaña de basura. El tal diógenes debía ser coleccionista. Hoy se coje cualquier cosa en la calle. Hay gente que rescata cuadros, sillones y ordenadores viejos de la basura. Las señoras de los gatos mueren encerradas, los pobres animales no pueden salir, o mueren con ella que tanto amor les dio, o se la comen. Para los gatos es una decisión más fácil que para los sobrevivientes de un avión que cae del cielo en un lugar nevado de la cordillera de los andes.

En ese momento todo se fue simplificando. Nada resultaba tan complicado como había pensado que resultaría. Templanza, tú puedes se decía, te has visto en situaciones peores y totalmente sola. Siempre saliste adelante. Al final le dieron una buena pasta por su retiro. Le plantearon que era una prejubilación, que si a su edad encontraba otro trabajo ego iba a ser un milagro, pero que si se daba tal circunstancia, legalmente nada le impediría realizarlo.

Constantine luchaba por encontrar un trabajo adecuado a sus capacidades y aspiraciones. Por mucho que se abran las posibilidades a su edad, ella quería solucionar lo de su estabilidad lo antes posible, y en eso también jugaba Vicens. Para ella no había nada más importante en ese momento de su vida. Ni aunque se lo propusiera, Renata no recordaría un momento similar en su vida. No había necesitado negociar con ninguna mujer, o con un hombre, lo de convivir con Karina, había sido mucho más fácil en las dos ocasiones, ella decía:“pues vente, si quieres", y en unos días quedaba todo resuelto.

Fin del cuento

—----------

—----------



1

No puede decirse que Vivien no fuera una chica desagradecida, a Menotti no se lo parecía de ninguna de las maneras. Encontrar chicas fieles a los diecisiete es algo casi imposible, quieren conocer cosas nuevas, hacen escapadas a media tarde entre los ambientes más portuarios, Pero vuelven temprano a casa y si han hecho algo que no debían se arrepienten y se lo cuentan todo a su madre. A Menotti ya le había pasado otras veces algo así, no era una novedad esa dualidad entre la curiosidad por madurar y la seguridad familiar. Menotti había tenido suerte hasta el momento porque las madres que habían compartido los secretos de sus hijas, si tan sólo una de ellas compartiera a su vez con su marido, lo que sus hijas le contaban, “otro gallo cantaría”. Había algo que el chico sabía de ella, le gustaba la aventura y eso lo llevaba a confiar plenamente y compartir momentos, lugares, amigos poco recomendables y algún piti distraído. Eso era por lo que Vivien no se llevaba bien con sus padres, falta de confianza. Y era algo más que eso, existía una búsqueda de la libertad que ellos reprimen con violencia victoriana, porque apenas hablaban y había llegado a detestarlos. El padre de Vivien era el director del instituto politécnico de grado medio de Riosanto, una ciudad próspera pero no muy grande del centro este del país.

Vivien tenía otro buen amigo con el que compartía juegos de adolescente, Mulldutchen Perry Compte. Un adolescente hijo de una de las mejores familias que había cambiado la educación privada por el Instituto Público de Oficios, porque su padre decía que tenía que relacionarse con los pobres y conocer todas sus mezquindades, ya que un día tendría que emplearlos en su empresa y luchar con formas de ser muy retorcidas.

Cómo podemos adivinar, los otros chicos con los que jugaba lo hacían rabiar todo lo que podían, se defendía pero casi nunca podía evitar ser humillado. No había peleas físicas, los chicos de Riosanto eran correctos ante la ley y el orden, y no querían ser expulsados del centro, pero los insultos eran de grado mayor. La dificultad de no conectar con otros chicos no sólo le llegaba de ser niño rico y mimado, lo de ser amigo de la hija del director tampoco ayudaba. Haberse apartado a tiempo de ella le hubiese facilitado mucho las cosas. Al contrario de lo que puedan pensar, Menotti no consideraba a Mulldutchen un rival, en ocasiones salían los tres juntos, y la fuerza y el carácter incuestionables del italiano lo había sacado de algún lío.

Podríamos hablar hasta el infinito de los niños de padres ricos que tienen una infancia torturada y terminan detestando a todo el mundo, incluidos sus progenitores. En el caso de Mulldutchen no lo vamos a hacer, porque a pesar de sus diferencias era el heredero del imperio familiar y eso compensaba. Era grandote y se movía con lentitud, por fortuna nunca tuvo que enfrentarse a Menoti que siendo de menor altura se mantenía en forma con el equipo de fútbol. Los críos suelen evaluar sus posibilidades, y creen que frente a la impresión que causan en las chicas, la fuerza es una constante indudable. No sólo llegan a pensar eso porque consideran que el que tiene una chica, en algún momento tendrá problemas, sino que a ellas le gusta sentirse amparadas y protegidas, lo que no es cierto del todo, y en eso Menotti llevaba ventaja, lo que más le gustaba a las chicas era la ternura,que las valorarán y las llenarán de atenciones.

Tal vez Menotti no pensó nunca seriamente en Vivien, pero desde luego, todo indicaba que ella estaba colada hasta las trancas y que no iba a dejar de llamarlo mientras durase la secundaria.

Mulldutchen no quería perder la ocasión de estar con los únicos dos amigos que tenía. Menotti pensaba que era demasiado pusilánime para seguirles el ritmo. Una tarde fueron a

pescar y también quiso ir a pesar de que amenazaba lluvia. Se dejaba llevar, pero tenía un carácter endiablado aunque quisiera parecer un corderillo. Tal vez los puños no eran su fuerte, pero si se trataba de hacer daño, podía inventar las más terribles mentiras y chivarse a quien correspondiera. El muy zalamero tenía mano con los adultos. En el lago hay un enorme pantalán de madera vieja, casi cien metros custodiados por pequeñas embarcaciones. Habían estado allí otras veces de lo contrario no se hubieran atrevido a poner un pie sobre aquel entramado de cuerdas clavos oxidados y madera podrida. Más bien parecía que hubiesen pasado por allí un ejército de termitas, que tal destrozo hubiese sido el resultado de los dos últimos inviernos, los más crudos en veinte años. Todo lo que tenía de niño rico lo tenía de atrevido, y fue el primero en llegar corriendo al extremo. No es descabellado, ni loco, ni extraño,aventurarse a pensar que visto lo visto había tenido mucha suerte de sobrevivir a su infancia. Vivien gritó, “No Mulldutchen, el final está peor", pero él corría separando su caña y su cesta de cebo del cuerpo. Se pegó una zambullida que lo perdieron de vista, "¡Maldito idiota! Dijo Menotti muy enfadado sacándose los zapatos para lanzarse detrás de él y ayudarlo. A decir verdad, nadie se ahogaba en un lago tan tranquilo, pero era necesario hacer algo. Se metió en una lancha semihundida y no dejaba de maldecir mientras cogía a su amigo y lo arrastraba por la chaqueta. Y como he dicho, aunque nadie se había ahogado en aquel lugar, Mulldutchen tragó tanta agua y se quedó tan helado que estuvo a punto de ser el primero.

Cuando el niño rico le contó a su padre que había tenido un accidente evitó decir que estaba acompañado, y eso a Menotti le pareció muy bien, porque lo hubiese pasado muy mal si el padre de Mulldutchen lo hubiese llamado para que fuera a su casa y darle una propina.

Sin embargo, a pesar de sus obligados prejuicios, no podía evitar seguir manteniendo aquella amistad, las salidas y las complicidades. Fue un tiempo estupendo, que le proporcionaría un montón de buenos recuerdos.

Todo el entramado de afinidades, influencias, costumbres y posibilidades a las que en ocasiones no alcanzaba, iban decidiendo su posición frente a sus amigos y el universo escolar de un joven a punto de cumplir los dieciocho años.

El padre de Mulldutchen no pertenecía al consejo escolar pero se dejaba ver por el colegio para hablar con el director. Parecía haberle cogido el gusto a pasar por allí para charlar con el padre de Vivien, darle su opinión sobre conflictos e inversiones del centro, o para hablar de sus hijos, de su amistad y lo contentos que estaban de que eso fuera así, porque la preocupación de los padres por las amistades de sus hijos en esos tiempos conflictivos resultaba más necesario que nunca. Tal vez era un control excesivo, pero la conexión de los dos era innegable. A todas luces, que hombres tan pagados de sí mismos, tomen la decisión que tomen sobre las amistades más convenientes para ellos y su familia, siempre será bien considerado por su entorno. Gente de éxito asegurado, así los consideraban en la vida social de Riosanto. El fracaso y la derrota suelen tener el color del pueblo trabajador. A pesar de todo este panorama tan obstructivo, el padre de Menotti se esforzaba por darle a su hijo la mejor educación y no renunciaba a poder tenerlo en la universidad y convertirlo en una persona importante. Sabía que tener clase o estilo era cosa de nacimiento, pero al menos, que desarrollase unas aptitudes que le permitieran defenderse en la vida con todas sus armas.

Era joven, aún no había perdido demasiadas oportunidades, eso era importante para Menotti. Tenía tanto por hacer que la perspectiva de que Vivien en cualquier momento le hiciera ocupar un lugar menos digno, no era tan grave -si en este contexto entendemos por pérdida de dignidad pasar a escuchar a otros chicos con más atención, principalmente los

más cercanos-. Empezó a notar que sus dos compañeros de peripecias hacían buena pareja. Más adelante supo que el padre de Vivían había invitado a Mulldutchen un sábado a cenar, con el pretexto de conocerlo mejor, y no era tan difícil poner a andar la imaginación. Sin duda ella se había puesto muy guapa para la ocasión, estaría nerviosa, por la tarde habría ido a la peluquería y muchos planes pasarían por su cabeza de conformidad con los de su padre. El señor Herzorg estaría presente todo el rato, y su mujer llenaría de preguntas al muchacho. Sobre todo, quería saber sus planes para el futuro, aunque caía de cajón que empezaría de aprendiz en las empresas de su padre, para un día tomar el relevo era una opción más que razonable. La cena transcurrió conforme a lo esperado, que de alguna forma es lo pactado en silencio. Sin embargo allí estaba Menotti, en la sala de futbolines, esperando a sus amigos, imaginando que si acababan pronto su compromiso, tomarían el postre corriendo y les daría tiempo a llegar para echar una partida. Se comportó de forma temeraria dando malas contestaciones al camarero que lo echó del bar a empujones. Vivien y Mulldutchen no aparecieron esa noche. No importaba, ya le había sucedido otras veces con otros amigos. El curso llegaba a su fin y todos iban tomando posiciones para ver lo que harían el año siguiente, algunos dejarían de estudiar y se pondrían a trabajar, él no lo tenía muy claro pero si seguía estudiando saldría de la ciudad, tal vez algún ciclo superior que le convalidase para acceder a la universidad más adelante. Estaba entrando en lo desconocido. Cómo en un viaje de ciencia ficción, a punto de cruzar una puerta estelar, sin saber si estaba preparado para enfrentarse a nuevos desafíos.

Decir que la vida es decepcionante no es mucho decir. Alguien debería ir preparando a los adolescentes para este tipo de realidades; ese es el momento en el que empiezan a desear cosas que nunca estarán a su alcance. Los más fuertes, los que pueden aspirar a ser adultos de nervios de acero, hacen gala de una templanza que no se espera de ellos. El autocontrol es algo que tarda mucho en llegar a nuestra vidas, en algunos casos sólo está al alcance de los que entran a estudiar en academias militares. Ese no iba a ser el caso de Menotti, una cosa es que estuviera perdiendo la confianza en la gente y otra que fuera a recluirse en un monasterio de clausura. Tenía otros amigos, Vivien y Mulldutchen, habían sido importantes pero nunca le faltaba algún grupo al que acoplarse para ir los sábados por la noche a tomar unas cervezas.

Hasta fin de curso no los vió mucho. Lo llamaron para salir juntos los tres, como siempre hasta entonces, y buscaba excusas. Los evitaba en el instituto, ni siquiera paraba en la cafetería si ellos estaban allí. Cambiaba de dirección si inevitablemente, la que llevaba iba con ellos o hacia ellos. Y si a pesar de todo, en algún momento lo abordaban o coincidían, se volvía lacónico, casi desagradable y les daba largas. No entendía que si hacían buena pareja, y que sus padres estarían muy de acuerdo en un matrimonio conveniente, que siguieran haciendo como que nada había cambiado.

Durante las vacaciones de verano se movió mucho, apenas permaneció en la ciudad. Fue un buen verano de viajes a la playa, camping, surf y mochila. También se movió para arreglar papeles a la ciudad en la que iba a cursar la carrera final de sus estudios. No estaba muy lejos pero suficiente para que todos le perdieran la pista. No había resentimiento por como había sucedido esa parte de aspirante a madurar. No le había generado dolor de cabeza, arrepentimiento, vergüenza o noches de insomnio. Le había gustado Vivien pero no tanto como para tomarla tan serio que le llevará a hacer planes, nada de eso. Sin embargo, necesitaba creer que ella había perdido mucho más, al menos para generarle la seguridad en sí mismo que necesitaba. ¡A la mierda los enamoramientos adolescentes! Así también se escribía su historia sin dejar de ser optimista. Siempre hacia adelante.

Pasaron los años y no volvió a ver a la parejita de niños ricos. No puede decirse que no tuviera curiosidad, pero no tanto como para llamarla y preguntarle, si al fin había pescado un pez gordo, cuando sabía que lo de ella con Mulldutchen estaba cantado. Algunos pensamientos estúpidos te pueden llegar sobre una persona, después de años de no haberle dedicado un segundo de tus recuerdos. La mente humana tiene esas cosas, incluso con el recuerdo de gente que no fue tan importante como creemos. De hecho, nadie, ni los hombres más importantes, están libres de verse enredados en los caprichos de su mente. Es como si un cerebro analítico pero libre, al cabo de los años intentara darle forma y redondear el dibujo de lo vivido, ver cómo había hecho encajar unas cosas con otras, y finalmente adulterar el resultado haciéndonos creer que no volveríamos a caer en las mismas faltas y en los mismos errores.

Las posiciones respecto de la vida, en esos últimos cuatro años de sus estudios lejos de su ciudad natal, iban cambiando, madurando y modificándose sin que nada lo pudiera evitar. Algunas nuevas actitudes, lo volvían desconfiado, otras en cambio eran para bien. No era tan impopular en su nueva etapa, no obstante se había endurecido, resultaba menos amable, tal vez debido a sus aspiraciones, menos condescendiente con los débiles. Si bien, un hijo de trabajadores que completa sus estudios era un triunfo de su clase, incluso él tenía dudas de que eso no lo estuviese llevando a pensar como los que conseguían descollar y poner su barco en dirección a una vida mejor, una isla de riquezas a la que no todos alcanzaban. Incluso cuando recordaba los momentos más duros de su infancia, aceptaba su nueva condición, la que lo llevaba a creer que no debía tener piedad con los perezosos, porque él se había esforzado y trabajado mucho. En otro tiempo hubiese aceptado que se estaba convirtiendo en un cabrón, porque por muchas vueltas que le diera, no todos tenían las mismas oportunidades. Los hijos de los barrios más deprimidos, nacen, crecen, viven y mueren, en tales condiciones. Nacer con un futuro tan deprimente, es como nacer condenado, pero cuando tenía cerca acabar su carrera empezaba a cambiar los cimientos de sus convicciones. Lo que decían algunos notables estudiantes de su curso era que ellos eran la clase dominante, que habían llegado lejos y estaban obligados a controlar la sociedad, que unos nacían para mandar y otros para obedecer, y lo que en otro tiempo le parecían mierdas y paparruchas, ahora lo hacían dudar. La gente respeta a los ricos aunque sean corruptos y malas personas, pensaba. En ese momento de lucha interior por saber lo que realmente pensaba, por conocer quién verdaderamente era, llegó Ornella. Fue un flechazo, se entendieron desde el principio, le ofrecía equilibrio, y procedía de familia de funcionarios, nada tan relevante como se acostumbra a por aquellos lugares, pero suficiente para devolverle la fe en la diferencia de clases. “Tu nunca serás como ellos, ni siquiera por haber estudiado. No dejes que te enreden con sus principios superiores, su altivez y su arrogancia”, y así empezó una relación que terminó en matrimonio al poco tiempo de acabar la carrera. Ella lo ayudaba y lo aconsejaba y eso también formó parte del enamoramiento.

Pero centremos ese momento y la necesidad de volver a casa de sus padres. Desconozco porque la juventud es tan temeraria, porque actúan llevados por impulsos, sin embargo, al casarse improvisadamente y con rapidez, evitó la opinión familiar y a toro pasado, creyó que todo sería más fácil. Ornella era venezolana, el país que ha ganado más certámenes de miss mundo, eso pueda darnos una idea de que además de inteligente, buena consejera, cariñosa y corredora diaria de footing mañanero, era también muy hermosa (la juventud es hermosa en sí misma, pero además, las facciones de Ornella eran delicadas y proporcionadas). La primera vez que vio a los padres de Menotti comprendió que no les parecía bien casi nada de lo que hacía su hijo. Para ellos era un niño que no podía tomar decisiones por sí mismo, y presentarse de vuelta, casado y convenciendo a la

chica de que tendrían que vivir con ellos una temporada al menos hasta que ahorrarán un poco, eso era mucho más de lo que podían esperar, algo inconcebible.

Algún tiempo después de vivir en casa de sus padres, le parecía que haber estudiado para ser profesor de literatura y poesía contemporánea había sido un mal sueño, y aunque había retirado de su habitación todos los signos de inmadurez del adolescente que había sido, no conseguía que su nueva condición de hombre culto en ciernes, se tuviera en cuenta completamente -debemos tomar en cuenta que es un sentimiento bastante generalizado entre los estudiantes que al acabar su carrera no encuentran aún su lugar en el mundo, incluso entre la familia que lo amamantó-. No había forma de convencer a sus padres de que todo estaba bien, de que era cuestión de tiempo que pudiera encontrar un trabajo y establecerse conforme a todo lo que merecía y por lo que se había esforzado. Naturalmente, en aquella situación, no tenía dinero para extras, y cada vez que acudía a una entrevista de trabajo se ponía un viejo traje de su padre. Tal vez había sido el traje de su boda, le quedaba grande, olía a cerrado y el pantalón subía sobre los zapatos arrugado por qué le sobraban unos centímetros y necesitaba un arreglo de bastilla. Al final tuvo una discusión con su madre porque parecía siempre enfadada. Le dijo que así no se podía vivir, y que podía sonreír alguna vez. Ella le soltó todo aquel rencor acumulado porque no parecía que pudiera aguantar mucho más.

-¡Con todo lo que nos hemos sacrificado por ti! Y tenía que ignorar nos. Casarte sin contar con nosotros. ¿Te crees muy importante? Siempre le dije a tu padre que era un error, que ponerte a trabajar hubiese hecho de ti un hombre responsable.

No sabemos si la madre de Menotti lo hubiese querido más por ser un obrero comprometido. Tal vez lo veía como uno de esos universitarios con aspiraciones,cquevdejan atrás a sus amigos por llegar tan lejos como puedan. Estaba siendo injusta con él, no era una de esas madres que consideran que los hijos son de su propiedad cuando empiezan a sentir que son adultos y deben tener su propia vida, pero se sentía igual de desgraciada. Menotti parecía entenderlo, y omitió cualquier comentario sobre sus aspiraciones y posibilidades mientras estuvo bajo su techo.

Sentir piedad, compasión y respeto por la persona que amas suena muy bien, pero puede llegar a ser tan injusto como sentir lástima. Si sufre tienes que sentir su dolor desde el principio y ponerte a su altura, por eso se quedó sin palabras cuando Ornella le dijo que no podía seguir viniendo así. No había calculado que lo pudiera estar pasando en mal, sin embargo estaba tan discretamente enamorada que se disponía a seguir soportando una vida que no era vida por estar a su lado.

-Lo siento de verdad, soy un necio. Creo que le estoy fallando a todo el mundo.

-No es por ellos -dijo refiriéndose a sus padres-.Puedo entenderlos, supongo y spetafan que las cosas fueran de otro modo. Habían hecho sus planes. Pero es hora de que construyamos nuestra propia vida.

Mientras la escuchaba, Menotti pensaba que tenía razón. Si al menos no pareciera tan complicado. No quería empezar a trabajar en un trabajo mal pagado y quedar ahí encallado para siempre.

Por suerte, cuando le dijo a su padre que estaban buscando piso y que estarían por tiempo limitado, el viejo no se puso tan sentimental como su mujer, no se enfadó, no le echó en cara lo mucho que se habían sacrificado, ni siquiera le dijo que era un mal hijo, mantuvo su silencio y su gesto de desprecio, y eso era aún peor. La decisión estaba tomada, Ornella y él debían trasladarse lo antes posible, tal vez a una vivienda en no muy buenas condiciones -desde luego no tan buenas como la casa de sus padres que además no le pedían nada a cambio-, en fin, que parecía que todo aún podía ir a peor.

El nuevo hombre pateaba las aceras arriba y abajo en busca de un trabajo. No le duraba mucho pero sabía controlar sus gastos, lo que era lo mismo que privarse de cualquier gusto. Conocía los callejones pero ya no recordaba todos los atajos. Recordaba con simpatía su juventud en aquel lugar, con el mismo ímpetu pero sin tanta urgencia. Su atracción por las viejas cafeterías lo llevó a tomar una cerveza a un lugar que conocía bien y allí se encontró con uno de aquellos compañeros del último curso del instituto, uno de los que tenía diferencias con Mulldutchen. Los jóvenes solucionan sus diferencias sin respeto por las buenas maneras, por eso los de vidas más rústicas eran más duros y llevaban las de ganar.

-Aquel tipo que defendías, el que llevaba ropa nueva a diario… al final se casó con tu amiguita. Siempre fuiste tan raro como ellos -aquel pavo no tenía la virtud de callar a tiempo. ¿Cómo se llamaba?

-Se veían una pareja muy adecuada.

-Adecuada, estilosa, pero no muy bien avenida -Menotti lo miró como se mira a quién está deseando decir algo, pero no le quiso preguntar a ver cuánto aguantaba antes de explotar-. Ella es la directora del instituto. Su padre le dejó el camino llano sin ningún barranco.

-Ya veo… ¿Rosi?

-Tuve una novia que llevaba a su hijo al instituto. Me contó que el tal Mulldutchen la va a recoger a veces, y discuten. Pero tú los apreciabas, a los dos, digo. ¿No es así?

-Si, así es. Y aún los aprecio. ¿Rosi debe ser un apodo de Rosendo?

-Rosendo no me gusta. Nadie se atreve a llamarme así.

El hombre fue al servicio a desaguar. Si se bebe mucha cerveza la visita al servicio en cada bar es obligada. Cuando salió, Menotti había desaparecido.



2

El desguace ya no era esto

A su modo de ver, llegar a ese momento de estable complacencia laboral, estaba aún muy lejos. La seguridad económica, el respeto por su trayectoria y la tranquilidad de las interminables y aburridas tardes de la burguesía, aún tardaría mucho en llegar para un universitario sin apoyos ni padres bien relacionados. Había visto esa luz al final del túnel durante toda la carrera, pero el momento no se presentaba. Estaba en una situación tan acuciante, que se decidió a ir a ver a su antigua amiga sin esperar ni avisar. Se presentó en el colegio y le dijo a la secretaria, necesito ver a la directora. Le soltó su nombre con rapidez y en un momento estaba en su despacho. Vivien lo esperó y cerró cuando estuvo dentro, eso evitó a los curiosos. A un lado de la puerta había una vidriera, de manera que los podían ver pero no escuchar, parecía suficiente. Le dio la mano y dos besos. Estaba nerviosa, cualquiera lo hubiera notado, pero él estaba tan centrado en cómo abordar el tema que ni siquiera se fijó. Tampoco consideró que actuaba de una forma precipitada, así que se conformó de momento con contarle cómo habían ido los últimos años, que se había graduado y buscaba trabajo. Al mencionar que su situación no era grave pero tal vez apremiante, la directora no dijo nada de momento, pero lo miró a los ojos y pensó que se trataba del mismo chico fuerte pero vulnerable de antaño. Aún se estaba preguntando cómo lo había dejado escapar. Otra mujer en su situación habría pensado que era un encuentro conmovedor, a ella le parecía muy ingrato que se hubiese acordado de visitarla cuando pasaba por un mal momento. No es tan grave que cuando te va bien en la vida, los que se acuerdan de ti no son los que te aprecian, lo peor de la gente es que cuando les va bien no se acuerdan de nadie ni desean ser molestados, ella era así y Menotti de haberle ido bien ni se hubiese molestado en hacerle una visita. Ya no era aquella chica inocente que él conociera, su corazón se había vuelto tan duro como práctico. Lo odiaba por haber desaparecido sin despedirse. ¿Y qué decir de aquella actitud tan fría y desconsiderada de los últimos días de curso? Ahora no solo la visitaba, en cierto modo se arrastraba como un gusano. ¡No quería ni imaginar cuánto le había costado decidirse a dar aquel paso! Ninguno que lo conociera de antes lo reconocería en aquel papel, tan superado por sus acontecimientos. Tal vez se había preocupado por ayudar a otros en otro tiempo, había sido el joven maduro que ella había amado, y esto debemos reconocerlo llegado este momento. Nunca había dejado de significar tanto, aunque no lo hubiese entendido. Esas cosas, del mismo modo que los chistes malos, no se explican.

Una pausa se significó entre ellos durante unos segundos. Merecían ese somero silencio después de todo lo vivido, y todo lo que no. No quería parecer arrogante, ni indiferente, sólo intentaba calmarse. Él, por su parte, tampoco necesitaba aclarar demasiado, seguía siendo el mismo: nunca tan ansioso que no se pudiera controlar.

Era posible que Vivien siguiera encaprichada de un viejo recuerdo. Él empezó a sopesar la idea de volver a ser buenos amigos, los mejores. Le parecía un pensamiento interesado al calor del favor que necesitaba de ella. Hablaron un rato y al fin, terminó por decirle que necesitaba tanto un trabajo que aceptaría cualquier cosa en el instituto. Pedir favores es

una cuestión de supervivencia entre la clase trabajadora, los burgueses se lo plantean como un negocio, los políticos lo llevan al extremo de la corrupción.

En otro tiempo ella se preocupaba por él y se lo hacía notar. Imaginaba poder ayudarlo, y soltaba ideas de futuro en las que pudiera imaginarse bien situado. Eso fue hasta que Mulldutchen apareció en escena. Realmente había sabido leer el futuro de un chico sin posibilidades de prosperar, y era exactamente el punto en el que se encontraba: acabar los estudios no te va a salvar de tu clase social. Había tenido algo de pitonisa o él había sido muy inocente al creer que se salvaría de sus limitaciones.

Entonces le contó que había seguido pensando en él y sus encuentros furtivos por un tiempo. En cierto modo le había enseñado a querer las ideas más locas, y algunas persistían. Era casi una declaración de lo que podía haber sido. Pero en ese momento como huyendo de una enfermedad -una huida alarmante por efecto contagioso de las palabras en un aire que se viciaba de carga viral en su boca-, tuvo la impresión que había sido demasiado para un reencuentro en unos términos que no eran los deseados, ni de ninguna manera planeados, por supuesto. Tenía la impresión de que Vivien lo comprometía, y, sin embargo, era la única condición que ponía para encontrar algo que pudiera hacer para hacer que se perdiera anónimamente entre el personal del instituto sin poner en evidencia el enchufe. Por todo ello cuando pusieron las cartas sobre la mesa, él avisó de que estaba casado y ella respondió que también, pero que eso no debía ser un obstáculo para recuperar su amistad. Planteó la invitación de cenar las dos parejas juntos como una condición que la haría ofenderse si ponía cualquier excusa por leve que fuera. Aquella no era la Vivien que podía manejar dentro de la lógica de otro tiempo, le había cogido gusto a llevar la iniciativa y tendría que aceptarlo. Tampoco estaba en la mejor situación, hay que pedir con respeto, en algunos casos con sumisión, eso acaba de aprender. Estudiando, entre cuatro paredes, se aprende de los libros y cómo manejarlos, de vuelta a la calle, había un mundo que interpretar, conocer a la gente, en lo que se convertían y como de violentos los volvían sus aspiraciones, una nueva carrera acababa de empezar. Terminando su entrevista ella había recuperado el temple y la iniciativa, estaba cómoda en ese papel, le dio la mano y le dijo la llamará la semana siguiente. Así lo hizo, en esa llamada hablaron la dichosa salida a cenar entre parejas. Ella concretó el lugar, el día y la hora, sin una objeción.

La cena

-¿Alguna vez has sentido la sensación de que todo era mejor en un tiempo pasado? -le preguntó Mulldutchen.

-Pues la verdad es que no. Quiero a mi mujer y el tiempo que vivimos juntos.

Ornella le cogió la mano y lo miró directamente buscando sus ojos para sonreírle. Eso fue tanto como decir que también lo amaba.

El momento de la pareja, con el matrimonio reciente y a pesar de las dificultades, era muy bueno. Los amores están sometidos a un obvio desgaste, el paso del tiempo todo lo deteriora, y en algunos casos de parejas jóvenes, muy convencidos, eso sí, se casan sin conocerse -a todos nos ha pasado que con los años aprendemos a conocer a la gente, pero en algunos casos se tarda muchos años en este proceso-, cuánto más conoces a tu pareja más te cuesta consentir el desinterés, de hecho, cuánto más nos conocemos a nosotros mismos, menos nos gustamos.

-No me malinterpretes, parece una pregunta inoportuna pero no tiene mala intención -no es de extrañar que Mulldutchen fuera tan directo, creía que la confianza de otro tiempo aún le permitía ser espontáneo, o tal vez inconsciente, y era lo contrario. La vida había dado una vuelta, casi un vuelco y lo que estaba arriba, parecía haber caído. Mulldutchen había

trabajado durante un tiempo en las empresas de su padre, y finalmente se había colocado en un banco, el joven introvertido ya no necesitaba que otros sacarán la cara por él.

A Menotti le preocupaba el grado de desenfado de sus antiguos amigos. Él mismo perdiera la vergüenza desde muy joven, había pasado por situaciones de arrinconamientos, discriminación y falta de respeto desde niño. Había que defenderse, endurecerse es ley de vida. A Mulldutchen, sobre todo lo veía tan arrogante que no lo conocía, y a Vivien, como la candidata perfecta para meterlo en un lío. También se había vuelto locuaz y desvergonzada, pero era una chica lista y ordenaba sus silencios. Le había aparecido conocer a Ornella, eso estaba claro y dejaba que Dutchen se solayara con su veneración por un pasado que ponía en cuestión el presente. No era feliz, estaba claro que ventaja a su mujer, al tiempo que no se sentía amado

-Estuve un tiempo enfermo. Los médicos me dijeron que tenía las defensas bajas, pero salí adelante, con una buena alimentación y los cuidados de Vivien -no sonaba muy creíble.

-No le hagáis mucho caso, no fue para tanto. Le gusta inspirar lástima -y dirigiéndose a él-. Hablas mucho cariño, para con el vino.

-Todo empezó de la forma más tonta. En la despedida de soltero se cometen muchas tonterías. Los excesos a veces se pagan. Algún tiempo después de la boda empezó el malestar. Me atiborraron a penicilina y unas cuantas cosas más, de las que prefiero no recordar el nombre. Otra mujer me hubiese mandado a paseo.

Parecía empeñado en amargarle la cena a todos. Para Menotti era un puro trámite, así que había que tener paciencia. Era una forma de promocionarse, demostrar que podía hablar y decir lo que quisiera sin importarle. Nadie estaba a gusto, Vivien era directamente afectada por el discurso, porque era su mujer y lo que contaba le tocaba con intención punzante. Sin embargo, dejar claro que su marido se había convertido en un perfecto patán, la justificaba para tratarlo con fría indiferencia.

-Deberías haber tomado unos tranquilizantes. A nadie le interesan tus enfermedades -le dijo-. Cómo un poco, el lenguado está bueno.

-¿Te gusta la ciudad Ornella? Porque creo que eres de fuera.

-Si, me resulta interesante. Estoy aún buscando un parque al que ir a correr un poco y distraerme.

-¿Una chica deportista? Menotti siempre supo elegir chicas saludables.

¿Qué había querido decir? ¿Se refería a sí misma? Con aquella entonación tan despreocupada parecía querer crear una imagen de mujeriego de su marido, por eso no contestó. Seguían con sus manos prendidas sobre la mesa, lo que debía incomodar a Vivien. Menotti comprendió que se enfrentaban a una pareja absolutamente beligerante, entre ellos y con los demás. No tenían mucho que ver con sus antiguos amigos, aunque si hubiese sido un poco perspicaz, debería haber sospechado que, por su posición, terminarían convirtiéndose en gente tan arrogante como sus padres millonarios.

Todos nuestros movimientos tienen un por qué, también los prudentes silencios. ¿Es necesario explicar nuestras necesidades? Menotti acaba de volver a su ciudad, un lugar que ama y conoce. Le hubiera gustado que su vida fuera más fácil, al menos que le ofreciera oportunidades que él pudiera luchar sin perder la dignidad. Han empezado a mostrarse los cortes que lo torturan, y que se convertirán en cicatrices, señales de haber sido. Está cansado, con un cansancio que intenta reprimir, ¿si supiera que siempre va a ser así? El niño fuerte se ha ido quedando sin desafíos, pero al menos tiene a Ornella.

Claro que le gustaba la ciudad, le encantaba. Estaba seducida porque el ritmo era más bajo de lo que conocía. Pero también le gustaba su propia ciudad, porque había nacido en ella, y aunque era ruidosa y vital a su manera, no la hubiese dejado si no fuera porque

acompañaría a Menotti al fin del mundo, pero no se lo iba a decir, no quería que se sintiera tan endeudado como otros chicos que conociera. Era un defecto que tenían algunas chicas, querer tanto que hacían creerse a sus novios tan especiales que se volvían caprichosos y todo se venía abajo como un castillo de naipes en algunos casos. Le agradaba la ciudad, a pesar de las estrecheces de su habitación en casa de los padres de él. Ver a la gente pasear con aquella armonía, los enamorados comiendo fruta en los parques, las mamás empujando los cochecitos de bebé con la parsimonia de un ocaso que se resiste, ¿Dónde estaba el estrés de las ciudades modernas? Las costumbres cambiaban radicalmente con unos cientos de kilómetros por medio. Le hubiese gustado responderle a Mulldutchen que le parecía un lugar elegante donde vivía gente elegante, pero calculó que había preguntado por preguntar y le daba igual la respuesta.

Menotti empezó a trabajar en el instituto. Le llevaba fotocopias de informes y correspondencia al despacho de la directora. Ella puso un mueble delante de la cristalera y convirtió el despacho en un búnker en el que poder abordar a Menotti. Le hacía todo tipo de proposiciones y le confesaba que la hacía sentir muy insegura. Él aguantaba el tipo como podía. Ella se acercaba para rozarlo y que sintiera su aliento cuando le hablaba y él daba un paso atrás, entonces lo volvía a intentar y él volvía a dar un paso atrás. Si notaba que daba con la espalda en la pared o un mueble, entonces salía sin despedirse y volvía a sus quehaceres. Ella jugaba al gatón y al ratón sin apreciar que él hacía como que no se daba ni cuenta. Está situación duró el tiempo necesario para que ella, un día sin saber ni cómo, le confesó que había estado muy enamorada y que le había roto el corazón al desaparecer sin despedirse. Ese día ella echó la llave y se besaron apasionadamente. La situación había terminado por hacerle bajar la guardia y la confesión había hecho el resto.

-Yo tambíen te amaba, pensé que había algo entre nosotros. No fue difícil entender que te ibas a casar con él -dijo refiriéndose a su amigo-. Vivimos en mundos muy diferentes.

Todo podía volver a empezar de una forma tan poco inocente como planeada. Una profesora que lo había visto entrar y le parecía que tardaba mucho en salir llamó con los nudillos sobre la puerta con la excusa de querer preguntar a la directora sobre unos horarios. Se extrañó al oír la llave dar la vuelta en la cerradura.

-¿Va todo bien? - preguntó.

-Sí, todo bien. Menotti ya se iba.

Ornella debería haber adivinado a lo que se enfrentaba con sólo sentir la presencia de Vivien en aquella cena. Una poderosa directora guardaba silencio sentada enfrente de su marido (suposo que era su forma de ser o de estar, conocía a otra gente que actuaba así por miedo a sentirse descubiertas. No le dió importancia). Era una pareja espectáculo, obviamente en tensión permanente, y eso sí que no lo podían ocultar. Interpretaban su papel en una situación a la que parecían acostumbrados, sin rubor. ¿Qué le parecería a Ornella si supiera lo que pasaba en el despacho de la directora, desde que decidiera poner aquel horrible archivador metálico delante del ventanal para que no se pudiera ver lo que pasaba dentro? Tal vez algunos confunden la privacidad con la ocultación, ella lo tenía muy claro.

Aquellos meses, la pareja se cambió de piso, tenían una vida activa. Ornella encontró trabajo llevando la contabilidad de un salón de belleza (también ayudaba a limpiar, recoger al final del día, reponer pedidos, y, a veces, sostener la bandeja mientras la jefa aplicaba productos de limpieza de granos y poros: para ella era un reto, un descubrimiento, un mundo a conocer). La ventaja de las empleadas de los salones de belleza es que en poco tiempo se aplican en sí mismas los últimos adelantos de salud y maquillaje, y empiezan a lucir como actrices. Menotti no era ajeno a los cambios operados en la apariencia de su

mujer, observó que si siempre había tenido una piel estupenda, ahora la lucía con naturalidad experta. Aquellos ayudó a tener su atención. No sabía cómo era su vida en el trabajo, si su influencia llegaba hasta hacerlo pensar en ella cuando se encontraba allí, pero en casa lo tenía muy pendiente. Un día la miraba y preguntaba ¿Te has aclarado el pelo? Otro día, ¿Te has maquillado los ojos? Ese color me gusta. Otro día le tocaba la cara y soltaba, ¿estás más morena o es maquillaje? Entonces ella le daba todo tipo de detalles técnicos y la utilidad de las lámparas de rayos UVA. Era un espectáculo que solía terminar en juegos matrimoniales subidos de tono, y los fines de semana se dejaban llevar y se comportaban como dos animales en celo. Ella no dejaba de salir a correr visitando todos los parques de la ciudad. El matrimonio en estos términos resultaba muy saludable, algo que también formaba parte de sus costumbres universitarias. Una somera felicidad, por así decirlo, nada que no fuese una de las aspiraciones de cualquier matrimonio joven que aún no se ha planteado tener hijos.

Después de pagar facturas y asumir nuevos gastos, descubrían que las ciudades pequeñas, a veces, tienen gastos grandes, llegaban muy justos a final de mes.

Vivien no se portaba mal en cuanto a salarios, y cuando lo llamó para darle un sobre con una paga extraordinaria, él pudo comprobar que resultaba muy raro llevar unas enormes gafas oscuras dentro de la oficina.

-¿Conjuntivitis? -preguntó Menotti.

-Algo así. Un accidente doméstico.

Ese fue el momento en que empezó a sospechar que la pareja se llevaba peor de lo que suponía.

Rosi Rosendo nunca había sido un tipo aseado pero lo peor de él era su carácter violento. Se lo volvió a encontrar muy cerca del centro de estudios. Era soltero y solitario porque no sus amigos lo soportaban y el que lo había intentado había terminado peleándose con él a cuerpo descubierto. Le dijo a Menotti que era un hombre de acción y que había trabajado durante un tiempo de guardaespaldas de un político municipal. No podía saber si era verdad y a pesar de poner buena voluntad al conversar con él, no le concedía demasiado crédito. Tenía un Pitbull terrier americano, un perro con malas pulgas que llevaba un bozal porque no Rosi sé fiaba de él, al que sometía a peleas con apuestas, y por eso le faltaba una oreja. Al parecer lo quería más que a nada y a nadie, mientras que salir de juerga con los amigotes y beber hasta el alba, había sido una forma de relacionarse poco satisfactoria, por eso ya no salía. Pero por lo poco que Menotti sabía de él, aparte del joven sin futuro que se había cruzado con frecuencia en el instituto, no lenpatecía de fiar y estaba seguro de que podía hacer cualquier cosa por dinero. De cualquier manera creía que le había dado una información importante en su último encuentro. Una información que le había proporcionado el trabajo que tenía, por eso cuando le preguntó no quiso mentir y le reveló que efectivamente, había hablado con la directora y había conseguido un trabajo. Se arrepintió casi al momento, ¿Pero, qué otra cosa podía hacer?

Tras haber comprobado por sí misma que no estaba enamorada de su marido, Vivien había empezado a mirarlo como un extraño. Todo lo que él hacía le parecía mal, cualquier cosa que intentara por positiva y esforzada que fuera. Él se deprimía y tomaba litio y otros fármacos para estabilizar el ánimo. No le pegaba con frecuencia pero no era la primera vez que ella tenía que ir al instituto con gafas oscuras. En ocasiones lloraba toda la noche y la situación había llegado a un momento tan desagradable que pensó que un buen acuerdo de separación era lo mejor. Seguían viviendo juntos pero ambos renunciaron a tener sexo y hacer vidas independientes sin darse explicaciones, sin embargo, por no enojar a sus respectivas familias siguieron viviendo juntos. En tal situación ya no tenían sentido las

discusiones, a menos que Mulldutchen la culpara de sus fracasos y en su trabajo estaban a punto de despedirlo. No sentía celos de Menotti pero lo culpaba de sus problemas. Sabía que ella deseaba caer rendida en sus brazos. Y cuando lo mandaron para casa porque había una cantidad sin justificar en sus cuentas, Vivien se preguntó por qué había permitido que aquel hombre formará parte de su vida. Aquella noche fue la peor y volvió la violencia. Por la noche mientras lloraba en su cama, repetía con rencor “no volverás a ponerme la mano encima, no volverás a ponerme la mano encima".

Rosi Rosendo empezó a rondar el instituto con su perro buscando trabajo. Vivien lo recordaba como el peor estudiante que conociera jamás, no por saltarse las clases, sino por su actitud y porque finalmente había sido expulsado. Le dijo que podía hacer cualquier cosa, jardinero, mantenimiento, guardia de seguridad o portero, las profesiones para las que no necesitaba ser una lumbrera. Ella le dijo que no tenía ningún trabajo disponible pero se quedó con su teléfono. Ella que era de una familia importante, que había llevado la plaza de directora con habilidad y que era la envidia de sus amigas, se veía en un callejón sin salida, y lo peor de todo, tenía sed de venganza. Quería poner en su sitio a Mulldutchen, y si la venganza se podía beber, ella sería capaz de tragarse un río sin pestañear.

Rosi no se sintió cómodo con el trabajo que le ofrecía. El teléfono sonó más metálico que nunca, ya había pasado un tiempo en la cárcel y no quería volver allí. Ella hizo un silencio, lo oyó respirar al otro lado. Establecer sus motivos como un dogma intransferible e irrenunciable no era lo que le convenía, para convencer a un tipo como Rosi sólo había una cosa y la cantidad que le ofreció por darle una buena paliza a Mulldutchen, tenía el.volumen necesario y suficiente. El tono de su interlocutor cambió, ya no era el pedigüeño lloroso que necesitaba un trabajo, de pronto era un socio en el crimen. Se rió de ella, ¡Vaya, vaya, la señorita necesita alguien que le haga el trabajo sucio? Pidió un poco más pero ella no aceptó, estaba contrariada. En cambio, a Rosi Rosendo le alegró el día, le iban a pagar el sueldo de un mes por un trabajo de media hora. Siguió a su víctima, lo golpeó, le dejó la cara como un poema y el perro de un solo mordisco le quebró el hueso justo encima del tobillo. Ella no sintió nada cuando fue a verlo al hospital, las vendas de su cara y la pierna inmovilizada, no le decía nada, le era totalmente. Parece como si te hubiera atropellado un coche, fue todo lo que dijo. Y él que había entregado la cartera a su agresor, nunca supo que se había tratado de algo más que un robo con agresión. Allí en el hospital decidieron divorciarse y separar sus vidas para siempre.

La violencia es lo que más denigra a un ser humano. Rosi había nacido para ser cada vez más insensible, y seguir por la senda de la deshonra como ser humano, hasta convertirse en el hombre más cruel, ¿Pero, a quién le importaba?



3

Cuando sangra el orgullo

Siempre consideré que escribir sobre episodios violentos se debería dejar a los que tienen preferencia por la novela negra. Hay escritores notables que saben tocar esos temas tan apasionados con maestría, pero para hablar de los problemas de la gente corriente no siempre es lo más adecuado, ¿Cómo contar sobre Vivien en otros términos o reduciendo su dolor? En fin, la vida no iba a detenerse ahí.

Poco antes de su divorcio, los abordamientos sobre Menotti se intensificaron. Él no podía perder su trabajo en un momento que tenía más facturas que pagar que nunca, así que se dejaba querer, es más aquella situación de besos y manoseos en los lugares más inaccesibles y recónditos del instituto, le ofrecía un morbo difícil de contener, y aunque deseaba parar aquel desatino, no podía negar que le ofrecía un vértigo que agradaba. Para ella, arriesgar su prestigio, su trabajo, sus amistades, su vida y todo lo bueno que alguien alguna vez hubiese pensado de ella, era una forma de demostrar cuando deseaba tener para ella sola y para siempre. Él se sentía halagado, ¿Quién no? Y no lo iba a decir para no complicar más las cosas, pero seguía amando a su mujer. Los silencios, no son como algunos consideran un recurso cobarde. Si se pudiese elaborar una estadística de los silencios que se tomaban como un recurso adecuado cada día, para evitar problemas,

seguramente tendríamos que el 90% de las personas lo utilizaban para eso, “no echar más leña al fuego”.

Al día siguiente a su visita al hospital no fue a trabajar. Llamó por teléfono a Menotti para que le llevará todo el trabajo atrasado en las carpetas que había sobre su mesa. No pudo decir que no, ni le resultó tan extraño. Le abrió la puerta con un gesto severo y en bata de cada. No parecía que estuviera llorando, al contrario había estado viendo las noticias y tenía la televisión encendida. Le dice que cierre la puerta. Él deja las carpetas sobre la mesa del comedor, nota que se siente intranquilo, no puede evitar pensar que se le nota. No es normal en él sentirse intimidado en ese tipo de situaciones, ya no es un jovencito, aunque prevalece el miedo a meter la pata. No se siente dueño de la situación. Ella le pide que se siente en el sillón y de pronto se sienta a su lado casi invadiéndolo: Menotti no puede evitar carraspear. A ella se le mueve la bata de terciopelo 6 deja el vientre desnudo a la vista. En esa situación es mejor hacerse el distraído y procurar no mirar directamente ni decir nada. “Puedes mirarme, no te voy a comer", ella tiene una voz tranquila, no parece que vaya a desmayar su deseo, pero un minuto después se ha acercado lo suficiente y lo besa. Menotti cree que un hombre debe ser duro y no alarmarse, queda inmovil dejándose besar como haría una figura de piedra. "¿Ya no te atraigo como antes?”, vuelve a preguntar intentando hacerle perder los nervios y lo consigue. El se abalanza sobre ella sin poder contenerse. Parece hambriento, pero no lo está, es sólo una reacción que no controla completamente. Es como la esa gente que necesita cumplir con lo que se espera de ellos en cualquier situación. A menudo había pensado que algo así terminaría por suceder. Para un hombre hay algo de humillante en ser el objeto del deseo de una mujer, ponerse a su servicio para calmar su ansia sin haberlo deseado. Tal vez era cuestión de llevar la iniciativa y lo hacía sentirse desmotivado. La importancia de su erección era relativa, un joven no puede controlar el aspecto biológico de sus reacciones. Había previsto que podía suceder sin preguntarse si sería capaz de resistirlo.

Al volver a casa, Ornella le preguntó por qué había tardado tanto. La cena se había enfriado y se la había puesto en la nevera. Parecía distraída leyendo una revista. Él respondió que había más trabajo de lo habitual y que estaba agotado. Puso la pasta en el microondas, lo revolvió con la Carbonara y lo engulle con apetito sobresaliente. Bebió un vaso de agua sin respirar, pasó una servilleta de papel por los labios y se limpió con fuerza. Al fin se levantó, se acercó a ella y se inclinó sobre el sillón para besarla. “Hueles a sudor”, le dijo Ornella sin levantar la vista de su revista. El se dió una ducha y dijo, “Me voy a acostar, me parece que mañana voy a tener tarea y este trabajo no lo veo muy estable". Ella lo miró con sorpresa.

Final

—----------

—----------



1

La elegancia de la luna

McGluguer no se consideró capaz de tener una visión global de la vida hasta que maduró y le pasaron algunas cosas que nadie desea para sí. Y, por supuesto, es lo que tiene la juventud, nadie puede tener una visión global de la propia vida porque aún no se ha vivido. Todos queremos volver a ser jóvenes, la juventud nos parece el tesoro más preciado una vez que se pierde. Desde luego, es como perder una fortuna (¿no sé cuánto estarían ustedes dispuestos a pagar por volver a ser jóvenes?), pero, y esto es determinante, cuando cada cumpleaños soplamos las velas y deseamos volver a tener dieciocho años, en silencio añadimos, “sabiendo todo lo que sé hoy”. Nadie quiere perder todo lo aprendido y a todos nos gustaría tener el sentido global de la vida que adquirimos en nuestra etapa de mayores, aplicándolo a un cuerpo joven, lleno de energía en una segunda juventud.

Tenía mucho a su favor además de la juventud y lo aprovechaba, había tenido suerte, era muy guapo, un oriental de ojos verdes y pelo teñido de rubio, adoptado por una buena familia, estudioso, inteligente (no es lo mismo, claro está), estaba en el último curso y aprobaba sin esfuerzo. No le dedicaba mucho tiempo a los libros y aún así sacaba buenas notas, lo que le permitía hacer trabajitos de modelo para revistas y algún anuncio publicitario para la televisión.

Los hombres desde muy jóvenes, deben saber que es lo que les gusta, sobre todo profesionalmente, y estaba claro que a él lo que le gustaba era el cine, y quería ser actor. No sabía si estaba a su alcance pero, sí podía decir unas frases en un anuncio y esperar la réplica con cara y gestos apropiados, podría aprenderse el guión de una película de hora y media.

Experimentar, conocer a la gente, derrochar simpatía, conseguir que todos los quisieran y lo echarán de menos, en fin la popularidad que no había conseguido como alumno tendría que desarrollarla como actor.

-¿Acaso sería un reto maravilloso? -le dijo a Matilda, su novia del último año-. Relacionarme con toda esa gente maravillosa. Estrellas que siempre he admirado. Tener estilo ¡El tío más estiloso del cine patrio! Sería capaz de aprender a cantar por trabajar en un musical. Para mí no sería trabajo, sería un placer, un gustazo cada vez que me grabaran actuando.

-Soñar es importante. Si tú crees que puedes, yo te apoyaré siempre, pero no subas tanto que te dé vértigo y te caigas, el suelo es muy duro -respondió Matilda.

Cómo de costumbre, ella intentaba servirle de apoyo, pero terminaba con un, “bueno ya veremos”, o, “procura ser realista".

A Matilde no le preocupaba que tuviera aspiraciones tan poco estables, hasta los chicos más "normalitos”, sabían que un trabajo a tiempo completo ofrecía una seguridad incomparable, y que los actores tenían trabajo mientras los siguieran llamando, lo que no siempre sucedía. Tal vez en qué estuvieron dispuestos a correr riesgos, residía su encanto y su atractivo. Tampoco podía olvidar que había tenido una vida sentimental muy movida, era lo que se dice un rompecorazones. Esto unido al rechazo que inspiraba en sus padres, y la advertencia de Mona, su mejor amiga, “no tienes un buen futuro con un cabeza loca como él", le hacían sonar todas las alarmas, pero le gustaba tanto que estaba dispuesta a arriesgarse. Un buen futuro, eso sonaba muy bien, ¿Quién no quería tener un buen futuro? Pero había algo que todas sus amigas pasaban por alto, sobre todo Mona, algo que se aprende con los años y que ella sólo sabía por haberlo leído en los consejos de su horóscopo: no es bueno hacer planes, nada sale como esperamos, hay que ir tomando los cambios como llegan.

Tenía el novio más presumido que nunca conociera. Llevaba los jeans con el dobladillo por fuera, las camisas remangadas, el tupé rockabilly y los zapatos puntiagudos, después estaba aquella forma cansada de caminar y de hablar, y sin embargo el convencimiento de que si alguien podía ser actor,cese era él. Le gustaba como se rascaba la nuca como si estuviera reflexionando, y cómo se componía la entrepierna, poniendo sus partes derechas, sin renunciar a la evidencia de su hombría exponiendo sus razones tan apretadas como le era posible. No era el único chico con pantalones ceñidos, las modas van y vienen, y algunas son bastante convincentes.

Muchos chicos piensan que la vida sin sexo no tiene sentido,vsin embargo, para las chicas esto es erróneo y rechazan esa idea con energía. El sexo ha creado muchos monstruos sin sensibilidad ni sentimientos, algunos incapaces de una erección sin someter a sus víctimas terminaban en asesinos en serie -loscque parecen muy adecuados para películas de las que le gustan a los adolescentes). Por supuesto que McGluguer no era nada parecido a eso, pero sus juegos de seducción le había ofrecido momentos memorables, y otros lamentables. El sexo tiene muchos detractores porque en la intimidad se cometen muchos excesos innombrables. En una ocasión había tenido una cita con una amiga, habían terminado en un coche prestado aparcado en un área de servicio en plena noche, él la beso, parecía que todo iba bien, pero al poner su mano sobre uno de sus

pechos y moverlo como una bola de masa madre antes ir al horno, la chica se puso a llorar. La llevó a su casa, la dejó en la puerta y eso hiciera que se sintiera mal hasta fin de curso. Pero el sexo tiene el poder de mover nuestros sueños hasta el punto de hacernos comprender que la vida está bien diseñada, y que por ahí se empieza para un día tener hijos y una familia. En su caso, Matilde cumplía todos los requisitos como buena pareja, pero si lo que él quería era ser actor (un mundo tan voluble y una vida tan improvisada y movida), no estaba seguro de que tener hijos fuera lo mejor, o si estaba capacitado para asumir esa responsabilidad. Sus padres le decían que ser un niño adoptado no lo hacía ni más ni menos responsable, pero que habían observado su renuncia a coger compromisos y que eso no era bueno.

Para él, hacía falta ser muy pobre, para admirar y respetar reverencialmente, a la gente con dinero, y al mismo tiempo estos padres que alejan a sus hijos de las inclinaciones artísticas porque piensan que se van a morir de hambre, causaban en él una profunda tristeza, tal vez porque pensaba que sus padres eran así. Si quería hacer interpretación, al menos que fuera una de las escuelas que añadían doblaje y traducción, lo que le permitiría cierta maniobra y salida profesional, si como era de esperar no llegaba a ser la estrella del celuloide, en este caso, del vídeo digital. Fue cuánto sacaron de él y no contaron que mientras estudiaba empezó a trabajar en pequeñas obras de teatro y cortos de autor, que eran el primer gran sueño y proyecto de chicos que estudiaban dirección y a los que conocía desde primaria.

Cualquier decisión puede ser un error a los ojos de los padres de tu novia, pero que tus preferencias hagan desgraciados a tus padres,el beso es un drama, más aún para un hijo adoptado que siente que les debe todo y no desea parecer desagradecido. Los padres de Matilde tampoco eran de esos burgueses que consideran que tener un hijo artista les da categoría, su rechazo era diferente y tan disimulado, que McGluguer no sabía si tenía un punto racista, si era porque él parecía inconsiste (poca cosa para su hija), o si tenían otros planes para su hija desde que sólo era bebé. Bueno, hay padres que crían a sus hijos con grandes aspiraciones y no desean que se distraigan de sus estudios, de la religión o incluso podían haber preparado un matrimonio de conveniencia con un hombre mayor de probada fortuna. Otros simplemente no soportan a ninguno de sus pretendientes, no por nada, sólo porque saben que lo que quieren es separarla de ellos.

No podía decirse que las cosas fueran fáciles y que aspirar a ser actor pudiera ayudar en ese sentido. A pesar de todo, él se consideraba un buen chico y no se pasaba el día en la calle holgazaneando y metiéndose en líos como otros chicos que conocía.

¿Aún no os habéis hecho una idea de la inestable personalidad de McGluguer? Esa novia, estable y comprensiva, no estaba preparada para dudar de él, lo quería con los ojos cerrados a pesar de las advertencias de Mona. En pocas palabras, el amor es ciego hasta que llevas la primera decepción. Aún cuando ellos fueran a tomar una pizza, si ella estuviera sin comer nada del día anterior, cuando él sintiera el capricho de comer la parte que le tocaba a Matilde, ella se la cedería. Pero estimados lectores, alimentarse sólo de amor no es buena idea, es más no se sorprendan si les digo que mona empezaba a mirar a su amiga con un poco de lástima. Es odioso que una persona pueda cederle a otra su trozo de pizza, sólo por un capricho de amor. Lo peor de todo, es que el muy ladino ya había pasado por eso antes con otras parejas y ellas también habían cedido Era como desear el trozo de tu pareja aunque sea exactamente igual al tuyo, y sacárselo de la boca, lo más parecido a un arrebato de envidia.

El hecho de que McGluguer quisiera una boda modesta debió de ser muy doloroso para Matilde. Mona acababa de entrenar un novio nuevo y no hacía más que contar todas sus

aptitudes y ventajas para una chica guapa como ella. Le gustaba el tenis, tenía una moto de primera y era bueno en la cama. Ya saben lo que dicen , “secreto que cuentes a mujer, público hacen de ser”, Mona se lo contó a Matilde y ella a McGluguer. No era la mejor conversación para el día de la boda de tu mejor amiga. Al novio le resultó extremadamente molesto, sobre todo porque se había molestado mucho por intentar un ambiente acogedor para los invitados y había estado muy nervioso los últimos días. Bueno, uno no se casa todos los días. Para su forma de ver la vida, aquello era un duro revés, porque, además de odiar los compromisos tan establecidos, había pensado aplazarlo lo más que pudiera, pero claro está, que cuando todos a tu alrededor empiezan a decir que te estás aprovechando de la situación hasta que la presión se vuelve insostenible, pues se toman decisiones precipitadas.

-Pues me alegro de que al fin hayas encontrado un hombre tan completo. No era fácil imaginar un hombre que respondiera a todo lo que mereces-sonó un poco irónico, pero después de que Matilde le dijera por debajo de la mesa lo de que el tipo (el que nadie había visto y ni siquiera sabían si en verdad existía, era un amante incansable y bien dotado), no era extraño que a McGluguer le saliera voz de pito. Cuando todos estuvieron un poco sobrepasados por los licores, algunos empezaron a entonar el lamento de la retirada. En ese momento, McGluguer se retiró a un lugar oscuro y solitario en la parte de atrás de la terraza del bar. Mona lo vio y se le acercó tan sigilosamente como una gata buscando algo de calor.

-Me alegro de que os caséis finalmente.

-¿Lo dudabas? -Él la miró, eres muy bonita, pero todos podemos ser para tí.

Se sentó a su lado. En algún momento ella estaba demasiado cerca y el alcohol hizo el resto. Se besaron sin respeto por nada. Un momento después llegó Matilda.

-¿Qué hacéis aquí? Ya no queda casi nadie y han apagado la música. ¿No querrás pasarme el marido, bonita?

-No preciosa, si fuera así me conformaría con saber que puedo hacerlo.

-No quería decirte que va a hacer una película, me parecían demasiadas emociones para el mismo día.

-¿En serio? -preguntó Mona que cada vez se sentía más interesada por aquel hombre.

McGluguer no entendía a las mujeres, pero si entre ellas tampoco se entienden ¿Qué podía hacer? Aquella chica que se había pasado meses aconsejando a Matilde que lo dejara, llegaba a su boda presumiendo de su libertad y de su nuevo increíble príncipe cazado, después se echaba en sus brazos y se ponía a tiro, y por si fuera poco, todo resultó ser cierto y un camarero llegó para decir que la esperaba un hombre en la puerta con una enorme moto encendida. Se puso nerviosa y salió corriendo. ¿Alguien lo entiende? Se moría de ganas de dar una vuelta sin casco con el aire en la cara.

En fin, si Matilde no estuviera delante, hubiese soltado una buena carcajada. La vida era una comedia y hacía todo lo posible por estar a la altura.

En las pruebas para el cortometraje (ni siquiera era una película larga, y del presupuesto mejor no hablemos), había unos diez figurantes que no aspiraban a un papel, ni siquiera le daban el guión, pero tenían que firmar un pequeño contrato. Le daban fecha y hora, cuando llegaban los vestían, le decían lo que tenían que hacer y al acabar le pagaban. Casi ninguno lo hacía por el dinero.

Sin demasiadas variaciones, en este tipo de pruebas, los que son llamados para algún papel se mantienen al margen del resto. No es que sean estrellas aunque aspiren a serlo algún día ni se comporten como superiores al resto, sencillamente es la forma en la que alguien ha decidido ordenar la jornada. Los candidatos se conocen o se reconocen, hablan

entre ellos, son colegas. Se preguntan por sus trabajos anteriores, y lo más importante, ¿A quién conocen? No comparten toda la información, a algunos se les nota que les molesta, no quieren ponérselo fácil a otros en un mundo tan competitivo. Los más novatos, como McGluguer, son los más entusiastas. Los que llevan tiempo esperando una oportunidad para un papel en una película -no ya tan importante, pero al menos con propaganda antes del estreno y que puedan darse a conocer-, ahora se sienten un poco desanimados e intentan que no se les note. En el transcurso de la prueba apareció Virgilio, el director. Era un chico muy joven, algunos pensaron que no podía ser a su edad que hubiese terminado sus estudios, o que estaría en el último año. Era decidido, daba algunas órdenes y hablaba con todos. Hay algo de militar en un director de cine, pero si alguien no ponía un poco de orden en aquel caso no avanzarían.

Para evitar malos entendidos, no solían convocar el mismo día a dos actores que pudieran leer un mismo personaje. De hecho, a ese nivel, esa posibilidad era mínima y McGluguer pensaba que se trataba de puro trámite e ir conociendo a los miembros del equipo. McGluguer se quedó hasta que todos menos una chica risueña leyó su parte, en el guión, él representaba a un ejecutivo de una cadena de televisión y ella era una aspirante a regidora, o si se prefiere, directora de un programa de variedades. No voy a exponer todo el guión que era muy malo, pero diré que la regidora tenía un affaire con el ejecutivo (McGluguer), y al final moría de desamor. Los finales son muy solitarios, casi nadie se queda cinco horas para escuchar a una chica de dieciocho años leer su parte, pero él lo hizo. ¿Qué podía hacer aquella chica que él no fuera capaz de estar a su altura? No quería ser eclipsado por una cría. Lo pensó así, con suave desprecio. No tenía nada en su contra, salvó que llevaba una falda muy corta y se le veía las.bragas si se descuidaba. Bueno, si era parte del juego, posiblemente no eran descuidos,vino provocaciones de una presumida que cree que es su obligación jugar con todas las armas a su alcance. Quería conocer hasta dónde llegaba su encanto y las posibilidades que la acompañaban. Si era buena en lo suyo, eso lo podía ayudar, o tal vez perjudicar lo hasta hacerlo desaparecer en escena. Pasar desapercibido, moverse alrededor de la chica con una expresión neutra y pasar desapercibido como una hormiga, también le podía suceder. Por eso encontraba justificado quedarse a ver qué pasaba.

La chica desapareció al terminar. ¡Qué raro! Él estaba en la puerta y no la había visto salir. Preguntó y le dijeron que había ido al baño y que fuera saliendo que tenían que cerrar.

Hacía un sol de los que molestan a mediodía hasta hacernos cerrar los ojos. McGluguer esperó buscando una sombra apoyándose en el contrachapado de la nave. Aquel lugar en las afueras hubiese servido para grabar una peli de Tarantino, provocar un tiroteo muy realista y que el malo echara sangre por la boca para teñir la tierra seca de rojo. En ese momento, lo único que se había teñido de tierra habían sido sus zapatos.

La vio salir. La luz del día hizo que la viera más adecuada al papel y sus réplicas. Habían hablado antes, ella ya sabía que iban a ser compañeros.

-Seremos compañeros en el rodaje. De hecho tenemos muchas escenas en común -aquello sonó muy profesional-. ¿Vas a comer por aquí cerca? Así se conoce la gente, era una chica bajita, con granos y menuda pero en la pantalla todo es mentira, unos tacones y un buen peinado y nadie lo notaría.

Vieron salir al director. Ni siquiera los miró. Se dirigió a toda leche a su coche y arrancó provocando una estúpida polvareda.

Por supuesto que se fueron a comer pero no se acostaron ni nada parecido, si es lo que quieren saber. Si la Gertru estuviera pensando en sacarle partido a su faldita tan corta y su estupenda sonrisa, desde luego no iba a ser con él, un chico que quería ser actor, sin

experiencia, mendigando un papel en un cortometraje por el que no iba a cobrar nada hasta que terminaran, pasara a edición y le dieran suficiente para comprarse algo de ropa.

Cuando hubo regresado a su casa, Matilde le dio un abrazo que lo dejó sin respiración. No había de reducir su entusiasmo, cuando se liberaba era como una fiebre. Lo quería, no necesitaba decirlo, en eso le llevaba mucha ventaja.

-¿Hoy no me besas? Estás muy poco cariñoso -le dijo arrimando el pubis a su cuerpo-. ¿La vida de casado te hace sentir que lo tienes todo seguro?

-¿Aún estás con eso? Necesito retener algo de líquido y mantener la concentración. ¿No eras tú la que te tenías que abstener de hacer deporte antes de los exámenes?-replicó separándose un poco- No estoy de humor. Las cosas no van como esperaba.

Debemos suponer que Matilde seguía siendo la misma encantadora chica espontánea. Tal vez tenía motivos para empezar a preocuparse, pero era incapaz de pensar que él fuera un chico fácil o infiel. Al menos nunca lo había visto así ni había tenido motivos para ello.

Parecería que era él que tenía motivos para dudar, porque sólo así se explicaba que se tomará tan mal sus abrazos. Se encogió de hombros, le dijo que iba a comprar unos zapatos y él se fue a dar una ducha. Es posible que el entendimiento en una pareja, muchas veces o casi siempre, depende de encogerse de hombros y quitarle importancia a los desencuentros

Parecía que a McGluguer lo único que le importaba era llegar a ser una estrella, y cuando no le iba bien, se ponía de mal humor.

Matilda empezó a trabajar en la carpintería de su padre. Primero le ofreció el trabajo a McGluguer y él se enfadó mucho. ¿Cómo era posible que ella no se diera cuenta de que necesitaba todo su tiempo para dedicárselo a la película? Aprender el guión no era tan difícil, pero buscar el tono a cada frase, sentir cómo se sentiría el personaje, eso iba a ser un trabajo importante y creativo. Tendría que desconectarse de todo durante un tiempo. En esos días se veían poco, pero ella seguía pensando en él como si fuera uno de sus peluches, un osito dispuesto a recibir todos sus mimos. No eran un matrimonio al uso, pero a pesar del mal humor de él, cuando coincidían, hablaban y sobre llevaban sus diferencias. Lo único que ella había sacado en limpio de aquella etapa, había sido aprender a desaparecer cuando él estaba cansado e irritado, lo dejaba sólo un par de horas para hacer el amor en cuanto lo veía con la guardia baja. Esto no sucedía con frecuencia, pero si ese momento llegaba después de un par de semanas de sequía, era como estar nadando en el río mientras alguien soltaba fuegos artificiales sobre su cabeza.

Cornelius tenía un amigo que le ayudaba a buscar financiación para la película, y otro que llevaba la cámara. A los dos los conocía de la escuela de cine. El chico de la cámara encontró trabajo en una productora local cubriendo noticias como accidentes de automóvil, incendios en bajos deshabitados porque alguien había entrado y había encendido fuego para protegerse del frío, o la caída de muros por las lluvias. Ese tipo de cosas era un buen aprendizaje, y se piró, por eso Cornelius, además de dirigir, tuvo que dejar su silla y grabar el mismo con la cámara al hombro.

Habría Sido mejor, que renunciaran a empezar el rodaje, pero estaban tan ilusionados que fue imposible convencerlos. Cornelius decía que era el productor, y no era tan incierto, el pobre chico buscaba financiación y como no la encontraba le aconsejó esperar. Cornelius empezó a verse con frecuencia con Gertru, y es que la chica era guapa y, por así decirlo, fácilmente dispuesta. No veía maldad o segundas intenciones en las invitaciones del director. Algunos días se acompañaba de una amiga, Cornelius la invitaba a cenar, pero le pedía que se deshiciera de la otra chica. Amaranta aceptaba de buena gana porque se había hecho amiga de McGluguer. A Amaranta no se la podía comparar con su amiga. Ella

creía que era fea pero a McGluguer le parecía muy bonita. La chica tenía mucha mandíbula, los ojos pequeños, llevaba habitualmente camisas de cuadros o camisetas apretadas, y los brazos eran fuertes. Le confesó a su nuevo amigo que creía que Gertrudis le pedía que la acompañará hasta allí porque no era una firme competencia, al contrario, creía que realzaba su belleza de actriz, (la que estaba convencida de poseer). Si supiera que McGluguer prefería a la amiga que a la pretenciosa actriz. También tenía el labio inferior un poco grande, eso sí, sin pendientes, las orejas eran normales, y la nariz era pequeña y delicada. Tenía graciosos chistes con frecuencia, pero a veces no entendía el humor sarcástico de McGluguer. Pero, al quedarse mirándolo sin saber bien cómo reaccionar, él se esforzaba por explicarse. Mientras fueran amigos, no tenía que sentirse culpable o arrepentirse por dejarse llevar de sus pasiones. Lo intentaba, se despedía temprano para volver a casa a tiempo y cenar con su mujercita. Los rodajes son como las bodas, todos parecen querer celebrarlo y dejarse llevar. Aún más en un rodaje de jóvenes chorreando testosterona. No es que se hubiese recuperado de los viejos vicios, pero lo intentaba. Si incluimos los casos en los que alguna chica se le había insinuado y le hubiese permitido un tonteo rapidito, debemos reconocer que lo intentó. Matilde no preguntaba, era como si empezará a sospechar que, en la obsesión por el cine de su marido, había pausas no justificadas, pero no quisiera poner las cartas sobre la mesa, y como se suele decir, se hacía la tonta, y esa era la mejor señal de que no lo era, en absoluto.



2

Un valle de tormentas

La película que querían rodar iba un hombre que tenía sueños de infancia. Sus parientes fallecidos se le aparecían en sueños tan reales que creía revivir su adolescencia; el único momento de su vida en el que había sido feliz. La amiga de Gertrudis era especialista en maquillaje y sus esfuerzos por hacer parecer a McGluguer un hombre mayor eran notables, porque sus rasgos de niño le hacían muy creíble en la parte en la que interpretaba los sueños de su adolescencia. Ya no era un adolescente, eso estaba claro, pero lo parecía. Amire se echaba sobre su cara para poner el maquillaje detrás de las orejas y la nuca, para eso arrimaba sus pequeños pechos a su cara y él no sabía si lo hacía a propósito o si era una necesidad de la profesión. Se habían convertido en buenos amigos y cuando le preguntó, qué le parecía el guión del cortometraje, ella respondió, “los muertos tienen sus problemas, no están pendientes de lo que dejan atrás".

Para cualquiera, asumir que los espíritus de los muertos viven un tiempo con nosotros antes de desaparecer, puede ser una forma de consuelo por la pérdida de seres queridos, pero posiblemente, Amire tenía razón. Bueno, la chica no era profesional, pero desde muy joven se había entrenado para sacarle partido a sus propias características físicas, y no le daba mal resultado. La seguridad en sí misma que le ofrecía arreglarse la convencía de que podía tener cualquier hombre que quisiera. Tanto era así, que cuando se inclinaba sobre McGluguer y le movía las orejas, podía sentir una erección. Los dos hacían como si nada, pero si conversaban, él no podía evitar carraspear.

Las fiestas de Cornelius, al principio no pasaban de pedir una pizzas y poner un poco de música. La cerveza la aportan los invitados, de hecho, a McGluguer lo empezaban a ver cómo el chico de la cerveza. Entraba con rapidez, cogía dos paquetes y salía. “Ahí viene el de la cerveza", decía una cajera. Desde luego, un tipo que entra un par de veces a la semana, sólo a por cerveza, estimula la imaginación. Una de las cajeras concluía, “debe ser para ver el fútbol con los amigos”.

Las fiestas se fueron alargando y Matilde lo esperaba despierta al principio, hasta que se cansó y aceptó que él justificara los desencuentros matrimoniales como un precio a pagar por ser actor. Mona la consolaba y su madre, que siempre le había dicho que un actor no era una buena compañía, añadía, " te lo dije desde el principio. Los hombres hogareños son más controlables, y te aseguro que hay que controlarlos”.

En las fiestas quedaba claro que Gertrudis quería cazar a Cornelius. Le reía sin ganas todos los chistes, lo llamaba en voz alta como la peor de las aduladoras, "¿Verdad Cornelius que es mejor la cerveza negra?” Y chorradas por el estilo. Tal vez era una forma de hacer valer su condición. Quería que quedara claro que podía tratarlo así porque era su mejor baza, y pasar por encima de lo que pensaran de ella, porque era su preferida. Al menos mientras durará el rodaje no lo iba a soltar. Era la única que se quedaba cuando todos se iban, y en una ocasión que McGluguer se distrajo y se quedó medio dormido en el sillón y le dijo, “¿no crees que es hora de que te vayas a casa? Tu mujer te va oler a ver si hueles a otra mujer". Le molestó aquella exigencia, poco menos que lo estaba echando, y tampoco fue agradable descubrir que las mujeres huelen a los hombres para saber si hay otra en sus vidas. Él siempre podía relacionar cualquier olor extraño con el maquillaje, además, de lo

único que se quejaba Matilde al respecto, era de que olía asquerosamente a cerveza, esas fueron sus palabras.

A partir de aquel momento, empezó a interiorizar que las fiestas y la vida de actor, estaban estrechamente ligadas.

Había algo que le creaba cierto resquemor. No tenía tanta confianza con el joven director, pero tenía que preguntarle antes de reventar.

-¿Estás seguro de que no es menor? Te puedes meter en un buen lío.

-Es muy buena persona. Su sueño es ser famosa. No hay nada de malo si yo puedo ayudarla -respondió sonriente-. Hace unos meses que andamos en este juego, y te aseguro que sabe mucho más que yo de algunas cosas. A su lado soy un aprendiz. Así que, no voy a complicar más las cosas hasta que se acabe el rodaje. A partir de ahora voy a intentar que sea feliz.

-Perdona que sea y tan directo. Siempre termino metiéndome dónde no me importa. Lo intentó, en serio, ser un fisgón es lo que odio en los otros, y a veces creo que soy el peor.

Otro día, al acabar la fiesta, se le cayeron las llaves de casa entre los cojines del sillón y volvió a buscarlas. Creyó que todo estaba en silencio. Se oían jadeos, estaban haciendo el amor en la habitación de al lado, metió la mano entre la espuma hasta el brazo y sintió el tacto metálico. Las encontró, las puso delante de los ojos, las reconoció, sí,verán las suyas. Salió procurando no hacer ruido cuando la Gertru empezaba a soltar gemidos y gruñidos copulatorios. Nunca había conocido una mujer que se desahogase así. No era uno de esos tipos que no tuviera sus experiencias, uno al que le pudiera el deseo, no estaba tan obsesionado, pero sintió cierta envidia. Por qué no decirlo, le gustaría hacerlo con una mujer tan ardiente. Por otro lado, era sabido que las mujeres podían fingir sin dificultad el desenfreno más alocado. Intentó pensar en otras cosas pero tuvo que pasar un tiempo para que pudiera olvidar aquellos sonidos de garganta profunda sufriendo de lo más hondo, cada vez que se la cruzaba o ensayaban un diálogo, por corto que fuera.

En todo aquel tiempo, desde que habían empezado a rodar, había aprendido mucho, se introducía en las características del personaje, se familiarizaba con sus manías, tics y costumbres. No supo exactamente en qué momento empezó a sentirse atraído por Gertru hasta el punto de desear tener algo con ella. No era una perspectiva halagüeña, la vida no lo es.

Aparte de Amaranta, había una chica que también era amiga de las dos. Amire era decidida pero poco habladora. Se le notaba que tenía su propia idea acerca de todo, y aún así guardaba silencio. Era pequeña, y aún así tenía una mirada dominante lo que la hacía no pasar desapercibida. Era un gran equipo de diversión, resultaba difícil no imaginarse a las tres saliendo a bailar en fin de semana. Cómo el interés por el cine era de Gertrudis, las otras dos no estaban siempre, y cuando lo hacían, era por acompañarla y por curiosidad. Siempre terminaban por echar una mano aunque no cobraban nada. Era su contribución por tener la posibilidad de conocer chicos con inquietudes artísticas, asistir al rodaje, a veces opinar sin que nadie se lo pidiera, y a cambio, sentirse con suerte, era como entrar gratis en una atracción de feria. Los días que Amaranta ayudaba a McGluguer con el maquillaje, Amire se quedaba sentada mirando sin hablar. Tal vez pensaba que ese chico era un peligro, porque no le había pasado desapercibido como miraba a Gertrudis últimamente. Las dos chicas, aún siendo un pequeño estorbo colateral y sin formar parte activa del núcleo principal de confianza, ni siquiera del equipo, terminaron por asistir a algunas fiestas. Los domingos no había rodaje y quedaban para hacer una barbacoa. Al llegar, las tres se ponían en bikini y tomaban el sol en la piscina. Luego hacían un repaso de los asistentes, y cuando se sentían con suficiente confianza se ponían en topless. No podemos ni imaginar

los cálculos que tiene que hacer una chica para suprimir la marca blanca del bikini, las ocasiones parecidas no eran muchas. Si había bebidas, siempre había algún chico distraído dispuesto a llevarles un combinado. Alguno aprovechaba para mirarlas descaradamente como si estuviera haciendo una comparación de pezones y galletas. Amire podía echar miradas muy convincentes de reprobación, y si había motivo, soltar con desafío un, ¿tú que coño miras? Las chicas podían escoger una pareja que les gustará para intimar durante una temporada, pero desde luego los babosos como ellas los llamaban, no iban a tener ni una posibilidad.

-¿Qué te ha pasado con ese? -preguntó Cornelius a Amaranta señalando con la barbilla.

-No fui yo, fue Amire. Le dió un buen corto.

-Es el hijo del dueño de un bar de comidas rápidas que nos patrocina. Ser desagradables no ayuda.

Las chicas debieron tomar buena nota, porque Amire terminó besando al pobre chico en la caseta para ponerse el bikini; en ese caso para dejar que se lo quitara y le diera un masaje. No le resultó agradable hacerlo, pero Gertrudis le pidió que no se comportará como un sargento de cabeza cuadrada y que fuera amable con él. A veces, mientras Amaranta ponía su toalla pegada al lado de la de McGluguer porque le gustaba hablar con él y arrimar su hombro hasta que sentía el calor de su piel, Amire se quedaba un buen rato sola, en silencio, convencida que recibir el calor del sol en el pecho, era diversión suficiente para ella. Aprendía rápido, aquellos momentos no impedirían que demostrara que podía ser sociable si quería, la fiesta no había hecho más que empezar, y aún no habían puesto la música. Bailaron, rieron, se conocieron y se relacionaron. ¿Qué más se podía pedir por el precio de la entrada?

Todos los personajes que nos ocupan adolecían de dejarse estafar por la ambición. Creían que podía sacarle partido a la vida con facilidad, y hasta el momento no les iba tan mal. La diversión estaba asegurada, creían haberse posicionado en un lugar en el que se podían relacionar, y dejar atrás la aburrida vida de estudiantes. Gertrudis y McGluguer querían ser estrellas, Cornelius aspiraba a aprender haciendo más y más películas, con el tiempo, y deceso estaba seguro, tendría un guión tan bueno que algún productor quisiera y juntos arriesgar todo su dinero, porque hasta la película más barata puede tener algo interesante e innovador que mostrar. El resto, los becarios, los amigos de Cornelius, Amaranta y Amire, vivían como en un tiovivo, cuando terminaste tendrían que bajar, pero disfrutaban mientras duraba.

Cuando hablo de la estafa del capitalismo, es que representa sin vergüenza ni complejos, “el timo de la estampita”, no sé si lo conocen, tal vez es un fenómeno en la memoria local y de un momento determinado del último lustro. Se trata de un viajero que llega a una gran ciudad, baja del avión o del tren y se le acerca un tipo, con pinta de lo que antes se llamaba un tonto, un minusválido intelectual, para entender son. Porta una bolsa de plástico con muchos billetes. Dice que son estampitas y que están repetidas. El tipo mira el billete que lleva en la mano y decide engañarlo ofreciéndole todos sus billetes de menor valor. Ese intento de engañar y sacar partido de los menos afortunados está muy extendido en esta sociedad, y es lo que lleva a todos a competir para dejar atrás a los menos preparados, y lo que nos lleva a un dicho popular igual de despiadado, “el que no valora lo que tiene, merece perderlo" y también, “el que roba hace por tener". Todo lo que expongo es reprobable, el empresario se aprovecha todo lo que puede de los trabajadores, y el pueblo intenta estafar a los ricos,ven bien, en su caso, pueden terminar en la cárcel. Por supuesto en la bolsa de plástico sólo había recortes de periódico y cuando el viajero se quiso dar cuenta, Tony leblanc ya había desaparecido.

McGluguer fue abandonado por Matilde sin una explicación. Ella lo había visto con Amaranta comiendo en un café del centro. De nada hubiese servido que se entregará en mil explicaciones.

-Desde luego, ella tenía motivos para tomarse lo así de mal. Nadie puede confiar en alguien tan superficial como yo. Los actores lo reducimos todo a los gestos, no le damos importancia al significado, a menos que te gusten los proyectos de autor, pero eso es demasiado complicado para la mayoría y no da dinero -le dijo a Amaranta-. Está claro que no sirvo para valorar lo que tengo y lo pierdo. A fin de cuentas, todas las grandes estrellas terminan divorciándose. Los actores más ricos de Hollywood,cálculos de los más importantes, unos clásicos y otros modernos, se han divorciado hasta cinco veces.

-Supongo que se lo dices a todas las chicas para que lo tengan en cuenta -respondió Amaranta, porque había empezado a pensar que no podía tomárselo en serio, pero sí serviría para divertirse con él una temporada-. Mi vida no es tan complicada. Espero encontrar un trabajo doblando y ordenando ropa en un comercio de moda para hombres. Conocer gente interesante es lo que se me da mejor. Sé que no soy muy guapa, pero por algún motivo, tengo buena mano con los hombres.

-A mí me pareces guapa. De hecho, estaba a punto de decírtelo.

Quizás, llevado por el momento que estaba pasando, McGluguer se preguntó si habría dicho más de lo que debía, y ella empezó a preguntarse si lo había entendido bien. Pero como ninguno de los dos quería una relación formal, ella jugó con él toda la noche haciéndole creer que la había seducido. ¡Qué simples son los hombres!, pensaba mientras le sacaba todo, en el mismo sillón en el que días antes, había estado Matilde sentada viendo una telenovela turca.

McGluguer estaba tan cansado que se quedó dormido. Era noche cerrada cuando se levantó a orinar. Ella se había ido, tal vez había acabado su fiesta bailando en una discoteca a la que solían ir algunos futbolistas incipientes. Divertirse no tenía nada de malo y los pubs del extrarradio eran peligrosos, así que tenía que pensar en su seguridad e ir a los lugares en los que se encontraría con algunas de sus amigas, sentirse ampara era importante para ella. Sólo las busconas andaban solas, y no quería que alguien pudiera confundirse con ella. Era una chica libre, pero no tanto y si algún tipo se confundía con ella, sabría defenderse, las chicas de barrio sabían dónde golpear a un hombre si se pasaba sin permiso.

Otro día, aprovechando que Gertrudis había salido de viaje para unas vacaciones pagadas por su padre, Amaranta vio la oportunidad de quedarse a dormir en casa de Cornelius. Nadie tenía porqué saberlo,simplemente se hizo la dormida en una hamaca de la piscina y nadie la despertó. A media noche fue al dormitorio del incipiente director y se metió en su cama. Se estaba convirtiendo en una depredadora de hombres sin personalidad. Tal vez buscaba uno que dijera que no a un ofrecimiento fácil. Desde luego entre sus amigos, el tipo de hombres que conocía y los ambientes que frecuentaba, no lo iba a encontrar.

Cornelius había bebido tanto que parecía un trapo, si lo hubiese escurrido llenaría un vaso largo de ginebra. Se había quedado dormido vestido sobre la cama. Si le hubieran dicho que estaba en coma, ella lo hubiera creído Entró haciendo ruido en la habitación, tropezó con una silla, maldigo y él no se movió. Si lo hizo a propósito para despertarlo, no lo consiguió. Había pasado frío en bikini para entrar en la habitación sin necesidad de ponerse un albornoz. Había estado tiritando de frío allí afuera, nadie podía decir que no se sacrificaba por hacer lo que quería, aunque ni ella misma entendiera por qué lo hacía. Si tirarse a todos los chicos que se acercaban a su amiga era una venganza, era una

venganza muy retorcida. Podía ser una forma de demostrarle que el papel que le hacía jugar no era el que pensaba, la amiga fea tenía mucho que ofrecer. En esos casos, habría una buena bronca por entrar en el terreno de la Gertru, si las cosas se hubiesen planeado de forma menos complicada. No buscaba un enfrentamiento, sólo darse el gusto y que años después, si aún seguían siendo amigas, o si después de perderla de vista se la encontraba de forma fortuita en la calle, o en un café, poder decirle, te acuerdas de Cornelius y de McGluguer, yo me los tiré? Y a continuación una lista interminable de otros posibles amantes de su amiga. Eso sí iba a ser una venganza en toda regla. Si las cosas llegasen a suceder así, ¿Cuánto costaría poder ver la cara que se lecquedaría a Gertrudis? Mientras este tipo de pensamientos pasaban por su mente, empezó a sacarle los pantalones a Cornelius, no llevaba slip y salieron con facilidad. Levantó el pene con dos dedos, estaba claro que esa noche ni Marilyn Monroe sería capaz de devolverle la vitalidad. Era como una ciudad industrial un domingo, había perdido la tensión, la ambición, la vida y la naturaleza para la que había sido creada. Lo descalzó, le quitó la camisa y le puso la almohada debajo de la cabeza. Se acostó a su lado esperando que el amanecer despertara al director y cuando le preguntara, ¿Lo hicimos? Ella pudiera responderle, me sedujiste, no me diste ni una oportunidad, eres un gran amante. Cómo la gente se cree lo que le conviene, él se sentiría orgulloso de haber hecho un buen papel en aquella ocasión porque con Gertrudis no siempre le sucedía. Ella vio que a un lado de sus genitales tenía un tatuaje de un puño con el dedo anular levantado. Era todo muy sórdido, pero ese tipo de tatuajes escondidos eran una prueba de autenticidad. En esos casos, en reuniones de amigas, unas cuentan que hicieron cosas increíbles, ella podría contar que Cornelius tenía un tatuaje de una peineta en esa parte con una leyenda encima en la que se podía leer, “yo tampoco creo en el amor". Nadie sabe por qué las mujeres se cuentan estás cosas en sus reuniones, supongo que después de unas copas se deshiniben lo suficiente y piensan, ¡Qué no pare la fiesta! Es un tipo de excitación que los hombres como Cornelius no entienden, si lo hiciera no se hubiese puesto un tatuaje semejante que se leyera con tanta facilidad desde tan cerca. Las mujeres y hombres que hacían esos tatuajes los cobraban muy caros y algunas no querían ni ver el diseño, aunque con su mascarilla impregnada de perfume y con unos billetes en la mano, apenas sabrían si las inglés olían tan mal como parecía.

No ocurrió nada, sólo durmieron juntos, pero él nunca lo supo.

-¡Somos la hez punk! -le dijo a McGluguer cuando volvió a quedar con él para ir a comer-. Me pasan cosas que no deseo.

Está juventud es un producto más del rechazo social. Ella se comportaba sin sentido. Al fin y al cabo James Dean, pensaba igual, vive el momento. Cómo si nada pudiera tener peores consecuencias, que haber nacido en el cinturón deprimido de una gran ciudad. Si Gertrudis quería ser actriz, allá ella, vivir sin aspiraciones era mucho mejor.

-¿Cuál es tu canción favorita? -pregunto ella mientras sorbía un poco de café-. Está caliente, no te quemes.

-Me gusta casi cualquier cosa de Wanda Jackson. En la máquina hay una canción con Jack White.

Ella se levantó estimulada por darle el gusto, metió una moneda y sonó la canción. Fue a la barra, pidió un donut y al llegar a la mesa le ofreció la mitad.

-No lo puedo tomar entero que engorda.

Él la miró sonriendo por su ocurrencia. Estaba muy delgada,desde luego tomarse el donut entero no iba a cambiar nada.

-Me gustaría saber si aún piensas en una relación. Ya sabes, después de que tú matrimonio se jodiera. ¿Es posible que aún te queden ganas de volver a complicarte?

-Sólo te invité a un café. ¿Te doy esa impresión?

-Bueno si eso es lo que quieres hacer, tú mismo, pero no conmigo Sólo quería dejarlo claro, los hombres podéis poneros muy pesados -ella lo miraba con compasión, sabía que si seguía terminando sus encuentros en su casa, pasarían de una amistad a otra cosa y no quería. Una cosa era distraerse una noche porque le apetecía y otra hacerle creer que le importaba hasta ese extremo. Y no le gustaban todos, eso también quería que le quedara claro.

-Tengo una buena amiga que me advirtió sobre los hombres. No se trata de la Gertru, por las dudas. Me advirtió que un polvo no compromete, pero más lo complica todo. Así que…

-No, claro, desde luego. De acuerdo, no más complicaciones. Lo sé, tengo que centrarme en lo que me gusta, y quiero ser actor. ¿Sabes? Es lo que más me motiva.

Se despidieron pensando que podrían verse en otra ocasión como buenos amigos, pero McGluguer no la volvió a ver. Gertrudis le dijo que se había ido a la capital, que le había salido un trabajo en unos grandes almacenes. Desde ese día, cada vez que él. viajaba y visitaba un centro comercial, todas las dependientas se parecían a Amaranta y las trataba con natural confianza. Seguramente ellas se preguntarían, ¿De qué conozco a este listo? Pero intentaban responder con parecida amabilidad; todo bien, era mejor eso que ir de exigente o entendido como hacían otros sólo para comprar una sudadera o unos calcetines.



3

Del mismo modo que le podía pasar a Amaranta, a McGluguer le pasaba que no sabía por qué decía algunas cosas. No sabía por qué metía la pata una y otra vez del mismo modo. El deseo, el miedo a no avanzar, el terror a paralizarse por sus limitaciones, y lo peor de todo, el aburrimiento, si pasaban tres días en los que todo se volvía una rutina insoportable, tenía la necesidad aciciante de volverse impertinente, de tener relaciones inapropiadas, de correr riesgos, en fin, de comportarse como un verdadero idiota. ¡Por supuesto, eran reacciones inesperadas y no capacitadas! Él mismo se sorprendía del ímpetu de un cerebro huyendo del tedio. Intentaba contárselo a la gente cercana para que no les cogiera por sorpresa, se lo repetía una y otra vez con un lamento que los confundía, “si alguna vez me pasó, perdonarme, se me va la cabeza a ratos".

Recordaba con pena a Matilde, pero con afecto a Amaranta.

-No soy un egoísta cruel -le dijo a Gertrudis el día que terminaron la película-. No tengo esa opinión de mí mismo.

-Claro que no. No pienso así de tí -respondió ella-. A cada uno la vida lo lleva por caminos inesperados. ¿Lo dices por Amaranta?

-No sé qué te habrá contado. ¿Sabes algo de ella? Me fastidió que desapareciera sin decir ni adiós.

-Esta bien, tiene trabajo y se ha echado un novio que la cuida. No hay cuidado. ¿Siempre te pones así en las despedidas?

-No me gusta que las cosas cambien tanto de golpe.

-Nos volveremos a ver. Encontrarás nuevos amigos y volverás a trabajar.

No quería ser tan evidente. Se le notaban sus inseguridades más de lo que podía soportar.

La amistad había llegado a tener más importancia que las relaciones románticas; era mucho más real.

El final de un rodaje se convertía en un desfile de antiguos colaboradores y amigas que vuelven para despedirse. Amaranta no estuvo pero estuvo con Amire que ceñía por la cintura a un joven de su edad, tal vez aún más joven. Llevaba un bonito vestido y zapatos caros, se veía que le iba bien, y sin embargo no se había olvidado de ellos. Tampoco había vuelto a saber de Amaranta. Por algún motivo menos romántico de lo que podemos imaginar, parecía que Amaranta era lo que más le importaba. Tampoco era una cuestión de conciencia y la necesidad de tener alguien con quién compartir un tiempo, al menos hasta que le saliera un nuevo trabajo. Y de nuevo, valorar sus intereses para intentar saber si su sueño de ser actor era un sustituto del amor, y si era así, saber si lo necesitaba. No eludía el amor por conseguir su sueño, más probablemente se inclinaba a pensar que si le costaba amar, lo único que lo podía apaciguar era la lucha por un sueño, y eso era llegar a ser una estrella. Está forma de pensar era más propia de chicas que no deseaban una familia ni tener hijos, ¿Gertrudis era así? Una mujer así tiene licencia para amar sin grandes compromisos, nadie tiene derecho a juzgarlas por aprovechar sus posibilidades, él como hombre no podía considerarse igual de libre. Pero no, no era la conciencia. La memoria juega para bien y para mal, en su caso,desde hacía una temporada, los buenos recuerdos parecían haberse puesto en suspenso.

El trabajo de actor no se parecía a lo que había imaginado, mucho leer y memorizar y poco glamour. Apenas tenía ofertas, y las de no cobrar hasta ingresos, no eran lo que

necesitaba. Necesitaba un agente, pero había que pagarles y aún no estaba al nivel necesario para tanto.

Pasaba el tiempo y de vez en cuando paseaba por su barrio, cerca del instituto, de su vieja casa, y tomaba café en aquellas cafeterías. Debía recorrer los lugares que echaba de menos. Dejarse llevar por la melancolía era lo peor para un actor, pero no lo sabía. Debería estar buscando con toda su rabia un proyecto interesante, pero parecía recabar información de quién había sido y que le pudiera ayudar a conocerse a sí mismo. Visitó a sus padres. Ellos estaban muy enfadados con él porque apenas lo veían. Eso le dolía en el corazón porque si hay algo que no soportan los hijos adoptados es que les llamen desagradecidos. En fin, que nada había cambiado tanto después de acabar su primer trabajo. Cuando expusieron el corto en un certamen para dar a conocer las nuevas figuras (ya no del celuloide sino digitales), tuvieron una moderada aceptación. Lo invitaron, no le hicieron ni una entrevista, lo que le salvó la vida porque no tenía mucho que decir. Y al terminar esos días de reencuentro con Cornelius y Gertrudis, decidió que lo mejor era volver a la casa de sus padres. Aquella decisión le hacía posible tomarse con más calma lo de trabajar poniendo copas en lugares de moda y así poder conocer a gente del gremio. Si pasaba por el Pub algún director o productor conocido, le daba su número de teléfono y les dejaba claro que haría cualquier papel por pequeño que fuera. El tiempo siempre es más cruel cuando creíste que te ayudaría a tomar una decisión y resulta que se vuelve un escalera de pesado granito. En su caso, no tendría que renunciar a susteimonio,va un trabajo o a estudios, por embarcarse en una película, ya había lo perdido todo, incluida a Matilde.¿Qué más tenía que hacer? No necesitaba éxito inmediato, tan sólo tener ofertas de trabajo que le confirmarán que valía para ser actor.

Era inevitable, si seguía dando vueltas por el barrio, encontrarse un día con Matilde. No lo hizo, en su lugar se tropezó con Mona en la sección de licores de un supermercado. Ella había cogido Fernet y Vermut rojo, se puso roja y él se echó a reír.

-Juegas fuerte -le dijo.

-Hola. No es para mí, tengo un amigo argentino, lo rebaja con soda.

-Sí, claro. Eso es una bomba -supuso que era una nueva moda y lo mezclaban-. ¿Qué tal te va?

-Bien, disfrutando de mi libertad.

-¿Fiestas?

-También. ¿Aún quieres ser actor?

-Es lo que más quiero. Tengo algunas dudas sobre mi capacidad, hay que ser de otra madera.

-Sin ser tú mismo, nunca conseguirás cumplir tus sueños. Lo leí en un libro de autoayuda. La gente que no es de verdad, no tiene nada que ofrecer. Eso me gusta de tí, pero claro…

-Claro.

-Estas rabiando por preguntarme por ella. Los hombres sois muy simples.

-No lo voy a hacer. No quiero fracasar otra vez.

¿Qué no había visto en Mona que estaba descubriendo en ese momento? Siguieron hablando, había confianza. Llegaron juntos a la caja y salieron juntos del súper. Los viejos tiempos, si hay sintonía, son un motivo para hablar durante horas. Mona iba a preparar arroz a la cubana, simple y saciante. Lo invitó a comer. Él no podía evitar desearla, siempre le pasaba lo mismo, cada vez que una mujer era amable él sentía la necesidad irrefrenable de besarla. No estaba bien, se trataba de agravar sus errores y diferencias con Matilde, a la que había querido tanto Era un conductor violento en la noche, volviendo a atropellar a la misma chica una y otra vez. No le había dado tiempo a tener un hijo, aunque ella lo

deseaba, eso siendo él como era, habría sido el peor de sus errores. Así las cosas besó a Mona, pero ella le dejó muy claro que no quería una relación. Empezaba a darse cuenta de que las mujeres podían ver cómo era con facilidad para rechazarlo. Lo que empezó cómo una forma de ser adecuada, lo que facilitaba un sueño, se convirtió en una limitación. ¿Qué tipo de mujer ama a un actor sin futuro?

Estuvo viéndose con Mona una temporada, no sólo iba a comer y cenar a su casa y se quedaba a dormir, sino que la veía como una oportunidad para descubrirse a sí mismo. Mona era un reflejo, un espejo por todo lo que descubría al hablar con ella. Cualquier hombre que no aprovechará una oportunidad así para aprender de sí mismo, comportarse como un obsesinsexial, y estuviera con una chica así sólo por el sexo y la comida, sería considerado por todos como un primate. Lo mejor de todo era que sabía que él no era uno de esos tipos, que quería aprender de toda aquella fuente de prioridades, de conductas dirigidas a lo importante y lo esencial. Tal y como ella interpretaba la vida, que McGluguer siguiera viviendo con sus padres sin plantearse un cambio, era una carencia. Si bien, el novio que le había durado más tiempo y al que había amado más entregada, también era así. Si mejor descubrimiento tenía que ver con Mona, con su forma de ser y, en ese caso no iba a asumirlo como un ejemplo a seguir, no lo necesitaba.

-Tu te pareces a mí más de lo que crees -le dijo, y sonó como un reproche-. Deberías buscar un tipo que te ofrezca estabilidad.

-¿Desde cuándo los amantes fortuitos dan lecciones? ¿En eso Matilde era diferente? Si supieras cuánta gente le dijo que no le convenías.

-¿Incluida tú?

-Yo podía soportarlo, ella era confiable hasta el extremo. Yo no soporto esos tipos que buscan una relación estructuradas sobre su trabajo y se pasan la vida intentando demostrar que merecen algo mejor que poder ofrecer

-He oído a esos tipos hablar de sus frustraciones y que sus mujeres no los comprenden. Sé de lo que hablas. Soy joven, no tonto. Por eso me guío por mis sueños. Sé perfectamente que ser actor es una aspiración sin futuro en la mayoría de aspirantes, pero mientras dura me hace sentir libre. Casi tanto como tú.

-No lo había visto así. Igual nos parecemos como dices.

Aunque fue prudente al exponer una idea de similitudes y relaciones, no quería que pareciera que pretendía usurparle el papel de mujer inteligente, dueña de la iniciativa y la situación. Pero lo hizo, ella vio el peligro y necesitó dar un giro para saber que seguía tomando las decisiones importantes y el control de su vida.

Pasó mucho tiempo en volverla a ver. Era el tipo de mujer que no valía para tener una pareja, por eso los hombres no le duraban. Al principio todo le parecía idílico, con todos creía encontrar un grado elevado de afinidad y cohesión, pero no duraba más de un año, lo que unido a los tiempos en los que se dedicaba a divertirse con sus amigas, le creaba esa sensación de que el tiempo pasaba pero la soledad no era tan mala. Supo de ella y todo confirmaba lo que le había dicho, se parecían demasiado y eso para la convivencia no es lo mejor, no suponía ningún esfuerzo. También supo de Matilde, se había casado, tenía un matrimonio sin problemas y unos hijos maravillosos.

Por su parte, seguía haciendo películas de bajo presupuesto, westerns italianos en Almería. El personal sabía que eran lo más obrero del sector. Tenían prohibido coger comida sin permiso de la cocina y llevársela a las caravanas. Comer a escondidas era uno de sus fuertes y se saltaba la prohibición. Le avisaron de los escorpiones y cambió sus alpargatas por unas botas militares. Había unos váteres químicos que olían a demonios, no se duchaban todos los días y cuando lo hacían, debían colocar una cortina al aire libre y

una bolsa de agua; por supuesto con agua fría. Se peleaban por las magdalenas en el desayuno. Las discusiones eran muy fuertes entre los montadores y tuvieron que despedir a dos que llegaron a rodar por el suelo mientras uno intentaba darle un cabezazo a otro. Entre rodajes volvía a casa de sus padres, necesitaba verlos como si fueran sus padres biológicos, los quería más que a nada en el mundo. Sus ausencias más largas le hacía apreciar con claridad el paso del tiempo en cómo crecían sus arrugas, caían sus músculos, encanecían, la voz se les perdía intención y claridad, y el hastío lo iba invadiendo como un virus. Probablemente, al verlo a él otros tendrían una percepción parecida del chico oriental. Nadie se libra de envejecer, los años pasaban sin remedio. No había cumplido su sueño, no era una estrella, pero era una actor de segunda, eso ya no importaba. ¿A qué edad empieza uno a preocuparse por hacerse viejo? Eso era importante saberlo, también para decidir cuándo empezaría a perder vitalidad y empezar a hacer papeles de abuelo solitario. Le apetecía volver a ver a Mona, la mujer que casi lo besara el día de su boda. Ver sus arrugas, estaba seguro de que eso lo enternecería y levestrenecería hasta el deseo (hasta donde su vitalidad le diera permiso). Ella le preguntaría si ya era un famoso insoportable.

Sólo él sabía que no lo había sacrificado todo por un sueño, los que tenían esa opinión de él se equivocaban, pero sí, le gustaría volver a ver a Mona.

Fin del relato

—----------

—----------



1

Una ciudad para un beso

Durante la crisis de la vivienda a los trabajadores les costaba aceptar que más tarde o más temprano tendrían que parar la obra y perderían el trabajo. Primero dejaron de renovar los contratos de los interinos, después prescindieron de los trabajadores de empresas externas, a continuación les bajaron los sueldos sin que nadie rechistase, se desesperaban porque la situación no dejaba sitio para la esperanza pero seguían trabajando, volviendo cada día, como un reflejo mecánico. A veces actuamos como un nervio que se mueve en la comisura del ojo. Es una inercia, un nervio que se sacude sólo, el estrés lo domina y vuelve sin control. Con todo, si el final estaba cerca, si otras obras ya habían parado, no lo reconocerían. Cada día volvían, no quedaba otra.

Cliter era un tipo fuerte, no era de esos guaperas que se duchaban en casa y lo volvían a hacer en el trabajo para ponerse ropa limpia antes de volver a casa. No señor, no se iba a creer lo que no era, y eso no le trataba afectación. Había visto la peli de Travolta y se peinaba el tupé con frecuencia, se ataba las mangas de la funda a la cintura, se daba agua en los sobacos, se ponía un palillos en la boca, tomaba su fiambrera y estaba listo para ir a tomar un par de cervezas.

La fecha de lo ocurrido es orientativa, pero ya he dicho que los personajes estaban en lo peor de la crisis hipotecaria. Para la época, un carpintero cobraba una pasta, mucho más que un encofrador. Un edificio tiene mucho trabajo de madera, suelo, puertas, marcos, rodapiés, muebles de cocina y cualquier capricho que los propietarios quisieran añadir antes de que les entregarán la llave.

Cliter había trabajado en la carpintería de su padre desde niño. Se consideraba un ebanista de primera, y debía de serlo porque sus jefes le tenían mucho aprecio, pero cuando él dinero dejó de fluir no le sirvió de nada y fue despedido con el resto

Ser un niño en esa época no ayudaba. Para Enzo, el hijo de Criter fue aún peor cuando despidieron a su padre, porque pasaban los meses sin encontrar otro trabajo. Enzo tenía nueve años, podía entender con claridad lo que estaba pasando. Tuvieron mucha suerte porque Agripina encontró trabajo limpiando escaleras en un enorme edificio de veinte plantas que pertenecía a un multimillonario.Qatarí dueño de un equipo de fútbol. El fútbol fue una de las cosas que no se vio afectado por la crisis. Claro que el precio de los jugadores bajó y no se compran figuran tan alegremente, pero la gente disfruta lo mismo de un buen partido aunque fueran menos al campo y lo vieran por la tele.

El niño creía que a pesar de todo, había tenido suerte y su vida no había cambiado tanto cuando su padre perdió el trabajo y se pasaba días enteros viendo la televisión, tomando cerveza y consultando el resultado de las quinielas. Lo peor estaba por llegar y no se hizo esperar. Las discusiones de sus padres se sucedían, a veces de noche, lo despertaban y ya no podía volver a dormir. La profesora le preguntó si le pasaba algo, si tenía algún problema. Lo de que podía contar con ella no le pareció muy fiable, boneta un chivato por

eso no le iba a contar ni media. La profesora llamó a sus padres y Agripina fue sola, tuvo que explicar la situación a pesar de su incomodidad y evasivas iniciales a hacerlo.

Habían pasado ocho meses y ya no parecía que Criter fuera a encontrar trabajo. Le dijo que se alistara en el ejército y él le respondió que estaba loca. Esa fue la gota que colmó el vaso.

-Esto es muy difícil para mí. Me rompo el alma limpiando escaleras y baldeando todo tipo de porquerías. La gente es muy guarra, ¿Sabes? No es agradable limpiar orines, escupitajos de algún tísico. Estoy muy agotada y deprimida, y no puedo pagarme un psicólogo. Cuando llego a casa te encuentro tirado en el sillón. Por la noche sales y no sé a dónde. No es raro, duermes roncando como un animal hasta mediodía y ni siquiera vas a recoger al niño al colegio.

-No le hace falta. Ya es mayor. ¿Verdad que ya eres mayor? -preguntó Cliter dirigiéndose a Enzo. El niño lo miró con los ojos muy abiertos, bajó la cabeza y no respondió. Entonces Agripina dijo aquello que lo cambiaba todo.

-Quiero que te vayas y hasta que no encuentres trabajo no vuelvas

Las oportunidades de pasar por una situación así en la vida si conservas tú trabajo y tú mujer te ama, son escasas. Él pensó que nunca le pasaría. Un ebanista de primera siempre tenía trabajo, o al menos eso pensaba hasta ese momento. No contestó, ella salió con el niño al centro comercial a comprarle unos tenis de gimnasia que le habían pedido en el cole. Cuando volvieron, él había metido algo de ropa en una bolsa de deporte y se había ido.

Así comienza este relato del infortunio de un hombre empeñado en hacer las cosas bien, para ofrecer la oportunidad al universo de que lo hiciera salir todo mal.

No recordaba que le hubiese sucedido nada pero ni un poco más traumático. “Hasta que no encuentres trabajo no vuelvas”, era una frase con truco. La oportunidad nunca dura.

Se fue muy enfadado. Podía haber quedado una relación de amistad porque debía seguir en contacto. Otro hombre hubiese pensado que se trataba de una pasajera separación, pero no él. No le apetecía hablar con ella, así que desapareció.

Se le ocurrió que podía volver a la vieja casa de sus padres. No estaba muy habitable pero tenía arreglo. Pero lo mejor de su idea no era sólo que había encontrado un sitio donde cobijarse, podía poner en marcha la vieja carpintería de su abuelo. En el pueblo siempre había reparaciones que hacer, poca competencia y trabajar por encargo para marineros de los alrededores, aquellos viejos barcos aguantan bien el lado del tiempo, pero no eran eternos. Austin fue despedido el mismo día, llevaban unos años trabajando juntos y se llevaban bien. Era un chico joven, apenas había estado un año casado y ya se había divorciado. Cuando se sintió rechazado por la familia de su mujer, se dió cuenta de que no duraría y los días de vinos y rosas se habían terminado. Aceptó acompañarlo en su aventura, no tenía nada mejor que hacer. Se fueron en una vieja furgoneta destartalada y tuvo que escucharlo casi todo el viaje despotricando contra los banqueros y todos los que habían vendido pisos sin garantías. La idea de que los capitalistas venden pisos a gente que no los podrá pagar para después quedarse con todo, fue bastante extendida. El engaño forma parte del negocio.

Si en su proyecto de montar una carpintería, empezaban por consultar posibilidades, pedir permisos o analizar gastos y beneficios, era posible que perdieran la ilusión. Por eso decidieron empezar sin hacerse demasiadas preguntas, ponerlo en marcha, para poder encargarse del papeleo más adelantes sin someterse al principio a los estrictos aspectos legales. De cualquier forma, el primer año no esperaban hacerse ricos. Cliter estaba acostumbrado a las historias de gente que emprendía y se le iba el negocio al carajo en dos

días dejando el buzón lleno de deudas. Gente que, como él, había puesto sus ahorros en su proyecto, algunos muy preparados, que en su vida anterior había tenido problemas a pesar de ser buenos profesionales y que desaparecían sin despedirse de nadie para empezar muy lejos, había casos muy notables. El abuelo de un conocido de Austin había hecho fortuna en Cuba con los hoteles, y eso hizo reír a Clitter, porque tenía un tío que había creado una compañía de transporte por autobús en Sao Paulo, aunque con mayor frecuencia, los hombres que al perderlo todo, caían en una profunda depresión, daban vueltas colándose en los trenes y durmiendo en los cajeros de los bancos, o se tiraban a un río. La mayoría para poder soportar sus delirios, su remordimientos, las depresiones y el frío de la calle, al río que se arrojaban era al del vino de cartón, que era una forma de vida tan mala como cualquier otra. A la gente le gusta mucho juzgar, se suele hacer muy a la ligera, poner el foco en los que no tienen suerte debe hacerlos sentir mejor, incluso a los más desgraciados, importantes, pero hay vidas muy ordenadas, incluso de afortunados banqueros y empresarios, que son una ruina, precisamente porque no sienten compasión por nadie y no saben qué hacer solucionar los problemas sociales que ellos generan más que dejar que se mueran y no den gasto a la seguridad social. Cómo no quiero que digan que suelto el mitin, intentaré volver a la historia de nuestros carpinteros, sin más dilación.

Los padres de Cliter habían muerto años atrás. Llegaron de noche sin apenas distinguir entre camino y zarzales para aproximarse a una masa oscura en medio del campo. Había una pequeña luz en el interior. Anduvieron los últimos metros sin hacer ruido, apagaron las luces y dejaron caer el coche en punto muerto. Salieron sin hacer ruido. Cliter cogió la barra del gato, pero su intención no era la de cambiar una rueda. Austin lo siguió. Una ventana estaba rota y la puerta tan sólo arrimada. Entraron en silencio guiándose por la luz, lo que vieron no debería haberles parecido tan inesperado. Un viejo dormía en un viejo sillón, cerca de una hoguera que había encendido sobre la baldosa. La película americana, “Juan Nadie" era una de las favoritas de Criter, más incluso que " Grease”, pero una cosa era ver una película y otra la realidad de un sistema que no daba ni una oportunidad, sino que le hacía la vida imposible a los que caían en desgracia porque les era muy incómodo verlos. En los barrios finos este tipo de situaciones a pie de calle devaluaba el precio de la vivienda, la ley del mercado exigía víctimas, sacrificios para calmar la voracidad capitalista. Bueno no era exactamente como tirar mujeres vírgenes a un volcán para calmar su furia y detener la lava destructora de los mercados, pero la idea de una forma abstracta podía comparar al Dios dinero con Pele, al que adoraba la cultura Hawaiana.

Su abuelo, su padre, se habían dedicado antes a la carpintería, y ahora lo haría él. Podía dar una vuelta por el pueblo y reconocer alguno de sus trabajos con sólo mirar alrededor. El mostrador de una taberna, la puerta de la iglesia, la baranda de una casa vieja en la plaza del pueblo o viejas gamelas reparadas a trozos, tal vez había otras muchas cosas de madera que la gente necesitaba para sobrevivir, y aún persistía la idea de que las ventanas de una casa de campo, si eran de madera le daban otro carácter. Los ebanistas tenían un sentido artístico de la utilidad y la funcionalidad de todo lo que les rodeaba. Poner ventanas de madera en casas de pueblo parecía una buena idea, pero tal vez no lo era. Invocó su yo práctico y realista, la gente no podía permitirse usar la belleza de la madera frente a la dureza, aislante y longevidad del aluminio, ¿a quién pretendía engañar?

Conocía alguna gente que lo había pasado tan mal como aquel viejo que dormía en el suelo, algunos no sobreviven al invierno. Haber visto algunas cosas y estado en algunos sitios, le concede la autoridad de ver aquella escena con proximidad, y la impedía enojarse.

Le pidió al viejo que no le mintiera, le dijo que podía quedarse una temporada pero que no le mintiera. Le ofreció una lata de atún que llevaba en la mochila y una bebida gaseada,

prefirió el agua de un grifo pero se comió el atún. ¡Dios santo! Había agua. Seguramente conectada sin contador de litros hora, eso era una buena noticia. Boby llevaba un tiempo pasando las noches allí, escondiéndose de los vecinos y vagando por las calles hasta que se hacía de noche. Tal vez creía que pasaba desapercibido, pero a esas alturas ya todo el mundo sabía dónde dormía. En situación de calle siempre se encuentra gente dispuesta a ayudar, y Cliter no iba a ser menos. No era la primera vez, no actuaba de forma esquiva frente a los problemas, y eso se notaba a la larga, no era una visión inmediata de sus gestos, pero los que lo veían lo apreciaban. Tal vez por eso era capaz de rodearse de alguna gente que también le ayudaban. Limpiaron y arreglaron la casa. Prepararon la carpintería y ofrecieron sus servicios en las casas de alrededor al principio sólo se trató de cerrar lindes con estacas y alambre, para evitar que el ganado se escapara. Pero pronto surgió el primer problema, ¿Cómo no lo había imaginado? En el pueblo ya había una carpintería, y el dueño observaba sus movimientos con preocupación.

A Agripina no le iba mal. Conservaba su trabajo y le habían subido el salario. Hacía horas, pero llegaba a casa completamente rota pensando sólo en poder recuperarse para volver a darse la paliza al día siguiente. Mucha gente se ve en estos círculos viciosos. Sobrevivir en la sociedad moderna se hace sin demasiadas opciones, lo hay es lo que puedes tener, no más. La llamó por teléfono, le contó sus planes y le prometió que cuando le fuera mejor le mandaría algo de dinero, pero ella ya no pensaba en él. La gente se separa todos los días, no era el primero ni iba a ser el último. Era una frase que ya había oído en boca de otros o también, “es lo que hay, no queda otra". Pues sí, no quedaba otra, no sabía bien si se trataba de seguir o de empezar de nuevo. Así era no había que darle más vueltas. Ella le dijo que podía visitar al niño, pero que no esperara nada. Cuando entran los niños en historias de adultos, siempre les toca sufrir situaciones traumáticas, Enzo por su parte llevaba la separación de sus padres lo mejor que podía. Su madre le pasó el teléfono y le gustó hablar un poco con Cliter.

El viejo Boby se incorporó al equipo y como no tenía ni idea de carpintería hacía recados, entregas, y hasta podía concretar los términos de un pedido. No contaba nada de su vida anterior al “derrumbe", pero por su correcta caligrafía, todo indicaba que era un tío listo.

Los pueblos como las ciudades, son momentos. La belleza está en los lugares, las esquinas, las escalinatas, los miradores, y las avenidas a horas determinadas. Había vivido su amor con Agripina en aquella ciudad. Se habían besado en todos los portales y todas las plazas, habían paseado la habían vivido cogidos de la mano. La habían pasado respirando en casi todos los ocasos. Salían de trabajar y volvían andando a casa mientras caía el sol. El pueblo no lo había vivido igual, pero los recuerdos de la infancia eran igual de fuertes. Cuando supo que ella había conocido a un hombre, siguió llamando, le gustaba hablar con ella pero no le daba conversación, así que lo hacía por hablar con él niño.

Todas las ciudades y pueblos son momentos. Los lugares necesitan ese tiempo en el que puedes verlos sin prisa, como las mujeres. El enamoramiento prescinde de planes, es un instante que te inspira. Tenía muchos buenos recuerdos, incluso de antes de vivir juntos y casarse. No son cosas tan diferentes, si no se dan los pasos necesarios no avanzas, y si lo haces, aceptas que ya nunca volverá a ser igual.

Si se fijaba con atención la chica del bazar chino tenía algo que no había visto nunca, y no eran los ojos rasgados. Era mayor que él y le hacía encargos, mayormente reparaciones. Para hablar con ella no mandaba a Boby, le gustaba ir él hasta el bazar y curiosear entre las herramientas. A simple vista parecía una mujer corriente, pero si ponía los cinco sentidos encontraba lo atrayente y podía aceptar la displicencia con que lo trataba al principio. Era cosa de mirarla como sólo él sabía cuando se ponía tontorrón. Si le pasaba, era como

cuando un artista encuentra el modelo que andaba buscando y él se consideraba un poco artista, los ebanistas suelen creer que lo son. Podía ver cosas en un trozo de madera a las que nadie más alcanzaba, eran cosas que a simple vista no se ven. Comparar a Soie con un trozo de madera, no era lo más adecuado, en todo caso, podía comprarla un trozo de madera de las más duras y agradecidas.

Había tenido un amigo con el que estuviera una temporada, pero aquel carácter de jefa dominante y dueña de todas las decisiones, a veces la supera. Cuando dejó de salir con aquel tipo todos lo notaron porque era muy radical en sus decisiones, en casos muy raros había vuelta atrás. Él tenía un coche caro y cuando empezó a pasear a otras chicas, todos supieron que se había acabado. Ella le rechazó y él lo encajó sin dramas. ¡Hay gente que nunca pierde! La diferencia de la separación de estos dos tortolitos y la suya, a Cliter le hacía pensar que esa gente consideraba sus relaciones personales una parte de su negocio, si no funcionaban cambiaban de socio. Hay personas que nunca percibieron una ruptura sentimental como un fracaso, están tan servidos de todo que no lo pueden ni calcular y hay otras, como Cliter, que detestan los cambios. Boby y Austin lo habían notado, no quería que movieran las cosas de sitio. En fin, cada uno tiene sus rarezas y su propia forma de ser. En ese sentido, Soie Maiyú era mucho más firme y exigente. Empezaron a salir y era como un combate en el que ella siempre tenía que ganar. Se sentía como si cada vez que estaba con ella le diera una paliza y anduviera con los ojos morados, no eran golpes físicos por supuesto, pero cuando le echaba la bronca delante de otra gente, resultaba como llevar la cara marcada. La gente lo miraba y comentaba, y se decían, ¡pobre vaya palizas que lleva! Sin embargo, él empezaba a sentirse cómodo en el pueblo, el dinero empezaba a moverse, había arreglado la casa y no podía menos que confiar en que a Soie la iría limando como a una pieza escultural hasta encontrar la figura de bordes menos afilados.

Así, a la caída de la tarde, cuando cerraban el bazar chino Cliter aparecía con puntualidad para salir con la dueña de aquel trozo de oriente en mitad de un pueblo retirado. La chica rollito de primavera lo traía loco, no recordaba ni en su adolescencia estar tan imaginariamente excitado con una chica, es más, a ninguna le hubiese consentido tantos desprecios. Jamás hubiese creído que sería capaz, como la mayoría de la gente, de entender una relación aceptando tantas exigencias. La única vez que le había pasado antes había sido con Agripina, y por supuesto que ella tenía razón, la perspectiva de tener un hombre en casa sin trabajo indefinidamente justificaba su postura, por eso había hecho su maleta y se había dado el piro. Tal vez con Soie estaba aguantando aquellos problemas a diario, si lo compraba, era mucho peor, pero al menos ella no le decía se acabó, quiero perderte de vista. Además de eso había algo que él no contaba la chica oriental en los momentos de pasión era capaz de vaciarlo como ninguna otra.

A menudo recordaba y comparaba su enamoramiento en la ciudad, con el que vivía en un pequeño pueblo. Era inevitable hacer estúpidas comparaciones. Incluso después de haber pasado la tarde en el lecho de Soie, entre sus brazos y sus piernas, no podía evitar pensar en Hervás la gran ciudad y los movimientos que realizaba sobre sus calles. Volvía a casa agotado después de una de aquellas sesiones, cenaba y se metía en cama sin poder eludir aquellos sueños. Había sido parte de sus calzadas y paredes manchadas de humedad. En sueños era más fácil encontrarse cosido a sus recuerdos de juventud. En esos sueños, Agripina era una sombra, sabía que era ella, que lo acompañaba pero nunca hablaba, sólo estaba presente. Las calles lo conducía pasando por primavera, cortándose hasta entrar en las calles del verano, derritiéndose, moldeandose. Las calles siempre son más grandes al recordarlas con el paso del tiempo, crecen un poco con la distancia. Se veía a sí mismo,

estaba feliz, reía, andaba en el río, su sombra lo miraba desde la orilla. Allí, en el río no hay nadie más, mira alrededor, ¿A quién busca? Enzo está en la tripa de Agripina. Se tumba al sol sobre la hierba, la sombra sigue a su lado, en cuclillas con los brazos alrededor de sus piernas. Soie es un poema, la está leyendo observado por la ciudad. ¿Quién puede descubrir a un poeta entre tantas letras enrevesadas? ¿Quién ha escrito ese libro? Se despierta a media noche y se levanta a beber agua. Boby ronca profundamente. Austin le tira un zapato y consigue hacerlo parar, ha cambiado de posición, coge aire y sube la manta sobre su hombro.

En ese lugar tan lejos de donde vio nacer a su hijo, tan lejos del atrevimiento de sentir felicidad, de su juventud y el amor, en ese pueblo distante de su sueño, se siente acogido. Soie lo ha despedido de su casa con un portazo, los maltrata, y aún así vuelve cada día a recogerla. “Vete a tu carpintería. Amas peor que un enano rabioso”. No quiere que se quede a dormir, y al mismo tiempo lo detesta por eso, por dejarla sola y no acordarse de ella hasta que tiene ganas de desahogarse. Hay un consentimiento que ella se permite con sus amantes, eso no quiere decir que no pueda ser buena chica. También esa circunstancia puede cambiar. Llena una botella de plástico de agua del grifo y la lleva para la habitación, le da un trago y la deja en el suelo. Se acuesta, sólo tiene que alargar el brazo si quiere volver a beber, lo que suceda inevitablemente antes de que se haga de día, o en el momento de volver a levantarse a orinar.

A veces oye un perro ladrar, mirar de noche por la ventana hacia el poste de la luz en mitad del camino,ves uno de sus entretenimientos. Así es como se empieza a formar parte de un lugar, o de recuperar ese sentimiento que creía perdido con la infancia. Los carpinteros no son especialmente prácticos o rápidos, les gusta el trabajo bien hecho, al menos a los que él había conocido. Eso se nota en como acarician la madera después de lijarla para ver si tiene un tacto suave, también le gusta la noche por su lentitud, ¿ya lo habían adivinado? Si presta atención puede oír el crujido del tejado con el calor o el viento, tendrán que echarle un vistazo. Pero también los animales nocturnos moviéndose furtivos y las lechuzas haciendo señales de indios cheroquis.

En Hervás el ayuntamiento estaba en manos de un grupo muy conservador, los paseos en coche por los montes retirados del extrarradio -algunos tenían miradores muy notables-, estaban limitados por el horario del anochecer. No estaba permitido subir en coche a esos lugares una hora después de hacerse de noche. Es decir, las parejas tenían el tiempo justo para ver el ocaso y salir de allí pitando antes de que les pusieran una multa. Existen policías municipales, nacionales, rurales, guardias forestales, vigilantes contra incendios que duermen en las casetas y pueden ver las luces de los coches con sus estupendos prismáticos, todo un lujo de seguridad. Ellos decían que lo hacían para evitar incendios y por la seguridad de los propios conductores. La verdad era que al monte le llamaban la polvera, y antes de la prohibición, los viernes por la noche se juntaban hasta cincuenta coches en el aparcamiento de parejas besándose, tocándose o practicando sexo ocasional. No era raro que se preguntaran, ¿Has venido aquí antes? Era una pregunta tonta, porque la mayoría habían ido con diferentes coches y conductores, disculpen la sinceridad.

Cliter y Soie bajaban después del ocaso hasta la carretera principal y subían andando hasta lugares que de día se veían desde el camino pero de noche eran oscuros una noche sin luna. No hablaban mucho, en las noches de verano, es muy agradable retozar sobre la hierba y escuchar los grillos y los árboles moverse al ritmo de la suave brisa. Para él era muy diferente de besarse como lo había hecho con Agripina en los parques rodeados de la circulación intensa de las grandes ciudades. Era diferente, no podía comparar, ni tampoco

olvidar momentos que recordaba con amor, por muy dulces que fueran las nuevas sensaciones. Además, comparar es de inseguros y él nunca lo había sido.

Aún con todo, había chicos que se aventuraban en el monte en plena noche con sus motos de trial. Era una diversión salvaje y peligrosa, pero nunca habían cogido a ninguno. No solían hacer eso que hacen los niños de dedicarse a intimidar parejas, pero eran diversiones muy diferentes y pasar cerca de las parejas haciendo tanto ruido igual les parecía muy divertido. Cómo digo, hacerlo en el monte en un verbo de noches agradables, bajo un cielo estrellado y sin prisa, resultó para Cliter una experiencia inigualable. Nadie debería meterse en las cosas de dos adultos que se aman pero las señoras de más edad eran las que movían sus hilos entre el ayuntamiento y la policía local para demostrar su fuerza, después de todo,para algo tenía que servir que sus maridos concejales, asistiesen una vez a la semana al pleno del ayuntamiento. En una ocasión, subiendo la parte iluminada del camino, Cliter se cruzó con Austin que venía de vuelta acompañado de una chica joven muy bella. Le preguntó si había dejado sólo a Boby. La respuesta era obvia Boby los viernes y los sábados cenaba con vino de cartón y se acostaba a dormír temprano.

Del monte de la polvera habían salido muchos embarazos no deseados, tal vez por eso las mujeres se habían organizado para suspender ese tipo de actividades con la llegada de la ley del aborto. No dejaba de ser una forma de hacer ver que estaban presentes le pesará a quién le pesará, porque con los adelantos en el mundo de la anticoncepción ninguna chica se quedaba en estado, a menos que lo hiciera queriendo. Hay chicas que la única forma de sacarse de encima a madres y padres tan autoritarios, eran capaces de eso y mucho más. El patriarcado tenía los días contados.

Podría decirse que, en el caso de Soie, una empresaria de éxito, con la que terminaba muchas veces en su casa, y sin una familia acosadora que la reprimiera, las subidas a la polvera era por puro placer, y siempre sugeridas por ella.

Durante el tiempo que duró toda aquella insaciable actividad sexual habló varias veces con Agripina. El teléfono les permitía imaginar lo que pensaban realmente, porque al no verse, cualquier respuesta podría estar cargada de un frío sarcasmo. Le resultaba conveniente llamarla después de una sesión romántica en pleno monte, porque Soie le hacía sentirse joven, fuerte y con la moral de un atleta llegando primero a la meta. Tal vez por eso, saber que la habían ascendido, que trabajaba en la oficina, que era ella la que daba el visto bueno a nuevas contrataciones y que había otro hombre en su vida, no le hizo sentirse al borde de un precipicio. De ninguna manera, él tampoco le iba mal, y si ella era la preferida de su jefe y su salario se había multiplicado por dos. ¿Sería verdad que a pesar del dolor de una ruptura, al cabo de un tiempo, es lo mejor para los dos? Hablaron de los detalles, de Enzo, de sus planes, de la pensión, las visitas y ese tipo de cosas. Era más probable que Agripina rompiera con su nuevo amor por cualquier causa desconocida, a qué él dejase de tenerle todo aquel “afecto” que lo hacía, después de un año, seguir soñando con ella. Pero,a pesar de la gana que tenía de verla, a ella y a Enzo, le dijo que acababa de firmar un contrato con la cofradía de pescadores para hacer reparaciones en los barcos. No eran barcos muy grandes, pero había cerca de veinte interesados en sus servicios y no podía ausentarse hasta que pusiera a andar el negocio. Cómo Agripina iba a coger vacaciones, le dijo que no se preocupara, que le diera la dirección y que podía pasar por allí, pero que se alojaría en un hotel. No era extraño, porque como supo más adelante, la acompañaría Abelardo, el nuevo amor de su vida, conduciendo un flamante coche caro alemán. ¿Sería tan bueno y condescendiente como ella decía? No necesitó en esa conversación, mentir acerca de la marcha de la carpintería, todo iba bien, aunque había otro carpintero en el pueblo al que le fastidió el negocio poniendo precios más baratos, y

ofreciendo trabajos bien acabados. Pero era una cuestión de supervivencia, sobre todo en su caso, porque el otro ya tenía una edad y había ganado mucho dinero toda su vida. El trato le permitió seguir arreglando la casa y comprar herramientas, todo parecía ir de perlas. Lo tuvo muy claro entonces, nadie ofrecería mejores precios y un servicio más adecuado a las necesidades del cliente. Sólo tenía una oportunidad de sobrevivir a la crisis y no iba a desaprovecharla. Hasta el bazar chino bajó sus ventas, pero Soie no tenía problema, pocos gastos y mucho beneficio. Cualquiera pensará, ¿cómo es posible que a todos los personajes les fuera tan bien en una época en que todo el mundo cerraba sus negocios? Pero así fue.

Para que un hombre pueda plantearse una relación a largo plazo, tiene que olvidarse de sí mismo y concentrar toda su energía en hacer que su mujer se sienta importante, necesaria, estimada y capaz, ahora se daba cuenta, pero era un poco tarde para ponerle solución. Ella tenía todo lo que necesitaba, y Abelardo la ayudaba.

Suele ser un error bastante corriente que los hombres intenten tener éxito para que sus mujeres puedan valorar los y sentir que tienen algo valioso entre manos, lo que sucede en esos casos es que ellas creen que pretenden dejarlas atrás, menospreciarlas porque se creen mejores. Tal vez, el tal Abelardo Webster, había sabido ver esto con más claridad, y como comprobó más adelante, era un tipo elegante, educado y el dueño de un negocio que contrataba veinte chicas para limpiar escaleras por toda la ciudad.

La misma semana que se produjo la llamada, Cliter empezó a prepararlo todo para que la visita se llevará una buena impresión. Limpiaron la casa, la pintaron, cambiaron ventanas, compraron loza y ropa. Cliter contrató un fontanero y un electricista para habilitar los servicios de la casa. Lo cierto es que los profesionales en el pueblo no abundaban, pero los que había hacían bien su trabajo. Ya le había pasado otras veces que algunos no le querían cobrar si era un trabajo menor, y esperaban cobrárselo más adelante con alguna reparación de carpintería. Con tiempo suficiente esperó con la nevera llena y habló con uno de los chicos que trabajaban en el hotel para que le avisará si llegaban clientes con las señas que le proporcionaba. Permaneció muchos días de verano esperando sentado en un café justo enfrente del aparcamiento municipal por si de pura casualidad, los veía llegar. No había tomado tantos cafés en su vida. Soie lo notaba preocupado y se lo dijo, pero él no le contó el origen de su inquietud.

Cuando empezó a dudar de que la visita se fuera a producir efectivamente, estaban ya a finales de agosto y empezaba a sospechar que había sido una falsa alarma, falsas expectativas de las que Agripina era capaz de crear usando su imaginación desbordante e instrumentarla para darle aspecto de realidad a cualquier fantasía creada por su mente, posibilidades, anuncios, planes, para que todos quedarán tranquilos esperando y confiando en un desenlace efectivo que no parecía llegar. Tal vez no lo hacía para decepcionar o dejarle claro que ya no era tan firme con sus promesas como en otro tiempo, lo que empezaba a parecer obvio y sin embargo esa organización fallida, también era una forma de hacer feliz a todos durante los meses que duraba la posibilidad, porque sabía que él ya no se atrevía a llevarle la contraria, ni siquiera a enfadarse por ser tratado con un exceso de confianza tan ofensivo. A pesar de todo, con el principio de septiembre, cuando ya se habían ido los turistas, un buen día sin que nadie sepa cómo, ni si fue por casualidad, un coche alemán conducido por un tipo estirado y acompañado por una mujer y el hijo de esta, llegó para inscribirse en el hotel y uno de los chicos para todo que trabajaban allí llamó a Cliter, “creo que la visita que esperabas acaba de llegar"

Por la mañana, al fin, se produjo el encuentro. La pareja estaba desayunando con bollos y café. Enze estudiaba en una mesa separada, le movió el pelo para llamar su atención. El

niño al ver a su padre se levantó y le dió un abrazo. La reacción de la madre no tardó, "sigue estudiando".

Abelardo se puso de pie y le ofreció la mano. Estás cosas son así, los conflictos no interesan a nadie. Cliter no podía hacer mucho frente a aquel tipo con ropa de marca, así que estaba dispuesto a parecer encantador. Las llaves, la cartera y los teléfonos estaban sobre la mesa. Sólo un hombre con mucho dinero podía ser tan confiado.

-Tenemos buen tiempo, es una suerte -dijo Agripina y continuó-. Tienes buen aspecto. La vida tranquila te sienta bien.

-¡Joder Querida! No hace falta que seas amable. Tu sabes que siempre me gustó la vida retirada de los pueblos.

Ella sonrió.

-Creo que no me entiendes. Lo digo con total sinceridad, no lo hago por cortesía.

-Estamos pensando en hacer un recorrido por sitios de interés. ¿Alguna idea? -preguntó Abelardo.

Estuvo tentado de mandarlos al monte de la polvera, pero se reprimió. Entre kleenex y preservativos, los miradores ya no parecían un lugar limpio para ser visitado.

-Estaba pensando que el pueblo de la costa es mucho más bonito. Me fastidia reconocerlo, pero incluso podéis dar un paseo en barco.

-Te puedes quedar con Enzo unas horas. Mañana nos vamos.

Le pareció buena idea y en ese mismo momento empezó a pensar que le gustaría al niño para darle comer. Llevó sus libros, pero no le dejó estudiar. Tal vez un par de pizzas fuera buena idea, podían comer en la casa con Boby y Austin. Hubo suerte y no aparecieron pequeños roedores o insectos ese día, y el niño pasó el primer buen día de vacaciones.

Tal vez la naturaleza sexual del macho de cada especie no responde a nada dominante sino a una orden superior, para algunas religiones, divina, que pretende, nada menos, que la perpetuación, y por eso, esa fuente de vida no se detiene.

Cliter trabajaba sin descanso, para él era la mejor forma de llenar horas y hacer que los días fueran más cortos, eso sí, dejaba de hacerlo en cuanto recibía la llamada de Soie y salía volando a buscarla y esperar a que cerrará el almacén. En un par de ocasiones, ella había aparecido por la carpintería y se había quedado observando en silencio a aquel obrero sudado en mangas de camisa, con su cigarrillo perfectamente colocado en la oreja y moviéndose con la arrogancia de Danny Zuko en una cancha de basket.

Cómo era de esperar, Agripina llevaba los papeles del divorcio en su bolso y en cuanto los firmó, se acabó la diversión, metieron al niño en el super cochazo del jefe y volvieron al trabajo; una agencia de limpieza de escaleras no se organiza sóla. Lo que ella no sabía en aquel momento era que unos meses después estaría tan harta de Abelardo Webster, que lo plantaría con su trabajo y todo su dinero. No había dinero, ni vida acomodada que justificara soportar a un hombre tan prepotente y acomplejado por sus faltas de ortografía, entre otras cosas y costumbres sexuales.

A Boby lo llevaron al médico porque se encontraba mal. Murió unos meses más tarde de esa terrible enfermedad que son capaces de curar en ratones pero no en humanos. El cáncer lo barrió, como se suele decir. Se convirtió en un esqueleto. Algunos dicen que el alimento se lo comía el tumor que crecía, mientras el resto del cuerpo se volvía translúcido. Hicieron todo lo que pudieron por él, y no era un consuelo pensar que la alternativa a morir en una carpintería era morir en la calle y seguir viviendo como un vagabundo. En ese proceso, Soie apenas veía a Cliter. Hubo un distanciamiento porque ella no iba por allí, nunca lo había hecho ni lo iba a hacer, apenas les ayudó con el enfermo, y tampoco quedaban para salir. Lo cierto es que un desinterés como aquel a Cliter le daba un poco

igual en semejante situación, tampoco tenía mucho tiempo para dedicarle a una preocupación tan superficial. No asistió al entierro, pero como es natural, él ya lo esperaba. No compartían las mismas costumbres ni religión, lo que no era una excusa. Podía haber argumentado pero no lo hizo. En realidad había visto a Boby un par de veces, apenas había oído su voz o podía decir algo de su buen carácter porque se mantenía al margen de la vida real de Cliter.

A pesar de todo, y de haber renunciado durante un largo periodo de tiempo, al carácter puramente sexual de su relación, no hablaron de ello. Fue un distanciamiento en silencio, no se veían, no hablaban. Ese tipo de cosas se saben en los pueblos, la gente lo presiente, lo comentan entre ellos por puro entretenimiento, “parece que se han enfriado", decían en los bares y la peluquería si alguien preguntaba. Si un matrimonio tenía problemas, lo que no era muy habitual en los pueblos pequeños y tan tradicionales, no sólo lo sabía la familia y los vecinos, se convertía en una noticia de primer orden, la salsa de la vida. Asimismo, se le perdía el respeto a los separados y los divorciados. El respeto a las familias estructuradas, era superior, entraba en un orden de calidad de las personas, quiero decir que nunca esperarían una mala jugada de este tipo de personas, tenían una reputación superior que no pondrían en juego. Las críticas tampoco los alcanzaban gratuitamente, no tenían deudas, ni amantes ni corrían riesgos económicos, todo estaba controlado. Cliter nunca había sido visto así, era casi un nómada a los ojos de todos, y Soie, por supuesto, una extranjera a la que nadie entendía ni se iban a molestar en hacerlo.

No sólo era parte de los fines y diretes del pueblo, estaba expuesto a las miradas más torvas y curiosas, aunque si se casara con Soie y fueran el matrimonio más ordenado del mundo (ni se le había pasado por la cabeza), eso no cambiaría nada, era el blanco de los vecinos. Algunos decían que había algo de envidia en esa forma de ser, Cliter pensaba que para darle valor a aquella forma tan cateta de ser y de vivir, los habitantes de Hervás debían rebajar a los que no aceptaban las reglas, eran de fuera o de conducta relajada. No tenía ningún interés en ser como todos, y le daba bastante igual lo que contarán de él los aldeanos. Desconocía dónde pasaba la mayor parte del Tiempo Soie, sabía que iba menos por el bazar, había nombrado un encargado para controlar al personal. Además, tampoco iba muy bien, era un lugar en decadencia. El pueblo había superado la novedad de los productos chinos, nadie compraba por impulso, sólo lo que era útil y realmente necesitaban.

Con la carpintería pasó algo parecido, ya todos los arreglos del pueblo parecían realizados. Conservó sus trabajos para pequeñas embarcaciones, pero desplazarse para realizarse incrementaba el precio por el transporte. Iba sobreviviendo, pero el ritmo del dinero, el bombazo de negocio que esperaba no se produjo, a pesar de que la competencia cerró, porque el otro carpintero se jubiló. ¿Podía convertir para sí mismo la jubilación sin más inconvenientes en su nueva aspiración? Nadie piensa eso cuando faltan treinta años para que llegue es momento. Sin embargo se veía a sí mismo como un viejo solitario viendo las gaviotas que llegaban del pueblo de al lado, asaltar el mercado y las sobras de pescado. El tiempo pasaba, eso era un hecho, para bien, pero sobre todo para mal, porque la vida acechaba con sus trampas, y el paso del tiempo lo acercaba a cada una de ellas. Boby ya no estaba, la furgoneta requería arreglos, debía arreglarse la boca y, a falta de grandes desgracias como la muerte de un hijo (eso lo hundiría para siempre y Danny Zuko no volvería a aparecer desafiante), o un divorcio o nuevos fracasos sentimentales (eso ya lo había pasado y le daba igual), cualquier cosa que estuviera por llegar, enfermedades, multas o decepciones por gente conocida o amistades, lo hacía reconocerse como un fiel candidato a ser destruido. Las familias tradicionales viven enfocadas en su dignidad, frente

a lo que pueda llegar, le dan una lógica a mantenerse firmes a lo que los años siguientes tengan planeado para soltar sus golpes.



3

Muerte por acumulación

Estaba muy de moda en las noticias hablar de viejos que aparecían muertos en sus casas, incluso en sus pisos de grandes ciudades, rodeados de basura que habían ido acumulando. Hablar del síndrome de Diógenes le daba a los telediarios un aspecto muy elevado y entendido en psicología, casi científico. Lo cierto es que Cliter no esperaba acabar así, no tenía ningún interés en llevarse basura de los contenedores para la parte de la casa que no era carpintería, pero era verdad que aprovechaba cualquier trozo de madera que pensara que un día le podía ser útil, por eso recogía muebles viejos que la gente iba a tirar. Pasaba por sus casas, charlaba con ellos, conocía a los vecinos, y les quitaba la molestía de arrastrar lo que fuera hasta los contenedores(el aglomerado no le interesaba, no lo consideraba madera, era la gran mentira capitalista de la modernidad). Una vez en el taller lo cortaba, lo desmontaba y lo mantenía amontonado hasta que le encontraba una utilidad. Eso no era tener el síndrome, era ser previsión, pensaba con la convicción de un artesano.

Cómo la situación con Soie se difuminaba -una había Sido clara, pero una neblina desconcertante la invadía-, empezó a povobestse por el pueblo delante del colegio de secretarias a la hora en que las chicas bajaban a la terraza del bar a tomar té con limón. Le encantaría hacerse amigos de una de aquellas chicas, aunque sólo fuera por hacer que Soie se muriera de rabia. La conocía un poco y sabía que no era amor, pero tenía un marcado sentido de la posesión. No sabía por dónde iba a salir, pero cada nueva escena de celos, le parecía estudiada y poco pasional. Muy del estilo de las pelis orientales que había visto en su compañía, las mujeres de ojos rasgados eran muy autocontroladas, y a él, nada había que le gustará más que oír un suspiro de amor muy cerca de su oído. Se había enterado de la visita de Agripina y se lo había tomado muy mal. Estaba tan profundamente ofendida, que asumió no volver a invitarlo a cenar en su casa. Eso para ella quería decir mucho y para Cliter no tanto. Claro que desde la muerte de Boby no podía decir que siguiera teniendo el mismo interés por ella. En su vejez, le contaría a sus nietos, que había tenido una novia china y que la furia de las mujeres orientales era silenciosa pero igual de destructiva que un cañonazo. Pero ni siquiera en semejantes situación, y por mucha confianza que tuviera con los hijos de Enzo, sería justo y fiel a aquel equilibrio que Soie le había proporcionado en el momento más difícil de su juventud; incluidos todo tipo de desprecios e insultos. Que una mujer te trate como una mierda, a veces te ayuda a valorarte por encima de todas las críticas.

Austin le dijo que en verano volvería a la ciudad, que no se acostumbraba en el pueblo y haría cualquier trabajo, para poder volver a andar de gamberro con sus amigos, bebiendo y riendo sin motivo,ver sobrado bienestar.

En aquellos planes había un optimismo de juventud que él ya había perdido, y francamente, cuando un hombre empieza a sentirse ajeno a la marcha del mundo,ves porque algo dentro de él ha empezado a cambiar. No disponía ni de sueños, ni fuerzas para alcanzarlos si los tuviera.

Lo que más lo sacaba de quicio, era que el mundo pudiera seguir funcionando sin él y que pudieran imaginar una vida sin él, porque no hemos hablado lo suficiente de ello, pero.ni Danny Zuko podía superarlo en creerse tan imprescindible. Sólo hubiera una persona que había dejado de verlo y a él le había importado, y esa era Agripina. Del resto, cada vez que salían de su vida, encontraba como tapar el hueco sin molestarse demasiado. También debemos tener en cuenta,que Agripina le había dado puntilla, había sido en un momento en el que todo se había caído a un tiempo, ¿como una caída de la luz? Pues así pero durante meses, sin encontrar una solución a sus problemas.

Los jóvenes podían proponerse las más grandes hazañas, ese era el problema, Cliter ya no se sentía joven. Hasta fracasando una y otra vez, parecía que aún les quedaba una oportunidad y a la próxima tendrían éxito. En otros tiempos, su mejor época, todos habían comprendido desde muy temprano que sólo iban a tener una oportunidad y si no la aprovechaban irían cuesta abajo sin frenos -al menos los chicos de clase trabajadora sin padres solventes dispuestos a rescatarlos de sus errores-. La juventud que podía ver parecía creer que todo se le debía y no importaba ir de fracaso en fracaso sin que eso pudiese afectar a su imagen y su destino. Ya todos sabemos lo que pasa con los empresarios, y sobre todo una crisis semejante, quieren saber en cuántos sitios has trabajado y por qué los has dejado o si han prescindió de tí. Cómo se corra la voz de que no trabajas bien, estás perdido. Al menos así ha sido siempre. Y tal vez los jóvenes pensaban que podían con un mal currículum. Cliter se consideraba un buen trabajador, trabajaba la madera con maestría y tenía experiencia de años, no se podía pedir más, y aún así, no había encontrado trabajo, lo había intentado en el pueblo (Dios sabía que había sido así), se había sacrificado, y con todo seguía sin levantar cabeza.

Soie recibió un pedido de medias de un nuevo poliéster de mucha calidad. Cada día se ponía un par de un color diferente y las lucía parando por el pueblo con falditas muy cortas o unos shorts apretados en las ingles como nunca se habían visto.

Después de un tiempo de vivir sólo y no relacionarse demasiado, empezó a comprender el verdadero sentido del aislamiento. No tener nada que demostrar es un acto de generosidad, algo parecido a renunciar a competir, al fin y al cabo no tenía grandes aspiraciones y después de un tiempo, cuando al fin su entorno en el pueblo lo entendía, también se relajaban y todos estaban más tranquilos. Cuando le preguntaban a Agripina si sabía algo de su ex, ella respondía que vivía aislado en un pueblo sin futuro. Era un poco cruel, nadie conoce el futuro ni tiene por qué denostar como elige vivir cada uno. En realidad las rutinas no están tan diferentes, trabajar, pasar por el bar a tomar un café, caminar hasta una casa para contratar una reparación, tal vez una barca que arreglar en el pueblo de al lado, tareas en casa, comprar lo necesario para sobrevivir, al fin y al cabo, en una ciudad o en un pueblo hay que comer, asearse, limpiar la casa, ese tipo de cosas que los solitarios se toman como una distracción. En su caso, no se tomaba esa forma de vivir como un sacrificio, pero echaba de menos a Boby y a Austin, eso también era verdad.

Agripina tampoco parecía tener mucho interés en intentar una nueva relación. Había llegado a la conclusión de que los fracasos podían seguir llegando uno tras otro, y eso no era conveniente para su salud mental -ni la de ella ni la de nadie-. No todos los divorciados aceptan una transformación, y de los que lo hacen, intentan disimularlo, por eso cuando empezó a visitar a Cliter no se lo dijo a nadie y le pidió a Enzo que no lo contará, que se trataba de un secreto. De pronto los dos se sentían a gusto, eran sólo amigos y eso lo facilitaba todo. Cuando iba para más de un fin de semana, se lo tomaba como unas vacaciones y aunque el niño tardó en admitir que sus padres ya no volverían a estar juntos, al menos disfrutaba de aquellos momentos teniéndolos cerca a los dos. Al principio,

Agripina se sentía un poco cohibida, pero como lo conocía, sabía que él también estaba cómodo y feliz cuando tenía a su hijo cerca. No quería confusiones sobre sus intenciones, lo tuvieron que hablar, pero como le ayudaba en lo que podía, quedaba claro que quería aprovecharse de su buena fe, ni él lo hubiese consentido. Cuando llegaba el momento de volver a la civilización, como ella decía en la despedida, él se reía porque la ciudad estaba llena de trepas y era de todo menos civilizada, pero quedaba claro que habían pasado unos días agradables y salir de sus rutinas no les venía nada mal. A pesar de lo mal que la vida lo había tratado, cuando se toca fondo se encuentran motivos para decir, 'bueno, ni tan mal", y en eso estaba.

Se prometió que no volvería a relacionarse con Soie, al menos sentimentalmente. "Por algún motivo desconocido, cuando una mujer cree que ya no quiere nada contigo y te ve con otra, de nuevo despiertan su interés", pensaba. También estaba convencido de que si Agripina adivinaba la presencia de otras mujeres, dejaría de hacerle visitas, y no quería arriesgarse. Desde que las cosas eran así, vivía en un estado constante de espera y paciencia. Era suficiente, de nuevo, se reafirmaba en su idea de que los que persiguen un sueño hasta convertirse en despiadados competidores, en realidad escapan de algo, tal vez admitir que el tiempo pasa, los fracasos, el miedo a las enfermedades, a perder sus capacidades o dejar de creer en sí mismo. Cuando volvió al bazar chino, compró alambre para un cercado y unos alicates. Soie había vuelto con el joven jugador de fútbol al que trataba como un vasallo. Mientras le pagaba ella lo miraba muy sería.

-¿Va todo bien? -preguntó.

-Sí, claro. Todo bien. Tienes de todo en la tienda. No podía ir al pueblo de al lado, sólo para comprar un poco de alambre.

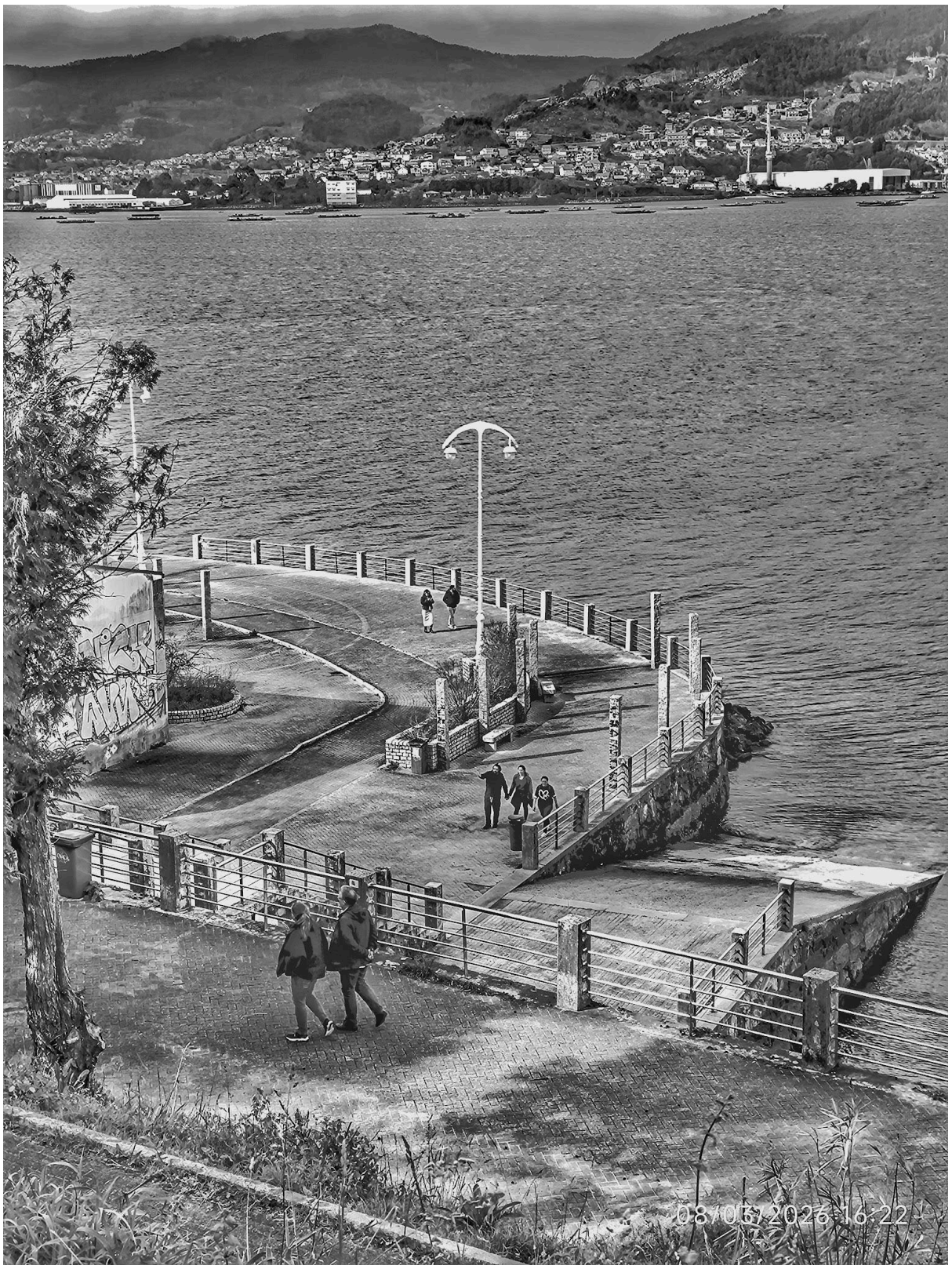
-No sería muy lógico. Si necesitas algo, puedes venir, no me parece mal. Somos adultos. Es un negocio, has hecho bien.

Hablar con alguien, aunque sólo sea para preguntar cuánto cuesta una caja de tirafondos, o si los repuestos de sierra son de buena calidad, también formaba parte de su vida en ese momento. Se alejó, salió de la tienda y al llegar a la furgoneta miró hacia atrás, a través de los cristales de la puerta pudo ver a Soie besándose con el futbolista, la naturaleza seguía su ritmo.

Fin del relato.

—---------

—---------



1

Misión urgente en mitad de la tormenta

Con frecuencia nos preguntamos, cómo habría sido nuestra vida si en un momento muy concreto, posiblemente en una encrucijada, no nos hubiésemos dado demasiada prisa en tomar una decisión. No siempre tiene que tratarse de una decisión equivocada, claro está, pero diferente.

Kalvin Macana acababa de romper con su novia de toda la vida, y entró en una licorería para comprar una botella de ginebra a la que poder contarle sus penas aquella noche. En aquel tiempo era frecuente hacerlo cuando una contrariedad de tal calibre te tenía obsesionado y como adivino que no iba a poder dormir hasta que estuviera bien cansado, se dijo que podría soportar que su hígado protestará unos días. La equivocación o tal vez la suerte, a la que nos referimos llevaba unos leggins tan apretados que le quitaban la respiración al que se quedaba mirando, y una camisa de propaganda de una marca de ginebra americana con la inscripción sobre su enorme delantera, “si no eres mayor de edad, no lo intentes”. Creyó que aquello era una señal, y cualquiera lo hubiera creído. No era un tipo místico ni nada, pero estaba convencido de que la vida estaba llena de señales que nos pasan desapercibidas, y él, para una vez que había visto una, no iba a dejarla pasar. La chica parecía parapetada entre unas cuántas cajas de ginebra y una mesa con tónica en hielo, los vasos eran de plástico, pero sólo se trataba de probar el producto, no de quedarse a charlar.

Una chica rubia de piel muy blanca se le acercó nada más entrar y le preguntó si le podía ayudar en algo. Kalvin no le quitaba ojo a Minie y la enorme inscripción sobre su camiseta.

-Minie, por favor ayúdame a poner el licor café sobre la barra -le dijo una mujer que parecía la jefa.

Le gustó el nombre casi tanto como la desenvoltura con la que se movía. Cuando volvió ya estaba él probando la ginebra.

-Es usted un descarado. ¿No sé lo han dicho? -no parecía muy contrariada, tan sólo lo suficiente por haber entrado en su parcela-. Tiene que esperar a que se lo ofrezcan. ¿Lo prueba todo sin permiso?

-Lo intento -respondió-. Casi siempre me gano la bronca. Permita que me disculpe, me llamo Kalvin y quería comprar una botella.

-Son veinte euros.

Hay momentos en la vida en los que no se debe escatimar. Además si iba a ser la cena, al menos la ginebra cara se hacía querer y la resaca era más soportable. Sacó la cartera y le pagó la botella.

-Supongo que usted debe estar de la ginebra hasta el gorro. Me gustaría invitarla.

-No me gustan los hombres que huelen a ginebra, pero no es por eso que debo declinar su amable invitación -en realidad le parecía una interesada invitación, por eso el sarcasmo tan exagerado hasta en el tono-. No podemos utilizar el horario laboral para tontear con los clientes. Ahora usted me dirá que no tontea y yo añadiré, que tampoco es mi estilo.

Eso acabó de hundirlo. Había sido rechazado dos veces el mismo día. Lo de su ex, hacía tiempo que lo veía venir, pero la chica de los leggins, ese discurso avasallador no se lo esperaba. La muy mona quería un chico con estilo. ¿Realmente tenía un aspecto tan lelo? Lo mismo todas las mujeres lo dejaban por no ser tan refinado como otros. Él sabía que había mujeres que no soportaban a los hombres que hacían ruidos al comer, pero ¿acaso el amor no consiste también en soportar todas las pequeñas incomodidades de la convivencia? No iba a ser la primera ni la última vez que una chica después de una noche

larga, se tirará un pedo debajo de las sábanas y él hiciera como si nara. Eso también era ser un caballero, no un lelo.

Salió de la licorería, hacía frío pero el aire era seco. Estaba a punto de caer la navidad y habían encendido el alumbrado de las fiestas. Era tarde, la aguja pasaba de las ocho y los comercios empezaban a cerrar. Encendió un cigarrillo y metió la botella en un bolsillo del abrigo. Poco después salió Minie acompañada de un hombre que le ponía el brazo por la cintura. “Adiós”, le dijo y le sonrió. Él le hizo un gesto con la mano. En ese momento estaba convencido que salir de su rutina para acercarse a la licorería no había sido buena idea, pero en el momento de su decisión era lo mejor que podía hacer para no perder completamente el día. Los días difíciles hay que endulzarlos, pero a él no le gustaban los pasteles, tampoco tenía costumbre de comprar una botella cada vez que algo no salía como esperaba, eso no hay cuerpo que lo aguante, pero había que arriesgar hasta su buena imagen por cambiar un día como aquel, tan lleno de falsas señales. Estaba tan distraído que no vio venir al muchacho con el monopatín eléctrico. Llevaba la luz encendida pero aquella velocidad invitaba a un accidente. Se tiró al suelo de un salto para evitarlo y lo vio alejarse objeto de todo tipo de insultos. Al caer oyó un ruido cristalino, la botella se había hecho añicos y el líquido había sobrepasado el abrigo y mojado su pantalón sobre sus partes blandas. Sintió un leve escozor, al menos cada cierto tiempo deberíamos desinfectar esas partes, pero como con el hígado, sin la debida prudencia, el alcohol puede no ser lo más conveniente.

Al día siguiente seguía pensando en su nueva amiga. ¿Amiga? No podía llamarla de otro modo, había vuelto la cabeza, le había sonreído y se había despedido con un adiós casi formal. De acuerdo, iba acompañada, pero no era su novia, de momento sólo su amiga, pero eso podía cambiar.

Si el éxito con las mujeres era cuestionable, si no había tenido mucha suerte, o si al conocerlo lo consideraban torpe y chabacano, sólo podía ser culpa suya. Le gustaba vestir bien y comprar zapatos caros, ¿Que culpa tenía de que las mujeres pudieran desengañarse después de un tiempo? El desengaño es algo bastante natural en estos tiempos. Ni siquiera la mayoría de chicos que estudian en colegios privados son de familias históricamente estimables, muchos de ellos tienen a sus abuelos dedicándose a tareas del campo en aldeas desconocidas. Al menos su padre era funcionario y capaz de compulsar cincuenta fotocopias documentales en una hora, lo que no está nada mal, si tenemos en cuenta que la media está en veinte. Los médicos del servicio público de salud, dedican cinco minutos a cada paciente, es lo establecido políticamente para controlarlos, alrededor de doce pacientes por hora. Bueno si su padre hubiese sido médico, las parejas le hubiesen durado mucho más tiempo, de eso también estaba seguro, era una cuestión estadística; la condición social de los hombres -es decir, los que proceden de familias burguesas y bien situadas-, los convierten en parejas idóneas para relaciones estables.

No podía asegurar que la chica hubiese reparado en él porque lo hubiese encontrado interesante sólo por estar apoyado en un coche deportivo o que se hubiese tratado de una mera formalidad. Un nuevo desengaño estaba servido. Aquella chica, podía parecer una marquesa vestida para ir a cenar, pero la visión de sus leggins era lo que a él lo había impresionado. Si no fuera por el tipo de trabajo que hacía y el aspecto aburrido del hombre que la llevaba por la cintura, podía haberse confundido con ella. Si le hubiese parecido una marquesa, ni se habría acercado. Para colmo le empezaba a asomar una oscura raíz en el pelo, no era tan rubia como pretendía, y tal vez eso lo animó a volver a por otra botella, no estaba todo perdido. La volvió a invitar a tomar algo, pero sólo acertó cuando propuso una cena romántica porque conocía un lugar en el que hacían bacalao a la plancha. Enseguida

le notó que se moría por conocer aquel sitio tan exclusivo. También ayudó que le dijera que era un sitio caro y que podían codearse con gente importante. Eso fue definitivo, ¡touchée! La chica quitaba las barreras, paso franco. Le dijo que tenía que ir a cambiarse y la acompañó a su apartamento. Era un lugar desordenado, con ropa interior secando en el baño. Obviamente había hecho una pequeña colada. Las chicas que lavaban con frecuencia sus prendas íntimas olían muy bien. Le dijo que iba a orinar, arrimó la puerta y observó las prendas muy de cerca colgando de la barra de la cortina de ducha. Acercó tanto la cara que casi las rozó con su nariz. ¡Buen nylon! Las palpó con los dedos. Este nuevo tipo de tejido plástico era de tan buena calidad que estaba sustituyendo a otros que conservaban un porcentaje de algodón. La mejor forma de conocer las posibilidades de un candidato era preguntarle en qué trabajaba. Kalvín era dependiente especializado en unos almacenes en la tercera planta, moda masculina. Por eso sabía tanto de ropa y vestía con prendas de calidad que podía conseguir a buen precio. Ese era el motivo de muchas confusiones con las chicas cuando lo tenían cerca, notaban la calidad de la ropa y la elegancia. Ni uno sólo de los maniquíes del escaparate eran más elegantes que él. Minie estaba rabiando por saber a qué se dedicaba, pero era pronto para preguntar y le daba vergüenza parecer tan interesada. Por otra parte, lo de ir en taxi también le gustaba, aunque él tuviese que aclarar que el coche deportivo se lo habían dejado para probar pero no lo iba a comprar porque no necesitaba algo tan potente para moverse en ciudad, “sería ridículo, ¿no crees?” Minie estaba tan a gusto que le dió igual no poder subirse al deportivo cupé con asientos de cuero de Alcántara.

En el restaurante no había gente tan importante, aunque se veía que se habían gastado mucho dinero en algunos lujos. El propietario era un retornado de la emigración en Suiza, las ideas que traía de allí eran buenas, pero no sabía que la gente de dinero iba a restaurantes en los que el dueño tenía un prestigio entre la alta sociedad. Mientras no pudiera un maitre y un jefe de sala que hubiesen estudiado en colegios privados, aquello no iba a arrancar. La cocina es importante, pero el ambiente selecto y sentirse entre los de ellos, era lo único que la gente importante estuviera a gusto. Había un comentarista deportivo al que Minnie reconoció, pero muchas mesas vacías y el jefe de Kalvín Macana que lo saludó. Saludarse en la distancia también le ofrecía cualidad de estilo y Minie creyó firmemente en ese momento, que Kalvín podía ser el hombre de su vida. Aquella noche él durmió en su casa y ella se sintió muy afortunada de haber pescado un hombre así. Sus amigas universitarias se podían morir de envidia, algunas hacían concesiones horribles, conocía los hombres que pasaban por sus vidas, prepotentes engreídos niños de papá sin más talento ni oficio que saber respetar por su herencia. Ella tampoco podía presumir de haber tenido mucha suerte hasta ese momento, esa era la verdad, pero con Kalvín, después de una buena cena parecía estar segura.

Se casaron unos meses después, no tuvieron dudas. Ella se contentó con su dependiente de comercio, que era lo que ponía en el DNI, y él pensó que había hecho una jugada rápida y era mejor asegurar antes de que la paloma saliera volando. Un día ella se presentó en su trabajo sin avisar, y se hizo un gran revuelo porque todos querían conocer a la afortunada.

Los chicos lo habían considerado siempre un Don Juan sin futuro. Si supieran lo desgraciado que se había por no encontrar una mujer que le diera la seguridad necesaria para comprometerse , ¿qué pensarían entonces de su nueva conquista? Tal vez, los más espabilados ya dejaban volar la imaginación y comentarían en privado, si se ha casado con ella, debe tener cualidades superiores. Los envidiosos se dedicarían a hacer comparaciones con otras mujeres del pasado que realmente les había impresionado. Y lo que era aún peor, compararlo con aquella chica americana que apenas hablaba español, y que había sido

Miss California de la Asociación de recogida de la uva. Fue de las que menos le duró pero el encargado de la sección de lencería había quedado muy impresionado. Hustler llevaba también la sección de Moda de Caballero, y llegó muy sofocado para disolver la reunión y las felicitaciones. Ni que decir tiene que a Minie le pareció fatal y se fue desairada incapaz de contenerse y decir, “es usted un pobre hombre sin categoría para hablarle así a una dama". Kalvín la acompañó hasta la puerta, y una vez en la calle, la vio hacer una peineta a todo el edificio. Quedaba claro que la relación de su recién estrenada mujer con su trabajo no iba a ser muy buena. Convengamos que Minie no era una princesa, eso ya lo sabía él antes de dar el gran paso, pero se pasó toda la mañana riendo y un poco asustado porque alguien la hubiese visto y le hubiese ido con el chivareonal jefe, y pudieran decirle algo como, "cuídese de sus malas elecciones”. Las mujeres más difíciles, esas malas elecciones, como decía Hustler, son las que producen mejores erecciones al principio, y estimables satisfacciones, tal como aparece en " La fierecilla domada”, al final se saca de ella una ternura que siempre había estado allí. Lo que tenía muy claro, era que aquella forma de querer que él tenía y lo agotado que quedaba después de lidiar con tanto ímpetu femenino, le daban una inmerecida fama pero había aprendido mucho de sus parejas. Los hombres que tienen una sóla pareja y les dura toda la vida, nunca llegan a conocerla, no se atreven. No por lo que puedan encontrar dentro, vuelven a casa tan cansados del trabajo que les es más cómodo poner un poco la tele y dejarlo correr. Aunque fuera sólo por haber tenido aquel ánimo de no resignarse, y entregarse una y otra vez a una nueva curiosidad, merecía las lisonjas de su mejor amigo, Cori Patter. El chico lo tenía en un pedestal y lo ayudaba todo lo que podía con sus conquistas aconsejando si lo veía muy rudo o muy entregado. Decía casi siempre lo que pensaba, lo que incidía en positivo con un: "esta chica me gusta”, pero si había evitado a la chica de California porque lo trataba con altivez había preferido no decirlo. Debemos tener en cuenta, que los trabajadores básicos no soportan a la gente idiota que se cree en un plano superior y cada vez que abre la boca todos descubren que son clasistas, racistas o poco inteligentes algunos aprenden a disimular y se creen líderes, nunca consiguen esa habilidad porque no son un ejemplo ni se preocupan por nadie, Hustler era uno de estos enchufados sin mérito que había llegado a jefe sin mérito. En suma, Cori no tenía un pelo de tonto, y sólo con oír hablar a un jefe, o a las parejas de Kalvín ya sabía si un muro de prejuicios se iba a interponer entre los ellos. También deberíamos pensar que la mayoría de sus compañeros no eran como Cori, sus apreciaciones sobre sus conquistas y sus fracasos eran muy superficiales. Las chicas los sorprendían siendo tan hermosas, más de lo esperado, pero comentaban en privado, “esta chica tampoco le va a durar".

Saltaba a la vista que Minie se había ido muy enfadada, lo que no esperaba era que al volver a casa siguiera igual. Realmente había chicas caprichosas, él había conocido unas cuantas, pero Minie lo dejaba totalmente desorientado. Se acababan de casar y era un poco pronto para semejante reacción, desde luego le hacía falta un buen baño de realidad y bajarse de su pedestal. Puede que cada mujer necesitara un hombre diferente, o tal vez todas necesitarán el mismo, un hombre capaz de hacerlas sentirse seguras. No hay nada que más daño a una mujer, es que su pareja la haga sentir insegura. ¿Acaso sería él tan imprevisible? Dicen que las parejas tardan en separarse el tiempo que les lleva conocer sus peores defectos. Un defecto repetido en una vida rutinaria puede ser desesperante para algunas personas.

Minie estuvo enfadada unos días, hasta que un golpe de suerte lo cambió todo. A Kalvín le ofrecieron cambiar los trajes elegantes por vender viajes de vacaciones en la última

planta. Sabía que las vacaciones tenían un plus por ventas con un viaje a mitad de precio, era todo lo que necesitaban.

Podía haber esperado unos días por la confirmación del cambio. Era casi un ascenso aunque iba a cobrar lo mismo. No pudo resistir ser tan discreto como ella esperaba de él y al llegar a casa se lo soltó. ¿Qué te parecerían unas vacaciones en un pueblo italiano cerca de la costa?

Es posible que Kalvín hubiese puesto mucho en juego los últimos años en la sección de Moda caballero, lo tenía todo muy controlado, incluso la influencia sobre sus compañeros. Es posible que fuera un obstáculo para algún enchufe, y al sacarlo del medio, podían promocionar a algún tapado.

Tendría que abandonar viejos sueños de subidas de sueldo y categorías, lo mismo que todos los demás, empezar de cero y aprender cosas nuevas. Todos, en su nuevo destino, lo verían como un novato torpe. Los comienzos suelen ser duros en cualquier parte. Lo importante en ese momento era poder ofrecerle unas vacaciones a Minie, podría sin duda apañárselas con el resto.

Puestos a ver el lado bueno de tan inesperada proposición, le costaba reconocer que la idea de quitarse de encima a Hustler también había influido. Estaba seguro de que había sido el detonante del enfado de Minie.

Los días posteriores todo cambió, ella volvió a ser la mujer alegre y seductora que había conocido. Parecía que, a pesar del exceso de trabajo, la suerte volvía a estar de su parte. Todo iba de perlas hasta que quedaban unos días para las vacaciones. Ya había concretado las reservas y los días de lo que, en cierto modo, iba a ser su luna de miel. Parecía que nada podía alterar el curso de los acontecimientos y truncar tanta felicidad. Entonces sucedió, Hustler se acercó a su mesa en la oficina y le pidió que mirara en su ordenador el apartado de viajes con descuentos para encargados.

-¿Qué tal te va? ¿No echas de menos tu antiguo puesto?

-Tanto como eso…

-Mira bien. Tengo un viaje a Buona Soira. Debes tener los billetes en algún cajón.

Reconoció el nombre del pueblo italiano, era el mismo que disponían para ellos.

Miró las fechas y eran coincidentes. Revisó el contrato. ¿Cómo era posible? Mismo, hotel, mismos días y sin posibilidad de cambio. Le entregó los billetes, lo miró como si desconfiara. No podía ser una casualidad. No dijo nada.

A pesar de su reciente trabajo en la licorería Minie no era bebedora. En el hotel les pusieron una pulsera que les ofrecía desayuno, comida y combinados alcohólicos entre horas, aquello era estupendo para un hombre como Hustler que parecía una esponja. Lo vieron acodado en la barra nada más llegar, pero lo evitaron y se dirigieron a la recepción y en cuanto tuvieron la llave, fueron directos a la habitación. Kalvin ya le había explicado lo de comprar botellas de ginebra sin aparente reparo, sólo bebía por los fracasos en el amor. Era aficionado a pasar largas horas en las cafeterías sin nada especial que hacer, pero tomaba café o cerveza, nada más fuerte. Una vida anodina entre una relación y otra lo había avocado a llenar horas de una forma tan poco imaginativa. Al llegar la hora de la cena comprobaron que el hotel estaba al cien por ciento, no parecía que quedara una habitación vacía, y las mesas del comedor estaban a tope. En ese lugar tenían la costumbre europea de compartir mesa con desconocidos si no quedaban mesas vacías, así que se sentaron con una pareja con acento vatalán y descubrieron con sorpresa que trabajan en la misma empresa multinacional de centros comerciales que kalvin.

-¿ También venís al congreso? -les preguntaron.

-¿Hay un congreso? Pues nos han incluido. Para hacer bulto supongo.

Al terminar de cenar se levantaron y salieron a la terraza con piscina para tomar el aire. Toda aquella gente parecía empeñada en relacionarse y preguntar en qué centro trabajaban y en qué ciudad quedaba, entre otras cosas. Hustler estaba muy cerca y les hizo un gesto, pero había conocido a una chica a la que le estaba contando su vida. Bueno, cuando conoces a una chica, es normal que ellas quieran saber quién eres en la vida, lo que sucede, es que Hustler en estos casos, no les daba la oportunidad de preguntar. Les soltaba todo su currículum, su infancia, su familia, por qué no tenía pareja y cuánto ganaba sin los descuentos.

Cómo las diferencias de su mujer con Hustler habían provocado sus propias desavenencias, intentó ponerla al día de la retorcida personalidad de un hombre tan egocéntrico. Desde que supo que iban a estar alojados en el mismo hotel, y durante los días que quedaban hasta la partida, había hablado con ella de aquel desencuentro y el protagonista. Intentar apagar el fuego de la indignación femenina no es fácil, y en ese caso, hacerlo con un viaje en el que al final volverían a coincidir con el motivo del mismo, no era lo mejor.

Era inevitable no tropezar con él, y como la chica con la que hablaba se fugó diciendo que iba al baño y no volvió, aprovechó el momento para acercarse a su mesa.

-Me alegro de ver caras conocidas entre la multitud -se mostró amable, había parado de momento su manifiesta superioridad. Aún con todo y para evitar problemas, las respuestas de Kalvín eran las de una mula.

-Ya, estás cosas son así -respondió.

-Más tarde habrá bingo en la sala del fondo, y música melódica para los bailones en la sala principal. Aún estoy descubriendo todo lo que ofrecen, es un lugar sorprendente.

-Sí, claro. Eso está muy bien.

-Tal vez nos veamos más tarde en uno de esos lugares.

-Es posible, tenemos que situarnos -la respuesta de Kalvín intentaba una evasiva sin dejar de mirar a Hustler, que a su vez, no dejaba de ver a Minie de forma insistente. Era la chica más guapa de la reunión de congresistas con diferencia. Tendría que acostumbrarse a que los viejos la miraran. Los jóvenes parecían más entretenidos en subir a escondidas a las habitaciones de sus conquistas.

-Intentaré ser discreto con mis conquistas -se rió escandalosamente, volvía a ser el prepotente de siempre y Minie puso mala cara-. Tal vez más tarde nos veamos en el Karaoke, es lo más. Ya sabéis lo que dicen "lo que pasa en Buona Soira, se queda en Buona Soira"- volvió a reír maliciosamente.

Kalvín intentaba por todos los medios que no cundiera el mal ejemplo y procuraba tener al corriente de aquella desastrosa personalidad, a su mujer. Era difícil tomarse en serio a un hombre con tan poca suerte. Hustler parecía no saberlo, pero excluyendo los idiotas y los pelotas, nadie lo soportaba. Para él siempre había estado claro y eso ayudaba en su relato El jefe era egoísta, materialista e insensible a los problemas ajenos. Tampoco se trataba de un hombre que se sacrificara por su trabajo, aunque exigía que otros lo hicieran. Era aburrido y se creía gracioso, una vida lamentable, pero como cobraba un buen dinero, el mundo tal y como lo veía, creía que valía la pena. Es algo más corriente de lo que pensamos, el dinero vuelve más loca a la gente, que otras insatisfacciones son más íntimas. Un día pensaría en lo que se había convertido y se echaría a llorar en el regazo de una prostituta de las más caras.

-Bueno, no es que yo haya vivido una situación parecida - le aclaró apresuradamente a Minie-. Leí en un artículo que algunos hombres necesitan abrir su corazón a alguien y que

las prostitutas, en ocasiones, tienen que hacer de madre, de amante, de psicólogo y de confidente, escuchando los lamentos y lloriqueos de hombres de apariencia robusta comportándose como niños, mientras ellas le cogen la cabeza y los acarician metiendo suavemente los dedos entre el pelo mientras la dice, ”calma, calma, todo se va a arreglar".

-¿Todo eso?

Minie se había comprado un par de vestidos primaverales para estrenarlos en aquel viaje, la chica más atrayente de todo el congreso con diferencia. No podía dejar de verla y pensar que si la relación duraba, tendría que empezar a considerarse un hombre con suerte.

Estuvieron un rato oyendo cantar a Hustler. No lo hacía mal, cantaba canciones de Serrat, Raphael y Julio Iglesias. Minie estaba encantada porque no cantaba mal y le hubiese gustado salir al escenario y demostrar sus aptitudes. Sin embargo, Kalvin no quiso quedarse porque si le decía a Hustler que lo hacía muy bien, el otro se llenaría de orgullo y ya no habría quién lo pudiese soportar.

Ya por la mañana, un poco antes de la hora del desayuno, Kalvin propuso ir a la playa. Media hora andando a buen paso. Era un paseo obligado si querían hacer un poco de ejercicio y darse un baño en agua salada. Era demasiado pronto para que los limpiadores de la piscina y las zonas comunes hubiesen terminado, por eso no parecía mala idea, pero Minie estaba cansada y prefirió dormir un poco más y quedaron de verse a mediodía. Más tarde, ella bajó a desayunar, perecía de no muy buen humor. Cada vez que se encontraban con Hustler se producía una inesperada reacción, y si la otra vez había deseado perderlo de vista, la noche pasada le hubiese gustado hablar con él y decirle lo mucho que le había gustado verlo cantar. Las prisas de Kalvin por retirarse la noche anterior habían hecho el resto. Ni siquiera le había preguntado, había echado a andar y ella no podía hacer otra cosa que seguirlo. Después se puso a leer los afiches publicitarios de espectáculos en los alrededores y también, se dedicó a ver los mapas locales, lo que le llevó a mantener la luz de la habitación encendida, al menos media hora en la que Minie estuvo intentando dormir tapándose la cara con la almohada. Tal vez por eso no era extraño que no quisiera acompañarlo a la playa. Se llevó una agradable sorpresa al ver a Hustler desayunando, estaba deseando hablar con él y como le hizo en gesto se acercó a su mesa y esperó a que la invitará a sentarse

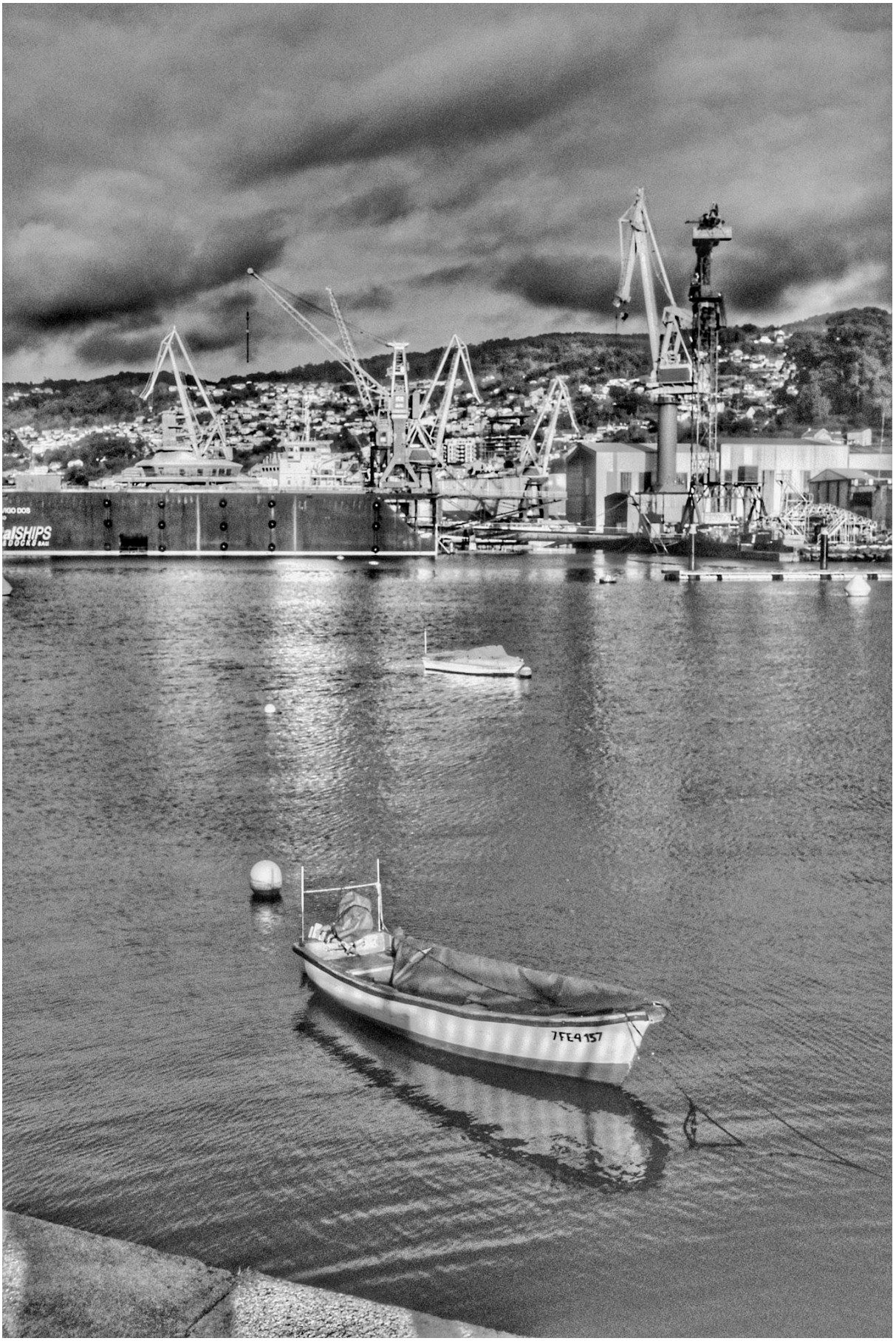
-¿Y Kalvin? ¿Durmiendo como una marmota? Es un hombre sin prisa.

-Se fue a la playa. Creo que está reconociendo el terreno. Quería decirte que cantas muy bien, ¡el rey del Karaoke!

-Tanto como eso no creo yo. De hecho hay un concurso, será una buena prueba para ver a otros. ¿Tú cantas?

-Sí, me gusta mucho.

-¿Por qué no te apuntas al concurso? Será muy divertido.


7FE9157

2

La resurrección de Julieta

Todo el día, Minie estuvo enfurruñada, no le apetecía hablar, ni estaba dispuesta a aceptar los planes que le proponía su marido. No era lo más parecido a una luna de miel. Tal vez por eso, esa noche cuando él le dijo que no quería bajar al Karaoke, ella lo hizo sola y se puso tan guapa que después de encerrarse en el baño el tiempo necesario y usar todos sus productos de belleza, parecía una actriz inalcanzable. No le dijo que había quedado con Hustler para cantar juntos “I got You babe" Sonny & Cher, el descubrimiento amateur.

Kalvín comprendió en ese momento que las cosas no iban bien. Podían durar aún algún tiempo, pero estaba convencido de que Minie pasaría a formar parte de la interminable lista de fracasos.

Algunos piensan que se conoce a las parejas en los momentos difíciles. Hay gente que tiende a salir corriendo cuando llegan las dificultades. Incluso en el momento de romper muestran su verdadera cara, sus reacciones más soeces y egoístas surgen son medida, y alguna vez se había sentido sorprendido en uno de esos casos, la transformación era total, una de sus ex se había convertido en una persona totalmente diferente, alguien a quien no conocía. Puestos a recordar, también había tenido desencuentros en algún otro viaje. Sabía que él tenía innumerables defectos, nadie se libra, pero al menos podía controlar las formas. Si de algo podía presumir, eso era de no perder los nervios y dejarse llevar por los malos modos. Del mismo modo, creía que eso exacerba el mal humor de los interlocutores con un ataque de nervios, ¿qué hacer en una situación así? Nadie lo sabe, cualquier cosa será malinterpretada. Pero sí, un viaje es uno de esos momentos en que la paciencia es tan necesaria. Las colas para sacar billetes, las largas esperas en los aeropuertos, las caminatas, las malas comidas, las diferencias de gustos en visitas y amistades, en fin, que Kalvín empezaba a considerar necesario que las parejas hicieran un viaje juntos para terminar de conocerse.

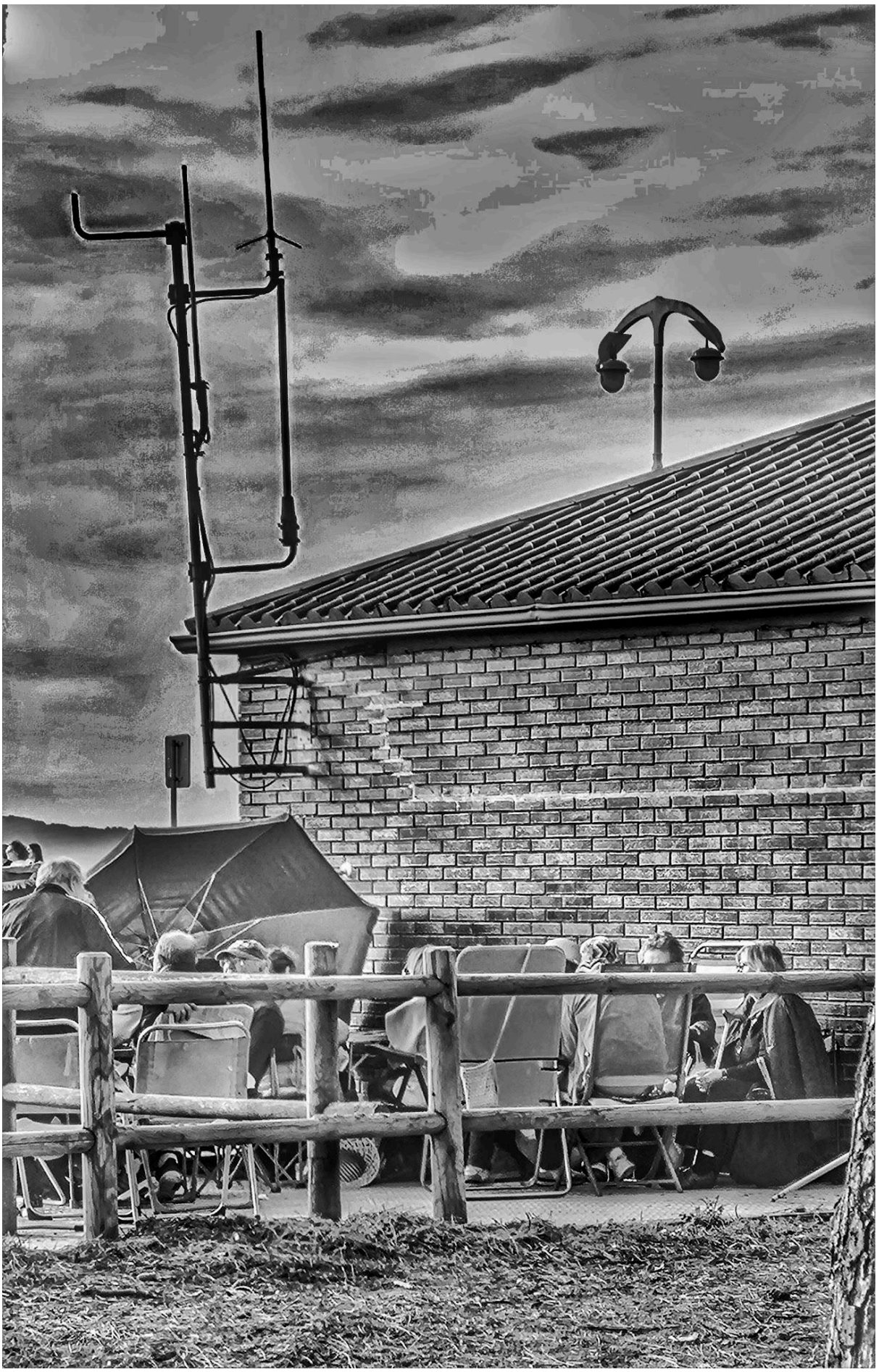
Cuando se decidió a bajar los vio cantando. Ella se había puesto su mejor vestido, y no lo hacían mal.

Se quedó de pie, apoyado en el quicio de la puerta, como un ser desamparado que no sabe si avanzar o dar media vuelta y volver por dónde había llegado.

Cualquier otro hubiese podido pensar que no le iba tan mal, pero él parecía derrotado. ¿Cómo había llegado hasta allí? En poco tiempo sentirse el hombre más afortunado del mundo, y poco después, de la misma manera, con la misma rapidez, tan confundido. Lo atormentaba con su actitud. Para ella debía ser muy importante demostrar lo que valía. Cantaba bien, nadie podía negarlo. Un sueño de juventud a medio cumplir. El anhelo reprimido, plastificado, sin gota de aire, en el congelador durante años, volvía a estar tan presente en su naturaleza que la dominaba. No podía dejar de quererla como se quieren los matrimonios por muy recientes que sean. Suspiró entre las sombras, no se deja de querer de golpe, por muy fuerte que fuera su descubrimiento. ¿Y si ella tuviera que elegir entre él y el karaoke? En cierto modo, aquella noche ya lo había hecho. Una parte de él quería salir huyendo, la otra lo mantenía clavado al suelo, paralizado. Matrimonio express, le había dicho para convencerla. Un poco tarde para arrepentirme.

¿Qué pintaba Hustler en todo aquello? Lo enredaba todo allí donde se presentaba. Se sentía perseguido porque las casualidades también causan ese efecto. Pensar en él era lo que no deseaba hacer, y, sin embargo, no podía dejar de hacerlo. Ella ponía sus condiciones, rendición total. Tendría que decidir si podría soportarlo. No era difícil de comprender, ya le había pasado antes, había gente que presentaba sus decisiones como hechos consumados; demasiado tarde para discutir sobre ello. En cualquier caso había sido una sorpresa. Había sucedido así, y lo que estaba era lo que había. Con toda seguridad ella lo consideraba una necesidad, un derecho ineludible de su desarrollo personal porque nada podía satisfacer la más que sacar aquello que llevaba tan dentro. Nadie está dispuesto a formar parte de la legión que reprimen sus talentos por el motivo que sea, y pasan a formar parte de los tristes de este mundo sin justificación. Y si después de haber cantado como los ángeles, haber Sido aplaudida a rabiar, incluso si algún viejo verde mandaba a un camarero que le llevara botella de champagne a su mesa, le guiñaba un ojo y el pulgar hacia arriba, ella sonreía agradecida. ¿Por qué no? ¡Maravillosa actuación! Engordó de satisfacción aquella noche, aunque al acabarse las vacaciones tuviera que volver a la vida aburrida y rutinaria en la licorería. No tenía derecho a romper sus sueños, pero Hustler, tan cruel como fantasioso, no podía pensar de él más, que le parecía ridículo. ¿Envidia? ¡De ninguna manera! Nada encajaba. Esperar que la gente se comporte conforme a lo que se espera de ellos, es valorar la coherencia. Tal vez por eso sus compañeros de trabajo esperaban que su matrimonio durará poco, la consecuencia lógica de sus anteriores relaciones. Una más, por así decirlo.

Minie lo había hecho, lo estaba situando de nuevo en el precipicio de la soledad de otro divorciado. No es ninguna novedad. En estos tiempos, el mundo está lleno de gente solitaria.



3

Las caracolas no se sorprenden ni cuando sube la marea.

Kalvín Macana desapareció por la mañana furtivamente. Con la determinación de un corazón herido salió con la maleta en dirección al aeropuerto. No soportaría una estúpida discusión. Nunca antes, una discusión de pareja, le había ayudado a resolver sus problemas. Ni siquiera le molestaba convertirse en un ridículo símbolo del hombre incapaz de mantener su relaciones. No podía evitar esa creciente reputación. Visto lo visto asumir los hechos iba a ser definitivo cuando volviera a encontrarse con Hustler. Podía permitirse eludir su presencia, con justificado resentimiento. No iba a ser fácil, lo conocía y sabía que lo buscaría, intentaría acorralarlo para hablar del asunto. ¿Había algo que hablar?

Fue una vuelta al trabajo cargada de instrucciones y novedades. Lo iba asumiendo con normalidad y sacrificio. ¡Qué raro eso! Estaba cambiando, él no era tan sumiso y dado a sacrificarse por un trabajo impecable y comprometido como le decían sus superiores. Bueno, cada uno tenía sus condiciones, y era fácil decir esas cosas desde la comodidad de un carajito. Los jefes pedían sin ponerse en los zapatos de sus subordinados, y debemos creerlo, no estaban las pobres vidas mal pagadas para asumir tantas exigencias sin dejar de pensar que los trabajos son el timo de la estampita cuánto más interés muestras, más te toman el pelo.

Los trabajos se están volviendo agobiantes. Nunca se redujo la jornada sin dejar de exigir más eficacia y velocidad para tener los mismos resultados. Todos sabían lo de su fracaso, tenía el pelo sucio, no se afeitaba y la ropa sin planchar, por lo que pensaba que eso le ayudaría a hacer creer a todos que se encontraba profundamente deprimido. Estuvo apunto de agredir a un idiota que se rió en su cara diciendo, “las mujeres no son para ti", pero hacerlo le hubiese grangesdo aún más hostilidades.

Podía haber esperado no volver a ver a Minie, hubiese sido lo mejor. Sin embargo, ella lo esperó en la puerta del centro comercial. No buscaba una reconciliación, por lo que él entendió, para la chica era importante dejar claro que no había sucedido nada entre ella y Hustler, en tal situación, ¿Ustedes que pensarían?

Final del relato

—----------

—----------



1

No puedo vivir sin mis pesadillas

Nunca viví una guerra. En la televisión seguíamos desde nuestro país los conflictos lejanos como si no fuera con nosotros. La crueldad entraba en nuestras casas por las imágenes que mostraban. Alguna gente protestó porque ponían los cuerpos muertos y mutilados en el Telediario del mediodía, justo cuando la gente volvía cansada del trabajo y ponían la tele para sentarse a comer relajadamente. ¿Relajadamente? Imposible, muerte, guerras, agresiones, impuestos y para colmo, el equipo local perdía con demasiada frecuencia.

Todo cambia cuando el enemigo está en la puerta y son nuestros países vecinos los contendientes. He oído de todo sobre este terrible conflicto, nada es agradable, nada bueno. Creí que la guerra no construye un escenario adecuado para una buena historia. Entonces, sin haberlo esperado, un soldado refugiado se instaló de vecino y me contó la historia más increíble que había podido imaginar. No sé mucho de armas, de estrategias, de artes marciales, de disciplina, de inmolarse ni nada por el estilo, pero con la información que tengo intentaré construir un relato. La guerra es horrible, pero en ellas suceden historias humanas, a veces al límite, que no debemos olvidar.

Cuando un anciano te pregunta: ¿Qué es lo que hago yo aquí? Es porque presiente la inmediatez de la muerte. Pero si esa misma pregunta te la hace un soldado, la guerra está perdida.

El amor ya no va a salvar el mundo, eso es demasiado optimista, me dijo el soldado. Realmente, tantos años de conflictos atroces no es para pensar diferente. Los que aman, también hacen infelices a los demás. Mucha gente no puede amar, o ha amado y ha perdido, y cuando le hablan del amor, les parece una mentira.

Está es la historia de Olina, una chica de ciudad, bien educada en una familia tradicional y que nunca pensó que todos sus sueños se verían truncados por la guerra.

Al empezar su vida en el instituto nacional de enseñanzas medias de Kasprovia (a pesar de lo grandilocuente del nombre, era uno de los tres institutos de la ciudad, el más viejo, nada más), pensó que cuando acabara el ciclo se iría a la universidad en la capital, pero que ya tendría bien atado a kernell y esperaría por ella. Era cuestión de ser amable con él y no ser demasiado exigente. Siempre había pensado que era mujer de un sólo hombre, y se conocían desde niños, habían cumplido los dieciséis y ella consideraba que se le había hecho muy tarde para cambiar de forma de pensar. Nadie puede decir que la inocencia de la juventud no es enternecedora, no podía imaginar en ese momento, la de vueltas que tenía que dar la vida.

Para ella, Kernell era el hombre perfecto, eso sí, en formación. Tal vez idealizado, llevado a la categoría de un personaje de novela. No lo veía flacucho, lleno de granos, con el pelo engrasado y jadeando de deseo cuando le tocaba los pechos mientras la besaba. No respiraba bien, y tal vez le olía el aliento, pero estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él por muy grimosa que le pareciera, y él por su parte, estaba tan enamorado que podría llegar al suicidio si sus familias, no muy bien avenidas, intentarán separarlos. ¿Alguna vez han visto una de esas parejas inseparables? Pues existen, y cuando digo inseparables, me refiero a que no pueden vivir sin el otro, y cuando quedaban para verse, procuraban que nadie se les acercara porque sus conversaciones eran muy personales. Hay amores enfermizos, a esa edad no es tan raro, el de ellos tal vez lo era. Lo mejor de todo era tener alguien en quién pensar, capaz de llenar los sueños, cada noche, de situaciones diferentes,

amorosas, por absurdas que parecieran. ¿Nunca han soñado que si amante se convertía en pez justo antes de besarla, y aún así enredaban sus lenguas en una trenza imposible? En mi caso pienso que debía ser un alivio despertarse esa noche en un sofoco envuelto en sudor, con miedo a volver a dormir por si volvía el sueño, pero yo nunca pensé así a esa edad, es más no entendía a la gente adulta que consideraba el sexo algo repugnante y obsceno. Entonces yo creía que lo decían mintiendo y para ocultar todas las porquerías que en realidad hacían y le gustaban. Kernell debía pensar igual, pero el sueño del pez no le había resultado agradable, era la primera vez que rechazaba un sueño erótico con un animal. De hecho, era la primera vez que un animal se introducía en uno de sus sueños con Olina.

El día que explotó la central nuclear de Kasprovia, Olina ya estaba en la universidad. Lloró mucho por Kernell, porque él trabajaba allí y estaba segura de que no había sobrevivido al accidente.

En kasprovia, los ciudadanos eran muy inclinados a la vida natural. Algunos construían cabañas de madera en medio del bosque para pasar las vacaciones y los fines de semana, escapando de la ciudad. Recibieron con profunda animadversión la noticia de que el gobierno iba a montar la central, pero desde las más altas instancias habían creado la idea de que la energía nuclear era una cuestión de supervivencia y no se atrevieron a llevarle la contraria. Hubo un comité que recogió firmas e hizo algunas reuniones tímidamente, y la respuesta fue muy limitada. Está antipatía produjo la discriminación de los empleados del lugar a los que consideraban vendidos, y les pusieron el mote de los Desaguados, tal vez porque consideraban que los que no protestaban por defender su tierra tenían agua en las venas o algo parecido. Lo cierto es que los sueldos por trabajar en la central superaban todo lo conocido y los estudios de Kernell fueron suficiente para encontrar su lugar entre tanto átomo. Habida cuenta, de que Kernell no sólo le había prometido amor eterno a Olían, necesitaba tener un trabajo adecuado a las exigencias de una familia con hijos, casa y coche, como mínimo. Me figuro que en aquel tiempo era una aspiración poco corriente, porque la mayoría de las parejas vivían alquiladas y los sueldos no llegaban para hacer muchas piruetas.

Tendría que haber llorado menos y haber pensado más, pero ya no tenía sentido acabar su carrera, sacrificarse tantos años, nadie la esperaba. En cierto modo no sólo había perdido a su amante y el proyecto de una vida, no podía volver a un lugar con el aire envenenado por la radiación, era un cruel destierro. Entró en el ejército, no cobraba mucho y el rancho no era muy bueno, pero no podía olvidar, si le daba resultado a los hombres rusos que huían de la justicia y de su pasado, ¿por qué no ella?

Después de un tiempo pensó que en el ejército no se estaba tan mal. Para una chica que había ido de caza desde niña y tiraba con precisión, era un lugar en el que, como mínimo, encajaba bien. Había crecido luchando con los chicos, vistiendo como los chicos y estudiando como los chicos, porque las chicas escogen carreras cortas y se casaban antes de cumplir los dieciocho.

¿Volvería algún día a Kasprovia? Era poco probable. Los niveles de radiación tardarían en bajar y la central seguiría echando aquella mierda durante años. Cuando empezó la guerra entre Lutemburguer y el imperio, fue movilizada y ascendida. El sargento más joven de su promoción. Y entonces pasó algo que no esperaba, la esquina de la frontera en la que se situaba kasprovia era un coladero de mercenarios y contrabandistas, y concentraba fuerzas en la zona. Era de esperar, todos los que conocían aquella tierra fueron enviados en pequeñas compañías de información.

En las guerras aún quedan soldados que creen que se ganan matando enemigos, destruyendo casas de civiles sin reparar en otras consideraciones. Este tipo de gente tienen la cabeza cuadriculada, matar es lo que tienen que hacer y lo hacen sin darle más vueltas. Son crueles, torturan inocentes y besan la bandera. Otros van a la guerra como quien va a recoger flores, pero se arriesgan como el resto. No es una cuestión de valentía ni de ser el más duro, sobrevivir es una cuestión de suerte. Mira chico, si tienes que poner una bandera en una colina y todos van a morir, las bombas no escogen sus víctimas.

Unos años después de la desgracia que le había costado la vida a Kernell, Olina había adquirido cierta experiencia en el frente. Un día de vuelta en el cuartel la reclamaron para llevar un grupo a una zona que conocía bien, cerca de la frontera, Kasprovia. Un escalofrío le recorrió la espalda: Una expedición de reconocimiento. Uno de aquellos hombres era su pareja desde hacía un tiempo, ¿Es que el capitán no se enteraba de nada? No se puede conducir un grupo en mitad de una guerra, con familiares, amigos o amantes entre los que deben sobrevivir primero, y ayudar después. Algunos creen que se trata de protegerse unos a otros, pero para poder hacerlo, primero cada uno tiene que protegerse a sí mismo. No podría hacer su trabajo. Protestó, pidió que sacarán a Colin kolev de la escuadra, pero no consiguió que la escucharán. Acompañarán al grupo hasta el frente y desde allí los cinco continuarán solos. En cuanto a los otros, eran jóvenes sin demasiada experiencia. Roler era el más imberbe, no llegaba a los veinte, el más inconsciente. Era muy amigo de un joven rubio algo mayor que él, Endlich. Iban juntos hasta a hacer sus necesidades, mientras uno se agachaba el otro con su arma en la mano, se cuidaba de que ninguna visita inesperada pudiera molestarlo. En cuanto al resto, eran dos veteranos que no habían pasado de soldados de primera, a pesar de llevar años aprendiendo a desfilar y a disparar. A algunos les cuesta un poco más, pero la falta de pericia, no era motivo para que no les permitieran echar una mano a sus compañeros. Cobian y Cheto, no sobresalían en nada. Eso los convertiría en los elementos más débiles de este puzle, o también podría salvarles la vida.



2

La cualidad de no divagar frente a Diana

En tiempo de guerra todos esperan estar rodeados de veteranos resueltos que les puedan salvar la vida. Los novatos no eran lo mejor para una misión en la frontera, por eso, poco antes de salir, le concedieron un especialista en armas. Oliver era un tipo refinado, estirado, llevaría zapatitos en lugar de botas si se lo permitieran. Los llevaron en una camioneta vieja hasta una arboleda, muy cerca de la frontera, y allí los dejaron sin demorarse en arrancar, “Suerte", dijo el cabo que conducía y salió disparado.

La formación es un elemento clave con los soldados. No era del todo cierto, pero los convencían de que eran extraordinarios, y a veces también les hacían creer que eran insustituibles. Había una tendencia clara entre los reclutas, en llegar a cogerle aprecio a los encargados de darles las charlas de autoestima. Les enseñaban a mostrarse como una amenaza real, a exhibirse y pavonearse en los desfiles, y esa ampulosidad enfurecería al enemigo si pudiera verlos, pero en el frente lo verdaderamente importante era mantener la cabeza a cubierto para que no les metieran un tiro en la frente. Es decir, por muchas charlas que le dieran, harían todo lo contrario, ocultarse para seguir con vida.

Oliver revisó todas las armas antes de salir, se pasó una mañana disparando las y después se encargó de que cada uno desmontarse y limpiase la suya, todos menos Olína, a la que no podía dar lecciones en ningún sentido. Todos los soldados eran apreciados por ella, incluso aquellos que eran la parte más débil de la unidad, o así los consideraban, porque no iban a saber su verdadero valor hasta encontrarse en una situación difícil. Era necesario mantener la confianza y las buenas relaciones entre ellos, de lo contrario no serían de ayuda. Después de que Oliver se incorporarse al grupo, Colin Kolev dejó de ser el tipo serio de vuelta de todo, porque era muy celoso, y no es que pensara que Oliver se desvivía por la sargento, pero era el único que podía llamar su atención y darle el relevo si caía herido o muerto. Sólo de pensarlo se pillaba un enfado durante horas, difícil de ocultar.

-¿Qué te pasa Colin? Andas a patadas con todo. Nunca te había visto así -le preguntó Olína.

-Nada -fue todo lo que consiguió quitarle.

Seguramente han oído que nuestros muertos siguen vivos en el recuerdo. Incluso, los grandes hombres siguen vivos mientras dura su recuerdo. Con nuestro pasado pasa lo mismo, ya no tenemos ocasión de cambiarlo, estuvimos en él con vida, para es un tiempo que ya murió. Si son gente de edad lo entenderán mejor. Somos todos los que hemos sido, el niño, el adolescente, el que hizo cada cosa para construir su vida, y todos han muerto, ya no existen. Nuestro hombre niño del pasado ya no existe. Por lo tanto, en el cómputo universal vivimos un tiempo mientras tenemos capacidad de cambiar algunas cosas. Es algo que los soldados deberían tener muy en cuenta, la vida es mucho más limitada en tiempo real de lo que pensamos, pero el recuerdo nos salva.

Oliver tenía una cámara de fotos. Era una cámara diminuta, de las primeras digitales. Funcionaba con discos y apenas la mostraba, pero todos sabían que les quitaba fotos cuando estaban distraídos. La fotografía los introduce en esa idea de seguir vivos porque captura el tiempo, el instante, un poco de sus vidas. Tal vez, un segundo después están

todos muertos por fuego de mortero pero no definitivamente. El universo sigue moviéndose, en él hay elementos físicos que luchan entre sí. Chocan los meteoros, explotan, combaten por sus órbitas. El universo lo componen los instantes sucesivos, lo que era y sus tendencias de cambio, pero también están él los sueños, los planes, las expectativas y los recuerdos. Oliver era un soldado triste. Con su cámara rodeándose de imágenes ajenas, eso lo reconfortaba porque no tenía familia. Hay algo más triste que un soldado solitario. Cuando muriera nadie lo recordaría más que sus compañeros… y sus fotos.

Cuando Olína le preguntó por sus fotos él le soltó una charla parecida. Pero ella no iba a quitarle su cámara, le dijo que no era muy reglamentario estar en el ejército para sacarle fotos a las flores, pero podía tenerla si estuviera en situación de peligro, en susanos tenía un arma.

-Entonces, ¿Estamos muertos porque algún día moriremos?

-Algo así, pero existiremos en el recuerdo.

-¿El nosotros de ayer ya no está?

-Yo creo que no sargento. Pero vivir no sólo es respirar y que el corazón bombee la sangre. Existen los sueños y a veces duran más que los hombres que los tuvieron.

Comin los veía hablar y cada vez se sentía más y más molesto, hasta el punto de que se levantó y se alejó de ellos.

-¿Tú y Colin sois pareja? -le preguntó Oliver con descaro.

-No debería responderte a eso, aunque supongo que otros hablan de ello. Son unos cotillas. Digamos que tuvimos mejores tiempos. Vamos y venimos como un autobús a ninguna parte, y a veces lo tomamos juntos.

Olína recordaba mejores tiempos, nadie vive permanentemente instalado en la decadencia más absolutamente había matado un par de enemigos en una emboscada hacía un mes. De los siete, nadie apostaría que ninguno la superará en eso. “Está es una guerra de novatos", repetía Roler cada vez que se sentía desamparado. Entonces se le acercaba Endlich y le ofrecía un cigarrillo para que dejara de hablar.

Olína empezó a reconocer algunos de aquellos lugares. No lejos de allí había unas ruinas medievales, un lugar plagado de insectos y serpientes, sin embargo conocía el río y podrían descansar. Nadie se bañaría río abajo después de pasar por la zona contaminada. En realidad, habían dividido el mapa en grados de incidencia, y no tenían pensado acercarse demasiado. Al morir Kernell se prometió que jamás volvería a aquel lugar, pero nadie escapa a una orden ni a una misión de información. Hasta aquel momento no sabía que sentir su tierra tan cerca le causaría aquella sensación de melancolía. No se trataba de quedarse a vivir, echarían un vistazo, calcularían las fuerzas que pasaban por los senderos y saldrían sin ser descubiertos. Tan sólo necesitaban unos prismáticos de largo alcance y la posición adecuada. Visto así sonaba de maravilla.

El primero en caer fue Cobian, se estaba dando un baño. No le dió tiempo ni a salir del agua, de un tiro en la cabeza se lo cargaron. Se retiraron entre la maleza y esperaron. El silencio lo cubrió todo. Sabían que ellos estaban cerca, muy cerca y no se movían. Ni siquiera sabían si Cobian tenía familia, o que probabilidades tenían de escurrirse sin hacer ruido para salir de allí.

En la academia les repetían que no corrieran riesgos. Hacían esfuerzos por ponerse en situación y asumían la enseñanza como válida. Ahora sabían la verdad, no correr riesgos, si se trataba de no moverse, podía ser el final. La teoría no siempre es inspiradora, la realidad lo supera todo.

Se quedaron Oliver y Endlich a hacer todo el escándalo que pudieran mientras el resto se retiraban. Al parar para seguirlos sería el momento más peligroso. Cómo en el acto sexual

de las vidas negras, el enemigo tendría unos segundos para responder después de toda aquella excitación. Retirarse sin darles tiempo a averiguar hacia dónde, era lo único que los podía salvar.

Creyeron que lo habían conseguido. Pero una hora después de moverse entre campos y chatarra de tanques y camiones abandonados, descubrieron que los estaban siguiendo. Colin encontró a uno de aquellos exploradores, lo mató con su cuchillo sin demostrar ninguna piedad. “No arriesgarse", la teoría podía ser tan cruel como cualquier otra cosa.

Nada se podía negar o saber categóricamente. Los cuarteles se cuidan mucho de exponer a los muertos y las listas de caídos son privadas. La moral siempre alta chicos. Todos tendrán oportunidad de demostrar cómo se comportan ante las contrariedades.

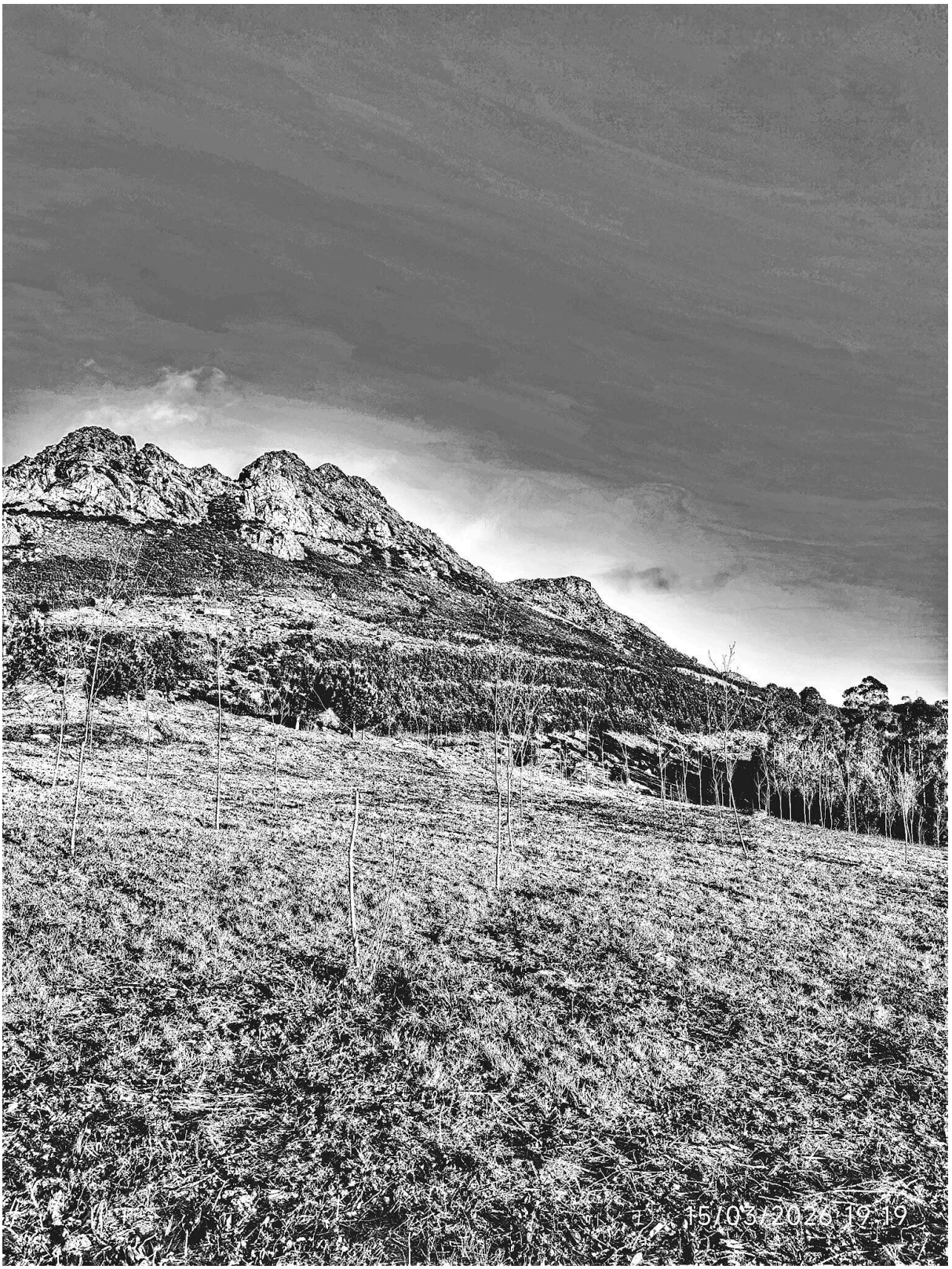
A veces, un soldado herido salía a pasear con sus muletas. Es posible que le faltara un pie, o medio pie, da igual, lo tenían prohibido en zonas exteriores. Sólo en los parques interiores del hospital, de allí no debían salir. Pero a veces, había algún movimiento de personal en las puertas y algunos, más avispado se colaban. Lo trataban bien, era un herido en combate, lo acompañaban de vuelta y le decían que no volviera a salir. Los heridos tenían su comedor, podían estar juntos a pesar de la carga deprimente y los malos sueños. Los que no podían levantarse comían en la cama, y los que estaban peor se alimentaban de líquidos, medicamentos y vitaminas. No es difícil imaginar que algunos no sobrevivieron y las condiciones en las que estaban. En ese punto, Cobian había tenido suerte, alargar el sufrimiento por un tiro sin solución era lo peor. Tampoco había medallas por morir en el frente. Esto se debía simplemente, a qué según argumentaban los teóricos, la primera obligación del soldador es conservar la vida. No es heroico dejarse matar, por difícil que sea de entender.

Fueron rodeados, acosados, empujados hacía la frontera, perseguidos y puestos en las situaciones más difíciles. El grupo sorteó las celadas, los encierros, las trampas y las emboscadas. El siguiente en morir fue el más duro, Colina no tuvo ocasión de seguir quejándose por sus celos. Parece ridículo, en la vida civil también pasa, somos incapaces de renunciar a nuestras ambiciones, a los sueños, a los celos, a programar nuestra vida, por muy difícil que sea la situación en la que nos encontremos.

En estas historias de guerra nunca se cuenta la verdad, los veteranos que se suicidan no pueden contar lo que piensan de ella.

Tal vez por casualidad o por estrategia, fueron huyendo hacia la zona infectada. Era un problema de difícil solución, un dilema, las posibilidades, eligieran dejarse cazar o entrar en la zona contaminada por la radiación, seguramente tendrían los días contados.

Les ofrecieron un contador Geiger antes de salir. Cargar con lo indispensable es una buena elección en un paseo por una zona de guerra. No les hacía falta un medidor de radiación para saber que dónde se encontraban era muy alta. Y entraron hasta que las señales de los perseguidores sonaron muy lejos.



3

El latido, el látigo y el corazón herido

-¿Por qué todos nuestros esfuerzos son tan inútiles? Es extraño que nos hayan ordenado buscar información si todo indica que sabían que nunca volveríamos-dijo Oliver dirigiéndose directamente a su sargento-. No es justo que nos traten como juguetes. Estamos a su disposición y eso hacen, movernos como juguetes.

-Debemos guardar la calma, se está haciendo de noche y aún no sabemos si vamos a dormir, aunque sea con un ojo abierto.

La zona prohibida tenía de todo, casas abandonadas, colegios, bicicletas oxidadas, animales, incluso, alguna gente se había negado a abandonarla después del accidente; la mayoría ya estaban muertos. Los tipos más duros, eran más conscientes de la realidad y se preocupaban demasiado. Eso también lo tenía de bueno un grupo de novatos, eran inconscientes de la gravedad de la situación. Sobre todo, se lo notaba cuando la miraban y adivinaba sus pensamientos, ellos se decían, “si la sargento que tiene información está tranquila, no hay de qué preocuparse”. No tenían ni idea de cuánto se equivocaban. No podía dejar de reconocer que también eran chicos valientes, sobre todo por pensar así. También había perros asilvestrados por la zona, comerían carne humana si pudieran cazar a uno de los chicos. Uno de esos monstruos cubiertos de tumores atacó a Roler, y consiguió tumbarlo, apenas le daba tiempo a sentir horror mientras el bicho le mordía el hombro muy cerca del cuello. Endlich disparó, perro muerto.

-Ya tenemos cena -exclamó el soldado retirando el perro caído sobre el pecho de Roller.

-¿No es arriesgado comer carne tumoral? -soltó Oliver.

-¿Por qué tienes que corregir todo lo que otros dicen? ¿Te crees muy listo?

-Bueno, si no fuera por eso compartiría el manjar con vosotros, creo que yo me tomaré una lata.

- Lo siento, pero mi pesimismo es de sobra conocido, y creo que si salimos de aquí nos moriremos de un cáncer antes de un año. Así que pensé que comería perro, pero la gente sensible no come mascotas -dijo Cheto. El hombre no hablaba mucho, pero cuando lo hacía no se andaba con rodeas.

-Me es lo mismo. Me gusta comer carne. Más para mí -insistió Roller que parecía empeñado en despellejar y cocinar partes del animal, tal vez no todo, porque no cabría la hoya.

-Haz lo que quieras Roller, yo tampoco voy a comer de eso -añadió Olina.

Vendaron a Endlich y le pusieron antibiótico en el hombro.

Había una casa de madera abandonada con las ventanas rotas, entraron y lo dispusieron todo para pasar la noche. Delante había un huerto y un invernadero. Aunque encontrarán cebollas o patatas bajo tierra, tampoco las comerían. Demasiado remilgados tal vez, porque el aire tenían que respirarlo y estaba igual de contaminado.

-Mañana buscaremos una salida y nos iremos de vuelta, a ver si pueden hacer algo. Dios nos coja confesados -la sargento no sabía si se le estaba contagiando el pesimismo, o si era demasiado realista.

También los soldados tienen familia, y está presente allí donde llegan las cartas. Cheto era de ese tipo de chicos que se encariñaba con las cosas que eran recuerdos. Tenía un cortaplumas con el que se ayudaba para cortar el pan y la comida, se lo había regalado su padre. También tenía una carta de su novia, nadie sabía lo que ponía, pero todos los días la

leía un poco y se quedaba con la mirada perdida mirando al horizonte. En una ocasión, un soldado de la compañía había intentado quitársela mientras dormía. Se despertó en el instante en que el otro se disponía a leerla. Se montó un buen lío, hubo muchos golpes pero sin sangre. Despertaron a todos y castigaron a los dos. No hubo bromas al respecto, nadie se atrevió a volver a intentarlo.

También Oliver echaba de menos a los suyos, y lamentaría hacerlos sufrir cuando, tal vez, les informaran de su muerte. Pero era un tipo imperturbable, nadie sabía lo que pensaba. Se enroló al cumplir los dieciocho sin contar con la opinión de nadie. ¿Qué otra cosa podía hacer cuando todos sus amigos ya lo habían hecho? Tenía que demostrar que no era un cobarde, la peor reacción y la que había llevado a tantos jóvenes a la muerte. Cuando eres así piensas que nadie lo dice pero todos te apoyan y te quieren.

Se quedó en la primera guardia, a las tres lo sustituyó Cheto. Los dos dijeron que habían oído ruidos mecánicos y pasos de botas. Los dos preguntaron, ¿Quién anda ahí? Cheto incluso salió con el arma dispuesta y los nervios a flor de piel. No hicieron disparos ni despertaron al resto, pero estaban seguros de que no lo habían soñado. Endlich pasó mala noche, la herida le dolía, avanzaba la infección. Olína quería mantener el ánimo pero no era fácil, lo más que conseguía era distraerlos promoviendo debates sobre el fin de la guerra, quién había sido el mejor actor de todos los tiempos o si ellos creían que el hombre había llegado a la luna. Olína no creía tampoco en la muerte de Elvis, pero creía que nunca se podría probar porque los poderes mundiales lo ocultaban. Sobre lo de ser visitados por extraterrestres o no, en eso era inamovible, no había seres de otro planeta en la tierra porque nunca habíamos sido visitados.

Endlich no quería comer, alguien hizo desaparecer el perro de Roller durante la noche y no pudo prepararlo. Se cogió un buen cabreo pero al menos no tuvieron que soportar el espectáculo de los rumores del animal bailando en agua hirviendo.

Un soldado en una guerra, es parte de un todo. Forma parte de la maquinaria, no puede hacer lo que quiera frente a cada situación. No obstante, a veces pasa, alguno pierde la razón y actúa como un animal salvaje, sin prudencia, le llaman héroes. Luego están los desertores y los iluminados, pero estos son caso aparte. Los más descontrolados son los que hacen la guerra por su cuenta. A Olína no le habían dicho nada, pero uno de estos grupos, más parecidos a los perros asilvestrados que habían visto, actuaba en la zona prohibida. Y nadie podía calcular cuántos eran pero imaginaba de dónde habían salido. Eran hombres afectados por la enfermedad, cubiertos de rumores incurables que mantenían a raya a los soldados invasores, porque una cosa es estar tocados por la muerte, y otra saber cuál es tu parte. Lo que tampoco nadie podía imaginar era que Kernell no había muerto y también formaba parte de uno de aquellos grupos.

Un soldado tiene que saber que forma parte de algo más grande que todo el miedo y el odio que tenga a su enemigo. Es parte de su compañía, que a su vez pertenece al ejército y este a su país, así que esa unidad se representa con una bandera. No morían por una bandera, morían por ser parte de algo que amaban, su familia, su tierra, su idioma, esas cosas nacionalistas que algunos llevan al fanatismo cuando incluyen en ello una religión.

El grupo entre los que se movía Kernell amaban la tierra más que nadie, y no se habían querido ir, después del accidente radioactivo. Bueno muchos salieron corriendo y llevaban mucho tiempo muertos. La enfermedad no los perjudica a todos por igual, y algunos dentro del perímetro prohibido, parecían normales, y otros que fueron de los primeros en salir habían desarrollado rumores horribles que los desfiguraba en manos, pies, cara, cuello, espalda, cualquier parte del cuerpo podía albergar uno de ellos. Al final, intentar como había actuado toda la gente desplazada de Kasprovia era tarea imposible. Saber por qué

actuaban de una forma o de otra, por qué se desesperaban por buscar remedio o por qué se dejaban morir, nadie nunca lo sabría. Habría que hablar con ellos, tener largas conversaciones para entenderlos, pero para ser sinceros, a nadie le había importado. ¿Pueden imaginar a un periodista aventurandose en la zona peligrosa? ¿El tipo con un micrófono, una grabadora y un block de notas, haciendo preguntas? Nadie le haría ni caso, probablemente. La gente no concede entrevistas mientras las balas pasan cerca de su cabeza, o en su caso, cuando ya han sido alcanzados por el veneno y se están muriendo. La decepción por no haberlo evitado no se puede sustituir por el hombre que huye de los tejemanejes políticos e intereses económicos de la redacción de noticias de las televisiones privadas.

Intentaron salir del perímetro peligroso al mediodía del día siguiente y de nuevo fueron perseguidos bajo una manta de balas y fuego de mortero. Tuvieron que volver a su refugio. Le estaban poniendo antibióticos a Endlich cuando cuatro hombres se acercaron. Estaba Roller de guardia y estuvo a punto de disparar a matar. No lo hizo, por aquella forma característica de caminar de los enfermos, sonados y zombies, arrastrando los pies. Se detuvieron cuando se dejó ver y les dijo “ni un paso más", con esa autoridad del que está dispuesto para matar. Estás cosas se dicen así como si fueran normales, pero dejar que a los soldados les deje importar matar es uno de los pilares de la guerra. Si hubiera un reclamo publicitario adecuado para los jóvenes intrépidos que aún quieren entrar en la milicia y tener un sueldo, eso sería, " aprender a matar hombres”. Se trata de aceptar que nada importa tanto como nos enseñan desde niños nuestras madres. El sentido de la prudencia y los buenos sentimientos, es sustituido por el sentido del deber. Sólo una vez, Roler había conocido algo parecido en la vida civil antes de la guerra. Entonces un empresario que vendía seguros a nivel nacional, había dejado a cien familias en la calle para hacer cambios en su empresa, y el argumento había sido el mismo, " debo cumplir con mi deber, la competencia es feroz con los precios”.

El deber cumplido es la mejor excusa para que los psicóticos cometan atrocidades.

No los trataron como prisioneros. Sólo querían un poco de comida y saber lo que sucedía en el mundo. Eran trabajadores de la planta nuclear. Morirían pronto, de hambre, de sufrimiento o por la enfermedad.

La explicación que dieron a su situación parecía creíble. Los culparon del accidente y los devuelven a la zona cuando intentan salir de ella. Al menos era así antes de la guerra, ya daba igual. Por supuesto, sabían que había una guerra, pero seguir con vida no dependía de eso. Seguramente, depende más de querer seguir viviendo. Los ancianos que mueren antes son los que dejan de luchar y empiezan a preguntarse, ¿Qué hago yo aquí? Los soldados que se ven sometidos a esa terrible pregunta suelen también morir pronto.

-Tú eres Olína -dijo uno de ellos y ella lo miró intentando saber quién estaba detrás de aquella cara cadavérica-. Yo era compañero de Kernell en la planta. Aquella horrible planta a la que algunos le rezan sin compasión.

-Sí, soy Olína.

-Tú te salvaste. Tuviste suerte.

-Sí, tuve suerte. Era joven y estaba lejos. Es terrible el mundo con sus intereses, las guerras por petróleo, uranio y por tener vecinos imperiales que lo quieren todo -Kernell era lo que más quería Olina.

-Creo que sigue vivo -dijo aquel cuerpo desfigurado, que a pesar de todo albergaba un hombre y una vida.

Hemos llegado al final de esta historia. Algunas cosas las he contado intentando que lo que me dijeron no parezca tan irreal como me lo pareció a mi -lo que uno sabe, lo que Lee

y lo que le cuentan las musas, se mezcla con la realidad todos los sabemos-. Al parecer, los chicos volvieron al cuartel. Oliver mostró sus fotos al capitán para reforzar su relato, habían estado en la zona prohibida y había hombres allí abandonados a su suerte. Endlich sobrevivió, el antibiótico y la penicilina en los botiquines de campaña salvaron muchas vidas. Es mucho más difícil llevar a herido durante kilómetros y cuidarlo, que disparar y matar sin compasión cuando ya no te importa. Sólo se trata de apretar el gatillo.

Olína se quedó un tiempo buscando a Kernell. Cada vez que encontraba un esqueleto revisaba su ropa para intentar descubrir a su amado. Conoció otros hombres enfermos, algunos se cruzaban con ella y no se detenían, no tenían fuerzas para hablar. Ella pensaba que de todas las plagas bíblicas, la peor era la peste, y si alguien lo quería reescribir en una versión moderna, tecnológica y dispuesta para vender en la teletienda, tendría que sustituir las islas refugio de los apartados por las zonas sensibles al medidor geiger, la contaminació por radio.yaces un problema y siguen construyendo centrales nucleares. ¡La estupidez humana no tiene medida! Las guerras, los accidentes nucleares, el arsenal atómico, los vecinos mal avenidos, los nacionalismos ultrareligiosos, el racismo, todo lo que nos lleva a vernos como enemigos, todo eso y más, debería hacernos dudar, pero los hombres poderosos son los peores.

Olína no encontró a Kernell. Tampoco hubiese podido hacer mucho por él, más que estar a su lado. Pero siempre hay que preguntar primero, sospechaba que le causaría más dolor. ¡Si al menos pudiera ayudarlo!

Volvió unos días después y se reunió con su comandante. Informe final: ¿No hay enemigos en la zona prohibida?

Final del relato

